

JENNY DISKI

**APOLOGÍA PARA LA
MUJER QUE ESCRIBE**

se



Lectulandia

La fama de la escritora Marie le Jars, más conocida como Marie de Gournay (1565-1645), no nace tanto de su obra literaria como de su labor de editora de Montaigne. Autodidacta y apasionada de las letras, el descubrimiento juvenil de los «Ensayos» de Michel de Montaigne supuso para Marie una auténtica revelación que culminó al conocer en persona al propio autor. Antes de morir, él le encargó la edición póstuma de sus ensayos, tarea que en la época muchos juzgaron demasiado elevada para las aptitudes femeninas y que le acarreó no pocos sinsabores. Jenny Diski recupera la figura de una mujer singular y recrea las difíciles circunstancias de una existencia vivida a contracorriente del papel que la sociedad le otorgaba, no sólo en lo personal sino también en el plano creativo. Entre la novela histórica y el ensayo psicológico, Diski penetra con sabia hondura en el universo femenino y ofrece una íntima visión de temas eternos como la soledad, el amor, la vocación o la amistad.

Lectulandia

Jenny Diski

Apología para la mujer que escribe

ePub r1.0

Titivillus 28.08.17

Título original: *Apology for the Woman Writing*

Jenny Diski, 2009

Traducción: Aurora Echevarría

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Ian

NOTA DE LA AUTORA

¿Cómo llamar a este libro? Supongo que «novela histórica». No tiene gran importancia para mí, pero entiendo que la denominación plantee preguntas al lector. Sobre qué es real y qué es invención. Todo es invención, por supuesto, pero una parte es verdad o al menos verificable a través de otros textos.

La principal fuente para la vida de Marie de Gournay (en realidad, la única biografía publicada), ha sido *A Daughter of the Renaissance* de Marjorie Ilesley, una académica norteamericana de Wellesley que murió antes de que el libro se publicara en 1963. Es una biografía exuberantemente escrita y concebida para rescatar a la *demoiselle* de la difamación a la que la ha sometido la historia. Ilesley la defiende de todas las acusaciones, aunque ni siquiera ella puede negar que no es de las escritoras más originales o elegantes. Con el estilo literario de las damas de finales de los cincuenta y principios de los sesenta del siglo pasado, Ilesley está convencida de que Marie se mantuvo «pura» en sus encuentros con Montaigne en París y durante los meses que pasó con él en Gournay. Las declaraciones de la admirable biógrafa sobre la inocencia de su heroína son tan vehementes que no pude imaginar lo contrario cuando me la inventé.

En los últimos veinte años las feministas han tomado como modelo a Marie por su singular vida y su entrega a una improbable ambición. Se la admira por su determinación y su pasión, así como por sus reivindicaciones de que las mujeres son iguales a los hombres, pero nadie sostiene que su obra sea de elevada calidad ni muy original (incluso *Grief des Dames* [Agravio de las damas] fue rechazada durante siglos por hombres y mujeres). También han escrito sobre ella ciertos académicos interesados en la teoría psicoanalítica, bajo el aspecto de las motivaciones subyacentes de Montaigne y de ella misma. Las posibilidades de padre/hija, mentor/acólito son riquísimas desde el punto de vista psicoanalítico. Hay excelentes e intrigantes artículos en la publicación *Montaigne Studies* de la Universidad de Chicago, y otros libros sobre Montaigne, como el particularmente divertido *Montaigne's Unruly Brood* de Richard Regosin.

El biógrafo norteamericano de Montaigne, Donald Frame, menciona a Marie, como es de esperar, como parte de la vida y el legado de Montaigne, y si bien no le presta mucha atención, analiza los cambios en la elegía de «La presunción» que describen este libro y termina afirmando que Marie los hizo. Coinciden en ello la mayoría de los autores menos Marjorie Ilesley, que más bien elude el tema y utiliza alguna que otra frase como «¿Qué culpa tiene si...?». Ninguna, desde luego. Aunque se muestra algo más crítica con el engaño de Ronsard.

No existen pruebas de la correspondencia de Montaigne a Marie ni viceversa. Puede que no sorprenda a nadie que Montaigne no guardara sus cartas, pero sería extraordinario que ella no hubiera guardado las suyas. Hasta la devota Ilesley dice que Marie de Gournay decía mentiras (aunque no se extiende sobre ello). Sin embargo,

sólo contamos con las breves descripciones de ésta de sus encuentros y sobre todo de su mutua admiración, en el Prefacio y en sus obras autobiográficas. Montaigne no menciona a Marie de Gournay aparte de en su elegía y de la «muchacha» de quien no dijo que era de Picardía.

Toda la relación entre ambos es confusa, y me he basado en las palabras de ella para inventarme una versión a partir de un gran número de posibles interacciones. En general, me he ceñido a los acontecimientos históricos y a la cronología. Eso sería la parte histórica. El resto es la novela. En cuanto a Nicole Jamyn, no hay duda de que existió y se la menciona en varias partes como la devota criada de toda la vida de Marie a quien sobrevivió. Hay varias líneas dedicadas a ella, como la anécdota de su testamento, en el libro de Marjorie Ilsley, quien la aplaude por su lealtad y por la compañía (junto con la gata) que proporcionó. Aparte de las habladurías contemporáneas, sólo hay la más leve insinuación (el uso especial del término «compañera», sobre todo), y no precisamente por parte de Marjorie, de que Jamyn y Marie fueran amantes. Hubo rumores (rechazados por Marjorie pero alentados probablemente por Marie) de que Jamyn podría haber sido la hija ilegítima del poeta Amadis Jamyn (1538-1592). No hay pruebas. Más allá de eso Jamyn guarda silencio. De modo que me la he inventado.

Quiero dar las gracias a Clarissa Campbell Orr por haber leído el manuscrito buscando solecismos históricos. Cualquier motor de combustión o ropa de poliéster que encuentre el lector son culpa o elección mía.

Si el lector desea desligar lo histórico de la fantasía o simplemente disfrutar de una temporada de excelentes lecturas, la lista de libros y publicaciones en inglés o traducidas del inglés [de la bibliografía] es de gran interés. Ninguno de los libros, escritores, editores o traductores que aparecen en ella se responsabilizan de lo que he encontrado en sus páginas.

Allí en el lecho está su señora boqueando como un pez. Aspirando el aire del mundo con esos labios reseco, succionándolo, intentando llenar con él sus pulmones oxidados. Nunca llega lo bastante hondo antes de tener que soltarlo, y el aire escapa a través de su boca abierta en un resuello crepitante, para que pueda intentarlo de nuevo. Suena como un par de fuelles antiguos haciendo un último esfuerzo desesperado por ser utilizables. No es posible hacer nada por ayudarla. Sólo puede respirar o dejar de respirar.

Nicole Jamyn está sentada, con las manos en el regazo, en un taburete junto al lecho; sin mirar, porque no le hace falta, pero también porque siente molestias al girar el cuello. Le pesa la cabeza. Le duele dejarla caer. Le duele mantenerla erguida. Pasa la mayor parte del tiempo mirando hacia la pequeña ventana que tiene ante sí, justo encima del escritorio, tratando de sostener la cabeza en doloroso equilibrio sobre el cuello, esperando, y escuchando, porque no puede evitar escuchar. Aun así de vez en cuando se vuelve (nota y oye crujir con desgana los huesos de su cuello) y ve cómo la flácida piel alrededor de los ojos cerrados de su señora se tensa de malestar al inhalar. El aire frío rasca sus labios marchitos como si aspirara arena. Debe de ser una reacción automática de la anciana inconsciente, pero aun así Jamyn se inclina dolorosamente para coger el paño de la palangana llena de agua, lo escurre y lo pasa por la boca seca de su señora con la esperanza de que le alivie. No tiene ni idea de si sirve de algo o no.

No es tan duro como había imaginado esperar junto a este lecho de muerte. Los pocos que han acudido a presentar sus respetos la llaman leal. Una criada remunerada no tiene por qué sentarse a velar las últimas luchas terrenales de su señora.

—Tiene suerte de tenerte, Jamyn —susurran al marcharse.

La llaman leal pero ella ve que la compadecen, suponiendo que está allí porque no tiene adonde ir. Una triste criatura sentada con otra triste criatura. Parecen creer que si tuviera elección, otro lugar adonde ir, una familia, no haría nada más que lo justo y necesario por su señora. Sólo alguien que está patéticamente solo en el mundo se quedaría día y noche esperando, velando el alma agotada y el cuerpo esquelético que expiran sobre el viejo colchón de lana al lado de su taburete. Se equivocan. Es cierto que no tiene ningún lugar adonde ir ni a nadie a quien acudir, pero está allí, insomne e impotente, por la misma razón por la que *Piaillon* se acurruca a los pies de la cama. Las dos están en manos de ella. Ella es su hogar. Esperarán hasta el final, y cuando éste llegue esperarán un poco más. Entonces Jamyn y *Piaillon* seguirán juntas hasta que una de las dos muera y la última se quedará sola como nunca lo ha estado ninguna de las dos. Hay muchas posibilidades de que sea Jamyn. *Piaillon* está ciega y los dientes ya no le sirven. Todo lo que hace es dormir, apenas más silenciosamente que su señora. Lame la comida cuando Jamyn deja un plato con unas pocas sobras blandas sobre la colcha. Si necesita hacer sus necesidades maúlla, y Jamyn se levanta

despacio del taburete, la coge de la cama y baja con ella precipitadamente los cuatro tramos de escaleras hasta la calle. Una vez ha terminado, *Piaillon* vuelve a entrar en la casa, y Jamyn cierra la puerta detrás de ella y deja que la gata la siga de nuevo por las escaleras mientras sube con esfuerzo, poniendo una mano tras otra por la cuerda que sirve de barandilla. *Piaillon* sube rígida y dolorosamente detrás.

—Vamos, vamos —le dice Jamyn con una voz sin inflexiones que se le quiebra—. Llegaremos arriba. O no llegaremos.

De vez en cuando oye un crujido a sus espaldas. Un escalón que sufre de viejo, como todos, o la gata que se queja débilmente de que no la lleve en brazos. Pero Jamyn sigue subiendo cansinamente y llegan juntas a la puerta de su señora moribunda. Es un poco de ejercicio para ambas.

Jamyn también sale a hacer alguna compra. Necesitan comida, ella y la gata. Aunque podría pagar un *sou*^[1] al chico del piso de abajo para que fuera a la tienda, cada dos días corre el riesgo de apartarse del lado de su señora, tal vez para comprobar con amarga satisfacción que el mundo continúa ocupándose de sus asuntos sin preocuparse de los apuros de su señora y de ella. De lo contrario se sienta junto a su señora cada vez más debilitada, con las manos rígidas en el regazo, levantando y bajando ligeramente la cabeza de vez en cuando como para aliviar el dolor.

La buhardilla, con su tejado inclinado, tiene pocos muebles. La pequeña cama de hierro de su señora con el ligero bulto de su cuerpo menguante bajo una manta áspera y una mugrienta pero bonita colcha bordada; en el otro extremo de la habitación, su mesa de trabajo, un mueble bueno que lleva años sin encerarse, cubierto de arañazos y manchas de tinta. Jamyn tiene prohibido ordenar el caos de papeles y libros. El sencillo suelo de tablas de madera nudosa y desigual, o lo que se ve de él bajo los montones laberínticos de libros y papeles que parecen haberse desbordado y caído de la mesa sobrecargada. Sólo es posible cruzar la habitación caminando de lado alrededor de las desordenadas pilas de palabras impresas y escritas con tinta. En éstas sólo hay un crucifijo colgado sobre la cama. Aunque hubiera estantes, no ofrecen suficiente espacio para retirar la mitad del material esparcido por el suelo. Frente a la cama y el taburete, en el tejado inclinado justo encima de la mesa, hay una pequeña ventana a través de la cual, cuando está abierta y el cristal irregular no distorsiona el mundo, Jamyn contempla cómo se mueven las nubes por un rectángulo de cielo o lo oblicua que cae la lluvia con el viento invernal. Ella deja entrar y salir la luz libremente a menos que, de forma excepcional, deba hacer alguna tarea para su señora y necesite encender una vela. Ya no tiene buena vista para coser o leer; no es que haya leído alguna vez delante de su señora. Aun así, la espera no le parece tediosa. A fin de cuentas hay toda una vida que considerar, la vida que está terminando a su lado. Una vida difícil. Bastante difícil de vivir, aunque a Jamyn le resulta igual de difícil comprender por qué se torció de tal modo. ¿Qué hacía tan necesaria la imposible necesidad de su señora? ¿Qué la volvió imposible? No la han

entrenado para pensar ni eruditos ni profesores, pero conoce la vida de la mujer moribunda de principio a fin, mejor que ella misma, mejor aún de lo que conoce su propia vida. Al menos la ve con más claridad que como la ha visto nunca su señora, y ella, la fiel criada, se esfuerza por comprender lo que ha sido de su señora. Sólo así podrá aspirar a comprender sus propias desilusiones. El aburrimiento, pues, no es un problema. Tiene en qué ocupar la mente mientras espera.

Michel de Montaigne agoniza en su lecho. Esta vez no hay duda. No queda sino consolar a los que lloran y hacer formalmente las paces con Dios. En su momento. Mientras tanto se pregunta si Dios querrá hacer las paces con él.

En 1588, cuando llegó la carta de la joven, tenía cincuenta y cinco años. Gracias a la excelente educación clásica que había recibido de su padre estaba al corriente de la teoría de Plinio sobre que «hay tres clases de enfermedades de las que la gente se ha acostumbrado a escapar mediante el suicidio: la más feroz de todas es la piedra en el riñón que retiene la orina». Para su desgracia, no necesitaba que Plinio le señalara ese hecho, pero resultaba extrañamente reconfortante que se lo confirmaran. Durante diez años una piedra en el riñón había sometido su cuerpo a una intermitente pero continua prueba de dolor insoportable y le había inculcado la idea de que inevitablemente lo peor estaba por llegar, por no hablar de la perspectiva ineludible de tener la misma muerte agonizante que su padre.

A eso había que añadir que hacía mucho tiempo que una mujer lo miraba con deseo, y varios años que se había atrevido a confiar en que su miembro en otro tiempo viril estuviera a la altura de las circunstancias si éstas milagrosamente se daban. Ahí estaban, junto con el dolor exquisito de los paroxismos cólicos y un pene vacilante, la dentadura podrida, la vista deteriorada, las indecorosas molestias estomacales y algún que otro ataque de anginas que se disputaban alegremente con la piedra el honor de llevárselo.

Nada de todo ello resultaba extraño. Todo era de esperar. Tenía cincuenta y cinco años, una edad que muchos estarían agradecidos de alcanzar, una edad en que el final de la vida estaba tan cerca que cada mañana se despertaba algo sorprendido. Sus achaques no harían más que aumentar hasta el día en que cesaran del todo el dolor y la incomodidad.

Tenía cincuenta y cinco años, y una madre que todavía lo veía como un holgazán por haberse negado a ocuparse del patrimonio familiar, por no hablar de aumentar su fortuna. Ambos discutían constantemente sobre cómo llevar la casa. Era un asunto indigno para los dos. Lo peor es que él no tenía el menor deseo de hacerse cargo; cumplía con sus obligaciones pero no podía dedicarle más atención. Habría preferido que su madre administrara los bienes (si eso no la hiciera creerse con derecho de controlarlo también a él), pero el deber requería que él, el primogénito y heredero, asumiera la responsabilidad. Ése había sido el deseo de su padre y no podía contravenirse, por lo que el deber también requería atender las quejas de su madre por todo. Ella estaba resentida con el testamento de su padre que la excluía de la toma de cualquier decisión y la dejaba poco menos que bajo la tutela de un hijo que tan poco la impresionaba. Él se la cruzaba en las escaleras murmurando y santiguándose. Cuando ella reparaba en su presencia, le gritaba con desdén al verlo bajar rápidamente la cabeza.

—Aquí está el hijo a cargo de su madre. ¡Menudo hijo! Consentido por el necio de su padre. Un niño que cada mañana era despertado por unos músicos pagados que tocaban en su ventana. Un chico muy especial. Con quien sólo estaba permitido hablar en latín, el mejor latín, porque el latín debía ser su lengua materna, de modo que tuvieron que aprenderlo los criados y hasta su madre. ¿Y con qué resultado? Con el resultado de que ahora tengo a un ingrato por hijo. Un holgazán inútil que permite que se venga abajo la casa. Un hijo que no siente respeto ni afecto por su madre.

Tenía cincuenta y cinco años, y una esposa, Françoise, con quien se mostraba siempre cortés, y que se quejaba casi tanto como su madre, en su caso de abandono y de que la dejara sola con la carga de la casa (y de tratar con su irritable suegra) cuando tenía que atender sus obligaciones políticas en Burdeos, o decidía viajar unos meses por Europa, ir a visitar a sus amigos o encerrarse en la torre la mayor parte de sus días (y a veces sus noches) a escribir. Él escuchaba sus quejas, como escuchaba las de su madre, callado y con la cabeza gacha. Nunca discutía ni respondía nada. Esperaba paciente y educadamente a que terminaran y seguía su camino. Su madre era una carga. Pero la persistente insatisfacción de su esposa no le extrañaba. ¿Cómo iba a sentirse después de haber visto morir a todos sus hijos menos uno? Cinco. Habían vivido unos minutos o unos días, a veces hasta un mes, pero todos habían fallecido. Excepto la única niña. Su mujer se había quedado muy afectada; a diferencia de él, nunca había llegado a acostumbrarse a esas pérdidas que por naturaleza había vivido mucho más de cerca que su marido. Él lloró la muerte de esos hijos, pero no le dio tantas vueltas. Después de todo, eran recién nacidos. No habían tenido la oportunidad de conocerse.

Sin embargo, después de la muerte del primero, Thoinette, cometió un error terrible cuando, en un intento de consolar a su mujer y expresar su pesar de que hubiera perdido a su hija el segundo año de su vida, le dedicó su traducción de la *Carta de consolación a su esposa* de Plutarco. En realidad, Thoinette había muerto en su segundo mes. Un desliz que reflejaba desidia. (Más tarde registró con minuciosa exactitud las cinco muertes en los archivos oficiales de la familia). La relación entre Françoise y él se enfrió. Después de la muerte de Thoinette, él siguió acudiendo al lecho conyugal a intervalos decorosos y engendró respetuosamente más hijos que murieron antes de que dejaran de mamar. Salvo cuando Françoise se impacientaba con la reserva de él, siempre se mostraban distantes pero corteses el uno con el otro dentro y fuera de la cama. Así debía ser, según Montaigne, un matrimonio. ¿Cómo si no iba a sobrevivir? Comparado con muchos, era un matrimonio apacible. En cierta ocasión que había estado casi seguro de morir tras una terrible caída de un caballo, cuando la muerte le susurró débilmente al oído y a él no le importó nada, las primeras palabras que dijo a los criados que lo llevaron a su casa, al volver momentáneamente en sí, fueron para expresar su preocupación porque dieran un caballo a su esposa para ir al lugar del accidente. ¿No había sido la comodidad de ella su principal pensamiento a la hora de su muerte? O eso dijeron; él no se acordaba de nada.

En el año 1588 tenía cincuenta y cinco años. Había sido alcalde de Burdeos y hecho una labor bastante buena, aunque siempre se había guardado algo para sí, había conservado esa trastienda en la que nadie podía entrar. Había que cumplir con el deber pero nunca a costa del alma.

Después de jubilarse había adquirido cierta reputación literaria. Sus libros de ensayos (una forma que había inventado él, lo sabía con modesta vanidad) se vendían en toda Francia y recibían elogios de los pensadores más serios del momento que le escribían para expresárselos. Pero su mujer y su única hija no estaban muy impresionadas y no los habían leído. Sus vecinos se mostraron divertidos y desdeñosos. La mayoría eran de su mismo noble rango pero cumplían mejor los requisitos, siendo hombres de acción para quienes la idea de sentarse a escribir era risible por no decir algo peor. Con su cargo público y militar él había demostrado que también podía ser un hombre de acción (hasta cierto punto, todo hasta cierto punto), pero desconcertó a todos cuando anunció su intención de retirarse de la vida pública para *convertirse en escritor de libros*. Sospecharon que el hecho de que sólo tuviera tres generaciones de nobleza por el lado paterno, y que se rumoreara que su madre venía de una familia de judíos conversos españoles, tal vez lo explicaba.

Y al principio a él también le desconcertó la ocupación que había escogido para su retiro. En todo caso no fue como había esperado cuando preparó la torre del ala oeste del castillo para llevar a término sus nuevos planes de escribir y meditar. Lejos de llegar a él nobles pensamientos revestidos de retórica grandilocuente a intervalos elegantes, cuando se encerraba en su estudio de la torre, su mente, enfrentada a posibilidades ilimitadas de todo y nada, a palabras ilimitadas, a pensamientos ilimitados pero desordenados, al resto del tiempo que debía pasar consigo misma, se veía asaltada por una pesadilla negra, una nada informe que era en sí misma una forma monstruosa y lo amenazaba con la locura. Durante esa terrible agonía escribió tenazmente, sujetando como podía las crines del feroz e indomable semental que se agitaba dentro de su cabeza: la inutilidad de su vida, la absoluta falta de sentido de su existencia, la profunda soledad. Escribió pequeños argumentos sobre grandes temas, a favor y en contra, profusamente salpicados de citas clásicas, mientras le retumbaba en la cabeza el vacío terrible, la mortal inanidad que una vida ocupada ya no lograba mantener a raya.

Poco a poco, a través de la nada, llegó a algo. Unas incursiones pequeñas y aparentemente ridículas más allá de la verdadera retórica lo condujeron allí. Se permitió seguir pensamientos que debería haber excluido de sus debates perfectamente equilibrados. Pensamientos personales, reflexiones sobre sí mismo. Y las preguntas insidiosas que surgían a partir de los temas tradicionalmente poco controvertidos que abordaba exigían una respuesta, no de los libros que leía ni de las citas aprendidas, sino de mucho más adentro, de lo más profundo de su mente perturbada. Una búsqueda del alma, por así decir. Pensando, así fue como llegó a pensar en ello. Tomó una decisión nacida de la desesperación: dejarse llevar por esos

pensamientos, exigir respuestas a las preguntas que le hacía la mente sobre sí mismo y escribirlas, moldear, si era posible, la forma de un ser humano. Y, a decir de algunos, lo que él hacía y sabía era algo totalmente novedoso en el mundo. Una forma única, como su ser, que se parecía en todo y en nada a los demás seres, que podía defender su particular singularidad y al mismo tiempo abordar los interrogantes que se plantean todos los hombres sobre su existencia en el mundo. Otros, por supuesto, no tenían tan buena opinión de esa innovación. Y una parte de él, la parte que sólo deseaba ser lo que se suponía que era y seguir adelante sin *complicaciones*, daba la razón a los que lo calificaban de vulgar y egocéntrico.

En 1588 tenía cincuenta y cinco años, y todas esas cuestiones componían su existencia. Sólo una vez había conocido el verdadero compañerismo, una comunión espiritual, el amor y la experiencia de amar por completo a otro ser humano, y había transcurrido mucho tiempo de esa experiencia, breve como un solo amanecer y atardecer en la eternidad del mundo. En el silencio de su biblioteca a menudo gemía de dolor. «Ay, amigo mío».

Desde entonces había vivido en soledad, la clase de soledad que sobreviene de haber sabido lo que es tener otro «tú» en el mundo. Con el paso del tiempo se había convertido en una soledad atesorada, siempre dolorosa, sin duda, pero especial, porque evocaba la clase de comunión única que había perdido. No habría renunciado a ella ahora que su querido amigo ya no estaba con él. Esa soledad era todo lo que tenía. Tal vez era incluso más que tenerlo a él vivo a su lado. Pero no tener a nadie con quien compartir un silencio cómodo, con quien hablar con la seguridad de ser entendido, a quien confiar sin titubear tus pensamientos y temores más profundos, cuyo consejo es tan sabio como el de un buen padre, y quien, como un buen padre, perdona tu indecisión a la hora de seguirlo; haber tenido y perdido un amigo así era duro. Pero no había padre ni amigo. Ni siquiera un hijo. Un hijo difícilmente habría ocupado el lugar del amigo perdido, pero habría sido algo. Su hija Léonor no era lo mismo. Era la hija de su madre. Una buena chica. Tal vez en algún momento había puesto en ella unas esperanzas absurdas a pesar de su sexo, pero a los dieciséis años su inteligencia era más bien corriente, y su alma ya estaba moldeada y satisfecha consigo misma. Sonreía al verla fruncir el ceño mientras estudiaba sus lecciones, sentada como una dama a la mesa de la cocina, pero en su corazón no había más que un afecto distante. Ella sería su heredera, naturalmente, pero a pesar de las minuciosas instrucciones que había dejado en su testamento, temía por el destino que correría su biblioteca y su obra después de su final, cada vez más próximo. Tenía amigos, por supuesto. Pero vivían lejos, y aunque disfrutaba de sus visitas y de la oportunidad de viajar para verlos, nunca habían llegado a llenar el vacío dejado por Étienne de La Boétie.

A principios de 1588 tenía cincuenta y cinco años, y había estado varias semanas viajando de Burdeos a París en una misión secreta y urgente, en la que lo atracaron y a punto estuvo de ser asesinado por el camino. Era un católico a quien el príncipe

protestante Enrique de Navarra le había encomendado la tarea de establecer una alianza con el rey católico Enrique III contra la Liga Católica del duque de Guisa que ya marchaba sobre París, con la consecuencia nada sorprendente de que tanto los católicos como los hugonotes recelaban de él. Tal vez con razón, porque, sin negar de ningún modo su fe católica, a Montaigne le preocupaba más llevar la paz a Francia que apoyar a uno u otro bando. Llegó a París para cumplir su misión dos semanas más tarde, mortalmente exhausto por el viaje y sus vicisitudes, y con un dolor espantoso. Podría haber muerto fácilmente en Villebois, víctima de los salteadores, los miembros de la Liga Católica o quienesquiera que fueran los que lo habían asaltado. Pero su vida no había terminado entonces. Con sus encantos y poder de convicción había eludido la muerte. Tenía una misión que llevar a cabo, un deber que cumplir. Aun así recordaba haber sentido una punzada de decepción cuando el caballero del bosque había enfundado el cuchillo y le había dejado reanudar su viaje y lo que le quedaba de vida.

Tenía cincuenta y cinco años, y estaba llegando a la conclusión de que lo más importante en la vida era gozar de los placeres que te ofrecía. Reconocerlos y disfrutarlos por lo que eran, aunque sólo fuera fugazmente. No había que pasar por alto ninguno. Sólo los necios desprecian antes los placeres del cuerpo creado por Dios que otras alegrías menos tangibles. Una vez que experimentas en carne propia el peor de tus temores —en su caso, el terror de la piedra—, descubres que el placer sigue vivo dentro y alrededor de tu cuerpo, al lado, debajo y más allá del dolor. En cuanto ves con toda claridad el final de tu vida, descubres que el placer momentáneo es aún más dulce. Él lo sabía, pero no era fácil albergar semejantes pensamientos mientras yacía en sus elegantes aposentos parisinos maltrecho por el viaje, atormentado por el dolor, intentando descansar y recobrar las fuerzas. Le asaltaban sin cesar otros pensamientos, su vida pasada se extendía ante él y el futuro se escurría poco a poco, y no estaba seguro de cómo iba a lograr levantarse a la mañana siguiente como un hombre con un norte en la vida. Corría el año 1588 y tenía cincuenta y cinco años. Llamaron a la puerta de su dormitorio y entró un criado con una carta para él.

Marie de Gournay está sola. Tiene treinta años, y durante los siete largos y terribles años que han transcurrido desde 1588 su vida ha sido un desierto. Ahora está de pie en el centro de la habitación circular, sin apenas respirar por miedo a estallar de la emoción. Siempre ha sido propensa a sentirse abrumada por sus emociones incontenibles, pero sola por primera vez en este lugar, quiere estar despejada y tranquila. Ha logrado abrirse paso hasta la torre y subir las escaleras de caracol que conducen a la biblioteca del piso superior. La viuda y la hija ya deben de haberse despertado y probablemente estarán buscándola. Espera que crean que ha salido a dar un paseo. Por fin se encuentra en el lugar que lleva tanto tiempo imaginando; nada menos que once años. Recuerda cómo solía visualizarlo cuando estaba lejos de él, pero no está segura de si él estuvo alguna vez en ese estudio en su imaginación. Era como si estuviera allí, pero no como una persona de carne y hueso en un lugar concreto. Percibía su presencia dentro de la habitación, pero en su fantasía veía todo a través de los ojos de él, de modo que nunca lo veía. No podía; veía lo que él veía. En el estudio imaginado con todo detalle se convertía en él.

Ahora está aquí realmente, viendo todo lo que hay que ver, y ninguna otra presencia altera el aire. El estudio está vacío si no es por ella, que está en carne y hueso, inhalando el olor a madera de las vigas, y contemplando la luz que entra a raudales por las tres ventanas y que cae en franjas a través de la umbría habitación de la torre, notando el frío de las curvadas paredes de piedra que hay detrás de las estanterías que la rodean, y el aire del amanecer en las mejillas. Sólidas, presentes, reales, ni la habitación ni ella son fantasmas. Está aquí. Por fin.

Sin embargo, no parecía muy diferente de la habitación imaginada. La mesa y la silla estaban colocadas exactamente como sabía que las encontraría, contra la única pared recta, y alrededor de las demás paredes curvadas, desde el suelo hasta el techo, había cinco estantes desbordantes de manuscritos y libros encuadernados en cuero labrado o en papel vitela de color blanco, tumbados unos encima de los otros o erguidos lado a lado, con el lomo hacia fuera al estilo moderno. Las tres ventanas que había en el otro extremo de la habitación, a la izquierda, a la derecha y casi enfrente de la mesa, dejaban entrar la luz temprana y radiante del Sur que entrecruzaba el espacio circular con tres brillantes haces dorados, creando rombos verticales llenos de motas destellantes que danzaban frenéticas. Al otro lado de las ventanas, tres pisos más abajo, las gallinas cloqueaban y picoteaban el suelo seco del corral, y un jardinero examinaba los arbustos buscando brotes rebeldes mientras otro cuidaba los parterres de hierbas aromáticas. Los repartidores y los criados entraban y salían ruidosamente por la puerta que había al pie de la torre, ocupados en sus asuntos. De pie frente a la ventana de la izquierda, contempló el amplio valle verde que se dominaba desde esa torre, y más allá, las cercanas colinas cubiertas de terciopelo

oscuro que se alejaban hacia el resto del mundo. Se volvió y midió en pasos el suelo enlosado hasta la ventana diagonalmente opuesta, contando en voz alta. Catorce... quince..., sí, dieciséis, si ajustaba el paso a zancadas no constreñidas por las faldas, la delicadeza o la escasa longitud de las piernas. No es que él tuviera las piernas largas. No era un hombre alto. Y sus zancadas no eran delicadas. De modo que había dieciséis pasos. Se quedó satisfecha al comprobar que el estudio era exactamente como él lo había descrito y ella lo había imaginado, con mucho esfuerzo, a partir de su descripción. La palabra perfecta. La imagen perfecta.

Pero, aparte de la minuciosa recreación de ese lugar, durante todos esos años había albergado otra clase de fantasía. Seguía siendo esa misma biblioteca pero estaba animada, ya no era la cuidadosa imagen estática sino más bien una ensoñación en la que los dos estaban juntos como nunca lo habían estado. Ella no veía a través de los ojos de él en esa clase de fantasía vívida, sino a través de los suyos. Y él le enseñaba su lugar especial. Su *solitarium* lo había llamado riéndose en Gournay. Ella no sabía por qué se reía. Cogía un libro para que ella se lo llevara a la mesa y lo hojeara. Se detenía detrás de ella frente a una ventana, con un brazo suspendido sobre su hombro, casi rozándole la mejilla, el dedo índice extendido frente a ella, señalando algo a lo lejos. A ella le llegaba el olor de la manga, el lino fino y limpio, el olor mohoso de la seda pesada. Él la conducía a la pequeña habitación lateral donde un fuego calentaba la piedra alrededor, creando un círculo de cálida luz amarilla que contrastaba con el frío que irradiaban las demás paredes. Luego le hacía bajar por la estrecha escalera de caracol hasta la habitación con una cama donde dormía cuando quería estar solo por las noches.

Ese sueño (a veces era realmente un sueño del que se despertaba) era distinto de la ilusión perfectamente construida de la torre que ella (y, había que reconocerlo, los demás lectores) tan bien conocía sin haber estado hasta ese día. El sueño en que aparecían los dos ya nunca podría hacerse realidad.

Se había levantado temprano y vestido con una descuidada combinación de prendas abrigadoras, enaguas, una blusa camisera, un sencillo vestido de lana y gruesas medias que había sacado sin apenas mirar de su baúl de viaje. Se había recogido el pelo en un tosco moño y encasquetado un gorro de lana sobre los cortos rizos de la frente; se había anudado un chal alrededor de los hombros y echado encima una capa de lana, para ocultar el desaliño y mantener a raya el aire frío de la mañana, y había salido de la casa principal con tanto sigilo como se lo habían permitido sus pesados zapatos, para estar sola en la torre, al menos la primera vez, temiendo por encima de todo que el sueño en que él le enseñaba el estudio se rompiera si las dos mujeres la encontraban a tiempo para acompañarla. Era esencial que estuviera sola en la habitación. Aunque nunca había tenido lugar la escena de los dos juntos en la torre, al menos el estudio se había hecho realidad, y ahí estaba (a diferencia de los demás lectores) de lleno; los ojos que miraban alrededor eran los suyos, ya no se veía obligada a mirar a través de los de él. En el estudio estaba ella, la

demoiselle de Gournay, Marie le Jars.

Apartó un poco la silla de respaldo alto de la mesa, con cuidado de no arrastrarla por el suelo, y se sentó, apoyando los antebrazos en la nudosa madera de roble. Encima de la mesa, alineado con la esquina de ángulo recto, había un ejemplar cerrado de la edición que él había publicado en 1588, sin encuadernar y con las páginas mal cosidas por el lado izquierdo. El lado suelto se abultaba de forma desigual, dejando ver los bordes de las numerosas hojas que había pegado a las páginas, que ella sabía que estaban llenas de rectificaciones y adiciones. No había publicado ninguna obra más después de esa edición, pero desde entonces se había dedicado a revisarla en ese ejemplar sin encuadernar, garabateando con tinta embellecimientos de las palabras impresas en los márgenes del grueso y ondulado papel color crema, y pegando hojas sueltas con nuevos pensamientos donde quería que se añadieran, para preparar la próxima edición. Casi nunca tachaba nada, sólo complementaba lo que ya había escrito. En Picardía ella lo había observado; él le había enseñado su trabajo.

En esos momentos estaba sentada frente al mismo ejemplar que había revisado con ella y que se había llevado consigo a Guyena. Había trabajado en él cuatro años más. La única otra copia con esas correcciones y modificaciones se la había enviado a París su viuda, Françoise, el año anterior. A su muerte, su amigo Pierre de Brach había trabajado en la torre, reuniendo y cotejando los cambios escritos a mano en ese original, y copiándolos de su puño y letra en un segundo ejemplar que ella había recibido. El impresor al que ella se lo había enviado, junto con su recién escrito Prefacio, para publicar la nueva edición póstuma, había destruido la copia de Brach durante la composición. Ese volumen sin encuadernar que tenía ante sí, lleno de diminutos garabatos y trozos de papel pegados, era el único testimonio que quedaba de las intenciones de Montaigne.

No acercó el libro hacia ella ni lo tocó. Ya habría tiempo. Se irguió en la silla, apoyando las palmas en los profundos surcos de la vieja mesa, y recorrió con la mirada la biblioteca circular. Respiró en la quietud con cautela, habitando todo el espacio, oteándolo, abarcándolo todo, el mundo entero de más allá. Al cabo de un momento recostó la cabeza en la madera pulida de la silla y miró el techo.

«*Homo sum humani a me nihil alienum puto*», leyó en una viga transversal que había sobre su cabeza. «Soy un ser humano, nada de lo humano me es ajeno», tradujo. Volvió ligeramente la cabeza hacia la izquierda. «No sé nada», grabado en una de las dos grandes vigas longitudinales. A la derecha, en la otra viga que se extendía a lo largo de la habitación: «*ludido alternante*», «El juicio va y viene», interpretó. Luego reinterpretó: «La opinión cambia». Dejó vagar la vista por las vigas que había más allá de la mesa: «No defino nada...». «No comprendo...». «Me contengo...». «Examino...».

La biblioteca de su padre.

La biblioteca de su *otro* padre fue el tesoro más grande que podría haberle dejado. No es que se la dejara a ella en particular. ¿Quién dejaría una biblioteca a una niña de doce años? Era propiedad legal de su madre, mantenida en fideicomiso hasta que Charles fuera mayor de edad. Pero Marie se la apropió y a nadie, salvo a su madre, le importó. No era la suntuosa biblioteca de miles de volúmenes que había reunido su padre adoptivo, pero era bastante completa. Había unos doscientos libros, además de una silla, una mesa y un atril, en una pequeña habitación antes en desuso del primer piso del *château* de Picardía. Guillaume le Jars —*ese* padre— no leía mucho. La biblioteca sólo obedecía a una pose. Era algo que debía tener todo caballero de buena cuna. De modo que cuando, gracias a sus esfuerzos como tesorero de la Corte, se convirtió por fin en caballero con recursos y tierras (Marie tendría tres o cuatro años), dio instrucciones de que le compraran los títulos básicos de la biblioteca de un caballero y se los enviaran al *château*, su recién adquirida propiedad en Gournay-sur-Aronde.

Marie dudaba de que hubiera encontrado mucho tiempo para leer antes de su muerte, que tuvo lugar ocho años después. Su vida en París estaba ocupada de la mañana a la noche en mantener y mejorar su posición en la Corte, y seguir el ritmo de la alta sociedad. Compraron los libros y los llevaron a la habitación de Gournay que él había hecho cubrir de estanterías. Tal vez tuviera intención de jubilarse allí y leerlos cuando llegara el momento, como había hecho su *otro* padre. Pero lo más probable es que se imaginara cazando y cenando con los vecinos, y discutiendo con los campesinos que se habían otorgado a sí mismos el molesto derecho de usar sus terrenos como pasto para el ganado. Tal vez habría viajado de vez en cuando. Sin duda esperaba llevar la vida regalada de un caballero terrateniente, suponiendo que las guerras interminables e incesantes siguieran manteniéndose alejadas de Picardía. Pero alguna vez se habría retirado a su habitación de lectura y hojeado uno de sus volúmenes, o, sentado a la mesa, se habría quedado mirando las páginas de un libro abierto mientras repasaba la vida que era la única que tenía. Pero antes de que eso ocurriera murió de forma bastante inesperada, desplomándose sin razón aparente en la rue Royale camino de alguna misión al servicio del Rey.

Marie ya había descubierto la biblioteca de su padre durante las visitas que había hecho de niña a Picardía. La habitación que nadie utilizaba, llena de tomos polvorientos que esperaban en silencio como príncipes dormidos a que un lector abriera con un crujido sus cubiertas de cuero y pusiera en libertad las palabras laboriosamente impresas para que fluyeran hacia el mundo y hacia una mente preparada. Era el único lugar donde la niña tensa y nerviosa se sentía a gusto y tranquila. Se apropió de la habitación, y hasta que cumplió los doce años, cada vez que fue a Gournay se perdió en ella, ajena a los gritos de su madre y de los criados que la llamaban para que hiciera algo útil. En lugar de ayudar, Marie habitaba en la biblioteca de su padre y empezó a aprender a desear lo imposible.

En estos momentos estaba sentada en la biblioteca mucho más suntuosa de su padre adoptivo. Desde que había muerto pertenecía a su viuda. Cuando la viuda muriera la biblioteca pasaría a ser propiedad de la hija carnal. Como su verdadero padre, Montaigne no había dejado nada a Marie. Decían que le había escrito una carta en su lecho de muerte, pero ella nunca la había recibido. Lo que por fin llegó fue la copia de la edición de 1588 corregida que había preparado Pierre de Brach, con una petición de la viuda, Françoise, de que mademoiselle de Gournay buscara una editorial en París para publicarla. Dentro del paquete que, a diferencia de la carta escrita en el lecho de muerte, sí había llegado, estaba también el manuscrito de la única obra de ficción que Marie había escrito, la novela que le había enviado a él después de su visita: *Le proumenoir de Monsieur de Montaigne* [El paseo de monsieur de Montaigne], que él nunca le había devuelto. Sobre el que nunca le había escrito una palabra. Ese manuscrito estaba dentro del paquete, junto con las últimas correcciones que había hecho el gran hombre a su obra. Lo habían encontrado entre sus papeles, escribía la viuda en la carta que lo acompañaba, e imaginaba que querría recuperarlo, y si sería tan amable de buscar una editorial para publicar una edición póstuma de la obra de su difunto marido, ya que sabía lo mucho que ella la admiraba y, estando en París, tendría oportunidad de localizar las imprentas más fiables, lo que sería un gran servicio para su difunto marido y para ella. Firmaba «Françoise de la Chassaingne, madame de Montaigne».

Así debía ser. La hija adoptiva, y no la viuda ni la hija natural, había de erigirse en guardiana de la obra, manteniendo viva su memoria como sólo ella era capaz de hacerlo. Sentada ante el escritorio de su padre, en su biblioteca, Marie le Jars de Gournay comprendió que aquello tan imposible que hacía tanto que anhelaba se había convertido, después de todo, en la obra de su vida.

Guillaume le Jars dejó a su familia en una situación holgada cuando murió en 1577, pero su fortuna sufrió de modo catastrófico con las continuas e interminables guerras entre los católicos y los hugonotes cuando subieron vertiginosamente los impuestos y dejaron de pagarse las pensiones, desmantelando con ello la seguridad y el orden establecido. Tres años después de la muerte de Guillaume, la familia de Mane se marchó de París para instalarse en Gournay, donde la vida resultara menos difícil y bastante menos cara para una viuda con seis hijos.

Marie echaba de menos a su padre y las contadas ocasiones en que había estado en su presencia en la casa de París. Le había parecido un hombre amable, meticulado y, a sus ojos infantiles, increíblemente inteligente y lleno de comprensión del mundo. A los doce años lamentó perder la oportunidad de conocerlo más, pero a los quince perderlo a él no fue nada comparado con la pérdida de París. Era el luminoso centro del mundo, donde todo estaba a su alcance y las posibilidades parecían ilimitadas cuando observaba a los hombres y a las pocas mujeres que pasaban con resolución por la calle, como si todos supieran exactamente adónde ir y qué hacer. Ella siempre trataba de imaginarse a sí misma libre de las restricciones de la niñez, uniéndose a ellos y discutiendo con vehemencia en los salones de moda, que sin duda eran el destino de esas resueltas personas de ojos vivos, donde la sabiduría y el ingenio iban y venían como pelotas de tenis lanzadas al aire. Saltaba a la vista, por el modo en que se conducían con su ropa elegante, la capa garbosamente colgada sobre los hombros, el sombrero ladeado y los zapatos de hebilla bien lustrados, que sabían todo lo que importaba saber sobre estar vivo. Su comprensión brillaba en su mirada concentrada y segura. No se refería a las madres, los niños y los criados, con los que pasaba la mayor parte del tiempo, sino a los demás, los que, libres de cargas, resplandecían con la posesión de un mundo de conocimientos que parecían enormes y misteriosos, y al mismo tiempo *al alcance* de una niña. Y justo cuando parecía casi a punto de descubrir cómo unirse a ellos y ofrecerse como aprendiz, la decisión de su madre de dejar París significó el destierro de todas esas promesas. Se quedó consternada, como lo habría estado en los últimos momentos de conciencia, con el repentino final de su vida que iba a suponer mudarse de modo permanente al château de Gournay-sur-Aronde, rodeado de un foso que estaba a su vez rodeado de una interminable extensión de granjas, bosques, campos y caminos de tierra. La campiña. Cuando su madre le comunicó la decisión de convertir Picardía en su hogar en lugar de París, su brillante porvenir se sumió en la oscuridad. Se negó a trasladarse berreando y tirándose al suelo, dando patadas a todo el que se acercara. Tardó horas en dejar de llorar y días en volver a dirigir la palabra a alguien. Fue el peor arranque de cólera que su madre había visto en su temperamental hija mayor. Aun así, la decisión era para bien.

Gournay se encontraba a un día entero de París en carruaje y mientras avanzaban traqueteando detrás de los carros cargados con sus enseres domésticos, Marie, pálida como el lino, con los ojos hinchados del llanto de la noche anterior por su amado

París, observó cómo desaparecía detrás de ella el mundo vivo, con el chapitel de la Sainte Chapelle y las torres de Notre-Dame, hasta que finalmente dejó de verse el último reducto civilizado, la catedral de Senlis, y se adentraron en las sombras del enorme bosque de Saint-Christophe. Cuando, después de lo que parecieron horas de profunda penumbra verdosa, salieron por fin a la luz del día, se encontraron con la gran nada verde y marrón de la campiña. Continuaron por la carretera sin nada que ver a los lados aparte de los puñados de casas de campo, que apenas merecían el nombre de aldeas, y la *naturaleza*: tierras cubiertas de vegetación, campos cultivados, ríos, matorrales, árboles, animalillos que se escabullían ante ellos, aves que graznaban advertencias desde las ramas, un sol abrasador en un cielo azul sin sentido, piedras, polvo... hasta que llegaron a su destino, Gournay, en donde no se veía ningún palacio o catedral. No había tiendas ni calles elegantes, ni salones famosos en regias mansiones donde se reunían los cortesanos y los intelectuales para hablar de filosofía, poesía y quién hacía o decía qué. El ajetreo en aquel lugar desierto adquiría forma de trabajo duro en los rostros curtidos y azulados, y en los cuerpos gruesos y encorvados de los campesinos, en sus voces ásperas como graznidos de cuervos que eran transportadas por el aire despejado. Sólo se veía gente en grandes cantidades cuando segaban las cosechas en otoño o se gritaban unos a otros los días de mercado. Ese lugar, ese mundo provinciano, estaba desprovisto de todo lo que importaba a Marie en la visión de su futuro. La esperanza se extinguió.

Marie era una joven airada y hosca cuando se mudaron a Gournay. Pero no se trataba sólo del repentino enfado provocado por el cambio de circunstancias; también se había alojado en su interior una ira de lento crecimiento, no recordaba cuándo, una burbuja en expansión que se llenaba poco a poco de furia y que sólo se manifestaba al mundo en su pequeña boca fruncida y curvada hacia abajo, y en sus feroces ojos saltones con las pupilas como tensos nudos negros. Marie no paraba de hablar con amargura de su vida anterior a Gournay cuando no veía pasar por una ventana el mundo parisino. Su existencia diaria estaba dedicada a la preparación de su futuro bajo la dirección de su madre, Jeanne. Las hijas se casaban. Nacían para casarse. Muy de vez en cuando una belleza sublime deslumbraba a un pretendiente impidiéndole ver que no tenía fortuna ni apellido, pero Marie, y así se lo había recordado su madre desde una edad temprana, no poseía tal cualidad. El apellido Le Jars era antiguo y respetable, pero no lo bastante para compensar una dote que ya habría sido muy modesta aun antes de que la muerte de su padre los dejara en apuros. Los préstamos a la Corona no se devolverían mientras las guerras siguieran mermando las arcas del país. Había que financiar las carreras de sus dos hermanos y casar a sus tres hermanas pequeñas. Las jóvenes de su posición, insistía Jeanne cuando Marie no sobresalía en las tareas domésticas, debían ser amas de casa habilidosas si no querían acabar en el otro único lugar donde las acogerían: el convento. Una madre tenía el deber de aceptar la realidad acerca de sus hijos. Parecía que la más joven, Léonore, iba a tomar

el hábito. Era tan poco agraciada como su hermana mayor, pero más tranquila, una joven que sólo soñaba con desposarse con Cristo. Dadas las circunstancias, era una bendición. Era una salida respetable y Jeanne no podía esperar nada mejor para ella. Tenía sus ambiciones puestas en sus otras hijas. Madeleine y Marthe se casarían. Eran jóvenes que valían y podría hacer algo con ellas cuando fueran lo bastante mayores para presentarlas en sociedad. No eran grandes bellezas, pero tenían aspiraciones y realizaban de manera eficiente sus tareas domésticas. Tal vez hicieran alianzas adecuadas que engrandecerían el apellido.

Pero mucho antes de que muriera Guillaume, Jeanne había dado a su hija mayor casi por un caso perdido. No tenía talento para nada de lo que se esperaba de una mujer. Ninguna tarea doméstica se le daba bien de forma innata. Sus manos, grandes y torpes, no estaban hechas para los delicados y laboriosos trabajos en los que podían distinguirse las mujeres. Se movía con nerviosa torpeza, apartando la mirada cuando corría el riesgo de establecer contacto ocular con alguien. Siempre había que deshacer sus bordados y costura, y por mucho que se le enseñara con paciencia la longitud de las puntadas y el resultado deseado, ella repetía la labor de forma tan desmañada que no se parecía en nada al modelo ni guardaba proporción con las puntadas originales de la prenda que zurcía. La planificación y preparación de las comidas le aburría, y no le interesaba la combinación de sabores delicados o aromas especiados. Comía con total indiferencia lo que le servían en el plato. No bailaba a pesar de su asistencia obligada a las clases de baile con el profesor que su madre había contratado. No cantaba, pues tenía una voz desafinada e insulsa que, de todos modos, no habría deleitado a nadie. Aun así Jeanne insistió en enseñar a su hija mayor a llevar un hogar, a planear presupuestos, a ocuparse del aprovisionamiento y el combustible, y a dar instrucciones a los criados y supervisar su trabajo. Le indicó cómo debía vestirse para sacar el mejor partido de sí misma sin excederse en gasto ni en extravagancia. Le explicó todo lo que necesitaba saber sobre la concepción, alumbramiento y crianza de los hijos. ¿Qué más podía hacer con una chica poco agraciada que no mostraba el más mínimo interés en consagrar su vida a Dios?

A Marie le resultaban insoportables las lecciones de su madre. Tenían discusiones espantosas en las que salía corriendo de las habitaciones, gritando: «¡No pienso hacerlo! Me da igual. ¡No quiero casarme! ¡Déjame en paz!». Su voz a menudo alcanzaba el tono más alto y se quebraba.

La biblioteca de su padre en Gournay era el único lugar donde escapar del presente y el futuro predestinado. Se escabullía por la puerta de paneles oscuros a cualquier hora del día o de la noche, cuando lograba huir de las clases para convertirse en una buena esposa, ama de casa y madre. Bastaba con que Jeanne o uno de los criados apartara los ojos un segundo de ella para que desapareciera. Y, curiosamente, a pesar de que la llamaban a gritos cada vez más indignados y subían sin aliento las escaleras buscándola, al llegar a la biblioteca sólo abrían la puerta, la llamaban una vez más y esperaban un momento antes de cerrarla detrás de ellos y

renunciar a la búsqueda. Marie siempre estaba allí, medio encogida en una silla o tumbada en el suelo detrás de la mesa que había debajo de la ventana polvorienta, con un libro o un manuscrito delante, donde no pudieran verla desde la puerta. Ellos sólo entraban, la llamaban y salían.

«¿Mademoiselle Marie? ¿Dónde está? La esperan en la cocina».

«Marie, ven aquí inmediatamente. Tienes trabajo que hacer. Ni se te ocurra esconderte».

Y a continuación un silencio, esperando una respuesta. «Estoy aquí, ya voy...». Pero ella nunca respondía, el silencio se prolongaba y terminaba en un suspiro impaciente, seguido de un portazo y pasos que se alejaban por las escaleras. Sin embargo, tenían que saber que estaba allí, que la biblioteca era su lugar en el mundo, ese rincón especial donde siempre quería estar. Seguramente lo sabían. «¿Qué hay en esa habitación llena de palabras que tanto te gusta?», le preguntaba a menudo su madre furiosa, sin esperar siquiera a que su hija le diera una respuesta.

Fue la pregunta de su madre, para la que no quería respuesta, lo que llevó a Marie a cuestionarse qué era realmente lo que tanto le atraía de ella. Los primeros años casi no sabía leer, pero maltrataba los volúmenes que podía alcanzar pasando sus páginas, oyéndolas crujir e inhalando el olor del papel, tan parecido al del algodón, casi como su camisa recién lavada pero más acre, y el del cuero, especiado e intenso como el de un caballo salvaje domesticado. Deslizaba los dedos por las cubiertas repujadas de piel de becerro, palpando las ondulaciones y las partes lisas. Pasaba las páginas, el rígido papel tejido lleno de marcas de tinta que poco a poco se separaban convirtiéndose en palabras reconocibles, luego en frases, hasta que por fin, de forma tan gradual que nunca supo cuándo ocurrió, toda la existencia y el significado del libro se volvió claro. De modo que al principio no había sido una habitación llena de palabras, como había descrito hermosamente su madre, sino de objetos que no tenían otro lugar en el mundo. Una vez contó hasta doscientos. Examinaba las cubiertas, miraba las ilustraciones, pasaba las páginas. Al principio eran objetos que proporcionaban placer a todos sus sentidos. Juguetes. Luego algo más. Objetos con una función. Una habitación llena de palabras, llena de frases, llena de significados que sólo ella podía interpretar.

La biblioteca se convirtió en el único lugar del mundo que quería explorar. Empezó a asociar los libros con algo más que un placer sensual. Bajaba tomo tras tomo, y cuando encontraba algo escrito en francés, que era el idioma que le habían enseñado, empezaba a leer, al principio de forma dispersa, aquí y allá, de libro en libro, como la danza de una abeja sobre un arbusto con flores, luego de un solo libro empezando por el principio, formándose el concepto de que cada uno era una entidad aparte dedicada a un interés particular. Hasta llegar a comprender que detrás de cada libro había una mente. Que un libro era un objeto lleno de los pensamientos de una sola persona que había vivido o vivía en la actualidad. Pensamientos guardados entre cubiertas de cuero, siempre listos para que otra mente los explorara. *Sus*

pensamientos iban y venían, nunca sabía adonde iban a parar. En cambio en un libro se encerraban los pensamientos de una persona para que otra pudiera considerarlos, apropiárselos, examinarlos, disfrutarlos, darles vueltas y acudir de nuevo a ellos otro día, mes, año, para considerarlos una vez más. Marie aprendió que los libros eran cajas de pensamientos atrapados en la escritura, reunidos por una raza especial de seres llamados escritores. La respuesta a la pregunta de su madre llegó a ser tan extensa que era imposible enunciarla. Simplificando, habría dicho: «Las palabras... no... la escritura... tampoco, los escritores era lo que tanto le gustaba de esa habitación llena de palabras». Pero cuando tuvo la respuesta, su madre ya no quería saberla y no se habría quedado nada impresionada con ella.

Algunos de los libros eran incomprensibles, aun después de haber aprendido a leer. Abriendo volumen tras volumen, descubrió que las letras seguían danzando sin sentido como si fuera analfabeta. Fue un duro golpe para ella, y la cólera que sintió al averiguar que la biblioteca seguía ocultándole secretos fue intensa. Ella no sabía latín. A nadie le había parecido una herramienta necesaria para una niña. Deletreó un título: *E-n-e-i-d-a*. Un día encontró en otro estante otro ejemplar con el mismo título y se preguntó por qué había dos. Cuando lo bajó, vio que sólo el título estaba en latín, el resto era francés. Lo leyó, y en lugar de devolver la versión latina al estante y olvidarse de ella, tuvo una idea. La traducción era algo desconocido para ella, pero si era posible coger un libro y trasladar sus palabras a otro idioma, cada palabra debía de tener su equivalente en ese idioma, en todos los idiomas. Se imaginó que el latín era un código, como los que sus hermanas se inventaban a menudo para evitar que los adultos o ella misma se enteraran de sus cosas. El latín era una escritura secreta cuya clave podía haber descubierto. Si los dos libros eran iguales, aparte del lenguaje en que estaban escritos, y los leía comparándolos palabra por palabra, frase por frase, podría aprender latín ella sola. Registró los estantes y encontró varios libros más en ambos idiomas. Tal vez no era hábil para las tareas domésticas ni había sido dotada de atractivo físico, pero poseía perseverancia y un firme deseo de comprender todo lo que estaba escrito o impreso entre cubiertas. Sin saber la dificultad de la solitaria tarea que se había impuesto, se limitó a ponerse manos a la obra y no se detuvo hasta que, muy despacio y después de muchos años de esfuerzo, llegó a leer e incluso escribir en latín con bastante fluidez. Era un juego, una misión, un maravilloso e interminable enigma que resolver, como podía serlo para otra joven preparar una comida suculenta, hacer un bordado complicado o llevar a la perfección un hogar. Marie vivía en la biblioteca de su padre de todas las formas posibles. Era su aliento, el latido de su corazón, y, cuando se trasladó a Gournay de forma permanente, se convirtió en su París, con todas sus ilusiones y sueños.

Las horas que la biblioteca robó a la juventud de Marie en Gournay fueron una preparación, aunque tardaría quince años en averiguar para qué. Aparte de sus exploraciones librescas en el estudio de su padre, nunca le había ocurrido nada

relevante cuando cumplió dieciocho años. Y todo apuntaba a que no iba ocurrirle nada, o eso temía su madre. Ni el matrimonio ni la piedad parecían despertar el interés de su hija mayor, que seguía siendo decididamente inepta para la única posibilidad que le quedaba de llevar una existencia útil: ser lo bastante competente para ocuparse de las tareas domésticas cuando Jeanne envejeciera. Pero a los dieciocho años su hija mayor bien podría haber tenido todavía once, a juzgar por los avances que había hecho hacia una existencia mundana funcional. Se había hecho mujer en el sentido de que su cuerpo estaba preparado para cumplir sus funciones: menstruaba con regularidad cada mes, y su torso y sus extremidades desmañadas, angulosas e infantiles se habían redondeado algo. La barbilla estrecha y puntiaguda, y las mejillas más llenas daban a su cara una forma de corazón que casi suavizaba la agudeza de su severidad infantil, y a cierta luz se la veía, si no hermosa, al menos llamativa. Pero sus redondos ojos negros eran demasiado saltones, su nariz excesivamente contundente sin ser clásica, y su boca muy pequeña, con los finos labios demasiado apretados desde todos los ángulos. Aunque distaba de ser hermosa, su falta de atractivo era ligeramente mitigada por la momentánea suculencia de su paso por la juventud. Pero siempre se la veía tensa. Incluso cuando sonreía, había recelo en las comisuras de sus ojos y cierta ambigüedad en la curva de sus labios que podía interpretarse fácilmente como desdén. Cuando no sonreía, que era la mayor parte del tiempo, sus facciones se contraían en el centro de su rostro en una nublada preocupación que rayaba en malhumor. Habían empezado los preparativos de los esponsales de Madeleine con lord de Bouvray, una alianza más que satisfactoria, pero había sido muy difícil reunir la dote, y Marthe, dos años más joven que Marie pero mucho más agradable y competente, tardaría mucho en buscar marido. De modo que a la hija mayor y a la pequeña, Léónore, sólo les quedaba el convento.

Eran pocos los libros de su padre, incluidos los escritos en latín, que Marie no había leído ya. Sus progresos con el griego eran más lentos (su tío Louis la había ayudado a entender los caracteres insondables cuando iba de visita), pero no tenía ninguna prisa. Cuanto más leía y más latín sabía, más se convencía de que era posible disfrutar de una buena y satisfactoria vida en compañía de los libros. Cualquiera de las otras posibilidades que se abrían ante ella suponía una interrupción de sus lecturas. Tomar el hábito las interrumpiría de forma permanente. Las monjas eran menos libres que los niños para esconderse en un rincón y leer lo que se les antojara. El matrimonio también supondría una interrupción. ¿Qué momento tenía su madre para leer, aun en vida de su marido, en el supuesto de que hubiera visto la lectura como una forma útil de emplear el tiempo? La vida de una viuda, al cuidado de una casa y de los hijos, ocupaba todas las horas del día, aunque Marie no atinaba a comprender por qué, y un marido vivo la interrumpiría aún más. Decidió no ser ni monja ni esposa. No veía nada malo en limitarse a leer libros. Pero ¿podía una mujer adulta disfrutar de una vida dedicada a la lectura? En otras palabras, ¿existía en el

mundo un estilo de vida así? Según su madre, incluso leer en los ratos libres era una pérdida de tiempo, y nunca había oído hablar de nadie que viviera sólo leyendo libros. Si existía alguien, y le costaba imaginarlo, seguro que no era una mujer. Aun así, cuanto más pensaba en ello, menos motivos le parecía que tenía para no intentarlo. Salvo la cuestión monetaria. Habiendo renunciado a un marido, una casa y una vocación religiosa, sólo unos ingresos demasiado limitados podían impedirle llevar tal existencia. Andaban muy justos de dinero en esos momentos, con los preparativos de la boda de su hermana y la dote. Marthe también necesitaría una. La carrera militar de Charles en Italia ya estaba costando mucho y Augustin seguía siendo un crío cuyo futuro habría que financiar. Después de cubrir los gastos de mantenimiento del château, quedarían muy pocos de sus recursos siempre menguantes para mantener a una mujer soltera y su vida de lectora. Pero ¿qué necesitaba ella? Comida, ropa, un techo. No tenía ningún interés en atuendos sofisticados ni en comida refinada, y prescindiría de viajar innecesariamente siempre que se encontrara en el lugar adecuado. ¿Por qué no podía llevar una vida frugal leyendo libros, traduciéndolos y pensando en ellos? Por supuesto, no era y, si se quedaba en Gournay sin casarse, nunca sería lo bastante elegante para tener su propio salón literario o asistir siquiera a alguno de París de los que tanto había oído hablar, donde los pensadores del momento acudían a discutir y poner en común sus ideas.

Cuando su tío Louis se enteró del interés de Marie por los libros, empezó a hablarle de la erudición de Catalina de Médicis y Margarita de Valois, y de sus salones a los que iba *todo el mundo*. María Estuardo había compuesto una plegaria en latín y la había recitado delante de toda la Corte con sólo catorce años. De modo que las mujeres podían ser eruditas y dedicarse a hablar de libros y a escribir, cuando no llevar una silenciosa existencia en una biblioteca. Era cierto que sólo había oído hablar de reinas y princesas con séquitos y grandes fortunas que lo conseguían, pero si ella estaba resuelta a pasar con tan poco, y a contentarse con leer y reflexionar en silencio sin más compañía que la suya, en lugar de discutir sus ideas con la élite de París, después de hacer frente a las dotes de sus hermanas y a las carreras de sus hermanos, quedaría suficiente dinero para que llevara una vida modesta, con los libros como único gasto, en unas humildes habitaciones de un barrio poco elegante de París, sin que la interrumpieran las obligaciones domésticas o religiosas. ¿A quién podía importarle? ¿Qué la detenía?

Pero sólo era un sueño. No había ningún precedente en ningún rincón del mundo social en el que había nacido. Aunque podía imaginar esa existencia, el hecho de no saber de nadie que la hubiera llevado antes hacía que pareciera muy improbable alcanzarla. ¿Por qué iba a ver ella realizados sus deseos? ¿Acaso bastaba con desear para hacer realidad lo imposible? Se dijo que no. No había pruebas en ninguna parte de su mundo, ni siquiera en los libros que había leído, de que bastara con soñar con algo para que se cumpliera. Y sin embargo el sueño era cautivador. ¿Por qué soñaba tan vívidamente con ello si no estaba destinada a experimentarlo? El solo hecho de

que acudiera a su mente un pensamiento tan insólito debía de ser indicativo de su necesidad y su capacidad para llevarlo a cabo. El pensamiento persistió, aunque sabía que no debía mencionarlo a su madre, quien habría verbalizado horrorizada los mismos temores de que no era posible llevar esa vida y llegado inmediatamente a un acuerdo con el convento.

En Gournay recibían pocas visitas, pero de vez en cuando iba a verlos el hermano de su padre, Louis le Jars, llevando consigo el olor del sofisticado mundo literario de París que tanto anhelaba Marie. Era secretario de la Corte de Enrique III pero también dramaturgo, uno de esos reconocidos e incluso justificados en el mundo por las palabras que plasmaba en papel. Sus obras de teatro se representaban. La gente pagaba para verlas. Ésos eran los que se dedicaban no sólo a leer, sino también a escribir lo que otros leían, *para ganarse la vida*. Marie había tardado sorprendentemente mucho tiempo en comprender que algunos de los libros que había leído estaban escritos por personas de carne y hueso, y que a esas personas se les llamaba escritores, como otras se llamaban esposas o monjas, y algunas (los escritores, no las esposas ni las monjas) hasta cobraban por sus esfuerzos. Los libros costaban dinero, ella lo sabía mejor que nadie; ¿recibían una remuneración a cambio quienes los escribían? Aristóteles y Ronsard, Plutarco y Erasmo escribieron, eran escritores como su tío Louis. Escritores de profesión. Habían dedicado y dedicaban tiempo a estudiar manuscritos y a poner por escrito sus ideas y pensamientos. Lo que escribían se daba a la imprenta. La gente compraba sus libros y discutía sobre lo que leía en ellos, incluso esperaba a que se publicara el siguiente volumen de los escritores que todavía estaban vivos. Detrás de las palabras que había entre las cubiertas de los libros que ella leía había gente de carne y hueso. Todos eran hombres, que ella supiera, excepto una tal Christine de Pisan que, según le había dicho tío Louis, había escrito hacía más de cien años y no era ni monja ni princesa, aunque en la biblioteca de Gournay no había ningún ejemplar de su obra.

A Louis le hacía gracia su sobrina y sus excentricidades. Desde que había descubierto su pasión secreta por la lectura, siempre que iba de visita le llevaba un libro de poesía o la novela más en boga, para consternación de Jeanne, quien protestaba: «Un manual del hogar habría sido más útil». El tío Louis disfrutaba contando a Marie anécdotas de su vida en París a las que ella respondía con singular excitación. Había sido amigo de Ronsard y conocido a otros poetas de la Pléiade, y le llevaba los últimos tomos de su poesía. Con disimulo, cuando su cuñada no andaba cerca para reprenderlo, le explicaba quién decía qué, en qué salón y, aunque tenía poco interés para Marie, cómo iban vestidos cuando lo decían. Ella escuchaba y asimilaba todos los matices, como un animal joven que aprende a distinguir los olores que flotan en el aire, pero también se angustiaba al pensar que nunca podría estar entre ellos en las calles y los salones de París, asentir a D'Aubigné, cruzarse por la

calle con Giordano Bruno que estaba de visita, ver la última obra de teatro de Garnier o comprar la nueva recopilación de versos de De Baïf. A los dieciocho años, y tan lejos como era posible estar de asentir, cruzarse, ver o comprar nada, odiaba Gournay, pese a la mejora que la biblioteca había supuesto en su vida. Era su prisión, la torre a la que ningún príncipe iría nunca a rescatarla. Por las noches, ya acostada, se imaginaba volviendo a París con su tío Louis, pero pese a lo inútil que era en los asuntos domésticos, era impensable que le permitieran irse de casa o que él quisiera hacerse cargo de una sobrina no casadera que ni siquiera era capaz de hacerle la vida más comfortable.

Aquella primavera de 1584 Louis pasó unas semanas con ellos y llevó a Marie dos volúmenes de una obra que había estado tomando impulso los dos últimos años entre los sectores más cultos de la sociedad. Le explicó que comprendían lo que el autor había dado en llamar «ensayos»: intentos, tentativas, pruebas, era difícil definir ese término en su nuevo concepto literario. Los textos que componían los dos volúmenes no eran poéticos, ni polémicos, ni retóricos, pero, fueran lo que fuesen, eran extraordinariamente interesantes.

«Es diferente a todo —susurró Louis sonriendo con complicidad—, por no decir poco apropiado en algunas partes para la delicada mente de una joven soltera. Pero no se lo digas a tu madre, ¿de acuerdo?».

Marie le dio las gracias con una sonrisa incómoda que, aunque sincera, sabía que no conseguía transmitir su satisfacción y gratitud. Salvo cuando estaba enfadada, parecía haber una brecha infranqueable entre sus sentimientos y lo que lograba expresar su cara. En presencia de otro ser humano, hasta de su tío Louis, se ponía tensa, alzaba los hombros y evitaba todo contacto visual cuando quería mostrar agradecimiento y afecto. Advertía la inexactitud de su cuerpo cuando recibía órdenes y las ejecutaba a su manera impávida y agarrotada. Aun así, detrás de la torpe incomodidad con que había aceptado el regalo, el hecho de que su tío Louis, el dramaturgo de París, el compañero del alma del gran Ronsard, considerara que le interesaría leer lo que estaban leyendo todos los entendidos la llenó de orgullo.

Echó la cabeza resueltamente hacia delante sobre su cuello delgado y, aferrando los dos pequeños volúmenes contra el pecho para protegerlos, se apresuró a llevarlos a la biblioteca antes de que su madre se los quitara diciendo que sólo podría leerlos cuando deshiciera su último bordado y lo repitiera de forma satisfactoria. Se guardaría el regalo de tío Louis para cuando él se hubiera marchado y no tuviera sus anécdotas sobre la vida parisina con que distraerse. ¿Quién sabía cuándo volvería con otros libros y más anécdotas?

Aunque trataba de no hacerlo, últimamente le había dado por pensar que llegaría un momento en que habría leído toda la biblioteca de su padre dos o tres veces. ¿Era posible que, después de tantas lecturas, la perspectiva de empezar una vez más por el principio no la inundara de placer anticipado sino del mismo aburrimiento mortal que las instrucciones de su madre para organizar la cena de la noche siguiente? En ese

instante le parecía impensable que pudiera cansarse de sus libros, pero cada vez que terminaba un volumen y lo devolvía a la estantería por segunda y tercera vez, empezaba a verlo menos absurdo. Un nuevo libro aumentaba las posibilidades de llevar una vida de lectora y le permitía rechazar la alarmante idea de agotar su biblioteca. Podía encargarse nuevos libros en París, pero el precio era elevadísimo y su madre nunca lo hubiera permitido, aunque ella habría empleado encantada su dote en libros en lugar de en un marido o en ese otro lugar seguro en el mundo, el convento. Se esforzaba por no pensar en el aterrador momento en que ya no querría releer los libros que tenía, y se decía que siempre se contentaría con tener su rincón en la biblioteca (seguía acurrucándose en el suelo detrás de la mesa, a pesar de sus dieciocho años) y páginas que pasar. Un nuevo libro era el mayor de los tesoros.

En el mundo que había más allá de los salones de París y el château de Gournay, habían vuelto a estallar las guerras entre las viejas y las nuevas religiones después de una tregua. Las ciudades eran sitiadas y las batallas devastaban el campo, matando y empobreciendo a los habitantes del campo y la ciudad por igual. Milagrosamente, al menos de momento, Picardía seguía tranquila en medio de los conflictos, pero era poco probable que se mantuviera inmune a la peste que empezaba a asolar el sur de Francia y abrirse paso hacia el Norte. Un motivo más para quedarse donde estaban, viviendo dentro de los muros protectores y provincianos del château.

Marie había empezado a traducir a Virgilio. Jeanne, envejecida y preocupada por los preparativos de la inminente boda de Madeleine, animó a Marthe a mejorar sus habilidades domésticas y sociales antes de presentarla en sociedad en París una vez que cesara el peligro de la peste, y permitió que Léonore pasara todo el tiempo que quisiera con las monjas del convento, pese al riesgo que entrañaba respirar el aire del mundo exterior. Pero poco podía hacer por Marie. Louis regresó a París y a la Corte, los salones, los teatros y los escritores, descansado pero impaciente por reencontrarse con el mundo real a pesar de sus peligros. Había llegado el momento de que Marie se ocupara de los libros de la biblioteca y descubriera aquello para lo que la habían preparado todos esos años de devoción a la lectura.

Los dos pequeños volúmenes esperaban encima de la mesa de la biblioteca, uno al lado del otro. Louis los había hecho encuadernar con gusto. De forma sencilla, sin labrados en relieve, sólo piel de becerro teñida, lisa a la vista y suave al tacto, aunque el más leve roce de los dedos detectaba las irregularidades naturales. Marie cogió uno de los libros y lo sostuvo en las manos. Era grueso y bastante pesado, pero no más que su devocionario, y cabía holgadamente en sus manos sin superponer apenas las palmas. Juntándolas como si se dispusiera a rezar, agarró con firmeza el voluminoso tomo y se lo acercó a la cara, y, separando las páginas con los dos pulgares, lo abrió y cerró varias veces, creando ráfagas de aire, el soplo de vida dentro de las cubiertas, que le acariciaron la piel. Volvió a abrir el libro y se lo llevó a la nariz para inhalar el

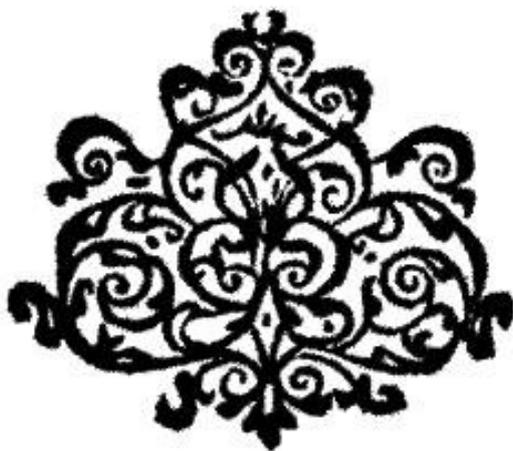
olor a cuero y a papel de estraza. El fuerte olor del papel le golpeó la parte posterior de la garganta, y se hizo más intenso y oscuro en medio del complejo olor del cuero tratado, químico y animal, hasta que por fin reconoció la nota aguda de lo nuevo. Ninguno de los libros de la biblioteca conservaba ese olor. No había nada como la fragancia de un libro recién salido de la imprenta. Después de haber vivido en los estantes al lado y debajo de otros libros, los volúmenes adquirirían el olor de éstos. A vieja biblioteca. Un aroma mucho más intrincado que abarcaba el indefinido olor de haber sido leído. Al haberse convertido últimamente en una parte integral de la biblioteca, un rastro de sí misma se mezclaba con el cuero y el papel, la madera, el polvo y el tiempo. Esperaba que el aroma de los libros se hubiera fusionado para siempre con su olor personal para llevarlo consigo a todas partes. Nunca abría las ventanas de la biblioteca temiendo que escapara, o que la fragancia de la brillante primavera o el otoño, el invierno gélido o el verano tórrido entrara y se uniera al aire del interior, estropeando el precioso olor viciado de la erudición. La biblioteca se había convertido para Marie en un ente vivo y en desarrollo. Poseía una animalidad en la que esperaba fundirse de un modo inextricable. Respiraba y rumiaba, esperaba, y en cierta ocasión, cuando ella era más joven, se había expresado abiertamente. Un día de calor asfixiante, acucillada detrás de la mesa hojeando un pesado libro de mapas, una repentina conmoción en el otro extremo de la habitación la había sobresaltado. Se oyó un fuerte restallido como el de un látigo seguido del golpe sordo de un objeto que cae pesadamente. En cuanto reunió el coraje para cruzar la habitación e investigar, vio una edición en octavo de las *Vidas paralelas* de Plutarco en francés, encuadernada en vitela y abierta boca abajo en el suelo de madera, a unos palmos de la estantería donde había estado. A menos que en la habitación hubiera criaturas fantasmales (una idea que consideró y dejó a un lado para reflexionar más tarde sobre ella), el libro había saltado por sí solo del estante. ¿Había hecho un intento de conseguir la libertad? ¿Había querido que lo leyeran? ¿Había saltado de la estantería empeñado en darse a conocer? Un ejército de espectros no habría estimulado más su imaginación. Dejó salir los fantasmas de su cabeza mientras recogía el libro. Accediendo a sus deseos, se lo llevó a su rincón detrás de la mesa, maravillada de la vida que encerraba aun antes de descubrir la vida de las palabras que había entre sus cubiertas de vitela.

Marie abrió uno de sus libros nuevos y se detuvo en la portada:

ESSAYS
DE MESSIRE
MICHEL, SEIGNEUR
DE MONTAIGNE,
CHEVALIER DE L'ORDRE
du Roy, & Gentil-homme or-
dinaire de sa Chambre,
Maire & Gouverneur
de Bourdeaux.

*

EDITION SECONDE,
reueüe & augmentée.



A BOVRDEAVS.

Par S. Millanges Imprimeur ordinaire du Roy.

M. D. LXXXII.

Avec Priuilege du Roy.

Nadie vio a Marie en lo que quedaba de día. Su madre acabó olvidándose de que la necesitaba, o al menos que había decidido hacerle practicar el arte de ser mujer. Pese a la evidente contrariedad, siempre había cierto alivio cuando Marie desaparecía. Su hosquedad resultaba agotadora, y las acaloradas discusiones eran aún peores. Cuando por fin apareció en el umbral del salón ya era entrada la noche, mucho después de la cena, y hacía más de media hora que resonaba su nombre por los pasillos y las escaleras, para que se reuniera con su madre y su hermana antes de que se retiraran a descansar. Los gritos de los criados al buscarla habían vuelto a encender a Jeanne, que se encontraba despotricando contra una hija mayor que se negaba a asumir sus obligaciones domésticas, sin importarle sus hermanos ni su madre; podían morir de hambre, para el caso que ella les hacía y lo que se esforzaba en ayudar en la casa o en aprender algo útil, o el interés que tomaba en su economía cada vez más precaria, o en las perspectivas de hacer carrera o contraer matrimonio de sus hermanos, por no hablar de las propias. Se hallaba en plena diatriba, expresando incluso viejos resentimientos.

—¿Y dónde estaba ella cuando los campesinos se amotinaron y talaron nuestros árboles ante la prohibición de que sus mugrientas bestias pastaran en nuestras tierras? ¿Recuerdas cómo llenaron el foso y nos amenazaron con palos y hachas? No, probablemente eras demasiado pequeña. Temblamos de miedo por nuestra vida, y ¿dónde estaba ella? En la biblioteca, enfrascada en un libro, como si todos los problemas del mundo le fueran ajenos. Una mocosa que se cree que leer le llenará la barriga y la abrigará, e impedirá que los campesinos la maten.

—Pero, madre, eso fue hace años —dijo Léonore, quien veía la tarea de conciliar lo irreconciliable como parte de su preparación para una vida santa—. Era demasiado joven.

—Sí, fue hace años, y yo estaba aquí aún más joven que ella ahora, con mis hijos pequeños temblando detrás de mis faldas, Augustine y tú apenas caminabais, y tuve que enfrentarme a los villanos. Tuve que apaciguar yo sola a esos animales asesinos. Tuve que llegar a un acuerdo con ellos tratándolos como a iguales. Tuve que perdonarles las sanciones y concederles el derecho a pastar para que no nos asesinaran en nuestro lecho. Sin un marido, no había ningún hombre en la casa para lidiar con ellos. ¿Y quién estuvo a mi lado para apoyarme?

—Lo solucionó de un modo realmente cristiano, madre. Fue muy valiente. Pero Marie era una cría como los demás.

—Ella nunca ha sido como vosotros. *Se encerraba en la biblioteca.* No se asustaba como los demás, ni se agarraba a mí en busca de seguridad. Si hubiera gritado mientras me despellejaban viva, me atacaban y asesinaban, y nos desnudaban y destripaban a todos, esa niña antinatural se habría quedado en esa maldita habitación llena de libros, pasando páginas. Y ya no es ninguna niña. ¿Dónde está? Sigue en la biblioteca. Si no puede casarse, al menos debería cuidar de mí en mi vejez. ¿Acaso sabe cocinar, coser o dar órdenes a los criados, o conoce los remedios

que necesito cuando me pongo enferma? ¿Quién me confortará cuando tú tomes el hábito?

—Ella no es como los demás. Es muy sensible. Estoy segura de que ayudará más cuando yo me haya ido. Además, usted tendrá a Dios, madre, siempre que esté necesitada...

La cólera maldiciente de Jeanne ante la piedad inútil de su hija menor se vio bruscamente interrumpida cuando un grito de ésta le hizo volverse en la dirección de su mirada. Marie estaba apoyada pesadamente contra el marco de la puerta abierta, aferrándolo con los nudillos blancos, como si el sostén de la estructura de la casa no bastara para impedir durante mucho tiempo que cayera al suelo. Tenía la cara blanca como el papel y brillante de sudor, los rizos cortos pegados a la frente, los ojos asustados, muy abiertos y fijos al parecer en algo que nadie había visto nunca. Su respiración era tan agitada y pesada que parecía ahogarse en lugar de inhalar y exhalar. La cara de Léonore se convirtió en espejo de su asombro. Era evidente que su hermana estaba teniendo una visión, la clase de visión que una chica devota como ella podía aspirar a tener después de varias décadas de oración y autosacrificio. Cayó de rodillas, como habría hecho Marie de no haber estado allí el marco de la puerta para sostenerla.

—Marie —gritó, juntando las manos y levantando los brazos en un gesto de alabanza hacia su hermana—. El Señor te ha llamado, después de todo.

Los ojos de la generosa Léonore se llenaron de lágrimas de felicidad. Jeanne, tras quedarse paralizada un momento mirando fijamente a Marie, salió de su asombro al oír las palabras de su hija menor. Se volvió y la vio de rodillas, con la cabeza inclinada, murmurando una oración de agradecimiento.

—Levántate, estúpida —gritó, y corrió hacia Marie y la arrancó de la puerta.

La llevó medio en brazos al sofá y dejó que se desplomara en él cuan larga era.

—Léonore, *levántate inmediatamente* y ve a la cocina. Dile a Louise que traiga tintura de eléboro en agua caliente. Ahora mismo. ¡Deprisa!

—Pero, madre, usted no lo entiende. —Léonore siguió arrodillada—. No debe de interferir en una visión. El buen Dios ha elegido a Marie para algo especial. Estoy segura. La hermana Frances dice que a menudo los menos inclinados religiosamente son llamados de pronto...

—Por el amor de Dios, Léonore —bramó Jeanne, abanicando la cara de Marie con la mano—. Deja de decir tonterías y haz lo que te digo. ¡Ahora mismo! Tu hermana ha sufrido un ataque. Eso o se ha vuelto loca. ¡Corre!

Entretanto Marie sacudía la cabeza como una loca de un lado para otro, emitiendo sonidos incoherentes que podrían haber sido palabras si hubiera estado en su poder articularlas, hasta que, unos momentos después de que Léonore se levantara por fin y saliera corriendo de la habitación para buscar a Louise, se sumió en un desmayo mortal, dejando caer un brazo al suelo, con la cara rosa brillante, el corpiño empapado en sudor. Jeanne le aflojó la ropa y la abanicó con más vigor. No tenía

ninguna duda de que esos libros nocivos y pecaminosos habían acabado haciéndole daño, y que su solitaria vida en la biblioteca sin otra compañía que las palabras le había causado una locura melancólica. Ojalá hubiera hecho caso omiso de las rabietas de su hija y se hubiera mostrado más firme, insistiendo en que diera paseos con regularidad y llevara la vida decorosa y saludable de una joven normal. Ahora tenía una inválida además de una hija no casadera. Consideró por un momento si prefería que se tratara de un ataque o que se hubiera vuelto loca. Esperaba que fuera lo primero, pero temía lo segundo.

Marie volvió ligeramente en sí en cuanto le llevaron a la boca una taza humeante y hedionda de sedante, y Jeanne le humedeció los labios con el pálido líquido.

—Bébetelo. Te sentará bien.

Louise y Léonore se quedaron atrás con expresión preocupada. Marie apartó la taza y trató de incorporarse.

—No estoy enferma, madre —susurró, respirando aún agitadamente. El rostro había pasado de una palidez mortal a un rosa intenso y al blanco amarillento de un pergamino—. Es monsieur de Montaigne. Me ha encandilado.

Se elevó un jadeo de las otras tres mujeres, quienes de inmediato reexaminaron su habitual imagen de Marie en la biblioteca.

—Sus libros..., los que me trajo tío Louis..., son... extraordinarios... Nunca imaginé..., son... increíbles. No, el adjetivo increíble no les hace justicia. No he leído nada como esos *ensayos* en toda mi vida.

Las tres visualizaron una biblioteca donde pasaban pocas cosas aparte de Marie leyendo libros, y respiraron con más facilidad. Pero Marie jadeaba con fuerza, una vez más agobiada.

—Cálmate, cálmate —dijo Jeanne, recostándola con suavidad en el sofá—. ¿Estás hablando de un libro que has leído? ¿Qué es un *ensayo*? ¿Cómo puede causarte un *libro* tanta agitación?

—Madre, es algo totalmente novedoso. Nadie ha hecho nunca nada parecido. Monsieur de Montaigne ha inventado una nueva forma de escribir. Escribe sobre sí mismo como si describiera el mundo y sobre el mundo como si se describiera a sí mismo. Los llama *ensayos*. Intentos, esfuerzos, tentativas, no lo sé. Pero no son intentos sino algo acabado, un nuevo método de escritura completo. Una nueva forma de pensar. Es... abrumador. Prodigioso. Todo ha cambiado. Todo es posible. Todo se ha vuelto muy claro. Es como si los hubiera escrito yo misma y sin embargo no los habría concebido ni en un millón de vidas. Es totalmente ajeno a mí y al mismo tiempo un reflejo del interior de mi mente..., de mi alma...

Las frases le brotaban en un balbuceo delirante. De vez en cuando tomaba una gran bocanada de aire para dejar adelantar a las palabras que se rezagaban y que insistían en ser pronunciadas para que otras, mejores, pudieran salir después. Miraba frenética a su madre, a Léonore y a Louise, implorándoles que comprendieran la importancia de su descubrimiento, aunque de haber estado en su sano juicio no les

habría dicho tales cosas. Aliviadas al saber que el arrobamiento de Marie por ese tal monsieur de Montaigne sólo había tenido lugar a través de las páginas de sus libros, las tres mujeres estaban cada vez más convencidas (y en el caso de Léonore, también decepcionada) de que había perdido el juicio. Si un libro había causado esa pasión demencial en alguien cuya reacción habitual ante las intromisiones del mundo era una rabieta furiosa o un hosco resentimiento, sólo la locura podía explicarlo. Los libros no tenían ese efecto, a menos que la persona hubiera soltado el hilo de la vida y se hubiera arrojado a un oscuro abismo inconcebible. Era más que evidente que Marie tenía una naturaleza predominantemente melancólica o no habría pasado tanto tiempo sola, negándose a llevar una vida normal y leyendo tanto. Pero esa melancolía se había apoderado totalmente de ella y la había sumido en la locura, como acababa haciendo si uno no se esforzaba en mantenerla en raya. Había que evitar a toda costa todos los desequilibrios del carácter, pero el más peligroso con diferencia era la melancolía.

Jeanne insistió en que Marie se bebiera el vaso de eléboro.

—No, no, me dará sueño. Necesito estar despierta y despejada. Tengo que volver a leer los *Ensayos*. No he hecho sino empezar a comprender lo que significan. Ah, madre, que semejante ser se encuentre entre nosotros. Que esté vivo en un lugar al que se puede llegar en unas semanas. Que exista y respire, y que en este preciso momento tal vez esté escribiendo. Ahora sé lo que fue vivir en tiempos de Aristóteles, Platón y Cristo.

Esas palabras provocaron exclamaciones de horror de las tres mujeres y un firme bofetón de su madre.

—Marie le Jars de Gournay, no te atrevas a hablar así, aunque estés loca.

Si el eléboro no calmó la profunda excitación de Marie, le permitió al menos controlarla y considerar la imprudencia de haber hablado a su madre como lo había hecho sobre la obra de monsieur de Montaigne. Su admiración, que era mucho más que simple admiración, había provocado en ella una pasión que no debería haber revelado a nadie. Era imposible que su madre o su hermana entendieran lo que había experimentado a lo largo de ese día mientras devoraba los *Ensayos*. Para ellas era un libro más, y su entusiasmo sólo era indicio de una naturaleza trastornada. Bueno, pues *estaba* trastornada. Ése era exactamente el efecto que habían tenido en ella los *Ensayos*. A esas alturas de su vida había leído muchos libros, algunos de los cuales los consideraba logros milagrosos de simples mortales, pero los experimentos de Montaigne la habían llevado más allá de la admiración. Cada palabra que leía, cada ensayo que terminaba, la acercaba más a su autor, hasta que acabó teniendo la sensación de que se había adentrado en esa mente extraordinaria, de que ésta le había invitado a entrar, porque por sí sola era incapaz de comprender la enormidad de su logro, y le había permitido experimentar lo que debía de ser poseer un alma como la

suya. Por supuesto, había leído otros libros escritos por hombres que seguían vivos, pero ninguno de ellos ni de sus frases le había ofrecido semejante cauce para llegar a ellos. Tanta intimidad (parte de la cual, tío Louis tenía razón) no podía aprobarla, y sin embargo no había diferencia. La intimidad de sus confesiones, no; no de sus confesiones sino de las descripciones impenitentes que ofrecía de sí mismo, de sus pensamientos, su persona, sus cimientos, sus convicciones, que llegaban a ella como si él mismo le susurrara al oído lo que definía a un ser humano. Lo que la definía a ella. Se reconocía en sus descripciones, maravillosamente transformadas en materia en la que pensar así como, vaga y silenciosamente, *sentir*. Él la describía como si la conociera de toda la vida, y ella, al leerlo, sentía hacia ese hombre del sur de Francia la misma proximidad que hacia su madre. O incluso más. A nadie conocía tan bien como a monsieur de Montaigne, perfecto desconocido y amigo íntimo. Y el conocimiento que tenía de él se había convertido físicamente en parte de ella. Los pensamientos de él iban directos a sus vísceras, la llenaban de una emoción que jamás había experimentado, hasta que se sacudía y temblaba con la nueva percepción de sus emociones. Al final, todo su ser, el cuerpo y la mente, había entrado en erupción con las palabras de ese gran pensador, como si danzaran en su interior, inundándola y estallando para llegar al mundo a través de ella.

Tenía que ocultárselo a su madre, que con toda seguridad la mandaría al convento si entendía una milésima parte siquiera de lo que sentía, o que la tomaría por loca, como hacía ya, con las mismas consecuencias. De cualquier modo, sus sentimientos y su comprensión de Montaigne eran personales. La profunda emoción la había impulsado a revelar por equivocación su estado mental. En adelante debía obligarse a mostrarse serena exteriormente, disculparse con su madre y decir que tal vez tenía fiebre.

Michel Eyquem, seigneur de Montaigne, y la demoiselle Marie le Jars de Gournay debían tener una relación privada en la que nadie más podía participar. Hablar de ella sería traicionarla. Había cometido un error comprensible pero grave al exteriorizar su profunda y apasionada reacción ante los *Ensayos*. Leería y releería la obra del hombre que ya conocía como a sí misma, hasta que ningún rincón de su vida, pensamiento y ser le fuera ajeno. Luego lo conocería personalmente. Nadie debía estar al corriente de su plan. Lo conocería, aunque tuviera que ir hasta Burdeos para ello, y él reconocería de inmediato su capacidad como lectora: lo excepcional, precisa y profundamente que comprendía su obra. Nunca habría imaginado tener semejante lector. Ella era joven y no había recibido la debida educación, pero eso era irrelevante. Su comprensión de los *Ensayos* era como una flecha; volaba directa al corazón de la obra. La biblioteca de su padre por fin había cumplido su promesa. La había preparado para ese momento. Ella había aprendido a amar los libros. Los libros se habían convertido en su vida. De pronto había descubierto los *Ensayos* y a su autor. Todo la había conducido a ello. No albergaba ninguna duda en su corazón ni en su mente de que había encontrado su destino.

Durante un tiempo, la familia temió que Marie hubiera perdido el juicio para siempre. Una vez que se recobró del desmayo y del reposo en cama que siguió, ella olvidó la sabia decisión que había tomado de mantener en secreto sus verdaderos sentimientos hacia la sublime obra de Michel de Montaigne. No pudo contenerse, del mismo modo que los mártires cristianos no habían podido evitar propagar la Palabra del Señor. Era una conversa, una evangelista, y en su determinación de dar a conocer al mundo la sabiduría y los pensamientos incomparables de los *Ensayos* no excluía a nadie que se cruzara en su camino. Seguía pasando mucho tiempo en la biblioteca, algo que hasta Jeanne, que tenía aversión a los libros, llegó a agradecer, pero cuando vagaba por la casa o se paseaba por el jardín siempre tenía uno de los volúmenes en un bolsillo o en la mano, y si veía a alguien, lo detenía para leerle un pasaje señalado y luego le pedía que esperara hasta que encontraba algo que había leído el día anterior que era aún más extraordinario, totalmente asombroso, más allá de todo pensamiento humano.

—... escucha, escucha esto...

Los jardineros se apoyaban en sus herramientas, con la cara rígida de paciencia, mientras ella recitaba una poesía en latín seguida de los comentarios de monsieur de Montaigne sobre ella:

Nadie muere antes de su hora. El tiempo que dejas no era más tuyo que el que ha discurrido antes de que nacieras; y no te afecta más:

«Mira, pues, cómo la eternidad del tiempo ya pasado nada es para nosotros»^[2].

—¿Qué te parece?

No bastaba con escuchar, ella exigía una respuesta.

—Sí, muy bueno, mademoiselle. Es único. Todo un tipo.

Acorralada en la cocina, Louise seguía removiendo la sopa mientras asentía para dar a entender que prestaba atención al argumento que se le exponía:

Es preciso tener mujeres, hijos, bienes, y sobre todo salud, si se puede, pero sin atarse hasta el extremo de que nuestra felicidad dependa de todo ello. Debemos reservarnos una trastienda del todo nuestra, del todo libre, donde fijar nuestra verdadera libertad y nuestro principal retiro y soledad.

—Eso da que pensar, mademoiselle Marie. Si tuviera estudios lo leería cada día. Con lo que Marie, emocionada, se ofrecía en el acto a enseñarle a leer.

—Es muy amable, mademoiselle, pero tengo que vigilar la sopa y hacer pan... No, mademoiselle, el domingo voy a casa y lavo la ropa de mi padre. Sí, tal vez el mes que viene, si tengo un momento.

Léonore y Jeanne eran menos educadas cuando se les exponía las palabras del maestro.

Las opiniones humanas son aceptadas siguiendo las creencias antiguas por autoridad y crédito, como si de religión y ley se tratara. Aceptamos como una jerga todo aquello que por lo común se sostiene al respecto; aceptamos esta verdad con todo su edificio y su enganche de argumentos y pruebas, como un cuerpo firme y sólido que ya no se debate, que ya no juzga. Al contrario, todo el mundo rivaliza por embellecer y reforzar la creencia aceptada con aquello de lo que es capaz su propia razón, que es un instrumento dúctil, maleable y acomodable a cualquier figura. Así se llena el mundo y se confita de sandez y de mentira.

—Por el amor de Dios, deja de hablar de ese maldito libro —replicaba su madre—. Si oigo otra palabra de monsieur de Montaigne, cogeré todos sus *ensayos* o como los llames, y se los daré a los cerdos. Si quieres dedicar tu vida a alguien, ¿por qué no a Cristo? Te están esperando impacientes en el convento.

Y Léonore, que esperaba con sincera ilusión ser lo bastante mayor para tomar el hábito, ponía en peligro su alma inmortal cuidadosamente sustentada al hacer callar a su hermana con un despliegue de carácter sin precedentes.

El juicio humano extrae una maravillosa claridad de la frecuentación del mundo. Estamos contraídos y apiñados en nosotros mismos, y nuestra vista no alcanza más allá de la nariz. Preguntaron a Sócrates de dónde era. No respondió «de Atenas», sino «del mundo».

—¡Cállate! ¡Para de hablar de ese maldito hombre y de su estúpido libro! No me importa lo que piensa ni lo original que es. ¡No es Cristo y, si lo fuera, lograrías que dejara de creer en Él!

Pero nada, ni siquiera las blasfemias de Léonore, logró enfriar la devoción de Marie por los *Ensayos* de Montaigne o menguar el fervor de su mirada cuando hablaba de él. Nadie prestaba atención a lo que leía en alto, pero al verla perseverar, les preocupó seriamente que hubiera perdido la razón. Jeanne pidió a Louise que echara un chorrito de tintura de eléboro en el tazón de leche caliente que Marie se tomaba antes de acostarse, pero varias semanas después de medicarla no había indicios de que hubiera disminuido su obsesión por el libro y por el hombre que lo había escrito. Él era su pasión.

Había habido momentos en el pasado, durante sus peleas juveniles con su madre, en que Marie se había preguntado por qué no se rendía y vivía la vida que se esperaba de ella; ¿por qué no ser esposa, monja o lo que fuera durante el tiempo que estuviera

en la tierra? De vez en cuando, espontánea e inoportunamente, le daba por pensar que una vida individual no era más que un soplo de aire en la eternidad; que su vida individual no era más importante que cualquier otra y que ninguna importaba en la extensión de tiempo que iba del pasado remoto al futuro lejano, en el paso del nacimiento a la muerte de generación en generación. Sólo porque era *ella* quien la vivía y miraba a través de sus ojos, le parecía tan especial y apremiante; como debía de parecersele, se le ocurrió, a todos. Pero era una visión falsa y sumamente parcial. Sólo de vez en cuando lo comprendía con toda claridad durante apenas un instante, como un estremecimiento, no a partir de un acto de pensamiento sino como si se hubiera despejado una bruma dejando ver la verdad, la cruda realidad que siempre había estado allí. Con ese descubrimiento inicial, sus pensamientos dejaban de ser consideraciones sobre su propia insignificancia para pasar por sí solos a concentrarse en Cristo en sí, quien a esa cruda y aterradora luz no parecía más que otra vida individual que se había sacudido y muerto, sin dejar más que un recuerdo que alimentar y difundir, a saber con qué fidelidad, por testigos que habían tenido grandes esperanzas de verse inmersos en algo más que la gran marcha impersonal del tiempo. ¿Era incluso esa vida un ejemplo más de cómo la humanidad se aferraba a una ilusión, a una patética esperanza de inmortalidad y trascendencia más allá del tiempo que se le había designado? ¿O tal vez nada de todo eso importaba? En efecto, cómo iba a importar si te parabas a pensar en esa... Casi de inmediato, antes de que pudiera acabar de convencerse de lo que implicaban esos pensamientos, regresó la bruma y empezó a desvanecerse la nítida percepción. Esos raros momentos de estupefacción pasaron y no dejaron atrás nada, ni siquiera el recuerdo de sí mismos. Como las heridas, los pensamientos no solicitados sanaron y las cicatrices quedaron ocultas bajo la superficie. En eso al menos no era distinta del resto del mundo.

Pero una vez que hubo descubierto su punto de partida, el lugar central de su alma, la razón de su resuelta negativa a hacer lo que se esperaba de ella, no volvió a preguntarse, aun sin saberlo, si importaba lo que era ella en el mundo. No se casaría con un buen partido ni tomaría el hábito, sino que dedicaría su vida por entero a los libros y la literatura. Traduciría grandes obras, compondría poesía y probaría la nueva forma de ensayo. Tal vez monsieur de Montaigne leyera su obra. De algún modo lo conocería personalmente. Algún día tal vez publicara algo. Nada la desviaría de esa vida ahora que tenía un objetivo irresistible al que dirigir sus pensamientos y su misma existencia. Debía conocer a Michel de Montaigne en persona y explicarle lo bien que comprendía su obra, cómo a pesar de la diferencia de edad y sexo, ella era su lectora ideal. Al menos debería mantener correspondencia con él. Leyó y relejó los *Ensayos*, y aumentó su convencimiento de que entre su autor y ella había una conexión única y vital. Aunque lo que él había escrito no se parecía a nada de lo que había leído antes o lo que creía que podía escribirse, su comprensión inmediata era, lo sabía, tan extraordinaria como la obra en sí. Pecaba de inmodestia, pero era cierto. Y eso la hacía especial. El alma no tenía edad ni sexo, y era como alma que comprendía

el alma de Michel de Montaigne y su obra.

Cuando reflexionaba detenidamente sobre las palabras de Montaigne, las hacía suyas; le parecía que las *inventaba* a medida que las abarcaba con los ojos. Su mente se las apropiaba, asimilaba el significado haciéndolo suyo, comprendiéndolo como sólo ella era capaz, de un modo misterioso. Era como si las reescribiera textualmente a medida que las leía, de tal modo que las palabras, su significado y su autor original se fundían dentro de su cabeza, ocupando exactamente el mismo espacio. Él las había plasmado en papel, pero eran las palabras exactas y describían con exactitud los pensamientos que ella misma habría pensado y escrito. Los *Ensayos* eran el alma de su futuro como escritora. Pero ni por un momento le molestó que Montaigne los hubiera escrito primero. No creía poseer ni una milésima parte de su talento, originalidad y maestría, pero sus palabras acudían a ella como si su propia mente las hubiera concebido. Y, con franqueza, ¿podía estar muy alejada de ese talento cuando las comprendía tan bien? Los *Ensayos* la poseían, pero ella los poseía a su vez, los asimilaba y, desde la primera vez que los había leído, formaban parte de su corazón y de su mente, convirtiéndose en una obra conjunta de Michel Eyquem, seigneur de Montaigne, y de la demoiselle Marie de Gournay.

Cuando en el pasado había pensado en ser escritora, nunca había imaginado sobre qué escribiría. Leyó a Aristóteles y se le ocurrió que trataría de filosofía. Leyó a Ronsard y pensó que podría ser poeta. Leyó a su tío Louis y se preguntó si sería dramaturga. Pero cuando leyó a Montaigne, supo que había descubierto por fin el crisol en el que se desarrollaría su obra, y que, al margen de la forma de escritura que escogiera, su fuente siempre serían los *Ensayos*, y Montaigne, su maestro.

Sin embargo, para una joven autodidacta que había aprendido sola a leer a los autores clásicos, el estilo de él era sorprendente. Por lo general culto y elegante, en ciertos pasajes era lo bastante franco, provinciano y crudo para sentirse sumamente turbada. Su madre habría arrojado algunos trozos a los cerdos. Lo cierto es que Marie también lo habría hecho, de no haber leído el texto donde estaban inmersos esos extraños deslices. Ciertos pasajes eran abominables y ella se encogía al verlos impresos en la página; otros eran totalmente incomprensibles para una joven educada, aunque estaba bastante claro a qué procesos íntimos y corporales se refería. Pero nada de lo que pudiera escribir el autor de los *Ensayos* podía debilitar los lazos que los unían de corazón a corazón, de alma a alma, a pesar de que ella sólo era una joven ignorante y él un noble, ex alcalde de Burdeos y genio, y todos la tomaban por loca por repetirlo sin cesar. Por escandaloso que pudiera ser el lenguaje de los ensayos, lo hizo suyo y aceptable sólo porque era de él. El ser vivo de Michel de Montaigne que estaba detrás de las palabras era tan fascinante y cautivador para ella como la llamada de una paloma.

La noticia llegó tres años después con su tío Louis de París, quien llegó una noche de mediados de febrero a un Gournay-sur-Aronde envuelto en luz de nieve para, una

vez recobrado del viaje, acompañar a su cuñada y a sus sobrinas a París, donde Jeanne esperaba sin gran expectación presentar a Marie en la Corte y buscar un hombre de posición adecuada y cierta fortuna que quisiera hacerla su esposa. También esperaba que el viaje distrajera a su hija de veintidós años del maldito libro de ensayos, del que no se había separado y cuyos elogios no había parado de canturrear a todas horas. En realidad estaba dispuesta a aceptar un marido con una fortuna modesta y una posición humilde, si eso significaba colocar a su hija difícil e inestable. Marie estaba entusiasmada con la idea de ir a su amado París, pero no tenía intención de cooperar más de lo indispensable en la búsqueda de un marido.

El tío Louis se sacudió la nieve y la escarcha de la capa en la entrada después de doce gélidas horas de viaje, pidió que le llevaran un calentador de cama y un ponche caliente a su habitación, y desapareció tosiendo y resollando escaleras arriba. Marie no lo vio a la mañana siguiente hasta mucho después del desayuno. Estaba sentada frente a la gran chimenea de un modo nada propio de una señorita, con las piernas estiradas ante ella, los tobillos huesudos asomando por debajo del vestido al lado de él, quien, recostado en su silla y envuelto en chales y con un gorro de lana, se recuperaba lentamente del arduo viaje en pleno invierno.

—Los carámbanos de la ventana crecían a medida que los arrancaba y el coche pasó por todos y cada uno de los baches de París a Gournay. Luego tuve que esperar una hora tiritando dentro del coche mientras el cochero arreglaba una rueda bajo la nieve. Mis huesos se han sacudido como dados en un cubilete. Dios mío, mi pobre espalda.

Marie trató de esbozar una sonrisa compasiva. Ella habría partido encantada al día siguiente, pero él iba a tomarse un par de semanas para recobrase antes de regresar a la ciudad.

—¿Me llevarás a conocer a alguno de los hombres de letras que tratas y a una imprenta donde pueda encargarme un libro de poesía? Tengo bastante dinero ahorrado.

—Sí, no creo que haya ningún problema. En París no faltan las imprentas. Podríamos pasar por un par de salones para presentarte a algunos escritores. Es una lástima que Ronsard ya no esté con nosotros, pero tal vez no te importe conocer a monsieur de Spond o a monsieur de Papillion.

Tenía afecto a la torpe y desgarbada Marie, y no podía evitar enternecerse con la admiración con que lo miraba, como si fuera el oráculo de todo lo literario. Le hacía gracia su original gusto por la literatura clásica y seria. Era insólito en una joven, como era impresionante el latín que había logrado aprender ella sola. Le había enviado varias de sus traducciones de Virgilio y eran realmente interesantes. Hasta su griego, del que le había dado unas pocas lecciones cuando estaba en Gournay y su madre no andaba cerca, era bastante bueno. Pero ¿de qué podía servirle a esa pequeña criatura nerviosa y poco agraciada sin peculio? La joven carecía de porte, con los hombros encorvados y un andar poco delicado. Su cara fruncida de preocupación y su mente adusta eran demasiado solemnes para una joven soltera con una mísera dote

que ofrecer. Admiraba la determinación de Jeanne, pero se preguntaba cómo iba a encontrar un marido para esa hija. Tal vez no estaría mal que se quedara soltera y cuidara de ella en su vejez. Jeanne decía que no servía para llevar una casa, pero si tenía que hacerlo aprendería, y si era feliz leyendo en la biblioteca, sería mucho más fácil asegurarse de que no eludía sus responsabilidades. Una soltera declarada podría mantener en orden Gournay y administrarlo en lugar de su hermano. Y no supondría mucho gasto; un libro de vez en cuando era más barato que la ropa y los coches elegantes.

—Dime qué está pasando en París, tío. ¿Quién ha publicado un nuevo volumen de poesía? ¿Vas a poner en escena otra obra?

—Tu madre me dice que has estado indispuesta. Bastante... absorta.

—Oh, madre querría que dejara de hablar de los ensayos de monsieur de Montaigne. Cree que uno puede leer una obra maestra, y luego callar y pensar en zurcir medias. Pero, tío, los he leído y releído, y cada vez es una nueva lectura. Son brillantes y originales, y están llenos de sabiduría. ¿Se sabe algo de él? ¿Te has enterado de si va a haber más?

—¿De monsieur de Montaigne? Oh, sí, es una desgracia.

—¿Cómo? ¿Qué desgracia?

—Montaigne. El autor de los ensayos. Te traje sus libros, ¿verdad? Son lo último desde que Lipsio salió en su defensa. Los cuentos franceses, los llamó, aunque tiene fama de dejarse llevar por el entusiasmo.

—Justo Lipsio es muy sabio. No he parado de leer los ensayos desde que me los diste. Nunca se ha escrito nada igual. —Marie hablaba con severidad, censurando la ligereza de Louis. Luego recordó—. Pero ¿cuál es la desgracia, tío?

Louis tardó unos momentos en recuperarse de la reprimenda de su sobrina provinciana antes de retomar el hilo de su discurso.

—Ah, sí, Montaigne. Dicen que ha muerto. Hace apenas unos días. Lo mataron unos salteadores, creo.

Marie no asimiló el significado de las palabras, pero su sonido hizo que todo diera vueltas alrededor como suspendido de una cuerda. Puso una mano en el suelo para recuperar el equilibrio mientras su tío recordaba más detalles del rumor.

—Parece ser que se dirigía a París en misión secreta. Llevaba un mensaje de Enrique de Navarra al Rey. Un intento de acercamiento o eso tengo entendido. Pero no llegó cuando lo esperaban. De eso hace más de dos semanas. Se habla de bandidos. Como sea, dicen que lo han matado.

Un repentino y desagradable ruido le serró los nervios de las sienes. Un aullido, como el de alguna criatura sorprendida en la maleza entre las fauces de un depredador. Se apretó las sienes con los dedos buscando la fuente para silenciarlo. Marie se había doblado en dos en el suelo y se protegía la cabeza con los brazos mientras se balanceaba de un lado para el otro y el horrible aullido se elevaba del oculto centro de su cuerpo encogido.

—Santo cielo, ¿qué tienes? ¿Estás enferma? Iré a buscar a tu madre.

Louis dejó caer los chales y se precipitó hacia la puerta, luego regresó y se detuvo un momento sobre la lastimera forma de su sobrina, no muy seguro de si dejarla o qué hacer si se quedaba, antes de salir corriendo de la habitación para buscar a Jeanne o a alguien que pudiera ayudarlo. No sabía cómo manejar una repentina enfermedad tan alarmante. Por fin encontró a su cuñada («Ven conmigo, deprisa. Ha pasado algo terrible... La chica ha sufrido un ataque...») y se quedó atrás mientras ella corría al salón llamando a voz en cuello a Louise para que acudiera con remedios. Cuando llegó encontró a Marie tumbada de lado, sacudiéndose con sollozos monstruosos entre grandes suspiros de angustia.

—¿Qué tienes, niña?

La sentó y, sujetándola, le aflojó la ropa y le dio bofetadas cada vez más fuertes para atraer su atención. Marie estaba totalmente fuera de control.

—¿Qué le has hecho? —gritó Jeanne a Louis cuando éste le explicó lo que parecía haber causado la crisis—. Tú alentaste todas esas lecturas estúpidas. Le diste ese maldito libro. Y ahora le das la noticia de que su maravilloso Montaigne ha muerto. Que Dios me perdone, pero ojalá no hubiera nacido. Has convertido a mi hija en una inútil inválida que voy a tener que cuidar el resto de mi vida... ¿Y qué será de ella cuando yo me muera?

—Se recuperará. Estoy seguro. Sólo se le ha ido un poco de la mano su admiración.

Jeanne miró a su hija, que gemía en el suelo, y luego a Louis. Éste reconoció la gravedad de la reacción de su sobrina.

—¿Cómo iba a saber que se excitaría tanto? Conozco a mucha gente que lee libros y los disfruta, pero no pierde la razón. No es normal.

Sobre eso no hubo discusión.

La llevaron retorciéndose y protestando a su habitación con la ayuda de varios criados y la acostaron con gran esfuerzo. Parecía ajena a todos y a todo excepto a su agonía interior. Era evidente que la locura había regresado. El éxtasis había dado paso a la desolación. Hizo falta una fuerte decocción de eléboro para hacerla dormir, y aun así no dejó de sollozar y gemir como si intentara escapar de la inconsciencia herbal y regresar a la cruda y anhelada realidad de su dolor.

El viaje a París se pospuso. Louis esperó con impaciencia en Gournay, perdiéndose todas las emociones de la ciudad. Estaba deseando volver, pero se sentía obligado a quedarse con su cuñada mientras Marie siguiera comportándose de una forma tan alarmante. Madeleine se había casado y se había ido, y sólo las criadas, Marthe y Léonore estaban en casa para ayudar a Jeanne. Marthe mostraba muy poco interés por su hermana mayor, sana o enferma, y Léonore no hacía gran cosa, aparte de insistir en arrodillarse junto al lecho de Marie para rezar y explicarle en los intervalos que debía ponerse enteramente a merced de Dios y que todo se arreglaría.

Jeanne empezó a temer que la salud de su hija menor se deteriorara con los intensos rezos y la campaña evangélica. A Louis le pareció que no tenía otra elección que quedarse en Gournay durante la crisis para proporcionar un poco de calma en esa casa de mujeres histéricas.

Pero la crisis no remitió. Jeanne y Louis empezaron a temer que no se tratara de una crisis, después de todo, y que la joven hubiera perdido la razón de forma permanente. Cuando no la medicaban sumiéndola en un forcejeo delirante, yacía en la cama derramando lágrimas que no debería seguir teniendo después de todas las que había derramado ya, o miraba fijamente algo en el techo que nadie más podía ver, y de vez en cuando se retorció con suspiros que provenían de unas profundidades que ningún ser humano podía poseer. Comía sólo lo que le metían en la boca y nunca decía nada ni prestaba la más mínima atención a las personas que le hablaban o que entraban y salían de la habitación. De hecho, parecía no ser consciente de la presencia de los demás.

Al cabo de unas semanas Marie aún no se había recobrado del todo, pero había vuelto del otro mundo que había habitado completamente sola, fuera del alcance de todos. Se la veía apagada y pasiva. Había en ella una lánguida aquiescencia, como si se la pudiera colocar en cualquier postura y se quedara tal cual hasta que se volvieran a reorganizar sus miembros. Hacía cualquier actividad práctica que se le indicaba. Acompañaba a su tío en sus paseos, a su hermana al convento para que las monjas rezaran por ella y a su madre a la cocina mientras se embarcaba en monólogos sobre los asuntos domésticos. Louise le hablaba de la vida de su pueblo cuando la vestía y le cepillaba el pelo por las mañanas, aunque nunca obtenía una respuesta. Marthe seguía ignorándola. Nadie hablaba de libros ni de literatura. Cuando le preguntaban algo directamente, Marie contestaba en un tono inexpresivo y poco comprometido con el menor número de palabras posible para expresarse sin ser grosera.

«No tengo frío, gracias».

«No quiero más sopa, gracias».

«Sí, me gustaría dormir, por favor».

Jeanne empezó a preocuparse de que en todas esas semanas no pasara ni un momento en la biblioteca, ni siquiera se acercara a ella. Ya no llevaba a todas partes un volumen de los *Ensayos* en las manos o en el bolsillo. Lo que en otro tiempo habría recibido con alivio sólo indicaba el estado desesperado de su hija, cuya irritante terquedad había sido reemplazada por todo lo contrario. En esas condiciones era muy posible que hasta consintiera en contraer matrimonio, pero ¿quién iba a querer casarse con ella ahora? Jeanne aceptó que, fuera cual fuese su estado anímico, tenía una hija incasable.

Jeanne decidió mandarla al convento y fue a ver a la madre superiora para tomar las disposiciones pertinentes. Pero la hermana Julian sacudió la cabeza.

—No podemos aceptarla de novicia en su estado, madame. Debe ser capaz de consagrarse al Señor e integrarse plenamente en la comunidad. Por lo que hemos

visto cuando nos la trae su hermana, es prácticamente incapaz de cuidar de sí misma. Cuando esté mejor la recibiremos con los brazos abiertos. Tal vez necesite salir de sí misma. Dicen que viajar es muy bueno para combatir el exceso de melancolía.

Ni siquiera Cristo parecía querer casarse con ella. Decidieron ir a París, después de todo. Al menos sería un cambio para los que cuidaban de ella, y Louis se ofreció a llevarla a un médico que estaba muy bien considerado en su círculo. En cualquier caso, se acercaba la primavera y el mundo brillaba con las repentinas hojas que se disponían a desplegarse en el aire fresco. Una vuelta por el campo, donde todo se renovaba a sí mismo, tal vez lograra sacudir de encima ese estado alicaído.

—Sacudir, dices bien —dijo Louis, recordando el horrible viaje que había hecho a Gournay en enero—. La ciudad la animará. No hay nada como París para levantar el espíritu.

Él mismo ya se sentía más animado sólo de pensar en volver a la civilización.

París bien podría haber sido Gournay-sur-Aronde. En el pequeño apartamento que su madre había conservado cuando se marcharon de la ciudad, Marie habría pasado todo el día con las manos en el regazo si Jeanne y Léonore no la hubieran camelado para salir cada mañana a dar un paseo. Louis insistió en llevarla a su médico, quien le preguntó qué sentía mientras le tomaba el pulso. Ella respondió con voz sumisa.

—Nada.

—Pero ¿qué esperas de tu visita a París, jovencita?

—Nada. Ya no hay esperanza. Me han abandonado. Mi alma está muerta.

El médico se volvió hacia Louis y arqueó las cejas.

—Eléboro, creo...

Louis sacudió la cabeza.

—Ya toma a diario.

—Entonces hojas de sen. Revuelven la sangre, levantan el espíritu, sacuden la tristeza..., es un preparado muy beneficioso. Se toma con un poco de vino. Y tal vez, para purgar por arriba, laurel. Una infusión de quince bayas es una dosis efectiva. Es un remedio bastante común pero cumple su función. También hace falta humor. Divertir a la chica, hacerla reír. *Animar los ánimos*, ¿comprendes?

Se rió de su broma que nunca dejaba de hacerle gracia por muchas veces que la repitiera. Pero no hizo gracia a Louis, que permaneció impassible al lado de su sobrina.

—Si supiéramos hacer reír a la joven no estaríamos aquí, monsieur.

Marie se purgó varios días por arriba y por abajo, lo que le impidió dar sus breves paseos matinales. La risa no llegó. Por la noche resonaba el llanto en el apartamento mientras el resto de la familia dormía.

Y un buen día el mundo regresó, la luz brilló de nuevo y la vida volvió a ser posible una vez más.

Louis entró corriendo en el salón, sin apenas saludar a Jeanne, Marthe y Léonore

en su impaciencia por dar la noticia a Marie.

—Querida, está vivo. Está vivo y en París. Tu Montaigne. ¿Cómo te sientes ahora? Lo asaltaron mientras viajaba a París. Le robaron el dinero, la ropa, todo, y lo llevaban a lo más profundo de un bosque para matarlo cuando el cabecilla de los ladrones los detuvo. Monsieur de Montaigne le impresionó tanto con su actitud serena y su habilidad para negociar sobre su terrible situación con los hombres que lo llevaban a la muerte que ordenó que lo soltaran y le devolvieran todas sus pertenencias. Increíble, ¿no? O eso es lo que dicen. Por eso llegó tarde a su cita. No está muerto. En realidad llegó a París ayer.

Marie observaba con suma atención la cara de su tío. Recelaba de ese cuento de hadas. El final feliz de esa historia terrible. Ni siquiera la muerte de su padre había llenado su ser de un vacío tan negro. De hecho, su padre le había dejado una biblioteca en la que vivir y creía haber salido ganando con ello. Montaigne había dejado dos volúmenes de ensayos, pero no era suficiente. Los *Ensayos* señalaban al hombre, el alma que había detrás de las palabras, y el alma de Marie necesitaba contacto. Si él había muerto, si su alma ya no habitaba el mundo, entonces el alma de Marie también estaba perdida. Marchitada, atrofiada ante la perspectiva de un futuro vacío. No permitiría que su tío Louis reavivara las cenizas sin antes asegurarse de que no se trataba de otra clase de eléboro. Pero a él no se le daba bien disimular. Se notaba que su alivio por ella era sincero. Lo que estaba muerto había vuelto a la vida. Montaigne vivía. Estaba en París. Ella estaba en París. Su alma se recobró y empezó a llenarse de un futuro en el que había otro ser como ella en el mundo para compartir su existencia.

Corrió a su habitación y se puso de inmediato a escribir a Montaigne la carta que había compuesto mentalmente desde que había leído por primera vez los *Ensayos*, y que había seguido recitándose cruelmente al oído desde que le habían comunicado su muerte.

Lo peor, cuando se da a conocer personalmente, puede sobrellevarse, había descubierto Montaigne mucho antes de yacer en su lecho de muerte en septiembre de 1592. El dolor, por supuesto. La muerte, cuando estás seguro de que ha llegado, aunque te equivoques. O la muerte cuando, como ahora, la certeza es innecesaria, y no sólo la comprensión de tu propia alma, sino las voces silenciadas, las caras tensas, asustadas aunque impacientes, los rezos del sacerdote, todo anuncia que la muerte ya ha empezado a amortajar tu ser físico. Resulta que, como el dolor de la piedra, esto también puede tolerarse. De hecho, la llegada de lo peor, después de tanto tiempo imaginándolo y esperándolo, es un alivio. No hay nada peor en el mundo que la anticipación de lo peor, ni siquiera lo peor en sí mismo. Él preferiría, como es natural, que ni el dolor ni la muerte fueran inevitables, pero hay tantas cosas en la vida que le gustaría que fueran diferentes de como son. No son los hechos, por terribles que sean, sino nuestras fantasías los monstruos que nos arrebatan la serenidad. La realidad, cuando llega en todo su horror vacío, sólo se puede afrontar y aceptar.

Lo que resulta insoportable, aun en las puertas de la muerte, es el recuerdo de la insensatez. Un anciano se perdona a sí mismo la insensatez juvenil. La llama frenesí. Y la sabiduría o la debilidad de la vejez le permiten recordar con cierta nostalgia el ímpetu o la energía de la juventud. Él siempre ha dejado que su cuerpo se salga hasta cierto punto con la suya. No puede contenerse, y ya viejo, no puede contenerse de una forma mucho menos placentera. Le da autorización para disfrutar todo lo posible mientras pueda. Pero la mente es otro asunto. Cuando la mente es insensata después de pasar tanto tiempo en el mundo, cuando se engaña y se olvida de sí misma, entonces es vergonzoso recordar.

Es curioso que sólo sus necias ideas delirantes de anciano regresen para atormentarlo y avergonzarlo en el momento más importante de su vida. Siempre ha visualizado ese reajuste de cuentas como una hoja de balance en la que calcular lo que en la mayoría de las vidas son columnas aproximadamente iguales de virtudes y defectos. Siempre inclinándose hacia los defectos, supone, pero en muy pocos casos de un modo desproporcionado. Ahora descubre, sin embargo, no tanto que han cambiado las proporciones, sino que el recuerdo de algo que en cualquier otra persona le haría sonreír comprensivo le preocupa sobremanera. Sólo algo pequeño, unos pocos meses y de forma intermitente, en una larga y ajetreada vida.

Por supuesto, alcanza a ver cómo ocurrió, y por qué, pero debía de haber estado muy poco alerta para, a pesar de toda su experiencia, comportarse como otro necio anciano iluso. ¿Y por qué no? ¿Qué podría haber sido si no? ¿Qué milagros que no se ven en el mundo de los hombres corrientes esperaba de sí mismo? No obstante, en medio del dolor y la muerte, como si no tuviera nada más en qué pensar (el futuro de su familia y su hacienda, la salvación de su alma inmortal, la clase de eternidad en la que no tardaría en sumirse), yace aquí, encogiéndose avergonzado ante el poco juicio de un momento del pasado.

La carta llegó cuando estaba enfermo y debilitado en París. Tenía ante sí unas

negociaciones delicadas que llevar a cabo por la vida y la muerte de Francia entre los hombres más poderosos del país, ninguno de los cuales confiaba del todo en él. Erígete pacificador en medio de dos facciones enfrentadas y lo más probable es que, como consecuencia, ambas se alíen el tiempo necesario para causarte la muerte. Además, el tercer volumen de *Ensayos* estaba a punto de publicarse e iba a provocar forzosamente reacciones extremas. En esos últimos ensayos había renunciado a los argumentos retóricos y se había sumergido en un examen de sí mismo, de su cuerpo y de su alma. En ese último volumen se había entregado sin reservas a todo el que abriera el libro. Tal vez de forma intencionada, no se había detenido a pensar en su publicación mientras lo escribía. De pronto la idea de que unos desconocidos pudieran malinterpretarlo a su antojo le horrorizó. Había dado a cualquiera lo que de entrada siempre había negado a sus conocidos, tal vez incluso a La Boétie, con quien creía haberse abierto completamente. Además estaba el presentimiento de que el próximo libro sería el último, que a partir de él no habría nuevos volúmenes, sólo adiciones a lo ya escrito. En 1588 había terminado la obra de su vida. Su mente estaba tan exhausta como su cuerpo y se sentía profundamente fatigado, pero aun así echaba de menos la energía y la emoción de ambos.

La carta renovó todas esas energías. Ingenua, apasionada y divertidamente rimbombante. Pero, pese a todo el dramatismo verbal, la remitente, una joven, había comprendido con exactitud el propósito que había impulsado sus *Ensayos*. En todos los elogios que había recibido nunca había visto ningún indicio de que se apreciara la novedad y la originalidad del proyecto que había emprendido.

Sin embargo, en su actual estado moribundo no podía inventar más excusas. Había recibido una carta efusiva de una mujer muy joven que lo adoraba y que se encontraba en esos momentos en París.

Los jóvenes sueñan despiertos. No se sabe cuándo dejan de hacerlo, pero lo hacen. Era 1588, y en los cuatro años que habían transcurrido desde que había leído por primera vez los *Ensayos*, Marie había albergado, como es habitual entre los jóvenes, fantasías muy pormenorizadas sobre su autor y ella. Él vivía en el Sur, a más de un mes de viaje de Picardía, por lo que era muy poco probable que se cruzaran sus destinos, y las posibilidades de que un hombre tan ilustre y de edad tan avanzada se interesara por una joven provinciana sin estudios eran demasiado remotas para considerarlas siquiera; esas circunstancias hacían que fuera aún más crucial que las fantasías estuvieran realista y convincentemente elaboradas. Era impensable que ella viajara a Burdeos, no tenía ningún pretexto para ir allí, y por lo mismo, Montaigne nunca se desplazaría hasta Picardía. París era la única posibilidad. Una fantasía, para funcionar, debe ser mínimamente verosímil, de lo contrario sólo enloquece. Fantaseó con distintos encuentros estando los dos en París. Su tío Louis era el único intermediario posible. Daría una fiesta a la que invitaría a su madre y a ella. Allí la presentaría a Montaigne, su invitado de honor, y ella observaría el cambio que se producía en la educada falta de interés de éste a medida que lo impresionaba con la comprensión y el amor que profesaba a su obra. (*A su obra*. Ninguna otra relación entre ambos era concebible para ella. Marie nunca tuvo conciencia de deseos más oscuros. «No tendré más esposo que mi honor y los buenos libros», repetía a su madre, al mundo y a sí misma).

Era una fantasía bastante bonita, hasta que imaginaba a los otros invitados que asistirían a la *soirée*; las figuras más talentosas, inteligentes y glamurosas de París. ¿Cómo iba a acaparar ella su atención? ¿Sabría abrir la mente y el corazón delante de otros? ¿Podía una mujer de Picardía hablar en semejante compañía y hacerse oír, estar a la altura? No, era mejor que le escribiera acerca de su comprensión para que él no se distrajera con su juventud y su falta de sofisticación. Una carta le permitiría exponer cuidadosamente sus pensamientos y le daría tiempo a él para considerarlos. Sus palabras hablarían por ella como lo hacían las de él. Una carta ayudaría a superar el gran abismo de la edad y la experiencia que había entre ambos. Las palabras no confundirían la cuestión como lo haría su presencia física. Y la cuestión era su condición de almas gemelas.

Y de pronto había recibido la noticia de su muerte.

Sólo que no había muerto. Las cenizas de sus ensoñaciones se calentaron hasta cobrar vida.

Era una carta que, por extraño que pareciera, le costaba escribir. Se la había imaginado en tantas versiones distintas que le parecía casi imposible decantarse sólo por una. Cada palabra que plasmaba en el papel reducía las posibilidades infinitas de lo que podía decir. Creía cada vez más firmemente que sólo una de esas versiones no escritas era la adecuada, la que convencería a Montaigne de la extraordinaria relación predestinada que los unía. El miedo a escribir lo que no debía casi le paralizaba la mano. Estuvo levantada toda la noche y las palabras siguieron negándose a abandonar

la punta de su pluma. Sin embargo había que hacerlo. Tenía que decidirse y escribir una carta de verdad. Su fantasía (tras una breve interrupción) iba a hacerse realidad, detalle por detalle, volviéndose curiosamente aún más parecida a su sueño. Se obligó a poner por escrito palabras, apenas un esbozo de la carta que tenía en la cabeza y que simplemente no fluía al papel. La carta perfecta seguía brillante pero desenfocada en su mente. Aun así lo primero que hizo a la mañana siguiente, antes de escribir otras mil versiones, fue dársela a Louise para que la llevara al alojamiento de Montaigne.

«Lo consideraría el mayor honor de mi vida, aun cuando llegara a alcanzar la edad de Matusalén, que accediera a un encuentro. No me atrevo a esperar, pero estoy en París y tengo plena disponibilidad...», escribió. Era insuficiente, no reflejaba en absoluto la admiración que sentía. Pasó la noche en vela esperando desesperada recibir una nota que la invitara a disfrutar del más breve de los encuentros antes de tener que irse de París. Lo cierto es que una parte de ella no acababa de creer que su carta (ni siquiera la «perfecta») bastara para convencerlo de la singular afinidad que los unía. ¿Cuántas cartas debía de recibir él de sus admiradores? ¿Cómo podía estar segura de que advertiría la diferencia? Ella no dudaba de la diferencia, sólo de la capacidad de él para percibirla en una simple carta. Sin querer admitirlo ante sí misma, se preparó para recibir una breve nota agradeciéndole la carta y el interés, y lamentando estar demasiado ocupado para preocuparse por una chica boba. No sería tan grosero, por supuesto, era un noble caballero, pero así habría interpretado ella su educado rechazo a la sugerencia de conocerse.

A la mañana siguiente de recibir la carta, Montaigne llamó a la puerta del apartamento de madame de Gournay en París.

—Le seigneur de Montaigne pregunta por mademoiselle de Gournay.

Louise conocía bastante bien ese nombre. Nadie que hubiera vivido en la misma casa que Marie los cuatro últimos años habría dejado de reconocerlo. Si el Rey en persona hubiera llamado a su puerta, Louise no se habría quedado más asombrada e intimidada. Él había acudido a ella, sin previo aviso, nada menos que al día siguiente. O su señora estaba totalmente equivocada sobre la grandeza de aquel individuo o el hombre que tenía ante sí le estaba haciendo un enorme cumplido, y ella, junto con el resto de la familia, había subestimado a mademoiselle Marie. ¿Qué tenía esa joven que le había hecho arquear continuamente las cejas y suspirar con impaciencia, y a quien había ayudado a medicar para hacerla entrar en razón, para merecer la visita de semejante hombre?

Apenas le había pedido que esperara en la sala cuando se recogió las faldas y subió corriendo como una niña los escalones de dos en dos.

—Mademoiselle, mademoiselle... —susurró en lo que sonó más bien como un grito jadeante. La voz dejó a un lado la contención después de llamar y entrar en la habitación de Marie—. Mademoiselle —chilló—. Está *aquí*. Está *aquí*.

Había acudido a *ella*. Era lo primero que había hecho a la mañana siguiente de

recibir la carta, y en esos momentos se encontraba abajo, deseoso de conocerla. Era la única escena que nunca había imaginado, que él la buscara.

Se había vestido de forma respetable para el día que tenía por delante, y se había trenzado y recogido el pelo en un moño, con los rizos cortos del flequillo enmarcándole la frente y las sienes. Pese a la noche de insomnio, Louise le dio el visto bueno después de pellizcarle un par de veces las mejillas, y por un instante Marie deseó tener un vestido más bonito y elegante, y una cara un poco más... hasta que recordó que era como compañera intelectual y espíritu afín que iba a conocer al hombre que más admiraba en el mundo. Sólo importaban las almas. Así lo había reconocido él con su presencia en el piso de abajo. Marie se irguió para combatir el temblor interno y bajó las escaleras. Dos días atrás Montaigne estaba muerto y de pronto la esperaba en el salón.

Podría quizá pensarse que un gran miedo ha de superarse con un gran coraje cuando, después de desear tan apasionadamente algo, después de amar durante tanto tiempo las señales de alguien, por fin se está ante una puerta que sólo se tiene que abrir para estar en su compañía. Sin embargo, cuando los sueños se hacen realidad resulta que nunca han sido sueños, ni falsas ilusiones, ni meros deseos. Son simplemente la verdad que se ha visto y que ha estado esperando su momento. Un sueño, cuando se hace realidad, revela que ha sido una necesidad desde el principio. Abrir la puerta del salón fue fácil.

Él se volvió desde la ventana para mirar hacia la puerta cuando ella la abrió y entró en la habitación. En la confusión del momento ella vio a un hombre mucho más bajo de como lo había imaginado, algo más grueso y con las pantorrillas bastante delgadas. La frente amplia en forma de huevo continuaba desprovista de pelo hasta lo alto del cráneo rodeado de cabello corto y entrecano por los lados. La cara se le estrechaba a partir de unos pómulos anchos, efecto acentuado por las mejillas algo hundidas y enmarcadas con una barba recortada que terminaba pulcramente en punta. Su pequeña boca apenas se veía tras un bigote caído. La nariz, desproporcionadamente larga y ancha, no era en absoluto clásica. Los ojos dominaban el rostro, grandes órbitas húmedas que encerraban unos iris marrón claro, el arco superior de los cuales quedaban ocultos tras los pliegues de los pesados párpados. Eran unos ojos extraordinariamente llenos de vida que no habían envejecido al mismo ritmo que el resto de su persona, inmersa en un entorno curtido, y que en cuanto se volvieron hacia ella brillaron con intensa anticipación. Iba elegantemente vestido con ropa tan a la moda que Marie, siendo tan provinciana, no supo ver en las medias flojas y en la capa drapeada más que el desaliño de un intelectual. Era un hombre mayor, como había esperado, pero tal vez parecía más avejentado y cansado. La carne alrededor del cuello y las mandíbulas se le aplastaba con la presión de la gorguera, y en la mejilla izquierda tenía un pequeño lunar verrugoso. Debajo de sus ojos brillantes colgaban aros de piel oscura y flácida. No

era exactamente el Montaigne que había vivido detrás de sus ojos mientras leía los *Ensayos* y que la observaba con aprobación a medida que asimilaba las palabras. Aun así, era él, y después de su primera mirada de confusión, lo reconoció. Estaba allí. Era Montaigne.

Tanto si ella lo vio como si no, hubo un instante de desconcierto tras la mirada inicial de Montaigne llena de admiración anticipada, justo antes de que bajara apresuradamente los pesados párpados. Sus excelentes modales ocultaron casi de inmediato los pensamientos invisibles. Si ella realmente percibió un fugaz extravío en la mirada, una momentánea caída en las comisuras de los labios, un leve hundimiento de hombros, un aflojamiento general de la tensión causada por la gran expectación, no permitió que tuvieran más efecto en su mente que su propia percepción simultánea de él como un ser físicamente distinto de como lo había imaginado. La demoiselle de Gournay requería que sus pensamientos estuvieran en un plano mucho más elevado. No habría permitido que los de él estuvieran por debajo.

Los signos físicos de decepción que se habían manifestado en la actitud de él enseguida desaparecieron. En un abrir y cerrar de ojos dio un paso hacia ella y sonrió, cogiéndole la mano.

—Querida mademoiselle, espero no importunarla. Su encantadora carta me ha vuelto maleducado en mi impaciencia por conocerla.

—Me siento muy... honrada, señor —jadeó ella, asombrada de que brotaran por sí solas las palabras apropiadas mientras él le rozaba el dorso de la mano con el bigote.

Tras ese éxito inicial, la abandonó lo poco que había retenido de las lecciones de su madre sobre cómo comportarse en sociedad. De pronto, como si hubiera perdido el juicio, asió la mano en la que descansaba la suya y, estrechándola con fuerza, se la llevó al pecho y escudriñó con esa directa y desconcertante intensidad tan propia de ella el rostro del visitante. La sociedad educada podía ser hipócrita con sus prácticas estúpidamente rituales, pero los modales que le habían enseñado a utilizar en público tenían también la función, y no sólo en su caso, de derribar una barrera formal que hacía menos evidente la torpeza física y social. Las normas para tratar a los desconocidos casi podrían haberla igualado en un primer encuentro a aquellas personas cuya gracia natural y desenvoltura mundana apenas necesitaban normas. Si hubiera hecho una reverencia y, bajando la mirada, se hubiera sentado en una silla a cierta distancia, con las manos en el regazo, habría respondido a la formalidad con la misma y apropiada formalidad que establecen las convenciones sociales, y él se habría sentido mucho más cómodo y la habría visto como a cualquier otra joven. No siendo hermosa ni elegante, como Montaigne no había podido evitar imaginar a su joven admiradora al recibir la carta, al menos no se habría mostrado inesperadamente rara y torpe en su forma de hablar y de moverse, ni ligeramente trastornada al pasar bruscamente de evitar todo contacto ocular a clavar la mirada en su cara sin parpadear, sacando el cuello para intensificar su mirada dura y exigente. En aquel

momento se volvió hacia él, con el cuello totalmente estirado, interrogando su cara como si fuera una costa lejana que por fin se avistaba. Respiraba pesadamente, y estrujó la pequeña y blanda mano de él entre las suyas, sorprendentemente largas, apretándola contra su pecho como si con ese gesto lograra someter sus emociones en ebullición. Esa joven era alarmante. Una fuerza tan temible como la visión de los ladrones que se le habían echado encima en el bosque de Villebois. Estaba muy lejos de ser la joven atractiva, agradable y sumamente inteligente que había creído que iba a conocer.

No es que no fuera inteligente, sumamente inteligente, lo que ella tenía que decir, tanto en la carta que lo había traído hasta allí como en persona, cuando apenas deteniéndose para respirar descargó su admiración en un análisis de su escritura, sin dejar de castigarle la mano entre las suyas. Pero la pasión, la estridencia, la franqueza, la excesiva locuacidad con que brotaban sus pensamientos lo alarmaron e inquietaron. También se descubrió irritado con la asunción ligeramente insultante de que nunca había tenido un lector tan comprensivo. En la abrumadora verbalización de su admiración y gratitud hacia él por los ensayos y por haber acudido a verla, se escondía también una insistencia en que la reconociera como su única verdadera lectora.

Había acudido para ser elogiado y encandilado por una joven hermosa y brillante, buscando un tónico para su espíritu consumido. Pero esa joven torpe y excesivamente ardiente hizo algo más que decepcionarlo y agitarlo, le hizo reconocer y lamentar su vanidad de anciano. Experimentó ese momento de vacilación en el que se está tan cerca del pasado perdido de no haber hecho algo de lo que uno se arrepiente que por un instante parece que se podría rebobinar la escena para enmendarlo y volver a ser libre de tomar la decisión adecuada. Pero lo hecho hecho está; los deseos desesperados han de dar paso a ese enunciado.

Él empezó despacio pero con firmeza a retirar la mano de su garra de hierro y sugirió que se sentaran. Marie apenas podía soltarlo, pero abrió los dedos y, en lugar de desplazarse hasta la silla situada a varios palmos de distancia, como era la intención de él, se dejó caer como un peso pesado en un reposapiés junto a la silla que él había ocupado. Se inclinó hacia él, estirando el torso en un ángulo marcado, y plantó en el suelo los pies abiertos, como un hombre. Con los codos apoyados en los muslos, tenía las manos libres para expresar las etéreas sutilidades de las palabras que casi no encontraba pero que en el último minuto, entre apresuradas respiraciones, cobraban impulso para ser pronunciadas.

—... un Sócrates... un Epaminondas... y enseguida vi, ya desde los primeros ensayos, la osadía de su proyecto. Que nadie ha intentado antes semejante... semejante... —Abrió los dedos para describir la enormidad de su logro—. Ni en toda Francia ni en el resto del mundo, nadie desde... Aristóteles..., semejante combinación de erudición y comprensión... de un modo completamente novedoso..., una... obra de arte... ni siquiera Platón, ni siquiera él tuvo una mente tan firme o

singular. ¿Dónde están hoy día las mentes capaces de pensar y escribir como lo hace usted, con tanta claridad y determinación...?

Montaigne la interrumpió, aunque casi tuvo que gritar para detener el torrente.

—Halaga a un anciano, pero puedo asegurarle que en estos momentos hay al menos treinta hombres en París con una mente mejor dotada que la mía.

—Si fueran realmente sabios, estarían sentados aquí a sus pies adorándolo como yo —replicó ella, olvidando en su idolatría que había sido él quien había acudido a ella—. Dice tales cosas sólo para hacerme sufrir. ¿Por qué es tan cruel? París es una ciudad de necios que van por ahí atendiendo sus necios asuntos mientras entre ellos hay un dios... ¿Quién va a valorarlo en estos tristes tiempos? Los antiguos deben de estar llorando por no haberlo tenido entre ellos... Señor, desde que abrí el primer volumen de sus *Ensayos*, supe que me hallaba en presencia de algo grande. Era de vital importancia que nos conociéramos, existiendo semejante afinidad de caracteres entre nosotros. Somos mentes gemelas, almas gemelas. Enseguida tuve claro que mi mente había sido diseñada para leer su obra como había que leerse. Sus palabras estaban escritas para que mi corazón despertara al compañero de su alma.

Él no pudo seguir conteniendo su irritación.

—No he pasado tan inadvertido. Recibí una carta de Lipsio desde Leyden en la que expresaba su admiración por mis volúmenes.

—Pero debería postrarse ante usted. Es un gran filósofo, pero hasta él sabe que no es su igual.

—Eso son tonterías, joven. Se está sobreexcitando.

Marie, que había pasado tanto tiempo sola entre libros mudos en la biblioteca de su padre, no pudo dominarse. No tenía ni idea de cómo tratar a ese hombre vivo, ese ser de carne y hueso que era la encarnación de la amalgama de papel, cuero y palabras a las que había consagrado su vida. Nunca había tenido que demostrar su valía a los libros. Nunca se había visto obligada a hacer algo para que la tomaran en serio. No sabía cómo lograr que sus palabras significaran algo o sonaran lo bastante diferentes de las que utilizaban los demás por educación. No sabía cómo abordar el problema físico y mental de entablar conversación con el ser llamado escritor que era otra persona en la habitación. La impotencia de sus palabras para transmitir y convencer le dejaba sólo un camino para demostrar al escritor que era una compañera digna.

—¿Cree que exagero? ¿Cree que sólo estoy halagándolo?

El corazón le palpitaba con tanta fuerza que se hizo dueño de ella, de su mente y de su cuerpo. Se levantó de un salto y, apartando el reposapiés de una patada, se plantó frente a la silla de él con los pies separados. Estaba más allá de las palabras que él empezó a decir para intentar calmarla, más allá de la cordura. Sólo sabía que debía demostrar su valía.

—Mire esto —gritó, llevándose una mano al largo punzón plateado que le sujetaba la trenza enrollada en la nuca—. Le demostraré mi seriedad y mi constancia.

Le demostraré mi amor y admiración por usted y su obra.

Mientras hablaba, se clavó varias veces el extremo afilado del punzón en el interior del antebrazo hasta que, para horror de Montaigne, brotaron libremente riachuelos de sangre que le bajaron hasta la muñeca y cayeron de la punta de los dedos al suelo.

—Le entrego mi inteligencia... —gritó en un trance de drama clásico—. Le entrego mi vida y mi sangre. Soy su discípula. A donde usted vaya lo seguiré... —El drama tomaba un giro bíblico—. Enséñeme, hágame su alumna, su discípula...

En cuanto el asombro le permitió moverse, un Montaigne aterrorizado se levantó y trató de arrancarle el punzón de la mano sin clavárselo a sí mismo, y forcejearon, dos intelectos extraviados de sus cuerpos que ejecutaron su danza hasta que por fin, como por agotamiento, ella dejó caer la mano, soltó el arma y se desplomó contra el pecho de él. Los dos descansaron un momento. Él la sostuvo erguida con los brazos por debajo de las axilas y, tras un momento para recuperar el aliento, pidió auxilio.

Jeanne y tío Louis habían salido para hacer unas visitas; Marie se había negado a acompañarlos, rechazando los compromisos sociales comunes, pero Louise no estaba muy lejos. Entró corriendo en la habitación, se sorprendió aunque no demasiado al ver los apuros del caballero y corrió a buscar agua y vendas. Cuando volvió, entre los dos tendieron a Marie en el sofá. Montaigne se dejó caer de nuevo en la silla, espantado y angustiado.

—No se preocupe, señor —dijo Louise, tratando de tranquilizarlo mientras limpiaba el brazo ensangrentado de su señora—. Se acalora mucho. Usted significa mucho para ella. No se imagina el revuelo que armó con ese libro suyo, luego creyó que estaba muerto y de pronto dejó de estarlo, y ahora está usted aquí y supongo que ha sido demasiado... Verá, no está acostumbrada a que otras personas...

Marie volvió en sí en el sofá. Alargó una mano hacia Montaigne.

—Ya ve lo que me conmueve su presencia. Le ruego... le ruego...

Se echó a llorar.

Al oír cómo la emoción le embargaba la voz, él se apresuró a cogerle la mano.

—¿Qué tiene, joven? ¿Qué puedo hacer por usted?

—Tómeme como aprendiz. Permítame aprender de usted. Eso es todo lo que le pido.

—Pero estoy en París para cumplir una misión y luego tendré que volver a Burdeos. ¿Qué quiere que haga?

—¡Sea mi padre!

Ella volvió a aprisionarle la mano entre las suyas.

Montaigne guardó silencio.

—Soy huérfana. Mi padre murió cuando era niña. Pero usted, usted es el verdadero padre de mi alma. Sea mi mentor, mi sabio padre, mi maestro. Llámeme hija.

—¿Adoptarla? —repitió él sin aliento, pronunciando la palabra sólo para expresar

su estupefacción.

—Eso es. —Ella se echó a llorar viendo que era posible, abrumada ante la idea—. Adópteme, querido padre.

Él estaba dispuesto a hacer casi lo que fuera por tranquilizar a esa joven enloquecida y alejarse de la terrible equivocación que había cometido. Pero adoptarla era demasiado.

—No puedo adoptarla, querida. Tengo mujer y una hija... sin consultarlas...

Vio cómo la cara de la joven se desfiguraba de desesperación ante la negativa. Manaron más lágrimas mientras caía de nuevo hacia atrás con un grito de angustia que presagiaba claramente otro brote de locura. Con la brillantez que nace de la desesperación, él tuvo una idea.

—... pero sería un honor para mí que aceptara ser mi *fille d'alliance*. Una hija de mi intelecto. Una relación más igualada que la existente entre un simple padre y una hija, que reconoce la afinidad entre nuestras mentes y, sin embargo, teniendo en cuenta la diferencia de edad y demás, es una relación formal que no dará lugar a... habladurías. No debemos manchar de ningún modo su reputación, querida.

—¿De veras? ¿Permitirá que sea realmente su *fille d'alliance*?

—Sí, sí.

—¿Me lo promete?

—Por supuesto. Prometo reconocerla como mi *fille d'alliance*. Ahora cálmese.

Marie contuvo varios sollozos mientras consideraba la propuesta. Era un ofrecimiento extraordinario. Un ofrecimiento que demostraba al mundo que una joven de veintidós años era una valorada y admirada alumna y compañera intelectual de una de las mentes más grandes de toda Francia, de todo el mundo, de todos los tiempos.

—No soy digna de semejante honor, señor —susurró ella.

Pero Montaigne no dudó de que aceptaría.

Marie seguramente no habría sabido nada más del gran escritor si, después de huir de su casa, hubiera podido atender sus asuntos en París y regresar a su château de Guyena. El título de *fille d'alliance*, que en otras circunstancias habría significado una relación noble y real, no era más que palabras que se le habían ocurrido en su desesperación por escapar de esa admiradora histérica y peligrosa. Él era un hombre de palabra, pero en las condiciones en que había hecho la promesa seguramente la habría olvidado. Cuando por fin se despidió de ella después de ese primer encuentro, no tenía intención de volver a verla, ni de contestar el aluvión de cartas cuando ella le escribiera a diario, como debió de imaginar que haría. ¿Quién sabe qué habría sido de ella entonces? Algo sin duda habría hecho, pero ¿qué?

La nueva *fille d'alliance* de Montaigne le escribió la misma tarde de su encuentro y aunque esperó en vano una respuesta, siguió escribiéndole, segura de que él haría un gesto de aprobación al leer sus reflexiones sobre su obra, sus detalladas opiniones

sobre literatura y lengua, sus planes de abrazar una vida literaria, sus quejas sobre las restricciones que su madre y los convencionalismos despreciables le impondrían si ella lo permitiera, y, por supuesto, sus sentimientos apasionados pero puros hacia él. Su silencio no la inquietó demasiado las primeras tres o cuatro semanas, porque sabía que estaría ocupado con reuniones y negociaciones secretas mientras el Ejército del duque de Guisa se acercaba más que nunca a los muros de París, y el 12 de mayo, el Día de las Barricadas, llegaba a tomar la ciudad obligando al Rey a huir con los Estados Generales a Blois. Hasta en su obsesión, podía ver que el intento de Montaigne de evitar la guerra acudiendo al Rey con mensajes de Navarra y Guisa podía ser más prioritario que contestar sus repetidos votos de devoción. Cada uno empezaba con «Querido padre».

Pese a su precoz comprensión de los escritos de Montaigne, Marie pasó por alto los pasajes en que él expresaba abiertamente su resistencia a asumir más responsabilidades de las indispensables, su insistencia en defender la razón sobre la pasión, su recelo y rechazo de la imaginación desaforada y la conducta extrema, sus serias reservas acerca de la capacidad intelectual de las mujeres en general, y su devota entrega a la singularidad de su único gran vínculo emocional. Nada de todo ello habría inducido a creer a un lector reflexivo y minucioso que Montaigne se sentiría inclinado a buscar la compañía de Marie de Gournay tras su primer encuentro melodramático.

Pero hay circunstancias en las que el lado ingrato de una experiencia se disuelve si hay necesidades lo bastante poderosas para anular el recuerdo desagradable. Ya exhausto del largo y peligroso viaje a París, y no habiendo mejorado, como había esperado, con su visita a Marie de Gournay, Montaigne se hallaba bajo nuevas presiones a causa de las delicadas negociaciones que lo habían convertido en un títere entre tres hombres poderosos y peligrosos. Siguió la publicación del tercer volumen de sus *Ensayos*. ¿Qué escritor no se siente emocionalmente inestable tras la publicación de un nuevo libro? En junio, un mes después de su angustiada visita a Marie, salió una edición revisada con un tercer volumen de ensayos nuevos que se centraban como nunca en la existencia de su autor. Nadie había sido nunca tan atrevido ni tan personal, afirmaban, mezclando de tal modo la abstracción con anécdotas, y fue recibido con cierta desaprobación por las clases educadas y los intelectuales consolidados de París y del resto de Europa.

La Liga Católica encabezada por el duque de Guisa asumía el mando de París cuando Montaigne sufrió un doloroso ataque de gota, una de las pocas enfermedades que no había padecido antes. El 10 de julio a media tarde, todavía acostado por el dolor del pie izquierdo, la milicia de la Liga acudió a buscarlo y lo llevó a caballo a la Bastilla, como represalia por la detención de un miembro de la Liga en Rouen por parte del Ejército del rey Enrique. El encarcelamiento fue breve. Catalina de Médicis, la Reina Madre y una mujer que no se enfadaba con facilidad, intercedió por él ante Guisa, y a las ocho de esa misma tarde pusieron en libertad a Montaigne. Aun así, era

la primera prisión que él veía por dentro y él mismo describió su puesta en libertad como «un favor sin precedentes». A los pocos días volvió a caer enfermo, esta vez con una fiebre virulenta, la gripe o alguna fiebre incubada durante las pocas horas que había estado encerrado en la Bastilla. Fuera lo que fuese, los médicos lo dieron por un caso perdido y durante varios días estuvo a las puertas de la muerte. Según su amigo Pierre de Brach, que estuvo junto a su lecho, se enfrentó al final con toda la calma del hombre con una fiebre terminal. Estaba preparado, dijo, sometiéndose con serenidad y tal vez hasta cierto alivio a lo inevitable. Pero la muerte no se lo llevó. Escapó otra vez por los pelos. La tercera en otros tantos meses. Salió de la crisis vivo pero física y moralmente destrozado. Se quedó exhausto, físicamente debilitado y peligrosamente vulnerable a la melancolía que siempre había amenazado corromper su temperamento educado con esmero pero de frágil equilibrio. Era un hombre de edad muy avanzada que, al margen de la persistente agonía que le causaba su piedra, en el transcurso de los pasados dos meses había padecido una nueva enfermedad sumamente dolorosa, había sido encarcelado y por último había sucumbido a una fiebre debilitante que lo había llevado más cerca de la muerte de lo que nunca había estado, salvo tal vez aquel momento hacía apenas unas semanas en que el cabecilla de unos bandidos había ordenado a sus hombres que lo llevaran al bosque y le rajaran el cuello antes de cambiar de pronto de opinión.

Necesitaba todo lo que cualquier ser humano podía necesitar para recuperar las fuerzas. En un estado tan débil era impensable que emprendiera el largo y peligroso viaje a Guyena, y aunque Brach se aseguró de procurarle todos los cuidados físicos a su disposición, se encontraba en una ciudad ocupada, húmeda y hedionda, lejos del aire saludable de su propiedad en el campo donde sus criados lo habrían cuidado. Estaba débil, asustado y desprovisto de comodidades y, pese al desprecio que le merecía la profesión, cuando el médico le preguntó si no podía pasar una temporada respirando el aire fresco del campo en verano en algún lugar menos remoto que su château cercano a Burdeos, se dio cuenta de que todo lo que deseaba era disfrutar de una convalecencia lejos del ruido y la suciedad de la ciudad, y rodeado de árboles y agua. Pasear junto a un río, y gozar de suficiente tranquilidad y atenciones para emprender la lenta y minuciosa tarea de revisar los *Ensayos* para preparar una nueva edición. Se imaginó un refugio en el campo donde, en paz y tranquilidad, podría leer sus pensamientos previos, y completarlos o matizarlos con una palabra aquí, una frase allá, un par de enunciados donde hiciera falta. ¿Qué mayor placer había que revisar un texto propio? Modificar, ampliar, simplificar, aclarar o confundir un argumento. Y mientras tanto dar paseos tranquilos a la luz brillante, con una suave brisa, los trinos de pájaros, los setos bien recortados y los senderos que lo conducían de nuevo a su estudio o a su cama cuando su cuerpo debilitado necesitaba descansar. Sus aposentos de París, oscuros y ornamentados ese verano caluroso y políticamente peligroso, no ofrecían nada de todo ello.

Con su camisa de dormir, sin preocuparse por el decoro a causa del calor,

Montaigne daba vueltas por su habitación imaginando que estaba en otra parte. Detuvo la mirada en las cartas selladas de mademoiselle de Gournay que se habían amontonado en una mesa lateral desde que había abierto la segunda y la había dejado caer sin leerla. Cogió una al azar del montón y rompió el sello. La intensidad de su lenguaje recargado y altisonante, y la exigencia subyacente de que la tuviera en consideración seguramente le hicieron esbozar una mueca y apresurarse a terminarla de leer, pero se enteró de que había vuelto a Picardía y, abriendo más cartas, encontró en cada una la invitación para instalarse todo el tiempo que quisiera en su château, por el que fluía el gentil Aronde y donde tendría la libertad de ocupar los días a su antojo: trabajando, paseando o descansando de sus agotadores intentos de reconciliar a reyes y príncipes de Francia enfrentados.

Es bien sabido que el recuerdo del dolor disminuye con el tiempo según la necesidad. No sólo el dolor; también olvidamos las dificultades y la agitación. Cuando necesitamos lo que queremos, nuestra mente trabaja en nombre de nuestra ávida voluntad. Necesitada de comodidades y descanso, ¿por qué la gran mente de Montaigne no podría haber borrado el recuerdo de los desvaríos infantiles y la conducta exaltada de Marie cuando la conoció, y haber hecho la vista gorda al lenguaje y los pensamientos poco originales de sus cartas, teniendo sólo en cuenta la admiración y devoción hacia su obra y su persona, y la promesa de una balsámica convalecencia bien atendida en la tranquilidad del campo de Picardía?

Durante gran parte de julio, y todo agosto y septiembre, Marie vio cómo se hacían realidad sus fantasías más improbables y atrevidas de los últimos cuatro años. Montaigne acudió a Picardía. Necesitado de sus cuidados y de su ayuda, se alojó en la casa de Gournay. Jeanne se quedó atónita al verlo llegar. Los desvaríos de su hija se habían cumplido y ese hombre que, según ella y el más fiable Louis, era conocido dentro y fuera de Francia, aceptaba agradecido y gentilmente su hospitalidad. Aunque trató de verla a una nueva luz, Jeanne no logró persuadirse de que las gracias sociales o el físico de su hija lo habían atraído hasta allí. Marie seguía siendo desgarbada. Caminaba de forma masculina, con los hombros encorvados, la barbilla adelantada, sin una sola línea grácil en su cuerpo. Sus mejillas se habían vuelto menos angulosas, pero la madurez no había suavizado el efecto de los ojos saltones, la boca pequeña, remilgada, la barbilla estrecha y puntiaguda. Parecía una joven poco agraciada que esperaba a envejecer. Sin duda no era su belleza lo que había atraído a ese ilustre y noble caballero a su château. Tal vez, concluyó, Marie era sincera aunque poco modesta al afirmar que era capaz de comprender mejor que nadie su obra.

¿Por qué no estaba él en París rodeado de todos los grandes cerebros de la tierra? Todas las horas que Marie había malgastado en la biblioteca en lugar de aprender los deberes de una mujer le habían enseñado a leer un libro, y eso había bastado para atraer a su autor hacia ella. A Jeanne le parecía que no decía mucho del carácter de los autores que estuvieran tan disponibles para quienquiera que se molestara en

leerlos y admirarlos. Aun así se suponía que si su hija había entendido lo que otros no habían sabido entender, debía sentirse orgullosa de ella. Pero ¿de qué servía? Era un honor, desde luego, pero ¿aparte de eso? ¿En términos prácticos? Él era un anciano con esposa e hija. Esa *fille d'alliance* que se había ofrecido a ser y de la que tanto hablaba Marie estaba muy bien, y era al menos una razón respetable para explicar su presencia allí, pero ¿qué futuro le ofrecía a ella? No implicaba que fuera a mantenerla y estaba descartado que se casara con ella. Era un honor, desde luego, y podía llenar de orgullo a Marie, pero ¿qué sacaba en limpio de todo ello? No había ningún beneficio para una mujer de tan modestos medios en el hecho de que un hombre intelectual la considerara intelectualmente capaz. ¿Podía escribir libros y ganarse la vida con ello? Era una mujer. Una mujer sin fortuna propia se ganaba el sustento casándose, no leyendo libros en una biblioteca. Aun así el seigneur de Montaigne era muy agradable. Tenía unos modales impecables con todos, y Jeanne nunca había visto a Marie tan feliz, o feliz a secas. Toda ella resplandecía, lo que, sumado a su juventud, le hizo ver que podría ser atractiva, si no mirara como si sus ojos caminaran sobre tallos y no se condujera con tanta torpeza. Tal vez la devoción y la atención que prestaba a cada una de sus palabras y necesidades le bastaban al seigneur, achacoso y tan lejos de su casa. Tal vez, en su agradecimiento, podía llegar a verla de otro modo. Un hombre es capaz de perdonar muchas cosas a una mujer que lo adora. Pero Jeanne se sintió de pronto culpable de fantasear. Sabía que no podía salir nada bueno de todo ello. Al menos, nada decente ni respetable, y dudaba que el seigneur fuera la clase de hombre que mantuviera a una mujer... De cualquier modo, lo que ella estaba casi pensando era impensable. Él acabaría regresando a su casa, y Marie reanudaría su poco prometedor vida en la biblioteca convertida en una solterona declarada, a menos que se la pudiera persuadir de que, una vez alcanzado su sueño de conocer al gran escritor, el convento era un gran lugar para disfrutar de una tranquila vida de recogimiento. Ese sueño hecho realidad tal vez la hiciera entrar por fin en razón, después de todo.

Al principio Montaigne casi no salió de su habitación. Dio las gracias a madame Jeanne, a Marthe y a mademoiselle Marie por su hospitalidad, pero era evidente que el viaje había agotado sus ya escasas fuerzas. Llamaron a un médico y su criado lo acostó.

—Reposo en cama y cuidados, éste es mi consejo, seigneur.

Montaigne lo sabía, por eso estaba allí. La opinión poco elevada de por sí que tenía de la profesión médica volvió a tocar fondo con esa recomendación, pero dio a las mujeres de la casa autoridad para insistir en que guardara cama y se dejara cuidar. Él no tenía más que un deseo formal de llevarles la contraria.

Al cabo de varios días, cuando hubo descansado y empezó a sentirse mejor, consideró la situación a la que en su estado exhausto se había expuesto. En aquellos momentos de estupefacción y alarma ante sus actos, mantuvo la serenidad,

preguntándose qué tenía de malo dejarse cuidar y darse la oportunidad de recuperarse en un entorno agradable, donde sólo se requería de él que escuchara a una joven entusiasta explayarse sobre los pensamientos de los maestros clásicos en temas como la vida y la muerte. Hasta el recuerdo de ella clavándose el punzón le parecía menos grotesco o al menos más comprensible. Era poco menos que una chiquilla. Le parecía extraordinario que una joven que no había recibido la debida educación, como era su caso, hubiera aprendido sola a utilizar la maravillosa maquinaria de una biblioteca para enseñarse a amar los libros y la lectura, para querer ella misma escribir y llegar a dominar el latín hasta un punto muy encomiable.

Cuanto más vueltas le daba, más se percataba de lo admirable que era esa joven. Se avergonzaba de ello, pero si era honesto consigo mismo no podía dejar de reconocer su decepción al encontrarla menos agradable a la vista y menos satisfactoria al oído de lo que se había permitido imaginar antes del primer encuentro. Tanto la suposición como la decepción eran naturales, por supuesto, pero su deseo de huir aun antes de que ella hubiera dicho u hecho algo era de todos modos lamentable. Debería haber reaccionado de una forma más loable. También se avergonzaba de no haber atendido su correspondencia y de su cobarde ofrecimiento de convertirla en su *filie d'alliance* sólo para escapar de su entusiasmo irrefrenable. ¿Cómo no iba a estar sobreexcitada en esas circunstancias? La biblioteca había cobrado vida y le había hecho una visita. ¿Cómo reaccionaría él si Plutarco se anunciara de pronto en su puerta y expresara su deseo de conocerlo? Con bastante menos decoro del que él había esperado de ella. Con frenética emoción. Se había quedado horrorizado con ella, una joven de veintidós años sin experiencia, por no tener una seriedad y sutileza que hasta a un anciano con mundología le costaría alcanzar en circunstancias parecidas. De hecho, ¿no se habría quedado encantado si su propia hija hubiera mostrado tanto interés por la literatura? ¿O por él? Comprendió, además, que estaba enfadado con Marie por no haberse convertido en el anciano sabio que su amigo verdadero y perdido había sido para él mientras vivió. El hecho de que, aun sin darse cuenta, hubiera soñado con que esa joven no sólo colmara sus necesidades estéticas (y posiblemente sensuales) sino que llenara el ávido vacío dejado por La Boétie, sólo ponía de manifiesto el mal funcionamiento de su mente cuando recibió la carta en París. Se había aferrado a un espejismo, dispuesto a ver en cualquier parloteo adulador un ofrecimiento de lo que sabía que nunca podría o tal vez no debería volver a tener. Qué poco preparado había estado para las relaciones sociales normales, por no hablar de las sutilidades de prevenir otra maldita guerra.

Comprendió que tenía que cumplir la promesa que le había hecho a Marie de establecer una alianza intelectual con ella mientras recuperaba las fuerzas a su cuidado. A cambio de su devoción podía instruirla durante sus conversaciones. Lo que a ella le hacía falta era un maestro, alguien que la orientara hacia el enfoque correcto y equilibrado de los libros y su contenido. ¿Por qué no debía aspirar una joven a una vida intelectual sólo porque carecía del prestigio o la distinción social de

Margarita de Valois o Diana de Foix? Si estaba destinada a la soltería, según afirmaban su madre y ella, y como él mismo creía probable, ¿por qué no podía llevar esa vida en la biblioteca? Podría traducir textos latinos y tal vez, con un poco de disciplina, componer poemas y cartearse con otras mujeres de letras. Vio posible moldear la materia prima de su entusiasmo por su obra en algo con lo que ganarse de modo útil la vida. Para empezar, podría ayudarlo a él con las correcciones de la nueva edición de los *Ensayos*. Empezaba a sentirse preparado para trabajar. Su ayuda sería conveniente para ambos.

La vida de Marie giraba en torno a él. Empezaban juntos el día en la biblioteca de Gournay, que era modesta al lado de la torre llena de libros del château de Montaigne, pero que en un frenesí de actividad por parte de los criados, a los que Marie nunca había dejado entrar antes, se había ventilado, limpiado y pulido hasta dejarla en perfecto estado para que el escritor y su ayudante se pusieran manos a la obra. Cada uno se sentaba a un extremo de la mesa con un tintero y un montón de hojas entre ambos, y él garabateaba sus notas en las páginas descosidas de su edición recién publicada. A veces la empujaba hacia ella y se recostaba, o daba vueltas por la habitación, dictándole correcciones para que las escribiera en los márgenes. O, si eran largas, en una hoja suelta que ella luego pegaba junto al pasaje correspondiente. A veces Marie se quedaba despierta por las noches, pensando entusiasmada que parte del manuscrito estaría escrito por ella. El elaborado manuscrito de ese gran hombre, que sin duda estudiarían futuras generaciones mientras existiera el mundo o sobrevivieran las páginas, llevaría una corrección de su puño y letra que contrastaría la militancia de un hombre con el comedimiento de otro en el ensayo del primer volumen, «Resultados distintos de la misma decisión».

Conozco a otro que ha aumentado inesperadamente su fortuna por adoptar una decisión del todo contraria...

—¿Quiénes son ellos? —preguntó ella mientras se secaba la tinta.

—Es un secreto de Estado, niña, pero si me das tu palabra de que no lo divulgarás...

Ella asintió enérgicamente con la expresión solemne del honor de cargar con secretos de Estado.

—Está bien. Uno es Navarra y el otro el duque de Guisa. Pero no te diré quién es quién o tu vida podría estar en peligro.

Ella lo escudriñó un momento para saber si le tomaba el pelo. Por si acaso, aseguró muy seria que no lo repetiría a nadie. Ni bajo tortura. Pero por encima incluso de la satisfacción de oír esa confidencia, estaba la emoción de pensar que la frase que ella había escrito con su cuidadosa letra en el margen de la página seguiría existiendo al lado de las palabras impresas y escritas a mano de Montaigne. Era una clase de posteridad. Aunque cuando los dos llevaran mucho tiempo muertos los

lectores no tendrían forma de saber a quién había pertenecido la otra letra, era la silenciosa y secreta prueba entonces y en el futuro de que en la ilustre obra de Montaigne había un lugar para la demoiselle de Gournay. De un modo más inmediato, era la prueba de que había comenzado su soñada vida consagrada a los libros.

Cada día daban un paseo por el sendero del río. A petición de él, ella lo esperaba detrás de la casa mientras paseaba solo por las mañanas, pero por la tarde, cuando el sol calentaba menos, ella lo acompañaba por lo que llamó «el Paseo de Monsieur de Montaigne». La frase hacía sonreír a Montaigne. Ella había rebautizado con su nombre el sendero que seguían a lo largo de la orilla del río (el sendero del río hasta entonces). Mientras él daba su solitaria vuelta a media mañana por los jardines y senderos boscosos de Gournay, Marie se quedaba junto a la ventana de la biblioteca, y lo veía desaparecer y regresar renovado, listo para seguir trabajando hasta la hora de almorzar algo en el comedor, siempre después de que Jeanne, Marthe y Léonore hubieran terminado, para no distraerlo de sus pensamientos. Después se echaba un rato, siguiendo la recomendación del médico, y el paciente lo agradecía como un periodo extra para estar solo. Cuando se despertaba, volvían a la tarea de editar y, ya entrada la tarde, Montaigne y Marie caminaban juntos por el sendero que conducía al río y seguían un rato su curso.

Era el momento que ella más atesoraba. Hablaban. Ella le hacía preguntas, le exponía argumentos y escuchaba sus respuestas sin perder sílaba, aunque siempre un poco confusa por la ligereza con que él parecía abordar los serios temas que ella sacaba a colación. La conversación solía girar en torno a lo que habían estado leyendo ese día.

—¿Por qué ha cambiado «ese monstruo de Calígula» por «el villano de Calígula»?

—Uno siempre debe evitar insultar al inocente —respondió él despreocupadamente.

El espacio entre las cejas de Marie se estrechó.

—Pero Calígula no era inocente. Era un tirano perverso.

Montaigne volvió a intentarlo.

—Los monstruos son los inocentes. No quería insultarlos comparándolos con Calígula.

Marie siguió juntando las cejas. Él se explicó mejor.

—Un monstruo nace o es un capricho de la naturaleza que a la mayoría de las personas nos parece extraña. No es malo por definición ni por voluntad propia, sólo es diferente. Un villano, en cambio, escoge su villanía. —Hizo una pausa y la miró antes de añadir—: Un monstruo no tiene por qué ser villano.

Marie dejó de fruncir el ceño al comprender.

—Ya veo.

—Pero, quién sabe, querida, tal vez estoy equivocado. ¿Cómo puede uno estar seguro de que incluso la villanía es algo que se puede escoger libremente? Me deja preocupado. Tal vez estoy cometiendo una injusticia con Calígula.

—Oh, no —se apresuró a tranquilizarlo ella, deteniéndose y poniendo una mano en la manga de su jubón—. Estoy segura de que era un hombre horrible. Suetonio se muestra muy rotundo al respecto.

Montaigne sonrió con cierta nostalgia.

—Era una broma mala. Dejemos a Calígula como un tirano y mantengamos a los monstruos inocentes.

A esas alturas sabía muy bien que a Marie no le iban los juegos, pero él era juguetón por naturaleza. Jugar formaba parte de su forma de pensar, y la solemnidad de ella seguramente provocaba en él cierta picardía. Provisto de educación y confianza, tal vez no tenía otra opción que dejarse llevar.

Un día de pleno verano Montaigne y Marie salieron a dar su paseo vespertino de costumbre, y Marie sacó el tema del amor.

—El amor ejemplar, por supuesto.

Teniendo en cuenta la distinción que hacía Plutarco entre el amor y el matrimonio, quería saber qué pensaba él de una historia que había leído hacía poco y que adoptaba otra perspectiva pese a tener un elevado fin moral.

—Es una pequeña novela, por lo que no es del todo seria, como los dos sabemos, pero mientras la leía no pude evitar tener la impresión de que trataba de grandes temas, como la lealtad y la devoción, la generosidad, la traición. ¿No son todos ellos fundamentales para el desarrollo del alma humana? ¿Por qué no deberíamos tomar también en serio una obra así? Trata de una princesa que huye con el hombre que ama en lugar de obedecer los deseos de su padre, el rey, que le ha concertado un matrimonio de acuerdo con su necesidad de establecer una alianza con alguien por quien ella nunca podrá sentir nada.

El sol seguía calentando, pero de vez en cuando soplaba una brisa ligera. Montaigne sintió el aire fresco en la cara. Era delicioso y cerró los ojos para saborear el placer antes de responder a Marie.

—El deber de una hija y princesa es obedecer a su padre y rey, ¿no es cierto? ¿Qué tiene que ver el amor con el matrimonio? De haber sido prudente, se habría casado con quien le habían ordenado y habría disfrutado del hombre que amaba en un rincón secreto del palacio.

Marie se esforzó por ocultar su desaprobación ante semejante hipocresía, por no hablar de la perturbadora imagen que trajo a su mente el rincón secreto. Deseó que él no hiciera esas bromas y trató de llevarlo de nuevo al tema de discusión.

—¿No es ser fiel a uno mismo la única forma recta de vivir?

—Desde luego que no. La rectitud está en hacer lo que es mejor primero para tu país y después para tu familia. Está confundiendo ser fiel con ser indulgente con uno

mismo. ¿Qué fue de esa joven rebelde?

—El hombre al que amaba y por el que había renunciado a todo la traicionó.

—Ya lo ve.

Con un gesto de la cabeza dio a entender que no le sorprendía en absoluto.

—Naufragaron y acabaron en la costa de otro país...

—Bien merecido se lo tenían.

Una pequeña sonrisa asomó a los labios de Montaigne.

Marie dejó traslucir una expresión obstinada ante lo que estaba bastante segura de que era frivolidad y reanudó su historia.

—En la tierra a la que llegaron arrastrados por las olas, un noble se enamoró perdidamente de ella. Y el joven con quien ella había huido demostró ser desleal. Se quedó extasiado con la hermana del noble...

—Pobre desgraciado. Como todos nosotros, me temo. Los hombres no somos de fiar. Eso es cosa de las mujeres. Es más, el amor no es de fiar. ¿Qué pasó entonces? Espero que me diga que celebraron una boda doble y que todo acabó bien, pero sospecho que la desobediencia de la princesa tendrá que ser castigada.

—Sí, por supuesto —asintió Marie con efusión, sin percibir el hastío en la voz de Montaigne—. Ella recibe su castigo, y sin embargo hay nobleza y gloria en ello.

Él miraba hacia la otra orilla mientras andaban, seguramente sin llegar a visualizar el horrible cuadrángulo que Marie describía.

—El noble creyó equivocadamente que la princesa y su amante estaban casados; lo habrían hecho, naturalmente, siendo los dos de noble cuna, pero no habían tenido la oportunidad desde que habían huido, de modo que el noble decidió matar al amante para que la princesa estuviera libre para casarse con él.

—Cielo santo, ¿no había una solución más fácil? Eso me parece complicar innecesariamente un problema ya espinoso.

Esta vez ella advirtió su tono y lo miró con dureza. Él pareció arrepentido.

—Por favor, continúe.

—Pero el amante infiel ofreció la princesa al noble a cambio de su hermana, de modo que no fue necesario el asesinato. La princesa oyó sin querer la conversación, y, dándose cuenta de que había sido vilmente traicionada por su amante, decidió fingir que amaba al noble...

—Los vericuetos del corazón humano me aturden.

Montaigne se llevó una mano a la frente.

—Dirá más bien de la falta de corazón.

Montaigne soltó una carcajada alentadora ante lo que podría haberse tomado como una broma de no haber sido pronunciado con el tono aleccionador de una maestra de escuela.

—¿Y? Supongo que a estas alturas no hay un final feliz para todos.

—Ella consintió en casarse con el noble, pero sólo con la condición de que le demostrara su amor matando a una de sus criadas que, según ella, la había insultado.

—Dios mío, veo ante mí una tragedia múltiple.

—Y una gran nobleza, monsieur. La princesa escribió una carta conmovedora a su amante y esa noche ocupó el lugar de la criada condenada en su lecho. Mientras tanto su amante, después de leer su triste carta de despedida, entró por fin en razón. Corrió a su lado, pero no la encontró en su habitación y, tras registrar el palacio, dio con su cuerpo sin vida horriblemente mutilado, asesinado en lugar de la criada, como había sido la intención de la princesa. Abrumado de vergüenza y remordimientos, se quitó allí mismo la vida.

Estaba casi sin aliento.

—Supongo que a los malvados pero arrepentidos hermanos, habiendo visto el error de sus actos, los enterraron juntos en la misma tumba.

—Eso es exactamente lo que pasó.

Montaigne suspiró profundamente y se secó la cara acalorada con su pañuelo de encaje. La brisa había dejado de soplar.

—Se trata, por tanto, de la historia de una joven desobediente que miente a varias personas y se venga de sus dos amantes logrando que uno la mate, y que el otro la encuentre muerta y se mate. De hecho, es un enrevesado acto de asesinato y suicidio por arte de magia.

Marie jadeó.

—No, no es venganza. Ella no comete ningún asesinato y es un error verla como un suicidio. Ella se *sacrifica* a sí misma.

—¿Con qué fin?

—Porque la han traicionado. Porque su amor es como una roca. Ya no le queda nada en la vida. Su amor es verdadero y, por mucho que el objeto de su amor le haya fallado, nunca perecerá. Nos demuestra la naturaleza eterna del amor verdadero.

—¿Puede vivir el amor sin un corazón que palpita? Todo sacrificio debe de tener un propósito. ¿Qué se logra con este sacrificio?

—A los que la han utilizado y traicionado se les enseña a ver la atrocidad de sus actos en la nobleza de ella al sacrificarse a sí misma para redimirlos.

—Un argumento, a mi modo de ver, bastante circular. Hemos de dar por sentada la redención... No tengo muchas esperanzas en la próxima pareja de tórtolos que naufrague en la tierra del noble y de su hermana. No, la venganza y el suicidio son fundamentales en la historia. Los caminos que toman las mujeres.

—¿Qué otra cosa pueden hacer las mujeres cuando los hombres no las tratan como a iguales?

—Exacto. Pero ¿querría usted que los sexos fueran iguales? Yo de usted me conformaría sólo con que las mujeres fueran superiores a los hombres, como lo son allá donde miro.

Marie pasó por alto el comentario; hasta ella podía ver que se mofaba. O al menos se lo pareció.

—¿Cómo no ve el honor y la grandeza de todo ello? Debo de haberme explicado

mal.

Parecía tan abatida que Montaigne volvió a arrepentirse de tomarse tan a la ligera su seriedad.

—Mi querida Marie, creo que estos melodramas grandiosos están por encima de la verdad, y por verdad entiendo la naturaleza *cotidiana* del trato de los seres humanos unos con otros. Una mente joven y seria como la suya necesita hacer una exploración más reflexiva del funcionamiento del mundo. La literatura romántica es emocionante pero engañosa al concentrarse en el drama humano.

—¡Pero hay tanta belleza y pasión en esta historia. Tiene tanto poder!

—Eso es cierto. Léalas como pasatiempo si tiene que hacerlo, pero la clase de pasión y belleza, y los sentimientos intensos engendrados por las novelas tal vez no sean el mejor modo de proceder para una joven seria que quiere ser aceptada en la sociedad intelectual. En cuanto a la verdad, precisa de una búsqueda tranquila y sobria. Lamento decirle que la verdad ofrece muy poca emoción.

—Entiendo —repuso Marie, intentándolo con ahínco—. Debería estar escrito con mayor fuerza moral. Habría que explicar su significado por encima de la simple historia. La atención del lector debe dirigirse hacia las consecuencias de quienes violan las leyes del país y la familia aunque lo hagan por los motivos más puros.

Montaigne se limitó a murmurar algo mientras señalaba una bandada de gansos que alzaban el vuelo sobre el Aronde. Estaba un poco decepcionado.

Marie estaba más decepcionada de lo que era capaz de comprender. Montaigne no podía estar equivocado, pero una parte vital de ella se sentía casi físicamente elevada por la historia de la princesa que se ofrecía a sí misma como sacrificio. De un modo distinto, pero su reacción al leerla era equiparable a la emoción que había experimentado al leer los *Ensayos*. Veía claramente las diferencias irreconciliables que había entre el drama narrativo de Taillement y la extraordinaria obra filosófica de Montaigne. Pero al leer ambos había empezado a fluir y a palpar a través de ella la misma euforia, hasta tener la sensación de haber reventado sus límites físicos. Ese algo oscuro pero maravilloso que se escondía en su interior, de lo que había sido vagamente consciente desde niña, había sido liberado con ambas lecturas hasta fundirse inextricablemente en la luz danzante y envolvente del mundo. Del mismo modo que la pequeña biblioteca polvorienta de su niñez se había convertido en un lugar maravilloso mientras trabajaba en ella con Montaigne, al leer la historia de Taillement, como al leer los *Ensayos*, abandonaba el pequeño encierro interior y se descubría a sí misma inmersa en la enormidad. Al contar a Montaigne la historia había esperado hacerle ver que su reacción ante ella era tan semejante a la que había tenido ante sus ensayos que reconciliaba ambos textos como alimento distinto pero igualmente vital para su ser. Pero él le había restado valor, calificándola de juvenil y sentimental, y no moral y elevada como ella seguía creyendo que era. Aun así, a pesar de lo convencida que estaba de la rectitud de Montaigne en todo y de sus deseos de complacerlo a toda costa, le parecía imposible dissociar la grandeza de una

y otra reacción. Era reacia a desprenderse del placer incontenible que había experimentado con la lectura de esa historia o a perder los numerosos momentos, incluso horas, que había pasado recordando e incluso recreando la narración y sus partes, en particular los pensamientos sobre la princesa que se sacrifica por amor, así como su traición, provocando deliciosos estremecimientos en su cuerpo y haciéndole desear contarla. Se sumergía en el dramatismo de la historia como quien, despertando de un sueño agradable, descubre que puede regresar a él y disfrutarlo una y otra vez.

En los ensayos que tanto admiraba había poco de esta adicción narrativa. Sólo en los relatos concisos de algún que otro héroe clásico inmersos en un argumento, o una descripción alarmantemente sincera de las predilecciones personales y físicas del escritor. Había leído y admirado apasionadamente la obra, pero la emoción que había llevado a su madre a administrarle eléboro en su comida también provenía de los momentos de intimidad en que contemplaba al hombre en sí, el escritor, la persona que se había infiltrado en las palabras y a quien llamaba a su presencia con tal placer sensual como el delicioso momento en que el amante infiel encuentra el cadáver ensangrentado de la princesa.

Por extraño que pareciera, aunque no había palabras para expresar el placer de tener a su héroe y mentor bajo el mismo techo, revisando con ella su obra maestra y paseando con ella a diario, descubrió que en los momentos de reposo, antes o después de quedarse dormida, cuando soñaba despierta contemplando cómo las nubes surcaban el cielo, seguía fantaseando con que él acudía a ella y le ofrecía su amistad, su inteligencia y su amor como si no estuviera instalado en su casa. No era la obra en la que habían trabajado juntos ni las conversaciones que habían mantenido aquel día lo que ocupaba su mente adormilada, sino las mismas ensoñaciones de los dos descubriéndose mutuamente que había albergado días antes de conocerlo en persona, cuando era absolutamente inimaginable que algún día estuvieran el uno delante del otro.

Montaigne pasó más de tres meses en Gournay, preparando la nueva edición de los *Ensayos*, y dejando que el sol del Norte le calentara los huesos y le asentara la sangre. Le dieron de comer y lo cuidaron, y él agradeció las atenciones de madame y de las dos mademoiselles de Gournay. Había tomado afecto a Marie, pero seguía receloso de su pasión y su anhelo de una solemnidad que aborrecía. Veía su necesidad de ser para él lo que nunca podría ser y, cuando ella misma percibía su imposibilidad, su necesidad de ser algo más que nunca sería, que él nunca le permitiría ser. En la vida de Montaigne sólo había cabida para el único y verdadero amigo perdido, y si por algún extraordinario accidente volvía a tener otra relación como la que lo había unido a La Boétie, desde el primer día había tenido claro que nunca sería con la demoiselle de Gournay. Estaba bastante seguro de que no podía ser una mujer (aunque estaba abierto a la sorpresa y la rectificación), y menos aún joven, y totalmente convencido de que, pese a todas sus admirables cualidades y buenas intenciones, no era Marie. Ella no parecía haberlo aceptado. Se aferraba al título de *fille d'alliance* como si se tratara de una adopción de verdad y como si significara aún más que una adopción de verdad. Sin embargo, quería mostrarle su gratitud y alentarla. Era extraordinaria a su manera, había recibido mucho de ella y se sentía mucho mejor, al menos físicamente.

Una mañana, poco antes de partir, le enseñó algo que había escrito la noche anterior, cuando todos estaban acostados. Era un añadido que había pegado en una hoja suelta casi al final del ensayo «La presunción» del Libro II. Ella se encorvó sobre la página y leyó las recientes palabras:

Me ha complacido hacer públicas en muchos sitios mis esperanzas sobre Marie de Gournay, mi hija de alianza, a quien profeso tanto afecto como a una hija. Si la adolescencia puede ofrecer presagios, esta alma será algún día capaz de las cosas más bellas. El juicio que hizo de los primeros *Ensayos*, mujer, y en este siglo, y tan joven, y sola en su región, y la buena voluntad que tuvo hacia mí a partir únicamente de la estima que concibió por mí, antes de verme, es un acontecimiento de muy digna consideración.

Lo leyó dos o tres veces. Cuando por fin levantó la cabeza, sus ojos saltones estaban extrañamente apagados y sus finos labios apretados, pero dijo:

—Nunca habría soñado con semejante honor. Ocupar un lugar en los *Ensayos*. Ser reconocida públicamente como su hija adoptiva.

Él tal vez imaginó un atisbo de decepción en su mirada, porque ella empezó a sollozar entre hipos y alargó la mano hacia él mientras él se apresuraba a sacar el pañuelo y a sentarla.

—No, eso no es nada comparado con lo bien que me ha cuidado usted. Y lo mucho que me ha ayudado con los *Ensayos*. Por favor, no llore.

Ella se llevó su mano al pecho, que se sacudía de forma dramática. Él la observó

atento a si se mesaba los cabellos y se preguntó si debía llamar a su madre.

Pero las lágrimas terminaron bruscamente, y ella se irguió y lo miró con una expresión casi dura.

—Nunca olvidaré la fe que ha depositado en mí, querido padre. Me aseguraré de no decepcionarlo. Con la confianza de tener semejante mentor detrás de mí no puedo dejar de lograr todo lo que espera de mí. No le fallaré.

Se llevó la mano de él a los labios. Al cabo de un momento él la recuperó.

—Bien. Creo que es la hora de mi paseo. Me alegro de que le haya complacido el añadido.

La noche anterior había hecho otra modificación también relacionada con su gratitud hacia Marie, pero ésa no se la había enseñado. En el recién publicado tercer volumen de la nueva edición, en el ensayo «La vanidad», había un pasaje que ella debía de haber leído en el que reflexionaba sobre la pérdida de su amigo La Boétie:

Sé bien que no dejaré atrás ningún defensor ni mucho menos tan afectuoso y comprensivo conmigo como lo fui yo con él. No hay nadie a quien quisiera confiarme totalmente para un retrato; sólo él gozaba de mi verdadera imagen y él se la llevó.

Unos días atrás, al llegar a ese pasaje, había pensado en Marie, en la amistad que alegaba y en su devoción. Por alguna razón había añadido después de «para un retrato»: «y si hay alguno, lo repudio, porque sé que está demasiado predispuesto a mi favor». La misma noche que había añadido la elegía a su hija adoptiva, había releído ese otro pasaje con su corrección y se había quedado largo rato reflexionando. Luego cogió la pluma, la hundió en el tintero y tachó con cuidado todo el pasaje impreso así como el añadido a mano. Era una de sus pocas tachaduras. Monsieur Montaigne era buena persona.

Hacia noviembre se encontraba lo bastante recuperado para reanudar su misión de paz. Había llegado el momento de acudir a Blois para hablar con el Rey de la posibilidad de hacer una alianza con Enrique de Navarra y firmar un tratado de paz con el duque de Guisa. Marie apenas podía soportar la idea de perderlo a él y esos perfectos días en su compañía. A medida que se aproximaba la fecha de su partida, amanecía con los ojos aún más enrojecidos por las lágrimas. Él quedó en visitarla brevemente de regreso de los Estados Generales. Prometió mantenerse en contacto. Se escribirían, sí, y tal vez ella podría ir a verlo algún día, aunque el viaje ya era peligroso de por sí, y no digamos para una joven sola. Eso no era nada, nada en absoluto, aseguró ella, atravesaría fuego con tal de volver a estar con él, sentarse a su lado en su torre y ayudarle en todo lo que estuviera en sus manos. Y estaba segura de que sus esfuerzos por conciliar las facciones enfrentadas darían fruto. ¿Cómo no iban

a darlo cuando el hombre más sabio de Francia y de toda Europa, incluidos Erasmo y Justo Lipsio, era el consejero de ambos bandos? En una Francia tan cambiada, sin ejércitos enfrentados que invadieran el campo, el trayecto de Picardía a Burdeos no presentaría más que las dificultades propias de un viaje.

Aun así ella no debía hacer planes para viajar, insistió él, sin consultarle primero por carta.

Montaigne se marchó el 23 de noviembre de Gournay para dirigirse a la Corte del Rey en Blois. Cuando llegó, tuvo la satisfacción de coincidir con figuras como Étienne Pasquier y Jacques-Auguste de Thou con quienes cambiar impresiones sobre su obra y la situación de Francia. Habló en privado con Enrique de la conveniencia de firmar la paz con el duque de Guisa, y Su Majestad lo escuchó con atención y le dio la razón. Un mes después Enrique dio órdenes de asesinar a Guisa.

Habiendo fracasado en su misión, Montaigne emprendió el largo y arduo viaje de regreso a Burdeos, hasta el castillo de Guyena y su torre. Estaba demasiado impaciente por llegar para detenerse en Gournay y envió una carta de disculpa, en la que reiteraba su agradecimiento y su admiración hacia mademoiselle de Gournay, a quien siempre se sentiría unido en el recuerdo. Pero en ese momento creía necesario encerrarse en su estudio y dedicar el tiempo que le quedaba a consolidar la obra de su vida. Estaba seguro de que ella lo comprendería. Volvió a Burdeos.

Marie se encontraba con su madre, Marthe y Léonore en Gournay, como cuando, creyendo muerto a su amado Montaigne, había ido a París y se había enterado de que estaba vivo, y había pasado tres maravillosos meses con su recién descubierto padre resucitado. Las peleas entre su madre y ella sobre su futuro se reanudaron. Era como si nunca hubiera tenido lugar el viaje a París, ni el verano y el otoño paseando, conversando y reflexionando con Montaigne. ¿No veía su madre que ella era diferente? ¿Que su vida tenía que ser diferente?

—¿Diferente en qué sentido? Te diré en qué eres diferente de las mujeres de tu edad. Sigues soltera, una mujer soltera y no tan joven de veintitrés años, sin apenas dinero, después de que tus hermanos se hayan llevado su parte, para vestirme y comer, y no digamos mantener una casa, y ninguna de las aptitudes domésticas que podrían ayudarte a llevar una vida más comfortable. No tienes educación. Vives en provincias. Un elegante noble ha pasado tres meses recuperándose entre nosotros y ahora se ha ido. No tienes marido. ¿Qué vas a hacer con tu vida?

—Como Montaigne, escribiré.

—¿No ves que lo que hace Montaigne, rico y confidente de los reyes, no es un modelo a seguir para ti?

—¿Por qué no? Será mi mecenas. Con su recomendación conseguiré publicar libros que la gente leerá. Ya he hablado con él del libro que me propongo escribir. Él lo dará a conocer. Me admira. El escritor más grande del mundo me admira. Contar con el apoyo de semejante hombre es más que ser una mujer soltera.

Jeanne levantó los brazos hacia el cielo.

—¡Eres tan necia! Cuidaste a un anciano enfermo que se encontraba lejos de su casa como lo habría hecho una esposa. Él te dictó sus sabias palabras y tú le escuchaste boquiabierta. Te permitió pasear con él una vez al día. ¿Acaso eso es suficiente admiración para que te lances a vivir sola en el mundo como una escritora?

—Soy su *fille d'alliance*. Lo dice en su libro. Cuando lo lean sabrán de mí. Dedicaré mi vida al estudio.

—Eso no es cosa de mujeres.

—Margarita de Valois lo hace.

—¿Esa desvergonzada? Toda Francia está al corriente de sus devaneos. Perdona, pero ni siquiera esa vida está a tu alcance. No tienes ni su riqueza ni su belleza. De todos modos, ella no es una mujer más, es una princesa de la familia real.

—Ser la *fille d'alliance* de Michel de Montaigne es mejor que ser una princesa.

—¿Acaso eso te convierte en un hombre independiente? ¿O es que piensa prestarte dinero para que puedas pasarte la vida leyendo y escribiendo? ¿Te llevará a su casa? ¿Se ocupará de mí cuando tiemble hambrienta en la vejez mientras su *fille d'alliance* garabatea palabras? Estás a punto de perder la juventud. Te convertirás en una vieja solterona que pasa hambre y frío. En eso eres diferente.

A Marie ya no le importaba lo que dijera su madre, si es que alguna vez le había importado, y no hizo caso de sus quejas. Era la hija de su nuevo padre.

Empezó a escribir su novela la misma noche que habló de ella con Montaigne y la terminó tres días después de que él se hubiera marchado a Blois. Escribió en un frenesí que disminuía la sensación de pérdida por la partida de su mentor, pero que también reflejaba la excitación de emprender activamente el estilo de vida que se proponía llevar. Había reflexionado detenidamente sobre los comentarios que él le había hecho sobre su resumen del cuento de Taillement y había llegado a comprender que con sus reservas la invitaba a escribir una versión mejor. Él había señalado que el argumento no estaba a la altura de sus ambiciones intelectuales y ella lo había interpretado como que contar *simplemente* la historia no le hacía justicia. Él quería que explotara todo su potencial y encontrara una forma digna de contar esa historia que tanto la había conmovido. Y, despierta en la cama la noche siguiente a su conversación, había encontrado, tal como sabía que él quería, una respuesta. Crearía una nueva versión que combinara el dramatismo del argumento con la elevada seriedad moral digna de un primer libro de la hija de Montaigne. Él, por supuesto, no escribía ni leía novelas. Pero sus palabras la habían impulsado a poner por escrito la historia y añadir sus interpretaciones personales de los significados espirituales y sociales. Sería un ensayo encubierto sobre el amor, la fidelidad y la certeza moral. Cabía la posibilidad de que una joven publicara una novela (sobre todo si contaba con el apoyo de un gran escritor), pero podrían tacharla de presuntuosa si empezaba su carrera literaria con ensayos, pese a los ánimos que había recibido del inventor del

género. No sería tan distinto de la técnica de Montaigne de relacionar entre sí los relatos de los autores clásicos y utilizarlos para reflexionar sobre cuestiones importantes de filosofía, ética y política. Le parecía que los personajes del cuento de Taillement encarnaban la honradez y la traición, y el drama que representaban no era más trivial que una parábola de la virtud si bien ambientada en un contexto moral refinado. Había que explicar al lector el propósito del relato para que comprendiera que no tenía nada de frívolo.

Se lo dedicó a Montaigne, por supuesto. Hasta le puso el título pensando en él: *Le promenoir de Monsieur de Montaigne*. No tenía nada que ver con el contenido, pero con ello se aseguraba de que la gente le prestara atención, y ella sabía que su padre no tendría objeción en ayudarla. A modo de Prefacio escribió una carta a la persona a quien se lo dedicaba.

Entenderá, padre, que llamo a éste «su paseo» porque cuando paseábamos por los senderos que ahora pienso como suyos, le conté la historia que sigue. [...] La razón por la que me he sentido impulsada a ponerla por escrito y enviársela después de su partida, corriendo detrás de usted, es para darle una nueva oportunidad para ver los fallos en mi estilo que debió de pasar por alto cuando se la expliqué de forma apresurada. Léala, por favor, y corríjala, aunque temo que si le pregunto qué tiene de malo, me responda que lo difícil es decir lo que tiene de bueno. Es inevitable. Si no a mí, disculpará mi juventud, y su buena disposición hacia mi persona me concederá un perdón que la fría razón negaría. [...] En verdad, si a alguien le sorprende el hecho de que, aunque sólo seamos de nombre padre e hija, la buena voluntad que nos une es más grande incluso que la existente entre padres e hijos de verdad —el primero y más íntimo de todos los vínculos naturales—, que busque la bondad en sí mismo antes que en el prójimo, y comprenderá que el poder que tiene la bondad para armonizar las almas es mayor que el de la naturaleza. Los afectos naturales a menudo han fracasado, los hermanos han hecho la guerra unos con otros, hasta los padres con los hijos, pero el amor más sagrado de Pitias y Damón, a quienes había unido la razón (si la naturaleza rige a las bestias, entre los hombres debe regir la razón) basándose en su integridad y virtud, era inviolable.

Y continuaba:

Dijo usted que mi intelecto estaba hecho para temas más profundos que estos intentos triviales, así que al final del relato he añadido algunos poemas míos, no tanto para ensalzarme como para asegurarme de que no me tiene por una pensadora más sutil de lo que soy en realidad. Todo es lo mismo, aunque

me pregunto si no estoy disfrutando plasmando en papel estas insensateces a propósito, para obligarle, al reprenderme, a ejercer el poder que tiene sobre mí. [...] Beso las manos de madame de Montaigne y de mi hermana mademoiselle de Montaigne, así como las de sus hermanos, los messieurs de la Brousse y de Mattecoulon...

Terminaba la carta con una cita:

«Ni hay temor de que nuestros descendientes incluyan de mala gana nuestro nombre entre los que han sido famosos por la amistad, si los destinos así lo quisieran».

Era un fragmento de un poema, «Ad Michaëlem Montanum: A Michel de Montaigne», de Étienne de La Boétie.

El amor a distancia es una angustiosa espera. La distancia entre Montaigne y Marie era casi tan grande como podía serlo sin que hubiera una vasta extensión de agua desconocida entre medio. Su paquete, si la suerte lo acompañaba (es decir, si no se extraviaba, si el transportista no enfermaba, ni lo asaltaban y mataban por el camino), llegaría a su destino en unas tres semanas. Si tampoco había incidentes en el trayecto, cabía esperar una respuesta en otras tres, siempre que se escribiera de inmediato. La agonía de la espera iba acompañada de la agonía de la incertidumbre. No sólo de si había llegado o no a Guyena el paquete con el manuscrito, sino si, de haber llegado, lo leerían inmediatamente (su padre no lo dejaría a un lado, pero podría no haber regresado aún o encontrarse en la ciudad para atender unos negocios o unos asuntos de Estado cuando llegara). Marie tembló ante el último pensamiento, aunque en su fuero interno tenía una gran confianza en su capacidad (el sello de la aprobación de Montaigne, su paternidad literaria, lo aseguraba) y había enviado el libro eufórica ante su logro. Sabía que era maduro en su análisis de la narrativa humana, y que su lenguaje era sumamente poético y un *tour de force* retórico, apuntando siempre al triunfo de la virtud en el cielo, si no en otro lugar, y al castigo del pecado. Se había quedado asombrada la última vez que lo había leído. ¿Lo he escrito yo? Era como estar enamorado, leer sus propias palabras que ya no eran simples palabras sino su primera obra completa, escrita con una autoridad que estaba muy por encima de su edad y su experiencia. Y sin embargo, pese a toda su confianza como autodidacta automotivada y ahora neófita con mentor, sentía algo misterioso, innombrable y desagradable en la boca del estómago, como si una pequeña criatura la rascara por dentro, algo que había empezado cuando envió el manuscrito y no cesó en mucho tiempo.

Pasaron tres semanas, las mejores, ya que todavía no podía esperar nada de su padre. El paquete no habría llegado aún al château pero él sí. Aun así cada día estuvo

al tanto de la correspondencia por si le había dado por escribir durante el viaje para mantenerse en contacto con su nueva hija. Pasaron cinco semanas y cada día que pasaba sin respuesta aumentaba el dolor interno, a esas alturas no tanto innombrable como no nombrado. Era ridículo, se decía; todas las incertidumbres que le habían surgido a ella al enviárselo le surgirían a él a la hora de responder. Aun así ella le escribía cada día comentándole lo que leía, sus pensamientos y sus proyectos, ofreciéndole nuevos análisis de sus ensayos y añadiendo poemas escritos por ella, alabándolo a él y a los miembros de su familia (ahora suya). En cada carta expresaba su confianza en que estuviera bien, que no hubiera tenido una recaída con la piedra, que no hubieran ido a más los achaques. En cada carta reiteraba su amor filial y su admiración hacia él, su único padre en el mundo. De vez en cuando le preguntaba, como de pasada, si había recibido su manuscrito y si creía que merecía un comentario.

Todo el que ha amado y esperado lo que nunca sucederá (y estamos hablando de la mayoría de los mortales, aunque algunos esperan mucho más que otros), conoce los enrevesados mecanismos mentales que sirven para disminuir su angustia. Esas esperanzas y excusas que se buscan desesperadamente: el infortunio de la inoportunidad, el nacimiento mal alineado, la tortuosidad de las pruebas imaginarias aunque convincentes para aliviar el dolor y la humillación de no ser correspondido. Incluso para ocultarnos a nosotros mismos nuestro amor. Tal vez hasta para ocultarnos a nosotros mismos el final de nuestro amor.

Marie se sentía engañada por haber conocido a su compañero del alma tan anciano, o por haber nacido demasiado tarde. Ojalá lo hubiera conocido cuando era joven, antes de que cargara con la enfermedad y la responsabilidad de una familia. Ojalá hubieran disfrutado de las oportunidades que permitían la igualdad en años y que sus edades dispares prohibían de manera tajante. Sólo ella —ella y él— sabía lo unidos que habían estado los pocos meses que habían pasado juntos, cómo su mutuo afecto sólo había podido expresarse de forma limitada debido a las circunstancias: él era anciano y estaba casado, y ella, mucho más joven y soltera, tenía una reputación que mantener. Él era un caballero, y aunque en sus *Ensayos* había dejado claro que consideraba el matrimonio como una condición totalmente dissociada del amor sentimental y físico, nunca se le habría pasado por la imaginación deshonorar a una joven soltera respetable. Escribió que no creía que el amor físico y la amistad espiritual pudieran coexistir. Además, su relación era totalmente distinta, mucho más seria que el amor romántico, esa pálida sombra de devota amistad entre espíritus afines. Imaginar que entre ellos podría haber ocurrido algo físico era empequeñecer la profundidad de su amor verdadero. Pero si bien la clase de afecto más vulgar no había tenido el más mínimo lugar en su vida, había llegado a convencerse de que en muy contados casos, en los encuentros predestinados entre dos almas especiales, era posible una combinación de amor pasional y espiritual. Recordaba momentos en los que él la había mirado con una extraña intensidad que nunca había visto en la mirada

de nadie, y había parecido inclinarse hacia ella y considerarla con una misteriosa pregunta en sus ojos de párpados semicerrados que seguramente se hacía a sí mismo, y que le había hecho levantar de un salto de su silla y mirar por la ventana sin ver hasta recuperar el aliento... Esos momentos (tan fugaces que parecía que nunca hubieran ocurrido) le daban motivos para creer que eran dos almas únicas hechas la una para la otra. Podrían haber tenido... pese a la diferencia de edad... la posibilidad de una pasión estaba allí, pero ellos se habían resistido. Y su querido padre había hecho bien en contenerse y echarse atrás en esos momentos de deseo intenso; una alianza así habría parecido para la mentalidad subdesarrollada del mundo vulgar una clase de afecto menor que, para las mentes inferiores, parecería haber contaminado un amor puro. Ella sólo podía ser su hija, su amiga, su querida amiga y compañera literaria que lo comprendía como nadie lo hacía. Debía bastarle. Ella sabía de sacrificios.

Sin embargo seguía sin llegar una carta de él. El tiempo avanzaba a paso de tortuga y a medida que se amontonaban las semanas, los meses, sin tener noticias, puso nombre a la fuente del dolor que sentía en su interior, aunque no fuera necesariamente el único. Identificó el dolor que nunca la abandonaba con el miedo a que hubiera muerto. Era anciano, ¿y acaso no había estado a punto de morir en París? Ella definió la continua ansiedad alojada en su interior como una sensibilidad perfectamente sintonizada con el bienestar de él aun en su ausencia. El silencio persistente le decía que había muerto. La preocupación que la atenazaba por dentro, el miedo sin nombre, su corazón ansioso, se lo confirmaban. Debía de haber muerto. La dolorosa sensación de pérdida que experimentaba cuando se enfrentaba a esa posibilidad, que era más que probable, convertía la perspectiva del resto de su vida en una eternidad vacía en el infierno. No creía que pudiera ocurrir nada más horrible que la muerte de Montaigne, pero no comparaba su dolor con la otra posibilidad de que estuviera vivo y hubiera creído que el manuscrito no era digno de un comentario. Ese pensamiento seguía siendo impronunciable.

Cinco meses después de haber enviado el paquete, el año siguiente, llegó una carta de Guyena. Montaigne le daba las gracias por las cartas y se disculpaba por haber tardado tanto en responder. Había estado enfermo varias veces y los asuntos familiares lo habían tenido ocupado. Le pedía que saludara a su madre y sus hermanas de su parte, que les agradecía a todas ellas su maravillosa hospitalidad y a Marie en especial su ayuda en la preparación de la próxima edición. Esperaba que estuviera bien y que siguiera leyendo. Le enviaba un afectuoso saludo, pero la disuadía de ir a verlo al château como ella sugería sin cesar. El viaje de dos semanas como mínimo por carreteras difíciles en tiempos conflictivos no era adecuado para una mujer sola. Y si la acompañaba su madre, sólo multiplicaría por dos el riesgo. Era demasiado arduo y peligroso. Lo lamentaba, pero le prohibía correr el riesgo de hacer semejante viaje; le aguardaba un futuro demasiado brillante para correr tales riesgos. Tal vez volvieran a verse algún día en París. ¿Quién sabía? Firmaba como su apreciado amigo. No mencionaba la novela ni los poemas que ella le había enviado.

Seguía vivo. El nudo impronunciable que se le hizo le permitió pasar por alto el educado e insulso tono de la carta que tanto había esperado. Le contestó al instante y siguió escribiéndole cada día sobre lo que leía y lo que pensaba, insistiendo en que el viaje a Guyena no era nada para una amiga e hija tan devota como ella. Pero también escribió una carta a Justo Lipsio en Holanda, profesor en la Universidad de Lovaina, quien tres años atrás había publicado sus cartas, en las que, como había dicho el tío Louis, había declarado a Montaigne como «el Tales moderno». Montaigne también tenía una gran opinión de él, llamándolo en los *Ensayos* «el hombre más docto que nos queda». Ella le escribió dándole las gracias y bendiciéndolo por alabar a su padre y mentor, y explicándole que su elogio de Montaigne le había ayudado a convencer a cuantos la rodeaban de que no estaba loca cuando leyó por primera vez los *Ensayos* y quedó abrumada por su brillantez. Le describió su encuentro con el gran escritor y la adopción por parte de él, y adjuntaba un fragmento de su novela. Lipsio, que también distaba de ser joven, se quedó encantado con el atrevimiento y el tono ornamentalmente reverencial de la joven. Respondió en un latín impecable de inmediato (tanto como lo permitía el correo), como había hecho Montaigne la primera vez que le había escrito Marie.

¿Quién puede ser quien se dirige de este modo a mí? ¿Una joven? Lo dudo por su forma de escribir. ¿Es posible que una comprensión tan profunda y un criterio tan fundamentado, por no hablar de la sabiduría y erudición, puedan encontrarse en alguien de su sexo en los tiempos que corren? ¡Joven, me deja atónito...! ¿Aspira a elevarse a las alturas que hemos alcanzado los hombres o aún más alto? Hágalo, con la aprobación de Dios y de los hombres, sin duda con la mía. Le profeso, aun sin haberla conocido, un afecto que sólo concedo con moderación, y la admiro. Qué grande será el día que la conozca personalmente... Debería haberme enviado un fragmento más largo de su libro. Estoy impaciente por saber más de él y de las maravillas que, como un viejo milagro que se repite, puede dar a luz una virgen... *Vale vale aeui nostri (viue tantum) vera Theano.*

Ella le contestó, en cuanto recibió la carta, con el resto del libro y un pliego con su poesía, pero una vez más las dificultades de la vida, en forma de geografía y política, intervinieron en su contra. El comerciante que había llevado la primera carta a Holanda estaba de vuelta en Picardía. Cuando ella le llevó el paquete para que lo entregara en su próximo viaje, él le dijo que no era posible. Todas las comunicaciones entre Francia y el norte protestante de Europa se habían interrumpido. «Ha cesado completamente el comercio».

Montaigne de vez en cuando contestaba el alud de cartas con líneas casi idénticas a las primeras. Educadas, encantadoras, distantemente afectuosas, admirándola pero aconsejándole con firmeza que no fuera a verlo, sin referirse nunca a su novela y sus

poemas.

Lipsio era un hombre poco dado a dejar algo escrito por él sin publicar. Un año después de que recibiera la primera carta de Marie, apareció su efusiva respuesta a Marie en el siguiente volumen de su correspondencia. Nada podía subsanar el escaso contacto de Montaigne o su silencio sobre el libro de Marie (salvo, por supuesto, su muerte, que temía a diario), pero Justo Lipsio, el erudito e intelectual más grande de Europa, acababa de elogiar públicamente su obra y le suplicaba que le mandara más. Siendo tan lentas las comunicaciones y viviendo en la excomuni3n intelectual de Picardía, tardó un tiempo en enterarse, pero la vocaci3n de Marie de Gournay como virgen literaria se estremeci3 a punto de hacerse realidad.

Sin embargo, justo cuando llegaba a las librerías el elogio de Lipsio y la recién descubierta fama le permitía considerar emprender su carrera como escritora, la vida dio un vuelco inesperado que le impidi3 aprovecharse de ello. En 1591, dos años después de que Montaigne hubiera regresado a Guyena, los temores de madame de Gournay a una vejez solitaria cesaron al morir de forma repentina. Con Charles en la lejana Italia dedicado a su carrera militar, Marthe y Augustine demasiado jóvenes para asumir responsabilidades, Madeleine casada y Léonore ya instalada en el convento de Chanteloup, la hija inútil de Jeanne, Marie, se convirti3 en cabeza de familia y administradora de la hacienda. En el torbellino emocional y la confusi3n financiera que siguieron no hubo tiempo para leer ni escribir.

Su tío Louis lleg3 y ech3 un vistazo a los números, y anunci3 solemne que el monto de las deudas era superior al valor de la hacienda. La guerra se había encargado de ello, junto con alguna desafortunada inversi3n hecha por Jeanne. Una vez cubiertos los gastos de Charles, saldada parte de la deuda de la dote de Madeleine y deducida la manutenci3n de Marthe y Augustine (Léonore, al menos, era responsabilidad del convento), quedaba una miseria para la hacienda y las necesidades de Marie.

Pero había una soluci3n para la familia. Louis había hablado con su amigo el *maréchal* de Balagny, príncipe de Cambrai, y su mujer, la *maréchale*, y, siendo viejos amigos de su padre, ambos habían accedido a ocuparse de Augustin y Marthe, así como de Marie. Augustin se convertiría en paje de su corte, y tenían un joven pariente, Pierre de la Salle, que podía ser adecuado para Marthe dentro de un año. La hacienda, ahora propiedad de Charles, podía ponerse en venta y proporcionar una dote a Marthe y unos pequeños ingresos a Marie. Nadie mencion3 la necesidad de Marie de una dote. Le complaci3 que por fin hubieran comprendido que estaba destinada para otra clase de vida más elevada. Pero sólo se quedaría con Augustin y Marthe en Cambrai mientras se instalaban. Una vez resuelto todo, habiendo dejado a sus hermanos menores embarcados en sus nuevas vidas, tomaría un apartamento para ella sola en París.

—¿Vivir sola? De eso ni hablar —dijo Louis, hablando casi como su difunta cuñada—. Puedes vivir conmigo. Podrías llevar la casa y ser anfitriona de mis

invitados. Conocerás a mucha gente. ¿Qué vas a hacer tú sola en un apartamento de París?

—Estudiaré y escribiré. Voy a ser escritora, tío. Escribir será mi profesión.

No creía que vivir sola en París fuera imposible. Sí, nunca había oído hablar de una mujer soltera que hubiera llegado a convertirse en escritora, y no, no necesitaba que le recordaran que las pocas mujeres de letras famosas venían de grandes familias adineradas que las respaldaban, y vivían en elegantes mansiones con amplios cortejos. Aun así, eso era lo que se proponía hacer. Con talento y determinación, sería bien recibida como hija espiritual del gran Montaigne en el círculo intelectual de París. Su valor, su osadía y su fe en sí misma eran asombrosos, Louis tenía que admitirlo. Aun así...

—¿Una mujer de letras soltera? ¿Qué pensará la gente? Tu madre nunca habría...

—Ahora respondo de mí misma. Nunca me casaré. Tendré el honor como único marido y me desposaré con mi escritura —declaró Marie heroicamente— *Mujer de letras soltera* parece un título noble.

—Pero no puedes permitirte vivir sola en París. No dispones de suficiente dinero. Necesitarás la protección económica y social del maréchal y su esposa. En su corte podrás leer y escribir, pero sin morirte de hambre ni dar que hablar.

—Ganaré dinero escribiendo. Pediré apoyo a la Corte del Rey, como han hecho otros escritores.

—Pero ellos son hombres y..., bueno, su obra es conocida.

—Yo soy la *fille d'alliance* del gran Michel de Montaigne y Justo Lipsio ha dejado escrito que admira mi obra. ¿Crees que eso no cuenta? Ellos se asegurarán de que me conozcan y apoyen las personas adecuadas, y estoy segura de que tú también lo harás, tío.

—Sí, por supuesto. Haré lo que pueda. Pero es tan irregular. No quiero pensar en lo que diría tu pobre madre —añadió, tratando de nuevo de suscitar un sentido del deber o al menos de culpa en su duelo.

—Mi pobre madre está muerta. ¿Qué madre no se sentiría orgullosa de una hija que se abre camino gracias a su intelecto y que ya ha sido admirada por varios de los grandes pensadores del mundo?

Louis dudaba de que el espíritu de Jeanne sonriera a su hija, y tenía la desagradable sospecha de que el elogio que había recibido de los grandes ancianos tenía más que ver con la juventud de ella y la senilidad de ellos —había leído algo de su poesía, y si bien estaba llena de nobles sentimientos y referencias clásicas, carecía de originalidad y por encima de todo de facilidad de expresión. Pero no tenía autoridad para prohibirle que intentara vivir de sus sueños irreales. Y, después de todo, tal vez no quería hacerlo. Había algo admirable en esa joven. Su determinación le impresionaba. Tal vez su obra encendiera una chispa y lograra sacar fruto de esa vida. De hecho, se sorprendió deseándolo.

Llevó mucho tiempo organizar la hacienda y saldar las deudas. Mientras tanto,

firmemente aferrada a su plan de vivir en París, Marie esperó en Cambrai. Siguió escribiendo a Montaigne, y de vez en cuando recibía una breve respuesta, en la que le daba el pésame por la muerte de su madre, le recomendaba que viviera en Cambrai, donde el consuelo y la protección de los príncipes proporcionarían mejor suelo para sus tentativas literarias, y lamentaba que el mundo no hubiera cambiado y que su visita a Guyena siguiera siendo imposible. Y sin mencionar nunca *Le promenoir de Monsieur de Montaigne* ni su poesía.

Le gustaría tenerse por un hombre honesto. ¿Qué hombre en su lecho de muerte no querría? Pero Montaigne tampoco podía dejar pasar esas afirmaciones sin sentido crítico, por mucho que su mente fatigada en su actual fragilidad le permitiera salirse con la suya. No, todavía sabía que existían muchas formas de vanidad. Sin duda había hombres que, como él, morían mintiendo y se consolaban pensando que habían engañado al mundo, o habían corrompido en secreto a un montón de inocentes, o habían logrado deshacer encubiertamente la felicidad de otros. No eran tan distintos a él como le gustaría creer. Él era como ellos, lo sabía. Su deseo de haber sido un hombre honrado y honorable no era muy diferente de las otras clases de autofelicitación. Su elección de ser virtuoso siempre era una decisión reflexionada antes que una necesidad acuciante impulsada por su naturaleza interior. Los que como él no eran buenos de manera innata —y sólo había conocido a una persona que lo era de verdad—, escogían esa opción entre muchas por las mismas razones que otro hombre podía decidir ser tramposo o farsante: lo consideraban la mejor manera de ir por este mundo y el próximo. Los que escogen la bondad tal vez son también menos valientes, y se sirven de las estructuras morales que les han proporcionado en lugar de intentar descubrir algo por sí mismos. Él no era un hombre radical. Su decisión de ser bueno era consecuencia de su moderación, y su moderación era probablemente un efecto de su cobardía. Si se disponía a conocer a su Creador, se decía, si su Creador se disponía a conocerlo a él, tenía que admitir la naturaleza imprevisible de su carácter. *Si iba a conocer a su Creador*. Toda la vida se había complacido en reconocer la existencia del Todopoderoso, pero también en suponer que Sus designios eran demasiado insondables para exigirle que fuera más religioso de lo que requería la sociedad actual. Tenía que confesar, puesto que ése era un buen momento para la confesión, que como Abraham, contemplaba su futura existencia sólo en el recuerdo de quienes lo habían conocido en esa vida, en el libro que había escrito, perdurando no una eternidad, sino todo el tiempo que ese recuerdo se transmitiera de generación en generación o que el libro sobreviviera. Su imaginación no iba más allá, en caso de que los temblores causados por esa fiebre fueran superados por otra clase de temblores.

Porque mientras no se llevaran a Montaigne, su verdadero amigo, su alma gemela, Étienne La Boétie, seguía existiendo en sus pensamientos como un alma en el cielo de Dios. Cuando llegara el momento —la oscuridad, la disolución de la mente—, La Boétie también dejaría de existir. Estaría en el recuerdo de su viuda y de otros que habían coincidido con él en el Parlamento de Burdeos todo el tiempo que sobrevivieran a Montaigne, pero cuando sus mentes finalmente pasaran a mejor vida, La Boétie también se apagaría como una vela. Así, al final no quedaría nada de él, como de ninguno de nosotros. Excepto... excepto... su libro. Por esa razón Montaigne había previsto publicar la poesía de La Boétie en su primer volumen, para que vivieran juntos entre las cubiertas de su libro después de que los dos se hubieran convertido en polvo. El hecho de que al final no hubiera incluido la poesía de La

Boétie se había debido a las circunstancias, políticas y tal vez de otro orden. Pero el libro dividido en tres volúmenes seguía allí. Existía la posibilidad de que sobreviviera durante años, si alguien se molestaba en reeditararlo y mantenerlo vivo en la mente del mundo. ¿Acaso no vivían Aristóteles y Plutarco, en su biblioteca de la torre y en las bibliotecas de todo el mundo, siglos después de que hubieran dejado de existir? Con que sólo sobreviviera un ejemplar en un rincón olvidado de una biblioteca, ya sería algo. Podría ser redescubierto y reimpresso siglos después. Leído de nuevo. Una resurrección, sin duda. ¿Qué importaba aparte de sus pensamientos escritos? Hacía tiempo que su cuerpo había desertado de él. No se aferraría a éste aunque pudiera. Le dolía, le fallaba, lo humillaba. No sentía afecto por él, aunque había funcionado bastante bien en su época. Pero el tiempo de los pensamientos escritos no era tan breve como el de la simple carne, al menos no necesariamente. Y si pudiera escoger, ¿se atrevería a admitir que prefería la posteridad terrenal a no sabía qué en el más allá? ¿Se atrevería a decírselo en voz baja incluso a sí mismo?

Aun así, quería creer que había sido un hombre honesto, a pesar de no estar tan seguro sobre sus motivos. Ésa era la forma de vanidad que había escogido. Pero ahí estaba, muy cerca de la valoración final, y le asaltaban las dudas. Por supuesto, había sido hipócrita cuando lo había creído necesario. Era un ser vivo que vivía en el mundo. Había dicho mentiras necesarias por el bien de una política, por educación, por consideración a alguien o para disfrutar de cierta tranquilidad en el lecho conyugal. Esas mentiras diarias no le impedían verse a sí mismo como un hombre honesto, si honesto significaba decente, honrado, veraz. En sus escritos había especificado las mentiras que un hombre decente debía decir.

Pero había algo que no le permitía descansar tranquilo con su decencia y honradez. Algo que carcomía la moderada autocomplacencia que creía que podía permitirse. En todos esos casi sesenta años sólo estaba sinceramente insatisfecho con su conducta durante ese periodo de hacía cuatro. Y por mucho que se autojustificara, no podía librarse de la acusación de que había sido deshonesto de un modo crucial.

Se había sentido enfermo, fatigado, solo, pero nada de todo eso debería haberle permitido utilizar a la joven de Gournay como lo había hecho él. Ella le había ofrecido alojamiento, consuelo, cuidados y elogios cuando se sentía débil física y anímicamente. Además, no había sido una mala ayudante; escuchaba, tomaba dictado, pegaba sus notas. El hecho de que él hubiera aceptado todo era tal vez perdonable. A cambio, por mucho que se hubiera engañado, ella había disfrutado de su compañía, que era lo que más deseaba en el mundo. Pero no había sido honesto cuando ella le había hablado de sus ambiciones literarias y le había enseñado su obra. Él la había dejado hablar, sin ser un buen maestro ni un buen amigo para corregirla cuando se mostraba obstinada o exagerada sobre su habilidad como lectora y escritora. No había sido sincero cuando ella le había enseñado su poesía banal, melodramática y cargada de convencionalismos y de lenguaje anticuado. Podía disculparse a sí mismo por ello, pero no creía haberle hecho ningún favor. Porque *era*

extraordinaria. Disfrutaba leyendo y había aprendido mucho ella sola. Su poesía no le impresionaba, pero sus traducciones del latín eran, dejando margen a cierta pomposidad, muy encomiables. Algo extraordinario teniendo en cuenta la falta de educación y apoyo. Por esa razón, se decía, se había callado su opinión. Mejoraría. Su obra personal era un plagio, ¿cómo no iba a serlo? Pero con el tiempo encontraría una voz propia. Tenía un gusto literario excelente, aparte de la admiración que ella sentía por su obra. Ella misma se daría cuenta de que la suya no era buena, o con un poco de práctica se relajaría, como había hecho él con el tiempo, y encontraría un estilo y unos pensamientos propios. No había querido desalentarla, era cierto, pero más cierto era que no tenía ninguna intención de ocuparse de sus ambiciones, confesarle lo que realmente pensaba y dedicar un rato cada día de su estancia a ayudarla a mejorar su propia obra. Le urgía concentrarse en una nueva edición de los *Ensayos* y el tiempo era limitado.

Sin embargo, lo enteramente imperdonable era tal vez haberle hecho creer que estaban más unidos en cuerpo y alma de lo que estaban o podrían estar nunca. Esa torpe criaturita con cara de mono asustado. Se había quedado tremendamente decepcionado con su aspecto al verla entrar por la puerta de su apartamento de París, con las palabras apasionadas y llenas de adoración que ella le había escrito todavía resonando en su cabeza (en eso era efectiva, o bien él era vergonzosamente adulable). Y le había horrorizado la maldita escena que había montado con el punzón para demostrarle su devoción. Temió tener que cargar con ella como Nuestro Señor había cargado con su cruz. Él no era ningún mártir. Se propuso borrarla de su vida en cuanto se marchara de París, pero cuando necesitó recobrase, apartó de sí sus esperanzas físicas y sus dudas mentales, y permitió que la pasión de ella mejorara su salud y su bienestar.

Hubo momentos en Gournay en que no dejó totalmente claro su falta de interés físico por ella. Atrás habían quedado los días en que casi cualquier joven que lo deseara le henchía la virilidad. Ahora necesitaba una *cuisine* mucho más selecta de lo que ella podía proporcionarle para que se le hiciera la boca agua. Pero de vez en cuando le dejaba creer que podía sentir algo por ella. Dejaba que le cogiera la mano entre las suyas sin retirarla inmediatamente. Le sostenía su mirada anhelante durante más rato del debido. Hasta jugueteó con la idea de tener conocimiento carnal con ella, y sopesó su juventud, y la fealdad de su cara y su cuerpo. ¿Acaso no reunía, después de todo, los requisitos esenciales que un anciano agradecería que se le ofrecieran, al margen de la estética? Y aunque al final la respuesta siempre era la misma, él le permitía creer que estaba considerando deshonorarla. Ella tomaba el rechazo de su deseo como una reticencia propia de un caballero a comprometer el honor de una joven, y él no hacía nada por desengañarla.

Cuando se marchó para reanudar su vida, decidió, tras la necesaria carta de agradecimiento, dejar que la amistad «languideciera». No se molestó en hacer ningún comentario sobre la novela que ella le había enviado. Una trillada y fraudulenta

historia empeorada con sus aportaciones ridículamente moralistas. La joven no era consciente de que una mente, su mente, se desarrollaba cautelosamente con el tiempo. Ni del pensamiento cauteloso y su utilidad. Ella hablaba de mejorar, pero se comportaba como si fuera una escritora y pensadora hecha y derecha. Tampoco le gustaba el hábil título, que no tenía nada que ver con el libro pero proclamaba a los cuatro vientos su relación íntima con él. Pero su silencio acerca de la novela también era un acto de cobardía. Habría sido mejor para ella que le hubiera escrito diciéndole la verdad, en lugar de apartar de la vista el manuscrito y no volver a pensar en él. No había hecho justicia a la intención de ella de mejorar. De vez en cuando la zozobra ante el aluvión de cartas que llegaban de ella y que su criado se llevaba sin abrir para deshacerse de ellas, le impulsaban a escribir una breve nota en un tono nada personal. De vez en cuando sus buenos modales podían más que él. O una parte de él que no quería parecer cruel a otro ser humano. Más pruebas de su vanidad.

Débil y sin fuerzas una vez más, aunque esta vez sin esperanzas de recuperarse, le remordía haberla tratado así, pero también un pensamiento que lo había asaltado en medio de su autoconfesión y que, pese a sus reproches por haberla utilizado, le había dado la idea de volver a utilizarla. Su vergüenza estaba vergonzosamente supeditada a su anhelo de permanencia.

Ni a su mujer ni a su hija les interesaba su obra. Ninguna de las dos tenía la educación necesaria para saber cómo mantenerla. Estaba su querido y devoto amigo, Pierre de Brach, que trabajaría en la nueva edición inacabada de los *Ensayos*, pero no podía esperar de ese hombre una devoción sin reservas. Tenía su propia obra, una mujer, una vida propia. Y no era tan joven. La demoiselle de Gournay no tenía ninguna de esas distracciones, tanto si lo creía como si no, y era joven; viviría más que Pierre, entrado el próximo siglo, sobre todo si seguía soltera. Ella podría encargarse de su obra. Si, una vez que Pierre hubiera hecho las transcripciones importantes, se le encomendaba a ella buscar un impresor en París y mantener viva la obra, ¿no aprovecharía la oportunidad sin pensárselo? Convertirse póstumamente en guardiana de su llama le proporcionaría unos ingresos, una meta y una posición. Le ofrecería un anhelado contacto que podría servir para sus ambiciones. Ella ya estaba utilizando su nombre para promover su propia obra. Una dedicación a la obra de Montaigne reemplazaría al marido que nunca tendría, la obra de calidad que nunca escribiría y la vida restringida que inevitablemente llevaría. De modo que tenía tanto interés para ella como para él y su posteridad. Decidió hablar de ello con Françoise y pedirle que mandara a la demoiselle una carta de despedida como si él se la hubiera dictado. Y, sí, sabía que la sola idea era casi un crimen contra ella. Un crimen más. Le habría gustado creer que no era un hombre deshonesto. Pero, después de todo, era como cualquier otro hombre.

No fue hasta abril de 1593, cinco años después de la única vez que Marie había estado en compañía de su padre adoptivo en Gournay y durante un silencio especialmente largo de éste, cuando se levantó el embargo comercial entre Francia y Holanda. Marie encontró otro comerciante en Cambrai que se ofreció a ser su mensajero, y empaquetó todas las cartas que había escrito a Justo Lipsio y aún no le había enviado. Y añadió una en la que se quejaba de que la situación en Francia le impidiera ver a Montaigne.

Los desesperados tiempos en que vivimos entorpecen de forma desastrosa el desarrollo de mi mente no educada al privarme de la erudición y el placer de la compañía de mi padre, de quien sólo disfruté dos o tres meses hace mucho. Es como un duelo que debe terminar a toda costa. No es necesario que le explique a usted, defensor de los *Ensayos*, la angustia que supone verse privado durante casi cinco años de tan estimado amigo..., sobre todo para un alma tan afectiva y sensible como la mía... Su ausencia me resulta intolerable habiendo conocido su presencia, tanto más cuanto que cada año que no lo veo podría estar perdiéndome la mitad del tiempo que le resta por vivir. Dígame cuánto hace que tuvo noticias de mi padre; hace más de seis meses que recibí una carta de él.

Hacía más, pero Marie no soportaba pensar, y no digamos escribir, que no había tenido noticias de él en casi un año. Un mes después llegó una respuesta de Lipsio.

Virgo nobilis, he recibido y leído sus cartas con deleite. Deseo verla y hablar con usted, y no pierdo la esperanza de hacerlo este verano si va a Douai o algún lugar cercano.

Le decía que su salud era algo precaria y, sin abandonar ni por un momento la retórica o la grandilocuencia, pasaba a darle la noticia que ella esperaba.

Somos criaturas débiles, y aunque de una especie privilegiada y de origen celestial, estamos encadenados a esta tierra. Felices los que han abandonado el mundo y se ven libres de él. Su padre adoptivo es ahora uno de ellos. Le doy la noticia si no se ha enterado desde que escribió; se lo confirmo si ya lo sabe; ya no está con nosotros. ¿Qué puedo decir? El gran Montaigne nos ha dejado; ha ascendido a las capas celestiales. Recibí la noticia estando en Burdeos, y como su última carta tenía días, supongo que usted también estará sufriendo de esta dolorosa pérdida. Pero ¿por qué pensar en su final como una desgracia? Sonreiría si supiera que lo lloramos. Imagino que abrazó la muerte con alegría y que triunfó sobre ella del mismo modo que ella parece haberlo

derrotado. Ha partido, como nosotros también partiremos. ¿Por qué no desear marcharnos de un mundo tan poco deseable pública y privadamente? La amo, señorita, pero como amo la sabiduría, de un modo casto. Ámeme del mismo modo y ahora que aquel a quien llamaba padre ya no está en este mundo, acépteme como a un hermano.

Montaigne había muerto.

Estaba realmente muerto, no sólo en su imaginación y en sus temores. Justo cuando la vida prometía un nuevo comienzo, pero esta segunda vez real y activo, a los veintisiete años, dejada atrás la juventud, se había terminado para Marie de Gournay.

En esta ocasión fue la maréchale quien tuvo que administrar a Marie la tintura de eléboro y acostarla. Puede que a algunas personas, que están más cerca del final de su vida, y ya han vivido mucho y están familiarizadas con la decepción, acostumbradas a tantos días corrientes respirando y cumpliendo con su deber, les resulte difícil compartir la desesperación de una joven de veintisiete años que ve cómo su anhelado futuro se desvanece. Puede que les parezca casi envidiable no tener que saber aún que la vida continúa, que uno continúa.

Las esperanzas de Marie se vieron (de nuevo) frustradas por su capacidad para planear a lo grande. Y mientras lloraba la pérdida del hombre que llevaba tanto tiempo sin ver y el final de su mecenazgo, en un pequeño rincón furioso de su mente se esforzaba por mantener vivos sus planes. Montaigne había muerto, pero su fe en sí misma persistía, herida y ultrajada por el revés recibido, pero firme y resuelta como las feroces pupilas negras de sus ojos que seguían brillando mientras lloraba desconsolada.

Estando él vivo, su relación había sido endeble desde el momento en que se había despedido de ella en Gournay. Las pocas cartas que le había escrito, su renuencia a dejarle ir a visitarlo a Guyena a causa de los peligros, los corteses saludos y deseos de que siguiera bien de salud, y el silencio absoluto sobre sus escritos, todo ello había mantenido bien nutrida a la criatura que le carcomía las entrañas. Con la llegada de la carta de Lipsio y la terrible noticia, la angustiada incertidumbre causada por los silencios y las negativas de su mentor empezó a debilitarse hasta desaparecer. La certeza acerca del amor y la admiración de su padre adoptivo ya no se veía amenazada por su ausencia ni por la escasez de sus cartas, ni, cuando éstas llegaban, por la falta de interés que había mostrado por el libro, su libro, su primer libro, o por su poesía, que le había enviado para enseñarle de lo que era capaz. No habría más cartas; era terrible y se le partía el corazón al pensarlo. Pero, al mismo tiempo, si no había más cartas que la decepcionaran, que truncaran sus esperanzas y expectativas, entonces era libre de especular sobre lo que podría haber escrito de no haberle sido arrebatado de un modo tan cruel. Si no podía volver a verlo, a este lado del más allá,

no tenía que enfrentarse siquiera a la posibilidad de que no demostrara el extraordinario amor y admiración que sabía con absoluta convicción que sentía por ella. Era una tragedia que hubiera muerto, su propia vida se había visto interrumpida por la pérdida, y sin embargo, mientras daba vueltas en la cama, llorando loca de dolor por el padre que tan brevemente había conocido y tan poco tiempo había disfrutado, pero que la había querido y comprendido como nadie lo había hecho nunca, en ese pequeño lugar en su interior, el peso que apenas había reconocido empezó poco a poco pero de forma perceptible a aligerarse.

Tras la noticia de la muerte de Montaigne, Marie estuvo varias semanas postrada por el dolor y, con la autorización de la maréchale, Louise, que la había acompañado con su hermana y hermano a Cambrai, preparó una vez más el eléboro. Lo peor de todo era lo lejos que había muerto y lo mucho que había tardado en enterarse. Montaigne había estado ausente del mundo durante esos meses que ella lo había creído todavía vivo, escribiéndole una carta o pensando en ella. Y había muerto en una fecha concreta, en septiembre del año anterior, nueve meses antes de que ella recibiera la carta de Lipsio. En ese momento ella había vivido con toda normalidad en Cambrai, sin saber que en Guyena él exhalaba el último aliento. Intentó varias veces revivir ese momento. Participar de su partida.

También se preguntaba por el silencio de los nueve meses que habían seguido a su muerte. No había tenido noticias de la familia, aunque merecía sin duda cierta consideración como hija adoptiva. ¿Tan repentina había sido su muerte que no había tenido tiempo para despedirse de su *filie d'alliance*, y ofrecerle unas últimas palabras de esperanza sobre su futuro? Marie tomó medidas para averiguarlo, pese a su estado. Vestida de impecable luto y cubierta con un pesado velo, tomó un coche a Chartres, donde había oído decir que podía encontrar al primo de su padre adoptivo, Raymond de Montaigne. Tal vez él pudiera decirle si su nombre había estado en los labios de su primo en esas últimas horas. Pero aunque se encontraba en Chartres, Raymond no había estado en Guyena cuando Montaigne había muerto y no sabía nada de su final.

Marie regresó a Cambrai y, antes de sumirse de nuevo en el abatimiento, escribió una carta a madame de Montaigne diciéndole que eran las dos mujeres más desconsoladas de Francia, del mundo entero, por haber perdido semejante marido y padre. El mundo también había perdido a su único sabio moderno («¿Quién aparte de usted y de mí entiende que el Sócrates de nuestros tiempos ya no está entre nosotros?»), pero sólo ellas conocían la grandeza del ser humano que habían perdido, puesto que sólo ellas poseían un conocimiento y una comprensión íntimos del hombre en sí. (En realidad creía que madame de Montaigne no estaba dotada intelectualmente para comprender del todo la pérdida que representaba su marido para el mundo, pero, naturalmente, no se lo dijo. Su pérdida era simplemente emocional. Marie la incluía sólo por educación). Rogaba a su madre adoptiva que le explicara las últimas horas de Montaigne, si no era demasiado doloroso recordarlas (pero ¿cómo iba a ser más doloroso que no saber nada y haber estado tan lejos de su lecho de muerte?). Recordaba a madame de Montaigne la gran estima en que tenía la obra de su marido, a quien había ayudado en su día, y lo bien que había comprendido lo que se había propuesto hacer. Cómo su marido había admirado a su vez la comprensión que ella había tenido de su obra. Tenía entendido que mademoiselle Léonor, su encantadora y graciosa hija natural, mostraba poco interés por la literatura. Si alguien podía aligerar a su afligida viuda de la terrible carga de ocuparse de los *Essays* y encargarse de la publicación de su primera edición póstuma, era su otra hija y discípula, igualmente afligida pero intelectualmente capaz. Firmó «Su devota y

desconsolada hija».

Otra espera. Una espera muy larga. Pasó el invierno, muerto y desprovisto de futuro, y empezó un nuevo año, un año del que Montaigne no formaría parte. Él ya no estaba en el mundo y, como consecuencia, ella tampoco. Se sentía abandonada, perdida y sin sentido en una Picardía carente de sentido. No fue hasta la primavera de ese año, 1594, cuando recibió una respuesta a su carta. Era el paquete con el ejemplar de la edición anotada por Montaigne en la que Pierre de Brach había trabajado durante meses, desde la muerte de su autor, junto con el manuscrito de la novela que ella le había enviado y del que no había sabido nada en los pasados seis años, y una nota de madame de Montaigne. Era, en efecto, una catástrofe perder semejante marido, la viuda le daba la razón, y había leído conmovida y agradecida la devoción de la demoiselle de Gournay a su memoria. Había muerto como había deseado, plácidamente y sin sufrimiento, habiendo hecho las paces con Dios y recibiendo los últimos sacramentos como el devoto católico que era. Madame de Montaigne lamentaba oír que mademoiselle de Gournay no había recibido la carta que le había enviado a través del hermano de su difunto marido, monsieur de la Brousse, en la que le transmitía las palabras de despedida de Montaigne a su hija adoptiva. Pero las cartas se extraviaban continuamente en aquellos tiempos turbulentos. Esperaba que mademoiselle de Gournay, estando tan cerca de la capital, accediera a ocuparse de la publicación de la edición revisada de los *Ensayos* que adjuntaba, copiada y cotejada por el buen amigo de Montaigne, Pierre de Brach. Y, por supuesto, si mademoiselle de Gournay se encontraba alguna vez en la localidad de Guyena, debía hacer todo lo posible por visitarla a ella y a su hija.

Marie dispuso inmediatamente los preparativos para presentarse en la localidad de Guyena después de responder que iría a visitar a «su familia» en cuanto hubiera revisado el manuscrito (perfectamente cotejado, sin duda, pero todos los textos podían beneficiarse de otra mirada) y se hubiera ocupado de la publicación de la nueva edición de los *Ensayos*, que le complacería saber que incluiría un Prefacio escrito por su hija adoptiva, en el que pondría al mundo en evidencia por no haber comprendido la grandeza del autor y en ciertos casos incluso haberlo criticado. A madame no debía preocuparle que no supiera afrontar tales críticas con el desprecio que merecían y una detallada exposición de sus errores. Le dolía no poder aceptar de inmediato la invitación de visitar a su familia de Guyena, pero no podía posponer sus responsabilidades sólo para satisfacer su ávido deseo de conocerla, y seguir los pasos de su mentor y padre en su lugar de trabajo y meditación. Tenía asuntos de familia (su otra familia) que atender, un apartamento en París que buscar y el manuscrito de los *Ensayos* que revisar, así como el Prefacio que escribir, por lo que se veía obligada a permanecer en el Norte hasta que concluyeran sus deberes. Esperaba estar en el château el otoño del siguiente año, 1595, un par de meses antes de la publicación de la nueva edición de los *Ensayos*. Tanta espera le causaba desazón, pero la ilusión anticipada haría aún más hermoso ese encuentro en el que compartirían los recuerdos

y el amor de quien las convertía en hermanas del alma.

El paquete de la viuda de Michel de Montaigne señalaba un comienzo más, el verdadero comienzo de la carrera de Marie como mujer de letras. Era una frase que utilizaba a menudo para referirse a ella. «Como mujer de letras», decía antes de pronunciar una afirmación intelectual o literaria. Lo decía en público y cuando no había nadie más que pudiera oírla aparte de la gata o una criada. No debía olvidarlo. Por lo mismo, siempre se refería a Montaigne como «mi padre». El tono denotaba orgullo, incluso arrogancia, pero también le señalaba su derecho a hablar, aunque sólo fuera con un gato y una criada. Pronunciaba las frases cuando no había nadie más presente. «Montaigne, mi padre». «Como mujer de letras, debo decir...». No era sólo a los demás a quienes tenía que convencer.

Tras la llegada del manuscrito, Marie fue en cuanto le fue posible a París y con la ayuda de su tío Louis, encontró un apartamento en la rue des Haudriettes. Era mucho más grande de lo que necesitaba, demasiado suntuoso y mucho más caro de mantener de lo que podía permitirse, pero, como explicó a Louis, que a duras penas pudo contradecirla, como mujer soltera que vivía sola necesitaba tener un lugar respetable donde recibir visitas. Una vez saldadas las deudas de la familia, apenas tenía dinero para sobrevivir, pero estaba segura de que las cosas mejorarían para la editora de Montaigne. Louis estaba bastante impresionado con que le hubieran confiado a ella la primera edición póstuma de los *Ensayos*. Aunque no sabía de ninguna mujer soltera que se hubiera establecido sola, cedió a sus deseos, algo aliviado de que no aceptara su ofrecimiento de vivir con él. Louise la acompañó a la rue des Haudriettes y la instaló lo más cómodamente posible, pese a la escasez de mobiliario y accesorios, mientras ella organizaba los libros y el estudio en una habitación contigua a su dormitorio. Antes de acometer la tarea de preparar el manuscrito que le había enviado madame de Montaigne, buscó un impresor, quien con la promesa de las buenas ventas de la primera edición póstuma de los *Ensayos*, accedió a imprimir por el mismo precio el manuscrito adjunto en el paquete. El manuscrito que había titulado *Le proumenoir de Monsieur de Montaigne* y la carta que lo había acompañado iban a publicarse juntos antes que los *Ensayos*. Su primer libro. Una novela con una dedicatoria de la hija del gran escritor a su mentor. Saldría mucho antes de que ella partiera para Guyena. Resuelto ese asunto, con la impresión del libro en marcha y los librereros informados de su llegada inminente, pasó a concentrarse en los *Ensayos*.

No había trabajo de edición que hacer, le había dicho la viuda. Pierre de Brach había pasado muchas horas en el estudio de la torre trasladando las notas y las correcciones de Montaigne del ejemplar no encuadernado de la edición de 1588 a ese segundo ejemplar, marcado y listo para imprimir. Aun así Marie creyó que era su deber leer minuciosamente el manuscrito de principio a fin para estar absolutamente segura de que todo estaba en orden; Pierre de Brach era un amigo íntimo de Montaigne y un gran poeta, pero era preciso asegurarse de que no había incurrido en

ningún error o mala interpretación de los pensamientos de Montaigne que pudiera corregirse. Ella era la editora designada por Montaigne así como la guardiana de su obra. No tenía ninguna duda de que eso era lo que ponía en su última carta, la que le había dictado a su mujer en su lecho de muerte. Madame de Montaigne no había mencionado el contenido de la carta extraviada —hacer el paquete sin duda le había hecho revivir una vez más el dolor por la pérdida—, pero que le hubiera enviado el manuscrito y le hubiera pedido que lo publicara era prueba suficiente para Marie de las intenciones del difunto marido. Había sido poco menos que heroico por parte de su madre adoptiva reconocer sus limitaciones literarias y acceder a los deseos de su marido, aunque tal vez podría haberlo hecho antes. Había sido muy amable por parte de Pierre de Brach preparar la nueva edición, y comprendía que hubiera sido necesario hacer una copia del atesorado ejemplar en el que había trabajado Montaigne en persona, pero si se hubieran puesto en contacto con ella las semanas siguientes a su muerte, en lugar de un año y medio después, ella podría haber viajado a Guyena y haberlo cotejado personalmente. Pero nadie como ella sabía el dolor que habría causado su pérdida. Podía perdonar a su viuda y a su amigo la distracción.

Varias semanas después de haber recibido el paquete de madame de Montaigne, se sentó ante su nuevo escritorio de su nuevo apartamento de París frente al ejemplar sin encuadernar de los *Ensayos* con las adiciones de puño y letra de Montaigne en los márgenes y las hojas de papel pegadas, y respiró hondo. Dejó a un lado los Libros I y III, y abrió el II, y pasó las páginas hasta que dio con el ensayo «La presunción». Siguió pasando páginas bruscamente hasta que encontró lo que buscaba: la página con un trozo de papel pegado y una cruz en el margen para indicar dónde añadir el pasaje. Estaba escrito con la letra de Pierre de Brach, por supuesto, no la de Montaigne, como la había visto la primera vez.

Me ha complacido hacer públicas en muchos sitios mis esperanzas sobre Marie de Gournay, mi hija de alianza, a quien profeso tanto afecto como a una hija. Si la adolescencia puede ofrecer presagios, esta alma será algún día capaz de las cosas más bellas. El juicio que hizo de los primeros *Ensayos*, mujer, y en este siglo, y tan joven, y sola en su región, y la buena voluntad que tuvo hacia mí a partir únicamente de la estima que concibió por mí, antes de verme, es un acontecimiento de muy digna consideración.

Ése era su lugar en los *Ensayos*, el único lugar de toda la obra donde se mencionaba su nombre. Él mismo se lo había enseñado al día siguiente de haber añadido las palabras, poco antes de marcharse de Gournay. Ella las leyó varias veces. ¿Por qué le daban tan poca satisfacción? La nombraba su *filles d'alliance* y hablaba con admiración de sus dotes y su potencial. Sin embargo, al igual que la primera vez que lo había leído, se sentía ligeramente decepcionada. No atinaba a comprender la razón. Al cabo de un momento, sacudiendo la cabeza con irritación, juntó las páginas

del Libro II y las empujó hasta la esquina más alejada del escritorio, y acercó el Libro I y preparó la pluma y el tintero, lista para leer con detenimiento todo el manuscrito, palabra por palabra, desde el principio, como era su deber y el mayor honor que jamás habría imaginado.

Montaigne no había escrito ningún ensayo más desde la edición de 1588, que acababa de publicarse poco antes de instalarse con Marie en Gournay. Esa última edición había incluido su tercer libro de ensayos extraordinarios, los más largos e íntimos, pero lo había dejado ahí. Los cuatro años restantes de su vida los había dedicado a revisar su obra añadiendo unos pensamientos, mejorando otros, cambiando completamente de opinión en ciertas ocasiones y señalándolo, o saliéndose extensamente por la tangente hasta el punto de que, aunque integrados en los ensayos originales, a veces parecían casi nuevos. Había revisado sus pensamientos una y otra vez en el espacio en blanco de los márgenes y entre las palabras impresas de la edición de 1588 en la que había trabajado. Marie había visto parte de las adiciones cuando lo había ayudado en Gournay, pero muchas las había hecho después de su visita, antes de que la muerte pusiera fin a lo que podría haber sido una revisión interminable. Ella leía despacio y con detenimiento. Al no tener la copia original del manuscrito anotado, no podía saber con seguridad si Pierre de Brach se había equivocado o no. Debía fiarse para esa nueva edición, que debía de publicarse lo antes posible, a fin de que la estrella de Montaigne siguiera brillando en el mundo literario. Cuando fuera de visita a Guyena podría preparar personalmente la siguiente edición a partir del original. Así pues, no había gran cosa que hacer, aparte de clarificar ciertas inserciones para el impresor.

Llevaba varios días leyendo minuciosamente el manuscrito cuando descubrió que el pasaje añadido a «La presunción» no era la única mención que él había hecho de ella. Seguía trabajando en el Libro I y había llegado al ensayo titulado «Que la experiencia de los bienes y los males depende en buena parte de nuestra opinión», cuando encontró, tras varios ejemplos de mujeres que consideraban el dolor un mal menor frente a la fealdad o la vejez («¿Quién no ha oído hablar en París de aquella que se hizo despellejar tan sólo para adquirir la tez más fresca de una nueva piel?»), un pasaje añadido sobre las que habían superado el dolor en su afán por dar más crédito a sus palabras:

... había visto a una muchacha que, para demostrar el ardor de sus promesas así como su firmeza, se daba con el punzón que llevaba en el cabello cuatro o cinco buenos golpes en el brazo que le hacían crepitar la piel y la desangraban seriamente.

Se quedó sin aliento. Dejó la pluma y se apresuró a desabrocharse el encaje del puño lo justo para arremangarse y dejar al descubierto el antebrazo izquierdo. Las marcas del punzón seguían allí, pálidos puntos de piel cicatrizada inmortalizados

contra la carne más oscura de alrededor. Le recorrían el brazo de la muñeca al codo, un zigzag de la pasión sin límite que había querido demostrar a Montaigne. Ella volvía a estar en esas páginas. Pero de una forma tan distante, tan indefinida... todo lo contrario de esos puntos blancos en su brazo. «Había visto a una muchacha...». Podría haberlo leído y pasado de largo, tan remota y anodina era esa joven que Montaigne había visto y recordado, un breve ejemplo más entre otros muchos para ilustrar su argumento. Él «había visto» era mucho más enfático y sólido que «una muchacha». Una joven en particular, de hecho, que se había clavado un punzón para demostrarle su amor y su devoción. ¿No era ella más específica que la criatura vanidosa que se había hecho despellejar viva? ¿Eran sólo sus actos, y no sus cualidades, lo que tenía interés? Cómo dolía ese anónimo e indefinido «joven». Por un momento, antes de reconocerse a sí misma en ella, imaginó a una necia criatura sobreexcitada y con dificultades para expresarse, una joven realmente inmadura, no una joven seria que quería demostrar la profundidad de su mente y sus sentimientos, para quien el dolor corporal no era nada comparado con su metafísica del amor. «Había visto...». El testigo ocular de un acto desmedido y hasta ridículo. Sintió cómo se le agolpaba la sangre a la cara. Algo se le contrajo bruscamente dentro del pecho y tiró con fuerza. Luego pasó.

Volvió a leerlo y esta vez sonó diferente. Era un ensayo sobre la mutabilidad del mundo según lo percibía la gente. La mujer que se había arrancado la piel para parecer más lozana era un ejemplo totalmente diferente de las demás mujeres, de esa mujer en particular, que ofrecían su dolor como prueba de su sinceridad. ¿No era eso lo que hacían los mártires? Montaigne, se daba cuenta de pronto, la protegía al dejarla en el anonimato, al no hacer pública la verdad de ese primer encuentro apasionado en que ella se había clavado el punzón y él, en un impulso, se había ofrecido a ser su padre. La había protegido al no nombrarla y al no describir las circunstancias que habrían frivolidado el acto, pero aun así le desagradaba la palabra «una muchacha». Seguía siendo demasiado remota, demasiado indefinida. Ella estaba donde quería estar, en las páginas de sus ensayos, pero desprovista de su singularidad. No, no quería que la nombrara, pero...

Cogió la pluma y la mojó en el tintero. Después de las palabras «una muchacha» hizo una marca de inserción y escribió en el margen, «en Picardía», de forma que en la versión impresa se leyera:

... había visto a una muchacha en Picardía que, para demostrar el ardor de sus promesas así como su firmeza, se daba con el punzón que llevaba en el cabello cuatro o cinco buenos golpes en el brazo que le hacían crepitar la piel y la desangraban seriamente.

Sencillamente quedaba más claro el argumento. Hacía más real a la joven. La situaba como un individuo que el autor conocía. No violaba las intenciones de éste.

Estaba claro que la joven era ella. En una obra que ofrecía tantas intimidades del autor, el lector tenía derecho a recibir esa pista añadida de la identidad de la joven, así como del hecho de que, en este caso, él era algo más que un observador distante y no involucrado. «Había visto...».

Siguió leyendo. Corrigiendo un desliz de la pluma aquí, una formación gramatical dudosa allá en las anotaciones de Pierre de Brach. En un par de ocasiones la punta de su pluma se cernió apenas un segundo sobre una palabra o frase impresa, un ave que no acababa de atreverse a picotear algo no identificado pero interesante. Algo que creía que podía mejorarse, que tal vez no era del todo correcto o elegante en francés, un gasconismo resonante que a su fino oído literario sonaba alarmantemente burdo. Pero la vacilación siempre pasaba sin que ella mojara la punta en el tintero e hiciera una marca para sustituir la palabra por otra suya. Sólo cambiaba las anotaciones de Pierre de Brach, no los añadidos de Montaigne, por supuesto, sino lo que estaba segura de que era mala comprensión de las correcciones copiadas o intentos de mejorar el original por parte de Brach. Cosas que estaba absolutamente convencida de que no respondían a la intención de Montaigne.

Por fin llegó al pasaje de «La presunción» que la nombraba. En cierto sentido nunca lo había abandonado. Lo había sentido aproximarse, como si las palabras de la página acudieran a su encuentro mientras las leía. Su lugar en los *Ensayos*. Donde se le reconocía como la valiosa guardiana de la posteridad de Montaigne. Llegó al pasaje y se quedó largo rato mirando por la ventana que tenía ante sí sin ver, mientras las palabras de la hoja pegada a la página esperaban sobre el escritorio en el silencio, mudas y formales.

Me ha complacido hacer públicas en muchos sitios mis esperanzas sobre Marie de Gournay, mi hija de alianza, a quien profeso tanto afecto como a una hija. Si la adolescencia puede ofrecer presagios, esta alma será algún día capaz de las cosas más bellas. El juicio que hizo de los primeros *Ensayos*, mujer, y en este siglo, y tan joven, y sola en su región, y la buena voluntad que tuvo hacia mí a partir únicamente de la estima que concibió por mí, antes de verme, es un acontecimiento de muy digna consideración.

Lo que veía a través de esa mirada a media distancia era la mañana que se había sentado al lado de Montaigne y él le había enseñado el pasaje. Cómo a través de la ventana que tenían detrás, la misma por la que cada día lo observaba desaparecer por el sendero para dar su paseo solitario, el sol entraba oblicuo y bañaba la página, así como a ellos, en la fría luz matinal. El resto de la habitación estaba en penumbra y las paredes de piedra seguían irradiando el frío de la noche. Ella había sido consciente de la proximidad de él, quien la contemplaba mientras leía, y al levantar la cabeza había visto en su cara una sonrisa expectante, como si le hubiera dado un regalo. No una rosa que había cogido durante su paseo matinal para demostrar que había pensado en

ella mientras caminaba solo. Él nunca habría hecho algo tan ridículamente sentimental, por supuesto. Sonreía como su tío Louis cuando le daba un libro que había traído de París. El frío de la habitación la había envuelto mientras leía las palabras que él había escrito sobre ella, luego había levantado la vista y había visto esa sonrisa divertida y paternal. Debía de haber sido el frío de la mañana que atravesaba la fina tela de su vestido de verano. Pero, no podía evitar recordarlo, había sentido una oleada de decepción al ver su mirada, y la esperanza que le había llenado el corazón y la mente mientras leía había caído en un lugar inalcanzable e insondable de su interior. Una piedra preciosa que rueda por el borde de un precipicio y es engullida por un mar furioso. Era más de lo que podía haber esperado jamás; pero no era suficiente. Se le nubló el rostro y se le endurecieron las facciones, se le tensó la boca pequeña y los ojos le brillaron con ferocidad, pero sólo por un instante, hasta que la expresión de sorpresa de él ante su reacción disipó la nube.

Marie regresó al presente, bajó la vista hacia las palabras escritas a mano y las leyó de nuevo. Algo no estaba bien. Volvió a recordar vívidamente el pasaje que había leído cinco años atrás, su extensión, el orden de las frases, hasta las palabras exactas. Miró de nuevo. Era diferente, más corto de como lo recordaba, y había ciertas frases que recordaba con toda claridad que no aparecían en la transcripción de Pierre de Bach. ¿Había reducido el pasaje dedicado a ella? Lo había cambiado, de eso estaba segura. Había suprimido frases. ¿Lo había hecho por envidia? No aparecía su nombre en los *Ensayos*. No podía haber eliminado sin querer lo que faltaba, porque algunas de las frases habían sido reescritas para dar sentido a los cortes. A Marie no le sorprendió que se hubiera puesto en su contra, resentido por su relación especial con Montaigne.

Fue la primera vez que comprendió la profundidad de los celos que suscitaba el entendimiento que existía entre Montaigne y ella, así como el lugar que ella había ocupado en su vida y en su obra. Y se dio cuenta de que no sería la última. Debía aprender a contar con la cólera de un mundo intelectual que se veía marginado por una simple joven. Una mujer joven. Una mujer a la que se le había confiado una obra maestra. No iba a ser fácil para ella ser la albacea del legado de su padre y cumplir la promesa de su propia obra que él había alentado. Pero lo conseguiría. El recuerdo del pasaje que había leído hacía siete años adquirió de pronto la nitidez de un manuscrito iluminado. Cogió la pluma y la sumergió en el tintero. Trabajó en la hoja pegada, añadiendo, corrigiendo y tachando según el brillante original que tenía en la mente.

Me ha complacido hacer públicas en muchos sitios mis esperanzas sobre Marie **le Jars** de Gournay, mi hija de alianza ~~a quien profeso tanto afecto como a una hija~~ —y **ciertamente amada por mí mucho más que paternalmente, e implicada en mi retiro y soledad, como una de las mejores cualidades de mi propio ser**—. **No miro sino a ella en el mundo.** Si la adolescencia puede ofrecer presagios, esta alma será algún día capaz de

las cosas más bellas, y **entre otras de la perfección de la santísima amistad a la cual en ningún sitio leemos que su sexo haya podido elevarse todavía. La entereza y la solidez de su comportamiento son ya suficientes, su afecto por mí más que sobreabundante, y tal en suma que nada más puede desearse, salvo que la aprensión que tiene por mi fin, habida cuenta los cincuenta y cinco años a los que me ha encontrado, la atormentara menos cruelmente.** El juicio que hizo de los primeros *Ensayos*, mujer, y en este siglo, y tan joven, y sola en su región, **y la conocida vehemencia con la cual me amó y deseó durante mucho tiempo** ~~y la buena voluntad que tuvo hacia mí~~ a partir únicamente de la estima que concibió por mí, antes de verme, es un acontecimiento de muy digna consideración.

Cuando terminó, la hoja pegada no estaba en condiciones para mandarla a la imprenta. Era mucho mejor, decidió, copiarla de nuevo. Llamó a Louise y le pidió que preparara cola, luego cogió una hoja del cajón y escribió en ella con letra clara y pulcra, muy distinta de los garabatos de sus correcciones. La cola estuvo lista antes de que hubiera acabado. Cuando la tinta se secó, arrancó con cuidado la hoja del añadido de Pierre de Brach con sus correcciones y la reemplazó por la copiada pulcramente por ella, pegándola con cuidado sobre la pequeña marca dejada en la página impresa por el añadido original.

Me ha complacido hacer públicas en muchos sitios mis esperanzas sobre Marie le Jars de Gournay, mi hija de alianza —y ciertamente amada por mí mucho más que paternalmente, e implicada en mi retiro y soledad, como una de las mejores cualidades de mi propio ser—. No miro sino a ella en el mundo. Si la adolescencia puede ofrecer presagios, esta alma será algún día capaz de las cosas más bellas, y entre otras de la perfección de la santísima amistad a la cual en ningún sitio leemos que su sexo haya podido elevarse todavía. La entereza y la solidez de su comportamiento son ya suficientes, su afecto por mí más que sobreabundante, y tal en suma que nada más puede desearse, salvo que la aprensión que tiene por mi fin, habida cuenta los cincuenta y cinco años a los que me ha encontrado, la atormentara menos cruelmente. El juicio que hizo de los primeros *Ensayos*, mujer, y en este siglo, y tan joven, y sola en su región, y la conocida vehemencia con la cual me amó y deseó durante mucho tiempo a partir únicamente de la estima que concibió por mí, antes de verme, es un acontecimiento de muy digna consideración.

Ésos fueron los dos únicos lugares en la obra de Michel de Montaigne donde Marie de Gournay se introdujo a sí misma. En las otras miles de páginas prestó atención a las palabras de Montaigne, asegurándose de que eran las de él y que

transmitían sus intenciones como sólo ella sabía comprenderlas. Era la guardiana de su posteridad. Si infiltraba algo de posteridad para sí, señalaba de forma más directa a la apasionada muchacha de Picardía o intensificaba el amor y la admiración declarados del autor hacia su hija adoptiva, era comprensible. El recuerdo y las palabras de él eran todo lo que tenía para demostrar que merecía el extraordinario honor de ser su editora. Si se imponía como una hija más querida que la hija natural de Montaigne, o querida de un modo diferente, era para infundirse a sí misma la autoridad que el mundo necesitaba para aceptarla como su defensora. Eso le permitía estar preparada para escribir su Prefacio a esa primera edición póstuma. El mismo Montaigne dejaba claro en sus *Ensayos* que ella era la persona adecuada para hacerlo, y que no sólo contaba con su bendición y su estima, sino también con su admiración. Las adiciones eran comprensibles. También eran el resultado de un deseo incontrolable de declarar públicamente que era cierto lo que necesitaba que fuera cierto tanto como el aire para respirar.

Marie está sola. Es el año 1595, tiene treinta años y durante los siete últimos su vida ha sido un desierto... Está sentada en la biblioteca de la torre con la que ha soñado desde que Michel de Montaigne se marchó de Gournay para regresar a su hogar, a su vida y su muerte en Guyena. Frente a ella en el escritorio está el ejemplar original de los *Ensayos* con las correcciones añadidas a mano a lo largo de los últimos siete años; el único ejemplar actualizado que existe desde que el de Pierre de Brach fue destruido por el impresor de la nueva edición. Está sin encuadernar, medio descosido y abierto. Ella se inclina sobre él. Sujeta con una mano la página mientras con la otra maneja con cuidado un trozo de papel pegado a ella.

Es bastante fácil arrancar con delicadeza el trozo de papel de la página sin que se note, dejando para la posteridad suficiente rastro de la cola seca con que la pegaron al final de «La presunción». Se vería que él escribió algo que se perdió... y sin embargo no se perdió, porque Marie de Gournay lo ha publicado en la nueva edición basada en el ejemplar que le enviaron con las últimas correcciones. Es una elegía en medio de los ensayos a Marie de Gournay, recomendando a los lectores a su hija adoptiva, hablando de sus cualidades que la ponían por encima de los logros corrientes de las mujeres y declarando que la quería más que a su propia hija. La corrección de Marie al añadido de Montaigne que aparece en el volumen recién publicado es ahora la única prueba de la hoja que tan fácilmente podría haberse extraviado cuando Pierre de Brach la copió. En la hoja de papel que tiene arrugada en la mano está la elegía. Destruir esa hoja con la nota original no es exactamente mentir. Es omitir. Las mejoras sólo pretenden aumentar su autoridad como guardiana de la llama de Montaigne.

De todas maneras, cuanto ha añadido es verdad; una verdad que Montaigne omitió. Ella *era* más capaz de amistad que cualquier otra mujer que él hubiera conocido. Si hubieran pasado tiempo juntos, se habría dado cuenta de que La Boétie no era la única persona del mundo capaz de compartir su alma. Había dos. Nada de lo que él decía sobre la amistad con el anciano estaba ausente en la capacidad de Marie para ser su querida amiga del alma. «Porque era él, porque era yo». Sí. Pero había estado tan ocupado llorando a su único amigo de verdad que no había sabido encontrar al otro, el que había estado buscando en realidad, para quien había estado escribiendo. «... he esperado otro: que, si se daba el caso de que mis inclinaciones agradaban y convenían a algún hombre honesto antes de mi muerte, intentara que nos reuniéramos. [...] Si, con pruebas claras, yo hubiera sabido de alguien apropiado para mí, habría ido a buen seguro a encontrarlo muy lejos. Porque, a mi juicio, la dulzura de una compañía acorde y agradable no puede pagarse con nada. ¡Oh!, ¡qué no es un amigo!». Él había estado suspirando por tener a alguien como ella. La había encontrado. Mejor dicho, ella lo había encontrado a él. Pero él no se había aferrado a ella con todas sus fuerzas. De modo incomprensible, la había convertido en su *fille d'alliance*, en lugar de en esa amiga que estaba pidiendo a gritos.

El día anterior, cuando releyó en el ensayo de «La vanidad» esas palabras sobre

su anhelo de otro amigo, se encontró con un pasaje que él había tachado.

Sé bien que no dejaré atrás ningún defensor ni mucho menos tan afectuoso y comprensivo conmigo como lo fui yo con él. No hay nadie a quien quisiera confiarme totalmente para un retrato; sólo él gozaba de mi verdadera imagen y él se la llevó.

Había leído esas líneas en Gournay, en la edición de 1588. Como Pierre de Brach había indicado en el ejemplar que ella había revisado en París, Montaigne las había eliminado. Pero había algo más; antes de tachar el párrafo impreso, a continuación de la palabra «retrato» había añadido en tinta una frase. También la había tachado, seguramente al suprimir todo el párrafo, pero había estado allí antes de eliminarlo todo y debía de haberla añadido después de la última vez que ella había mirado el libro estando él aún en Gournay, porque ella nunca lo había visto.

... y si hay alguno, lo repudio, porque sé que está demasiado predispuesto a mi favor.

La Boétie era un verdadero amigo y conocía al verdadero Montaigne; ¿era ella quien estaba demasiado predispuesta? Sin embargo, dijera lo que dijese, ella sabía que las palabras que había añadido a la edición recién publicada y que la convertían en la legítima sustituta de La Boétie no eran mentira, que sólo eran una verdad no reconocida por Montaigne. El día anterior había llorado ante su escritorio al ver la frase añadida. Luego había dejado de llorar, porque ¿acaso él no las había tachado? Seguramente era algo más que una consideración caballeresca hacia los sentimientos de ella. Era un cambio de parecer. Y sólo su muerte, y la misteriosa pérdida de la última carta dirigida a ella, le habían impedido hacer algo más al respecto. Estaba convencida. Así pues, en el acto de arrancar la hoja del solitario ejemplo de los sentimientos e intenciones de Montaigne hacia su albacea literaria y dejar sus propios añadidos no había más engaño que en observar los deseos de Montaigne y excluir de la siguiente edición el otro párrafo suprimido. Para cumplir mejor sus deseos, ella lo habría eliminado de ese ejemplar de Burdeos, si él lo hubiera escrito en un papel aparte, como su elegía, en lugar de en tinta sobre la página impresa. ¿Qué era un pequeño engaño editorial, si era preciso, a cambio de la inmortalidad que alcanzaría él gracias a su esmerado trabajo? Ella seguramente sólo había añadido las palabras que él mismo habría escrito en el texto de habersele ocurrido o de haber sabido que no iba a tener tiempo de añadir las después. Clarificar; declarar como cierto lo que *era* cierto, eso podía hacerse. Ésa era la tarea de un editor.

La fe incuestionable que tenía Marie en la palabra hacía que las palabras escritas en la página fueran más ciertas que lo que ocurría en el mundo real o entre la gente.

Había aprendido ella sola a traducir del latín al francés, dando vida a un lenguaje. El lenguaje era capaz de hacer realidad sus sueños y sus ilusiones. Cuando leía, las palabras, suyas o de otros, se convertían en toda la realidad que necesitaba. O al menos le ofrecían un lugar y una forma de vivir donde los deseos y los caprichos de los demás, y sus propias limitaciones insospechadas, no convertían su vida en polvo. Las palabras daban significado y ella había llegado a creer que el significado se convertía en significado cuando se escribía. El significado sólo era significado y la verdad sólo existía una vez que los había puesto por escrito.

Cuando recibió el paquete con el manuscrito de los *Ensayos* que le había mandado madame de Montaigne, Marie de Gournay se convirtió en un fénix. De las cenizas de los restos mortales de Montaigne levantó el vuelo, y su recuerdo se convirtió en su sustento; el espíritu de él, en su alma, así como su obra en la obra de ella. Mojó la pluma en la sangre de su padre y las palabras cruzaron volando la página. El problema estaba en que las palabras eran de ella, después de todo, y las alas, pesadas y oscuras, se veían obligadas a batir brutalmente el aire para mantenerse en vuelo. No bastaba con renacer de sus cenizas, tenía que ser también un ave del aire.

En el Prefacio de la nueva edición que escribió antes de partir hacia Guyena, no olvidó dar las gracias a madame de Montaigne por haberle confiado la obra de su difunto marido, o más bien por cumplir los deseos de él. Y lo hizo con su estilo recargado. Lamentando la ausencia de las cartas de elogio que sabía que habían escrito Justo Lipsio y Lord Ossat, describía al segundo como «la persona en Italia... más amada y estimada por mi padre..., y no puedo, lector, utilizar otro nombre para referirme a él, puesto que sólo existo en tanto que hija suya. No es ni mucho menos un reproche a la diligente búsqueda realizada por madame de Montaigne a su muerte el hecho de que no encontrara las cartas entre sus papeles cuando me envió estos últimos escritos para que los publicara [...] El mundo entero le debe, si no gratitud, al menos tantos elogios como yo le concedo por haber querido reavivar en mí las cenizas de su marido, y no casarse con él sino hacer de sí misma otro él, reviviendo en ella un afecto en el que nunca había participado salvo al enterarse de su existencia, y devolviéndole a él una nueva apariencia de vida mediante la reanudación de la amistad que él me profesó».

¿Se paró a pensar en cómo interpretaría madame de Montaigne estas palabras o las escribió sin tener en cuenta más lector que Montaigne, su querido Montaigne? ¿Tanto se elevó sobre las corrientes de su fe en sí misma que no se le ocurrió que otros seres sensibles podrían leer sus palabras? Acto seguido explicaba el derecho que tenía a asegurarse de que la obra de su padre quedaba a disposición de las futuras generaciones. Sobre las dudas que habían suscitado los *Ensayos* en ciertas mentes acerca del compromiso de Montaigne con la religión católica, ella afirmaba:

Es a mí a quien corresponde hablar, puesto que sólo yo conocí en profundidad esa gran alma, y sólo a mí se me puede creer de buena fe sobre este tema cuando su libro no lo aclara, como alguien que ha renunciado a tantas virtudes magníficas, generosas y admirables, de las que el mundo se enorgullece, para ganarme el reproche de necia de las demás mujeres por no haberme tocado en suerte más que inocencia y sinceridad.

Rechazaba la inevitable cuestión de su sexo sobre el asunto de su autoridad para hablar en nombre de Montaigne:

Feliz tú, lector, si no perteneces a ese sexo al que se le han negado todos los bienes al negársele la libertad, de la misma manera que se le han negado las virtudes [...] En cuanto a mí, si quisiera someter a mis oyentes a la clase de examen donde, según dicen, hay cuerdas que los dedos femeninos no deben tocar, aunque tuviera los argumentos de Carnéades, no faltaría algún simplón que me los rebatiera, con la seria aprobación de todos los presentes, cuando su muda elocuencia, sólo mediante una sonrisa, una inclinación de cabeza o una broma, dijera: «Es una mujer la que habla».

Tan extraordinaria fe en sí misma, ¿de dónde sale? Sólo de sí misma. No podría haber salido de ningún otro lugar. Sean cuales sean sus defectos, ¿no basta esa fe para garantizar su grandeza y el respeto de la posteridad? Pero para demostrar su confianza tenía, por supuesto, a su mentor:

Sólo una cosa me ha consolado frente a los que se han burlado de mis relaciones con Montaigne, o más bien los que han mostrado desdén hacia mí misma o mi sexo, y es que se han declarado indefectiblemente necios en cuanto que han demostrado que un hombre como Montaigne lo fue al creerme digna, no sólo de una estima diferente, sino de ser admitida como un alma semejante a la suya en la clase de asociación que nos unió mientras Dios la permitió. Pero nuestro sexo, como es frágil y débil, es blanco fácil del coraje magnánimo que existe en esta variedad de hombre. No obstante, les recomiendo amigablemente que no se metan con quienes tan poderosos son con su pluma; no basta con herir a esas personas, hay que matarlas; arrebatárles la fuerza o no enardecer sus pasiones [...] Ofender un espíritu único equivale a asegurar, como por acto de conciencia, que habrá arrepentimiento del propio error. Vemos cómo tuvo Minos que encender los ánimos de esos atenienses parlanchines.

Pero sólo con la mente de Montaigne podía ser ella un ejemplo tan extraordinario

de su sexo:

... habiéndome concedido la naturaleza el gran honor de ser, salvo en los aspectos más importantes e insignificantes, semejante a mi padre, al escribir o al hablar nunca he podido dar un paso sin descubrirme tras sus huellas, hasta el punto de que a menudo creen que estoy usurpando su lugar. Y la única satisfacción que he tenido ha sido descubrir entre los recientes añadidos que encontraréis en este volumen varios pensamientos que a mí misma se me habían ocurrido antes de verlos allí escritos.

En el resto del Prefacio hablaba con desdén de lo que consideraba una tibia reacción en algunos círculos a los *Ensayos* y respondía a las críticas que se habían atrevido a hacer las mentes inferiores. Eran ciegas. El uso poco ortodoxo que hacía Montaigne del lenguaje, las crudas referencias personales al cuerpo, la rebeldía ante la estructura, las digresiones intrascendentes, todo eran señales para ella de su grandeza y originalidad; de que su obra se había adelantado a su tiempo. Defendía cada palabra y se enfrentaba a las mentes obcecadas que querían mantener todo igual, que se entregaban a la tediosa retórica en lugar de al pensamiento humano vivo y relampagueante.

Le proumenoir de Monsieur de Montaigne se publicó antes de que Marie emprendiera el viaje a Guyena, y se vendió bastante bien a un público con un gusto formado en el drama romántico. Sin embargo, no fue tan gratificante como debería haberlo sido para Marie. El eterno silencio de Montaigne acerca del manuscrito envolvía el éxito del libro en una especie de membrana amniótica. Nunca podría ser nada más que un mortinato en ese estado irredento, y, si bien durante un breve periodo le procuró unos ingresos, descubrió que no le producía la debida satisfacción. Era evidente que, como había señalado Montaigne cuando ella le contó la historia que se proponía convertir en una pequeña novela, estaba destinada a escribir una obra mucho más trascendental. Ella era una intelectual, no una abastecedora de frivolidad para las mentes ociosas. Cuando el manuscrito volvió a sus manos, no pudo contenerse de publicarlo, y más tarde de reimprimirlo incluso, pero nunca tuvo la sensación de haberse convertido por fin en la clase de escritora que anhelaba ser. Decidió que era su nombre en la primera edición póstuma de los *Ensayos*, junto con su autoritario Prefacio, que la convertía en parte integrante de la obra, lo que iba a permitirle entrar en el serio mundo intelectual de la literatura. No envió *Le proumenoir de Monsieur de Montaigne* a Justo Lipsio, pero dejó instrucciones en la imprenta de hacerle llegar un ejemplar de la nueva edición de los *Ensayos* con su Prefacio en cuanto se publicara. Y, naturalmente, había que enviar ejemplares de los *Ensayos* a madame de Montaigne, a su hija Léonor y a Pierre de Brach, que llegarían al hogar de su padre adoptivo pocos meses después que ella.

Marie recibió de madame de Montaigne y de su hija un trato cortés aunque distante durante los primeros meses de su visita. Si visita era el término adecuado. ¿Acaso su sitio no estaba en la torre de su mentor? París era sin duda un lugar importante para una intelectual pública, pero trabajar en ese estudio, entre sus libros, sus vistas, su escritorio; que su viuda y su hija la cuidaran del mismo modo que habían cuidado de él, y como ella misma cuidaba de su fama, ¿sin duda ése era su verdadero lugar en el mundo? No dijo nada, pero desde el principio, incluso desde que había recibido la invitación abierta y bastante vaga de madame de Montaigne para que las fuera a visitar si por casualidad se encontraba en los alrededores, dio por hecho que el château de Burdeos era su nuevo mundo, donde viviría con su nueva familia hasta el final de sus días (aparte de viajes periódicos a París) en el lugar que le correspondía. Trabajaba todo el día en la torre, y por la tarde comía y charlaba de la jornada con la familia de Montaigne, que la escuchaban con educación y expresaban todo el interés del que eran capaces, teniendo en cuenta sus limitaciones. Marie averiguó que ni la viuda ni la hija habían leído más que unas pocas páginas de los *Ensayos*. Comprendió lo necesaria que había sido ella mientras él vivía y todavía más ahora que estaba muerto. ¿Quién si no iba a cuidar del legado de una de las mentes más grandes de Francia? Aun así, Françoise y Léonor eran la familia de él y merecían por tanto su consideración.

En diciembre se publicó en París la nueva edición de los *Ensayos* con el Prefacio de la demoiselle de Gournay, y hacia finales de enero llegaron a Guyena 1.596 ejemplares de la imprenta para madame y mademoiselle de Montaigne, así como, por supuesto, para Marie. Ellas expresaron su satisfacción y su gratitud por el libro que había mandado imprimir, al que dieron vueltas en sus manos, alabando la piel de becerro labrada, antes de abrirlo y admirar el frontispicio, y, pasando varias páginas, declararon que era de gran calidad, tal como habían esperado, así como digno de la memoria de su marido y padre.

Marie se quedó satisfecha con los elogios. A la mañana siguiente se llevó un ejemplar a la torre y lo colocó sobre la mesa, al lado de las páginas anotadas por Montaigne que llevaba días estudiando para la nueva edición. Durante todo el día no hizo más que hojear la nueva edición, imaginando a otros en París y en toda Europa haciendo lo mismo, y viendo su nombre, «La Demoiselle de Gournay, *filie d'alliance* de Michel de Montaigne», por fin impreso como editora y autora del Prefacio de diecinueve páginas. Se había convertido irreversiblemente en una intelectual, una escritora, una crítica y pensadora pública. Prueba de ello era el libro que tenía en las manos, cuyas páginas se dedicó todo el día a pasar. Era la prueba material de que una joven sin educación, a fuerza de voluntad, podía lograr alcanzar la vida de una intelectual profesional con la que siempre había soñado. Una vida imposible pero, a partir de ese momento, su vida. Buscó el capítulo de «La presunción» y, dirigiéndose a la última página, posó la mirada en el penúltimo párrafo:

... ciertamente amada por mí mucho más que paternalmente, e implicada en mi retiro y soledad, como una de las mejores cualidades de mi propio ser. No miro sino a ella...

A los treinta y dos años, una mujer soltera sin deseos ni perspectivas de contraer matrimonio, y acercándose a la mediana edad, Marie de Gournay había resuelto por fin su vida plenamente a su gusto.

Se oyeron fuertes pasos en la escalera de piedra. La criada que le llevaba el almuerzo de pan con queso y tisanas durante su jornada laboral siempre subía con paso deferente. Esas pisadas golpeaban irrespetuosas cada escalón, sin la menor preocupación por si rompía el solemne silencio del estudioso ocupante de la habitación superior forrada de libros. También parecían apremiantes, resonando escaleras arriba y anunciando la llegada de una interrupción deliberada. Una voz no tardó en acompañar el fuerte estrépito de los pasos resueltos, elevándose por las escaleras antes de que su dueña llegara a lo alto.

—¡Mademoiselle! ¡Mademoiselle! ¡Mademoiselle. De. Gournay!

Era Françoise, pero con un tono de fría cólera que Marie nunca había oído, cada palabra articulando implacable un problema inminente. Sólo cabía suponer que había ocurrido un accidente y que madame de Montaigne pedía auxilio alarmada, hasta que llegó a lo alto de las escaleras y se quedó inmóvil ante la puerta, con su hermoso rostro arrugado endurecido de ira, los labios firmemente apretados, los ojos encendidos reducidos a estrechas rendijas de cólera, para expulsar mejor lo que tenía en la mente y fijar fríamente la mirada en la mujer que estaba sentada ante el escritorio de su difunto marido. Marie levantaba la mirada de su edición de los *Ensayos*, sobresaltada y enfadada por la escandalosa interrupción de sus gratas ensoñaciones, cuando madame de Montaigne se detuvo en lo alto de la escalera. Hubo un silencio momentáneo mientras las dos mujeres se miraban sin parpadear.

—¡Mademoiselle de Gournay!

Marie no tenía ni idea de cuál era el problema, pero montó inmediatamente en cólera para ponerse a la altura de la manifiesta ferocidad de la otra mujer. ¿Cómo se atrevía a entrar de ese modo en la torre? Montaigne no lo habría permitido. Ella nunca se habría atrevido a entrar de ese modo e interrumpir sus pensamientos. ¿Y acaso ella, la nueva ocupante del estudio, no merecía la misma consideración? El triunfo de tener en sus manos una nueva edición, la sensación de logro que iba en aumento hasta llenar todo su ser mientras apreciaba la realidad de sus cubiertas y sus páginas, y las pasaba de nuevo para regalarse la vista con el nombre impreso de Montaigne en tan estrecha proximidad con el suyo como artífice del libro, todo ese gran placer se había visto destruido por esa invasión de la viuda y el desafío en su rostro pétreo. Marie merecía disfrutar de ese día de satisfacción privada. No permitiría que lo interrumpiera una mujer de tan limitada inteligencia y criterio.

Reprendió a la intrusa.

—Madame, por favor. Estoy trabajando.

La legitimidad del verbo la conmovió. Por fin podía pedir al mundo que la dejaran tranquila porque estaba leyendo y escribiendo, porque la lectura y la escritura eran su trabajo. De pronto tenía derecho a no ser interrumpida, del mismo modo que su padre, sus dos padres, habían exigido intimidad y silencio cuando se inclinaban sobre sus libros o sus cuentas. «No debes molestar a tu padre, está trabajando». «No hagas ruido mientras Montaigne está en la biblioteca pensando». ¿No merecía también ella la misma consideración y que anduvieran sigilosamente de puntillas para no interrumpir el hilo de sus pensamientos?

—Madame, estoy trabajando.

Madame de Montaigne no pareció ni lo más remotamente arrepentida. Arqueó las cejas ante la impertinencia de la joven.

—Mademoiselle de Gournay —repitió en un tono peligrosamente bajo—. Acabo de leer su Prefacio. ¿Cómo se atreve a inmiscuirse en mi familia? ¿Cómo se atreve hablar de mi difunto marido del modo en que lo hace? Le pedí que se ocupara de imprimir la obra de mi marido, no que la explicara ni la defendiera. En cuanto a su pretensión de conocerlo mejor que nadie y de haber sido su alma gemela, no sólo es vulgar sino carcajeante. Fue mi esposo durante veintisiete años. Fuimos marido y mujer, ¿comprende? Usted sólo fue una joven a quien trató un breve periodo de tiempo. ¿Lo comprende?

Marie miró a la viuda de Montaigne sin comprender. Apenas podía asimilar las palabras, no digamos darles sentido.

—Y no estoy yo sola en mi aflicción. Hoy he recibido una carta de Justo Lipsio en la que describe su estupefacción al leer su Prefacio. Dice que es para él motivo de profunda vergüenza y aflicción, además de una deshonra, haber confiado en el juicio de una joven como usted, por no hablar de haberla elogiado en público. Fue en parte por su recomendación que le encomendé a usted la sencilla tarea de buscar un impresor en París. Dice que lamenta profundamente su error y me ruega que lo perdone. Ha ido usted demasiado lejos en su arrogancia, demasiado lejos. Esta nueva edición ha de ser destruida. Sus estúpidas y suficientes palabras dejan en ridículo la obra de mi marido. Es una mujer muy necia y engreída. Aún más, no atino a comprender en qué está *trabajando* como dice. No se le ha pedido que haga nada más con el libro de mi marido. Escribiré a Pierre de Brach y le pediré que prepare otra edición lo antes posible sin su absurdo e insolente Prefacio, para que la obra de mi marido sea publicada tal como él quiso y su espíritu pueda descansar en paz. Se acabó esta bobada de «hija adoptiva». Mi marido y yo tuvimos una sola hija. Por favor, deje la biblioteca exactamente como la encontró y dispóngalo todo para regresar a París lo antes posible.

Así se derrumban las fantasías, como una torre de juguete destruida por un

repentino aguacero, revelando que es de papel y no de piedra, un juego de niños, una mera simulación de la realidad, no el refugio seguro y firme como una roca desde donde se domina el mundo. La escritora se quedó de pie entre los restos de la torre de juguete en ruinas, expuesta por la tormenta del mundo de los adultos como una niña ensimismada en una fantasía privada. Una niña lo bastante mayor y consciente del mundo para avergonzarse de haber sido sorprendida jugando o contándose historias en las que era uno de los adultos.

Aun mientras abría automáticamente la boca para defenderse a sí misma y su Prefacio, e insistir ante madame de Montaigne en su excepcional proximidad y entendimiento con su difunto marido, quedó sumergida bajo una catarata de vergüenza. Fue la certeza de la viuda, la confiada madurez de su comportamiento así como las terribles palabras que pronunció, lo que anuló la capacidad de Marie para responder; la seguridad con que madame habló de «su marido», la relajada autoridad con que la describió como «necia» y «carcajeante», disolvieron al instante todo lo que Marie había pensado de sí misma apenas un momento antes. Y la condena de Lipsio era insoportable. Las palabras de autojustificación murieron antes de que llegaran a sus labios, no siendo las que una niña necia e insignificante diría a un superior adulto que la veía con ojos perspicaces y llenos de saber mundano, y rechazaba sus absurdas fantasías con una irrevocabilidad tan brusca y cruel. Esa mujer no tenía nada que ver con la madame de Montaigne a quien Marie había pedido a los lectores que perdonaran por no haber encontrado las cartas cruciales, a quien se podía perdonar porque al menos había tenido la perspicacia de saber que Marie de Gournay sería la única y verdadera ejecutora de los deseos de su marido. Ésa no era la mujer que vivía en el castillo donde se encontraba la torre de su marido. ¿Y qué había del gran Lipsio que había elogiado su aguda comprensión, su juicio firme y su sabiduría?

Marie de Gournay se puso como la grana, muda de la humillación. Su repentina y terrible vergüenza al verse de pronto como la veían los demás, y el horror ante la perspectiva de ser desterrada de su legítimo lugar en los *Ensayos*, transformaron toda su confianza sobre su lugar en el mundo en una desesperación y una vergüenza que recorrieron todo su ser, abrasándole y secándole aparentemente las vísceras. Se levantó del escritorio agarrándose a sí misma, cruzando los brazos con fuerza sobre el torso para contener la angustia. Su estupidez, punzante y amarga, la consumía impidiéndole respirar a medida que tomaba conciencia de cómo aparecía a los ojos de madame de Montaigne, de Lipsio y de todo el que leyera el Prefacio. Vio cómo la veían los demás y cómo se veía ella de pronto a esa nueva luz. Sólo era ridícula, después de todo. Las paredes de la torre de Montaigne apenas lograron contener el desgarrador grito de horror que se desprendió del angustiado interior de demoiselle de Gournay.

Esta vez fue madame de Montaigne quien pidió que se administrara eléboro a una

Marie inconsolable. El débil colapso y el llanto inarticulado de contrición y vergüenza cogieron por sorpresa a su madre adoptiva. Temió por la vida de Marie, tan terribles eran los gritos y el martilleo de los puños contra las sienes mientras se retorció en el suelo del estudio. Era un ataque, no había duda. Por muy enfadada que estuviera, madame de Montaigne no quería que esa mujer muriera delante de ella. Desde que su marido había fallecido era una católica devota que acudía a diario a su confesor. No podía tener ese tormento sobre su conciencia.

Corrió a la ventana y pidió a gritos al jardinero que llamara a una criada, preparara una tintura de eléboro y fuera a buscar al médico del pueblo, que se diera prisa, mucha prisa, y volviera con ayuda para trasladar a Marie a su habitación y acostarla. Entre el jardinero y madame bajaron medio a rastras a Marie por las escaleras de caracol mientras sus gritos de autodesprecio, sus balbuceantes disculpas, sus admisiones de culpa y vergüenza, y sus estremecidos sollozos de horror ante lo que había hecho a la preciada memoria de Montaigne y a su familia, se hacían eco por toda la torre y salían al patio, haciendo correr a las gallinas alarmadas. Madame de Montaigne había querido expresar su profunda indignación ante el terrible Prefacio, había querido que Marie lamentara su vanidad, se disculpara y arrepintiera de su estupidez y se marchara avergonzada, pero no había contado con una total y catastrófica rendición en forma de remordimientos y locura. Horrorizada y asustada por la reacción de Marie ante su reprimenda, no fue capaz de dar media vuelta como había sido su intención y dejar que se pudriera en su propia vergüenza, después de lo cual regresaría a París arrepentida y dejaría la obra de su difunto marido en manos de quienes tenían el talento, la experiencia y el sexo apropiados para actuar con el debido decoro. Eso no era lo que Françoise había esperado. En lugar de guardar fríamente las distancias hasta que Marie desapareciera de sus vidas, se encontró cuidando a la mujer cuya impertinencia le había hecho rabiar y retroceder hasta los límites de la cordura.

Marie estuvo varios días delirante de remordimientos. El más mínimo paso hacia la racionalidad le hacía recordar la percepción catastrófica que las palabras de Françoise le habían ofrecido de sí misma y refugiarse en un estado de aturdimiento gimiente que sofocara pensamientos tan insoportables. Cuando por fin volvió en sí, débil y sensible al más leve ruido o luz, necesitaba tener a madame de Montaigne constantemente a su lado para poder disculparse una y otra vez, con una vocecilla herida pero apremiante, por su atroz insensibilidad, su insensatez juvenil, su ignorancia, su conducta lamentable y su falta de juicio, hasta que el alud de remordimientos amenazaba una vez más con sumirla en un estado delirante.

—Estoy tan avergonzada, madame. Nunca podré disculparme lo suficiente ante usted y mi querida Léonor por la vergüenza que les he causado. Ambas son más queridas para mí que mi propia familia. No hay nadie en el mundo a quien admire más. ¿Cómo voy a salir de nuevo al mundo? Soy el hazmerreír y los he arrastrado conmigo al lodo a ustedes y a mi querido y difunto padre adoptivo. No hay

justificación posible. Nunca habrá perdón, ni suficiente arrepentimiento, ni una disculpa lo bastante sincera...

Para acelerar la recuperación, madame de Montaigne no se cansaba de repetir que la perdonaba, que entendía sus explicaciones, hasta se lamentaba por haber dado tanta importancia a un pequeño desacierto. De hecho, percatándose de que valoraba su antigua paz por encima del honor e incluso de la memoria de su marido, se disculpó a la demoiselle de Gournay por su arrebato en la torre e insistió en que no debía tomárselo tan a pecho, una viuda de luto dice cosas que no quiere decir, exagera sus argumentos. Ella nunca había leído el maldito libro al que su marido había dedicado tanto tiempo de su vida conyugal a escribir. Lo había abierto un par de veces, pero no había encontrado nada de interés en él. De hecho, su sacerdote le había dicho que Su Santidad no estaba del todo satisfecho con ciertos pasajes que viraban peligrosamente hacia la blasfemia, por no hablar de la crudeza de otros de la que había oído hablar. De hecho, el libro había sido motivo de considerable vergüenza para ella. Era su deber publicarlo; Pierre de Brach así se lo había explicado, pero ella habría preferido ser la viuda del ex alcalde de Burdeos antes que la del autor de un solo libro tan largo y aburrido. Era cierto que mademoiselle de Gournay le había parecido un poco atrevida al creer conocer a su marido mejor que su propia esposa, pero el libro le importaba muy poco, la verdad. Sólo quería casar a su hija y retirarse a una vida de oración y preparación para la vida futura.

Tenía que lograr que la joven se tranquilizara y estuviera en condiciones para marcharse. Darle prisas sólo retrasaría su partida.

—Querida, debe descansar y recuperar las fuerzas. No hay prisa. Tómese todo el tiempo que necesite.

No volvió a mencionarse el tema del Prefacio ni las disposiciones para que Marie regresara a París. Por mucho que madame de Montaigne hubiera montado en cólera al leer el Prefacio y se hubiera ofendido al ver usurpado su lugar por una advenediza ilusa que se había inmiscuido en la familia, la tarea de devolver la salud a demoiselle se había convertido en su prioridad.

Poco a poco Marie recuperó sus antiguas fuerzas, aunque no perdía oportunidad para reiterar sus disculpas. Madame siguió asegurándole que no era nada, que lo olvidara y se sintiera en su casa. Sin duda querría volver a París cuando estuviera totalmente recuperada. Esa sugerencia provocó una breve recaída.

—Oh, no, no, no. No puedo volver a aparecer por París. Seré el hazmerreír de todos. París está descartado. Debo esconderme. Si no fuera el peor de los pecados me quitaría la vida. O me encerraría detrás de los muros de un convento y pondría fin a mis absurdas ideas de leer y escribir. Es lo que decía mi madre. Y tenía razón. Si le hubiera hecho caso habría evitado mucha infelicidad y vergüenza. Tomaré el hábito y pasaré el resto de mis días pidiendo perdón.

La tragedia de ese futuro le causaba tanta agitación que madame de Montaigne, temiendo otra crisis, rechazó la idea.

—Tonterías, querida, se quedará aquí con nosotras. No tiene que ir a ninguna parte.

—Pero... ¿y el Prefacio?

Apenas podía pronunciar la palabra.

—Bueno, eso fue un error, pero ¿por qué no trabaja en una nueva edición? El Prefacio se habrá olvidado cuando se publique.

—¿Trabajar en el manuscrito de la torre?

—Exactamente.

—Pero ¿y monsieur de Brach?

—Estoy segura de que hará un gran trabajo. Pierre ya tiene el suyo.

Esta vez debía manejar bien la situación, y tener a la joven allí preparando una nueva edición sin el escandaloso Prefacio era más seguro que dejarla volver a París y que empezara a creerse la viva imagen de Montaigne. En cualquier caso, el hecho era que los *Ensayos* significaban muy poco para ella. Su vida actual estaba dedicada a Dios. Cumpliría su deber con su marido, pero ¿cuánto tiempo podía llevar preparar una edición? Enseguida lo olvidaría, mientras que el Reino de Dios duraría una eternidad. Dejaría que el pobre Pierre de Brach se hiciera cargo de su vida y escribiera sus propios poemas. Dejaría que lo que no era importante siguiera su curso.

—¿Confía en mí?

—Ahora tenemos un acuerdo. No debe pensar en marcharse hasta que haya recobrado las fuerzas.

—Es usted realmente una gran mujer, una gran alma, digna en todos los sentidos del honor de ser la esposa de Michel de Montaigne.

Si volvió a despertarse parte de su indignación, madame de Montaigne la contuvo en nombre de la Santa Iglesia Católica y la paz interior.

—Gracias —respondió dirigiéndose a la puerta.

—Estoy segura de que su gran espíritu le está sonriendo.

—Es muy posible —murmuró la viuda mientras cerraba la puerta detrás de ella.

Pero las cosas no volvieron a ser como antes en Guyena. Pese a todas las afirmaciones de madame de Montaigne de que podía quedarse, Marie nunca volvió a sentirse del todo a gusto en presencia de Françoise y Léonor. Había una distancia que o bien no había notado antes o había surgido a raíz del incidente en la torre. La cólera nunca volvió a aflorar, pero no había duda de que ella no era totalmente de confianza, no era del todo de la familia. Siguió preparando la nueva edición en la torre, pero a pesar de que madame le había asegurado en medio de sus temores por su cordura que podía quedarse todo el tiempo que quisiera, una vez que hubo pasado la amenaza inmediata de un colapso, la invitación abierta no se repitió, y cada vez le daban más a entender que esperaban que regresara a París una vez que la edición estuviera lista para publicarse.

«Debe de echar de menos a sus amigos escritores».

«Qué alivio sentirá cuando regrese a París con el nuevo manuscrito y esté por fin en casa».

«Debemos de ser una compañía tan provinciana y aburrida para usted. Pero no importa, porque pronto regresará con sus amigos intelectuales».

Todas sus apasionadas respuestas de que no quería estar en ninguna otra parte del mundo eran recibidas con inexpresiva formalidad como meras palabras de cortesía.

«Es muy amable».

«Cuánta tolerancia hacia nuestra pobre compañía».

Nunca se hizo la menor sugerencia de que regresara a Guyena después de haber llevado el manuscrito a París para imprimirlo. El sueño de vivir una vida en la torre de Montaigne se vino abajo. Tal vez tenían razón, después de todo. Cuando hubiera enmendado su pequeño desierto con la publicación de la nueva edición sin el Prefacio, el mundo literario olvidaría, y su propia obra sería toda la justificación que necesitaría para llevar una vida de intelectual. Guyena no era un lugar para ella. ¿No había sentido Montaigne la necesidad de marcharse de su torre y viajar por Europa para alternar con el mundo más sofisticado de la Corte?

Escribió a Justo Lipsio, disculpándose y rogándole que no hiciera caso del Prefacio, y adjuntó un ejemplar de los *Ensayos* con las páginas ofensivas suprimidas. Pero en su carta le recordaba: «Era su hija, soy su tumba; era su segundo ser, soy sus cenizas». No hubo respuesta. Trató de convencerse de que se había extraviado o la habían interceptado. Un hombre tan grande tenía que ser comprensivo. Y se extraviaban tantas cartas importantes, ¿quién iba a saberlo mejor que ella? Trabajó en el estudio, con el espíritu bastante apaciguado, y, aunque no había prisa, hizo preparativos para regresar a su verdadera vida en París.

Cuando por fin se marchó de Guyena, dieciséis meses después de su llegada, apartó de su mente todo el desagradable asunto del Prefacio. Regresó a la rue des Haudriettes el tiempo justo para organizar un viaje a Holanda donde, habiéndose extendido el elogio que había hecho Lipsio de la singular demoiselle de Gournay, y sin haberse hecho público aún su reciente repudio de ella, fue bastante bien recibida por la intelectualidad de Bruselas, Amberes y Flandes. Volvió a París justo cuando empezaba el nuevo siglo, boyante y llena una vez más de promesa. La crisis de confianza de Guyena había quedado totalmente atrás en Holanda. Había sobreactuado ante la histérica crueldad de las acusaciones de madame de Montaigne. No le extrañaba que su marido hubiera buscado una vida de soledad. Era un nuevo comienzo para ella, o mejor dicho, otro momento del mismo comienzo que se había ido repitiendo en su vida desde que había leído por primera vez a Montaigne. Esta vez, sin embargo, sería la última repetición.

Volvió a publicar su novela *Le proumenoir de Monsieur de Montaigne*. No sólo no necesitaba ya la aprobación de Montaigne para publicarla, sino que, aparte de nuevas exposiciones sobre la elevada seriedad moral de la heroína y la alegría del

sacrificio, había añadido al final el texto íntegro de su Prefacio a los *Ensayos* que tanto revuelo había causado y que había suprimido de la nueva edición para aplacar a madame de Montaigne. Además de la novela sobre la que Montaigne no había tenido nada alentador que decir y de la carta introductoria dirigida a él, había incluido en el libro la refutada defensa que había hecho de su obra, junto con una descripción de la especial intimidad (sus cenizas, su mismo ser) que los había unido. Lo juntó todo con más firmeza que nunca, por delante y por detrás, su primer escrito publicado y su reverenciado padre adoptivo. Se había apoderado de ella la firme convicción de que había llegado su momento.

Preparándose para su nuevo comienzo en París, Marie se compró un carruaje, que iba con un caballo y dos criados para cuidarlo y conducirlo a las distintas *soirées* y salones a los que tenía previsto asistir. También contrató a una joven que tocaba el laúd, para que la ayudara a combatir la melancolía, según explicó a tío Louis, aunque a él le parecía que su tristeza respondía más a la moda del momento, de la misma manera que las medias arrugadas de Montaigne, lo que dejaba ver una mente con asuntos mucho más profundos que considerar. Pese a su alarma ante la situación económica de Marie, Louis observó asombrado cómo se hacía un sitio en París: rebosaba de energía de ser por fin ella misma. Hasta sus movimientos, tan entrecortados como siempre, parecían de pronto pequeñas explosiones que la arrojaban hacia delante, siempre hacia delante, hacia lo que era imparablemente su futuro. Hablaba tan deprisa que las palabras tropezaban unas con otras, perdiéndose en la siguiente frase, mientras daba instrucciones y preparaba todo para irrumpir en el mundo literario de París. Para ello, por mucho que odiara perder el tiempo con esas bagatelas, no tenía otra elección que tener una casa adecuada con los componentes adecuados. Tenía que asistir a los salones que realmente importaban, ser lo que se esperaba de ella (en la medida en que era capaz) y, aún más importante, crear su propio salón donde acudiría la gente a comer, beber y hablar de los últimos libros, poesía, piezas de teatro e ideas, sumarse a las habladurías, verse y dejarse ver.

La hermana del Rey, la desvergonzada pero innegablemente brillante Margarita de Valois, acababa de volver a París tras su elegante encierro en Auvernia, y su nueva casa era la comidilla de la ciudad. Pese a sus tejemanejes y su comportamiento innombrable, no había nadie que no se muriera por una invitación a sus veladas literarias en el Hôtel de Sens, donde la poesía, el teatro y la moda poco ortodoxa tenían a todo París sumido en un fascinado trance. Marie no esperaba igualar el salón de la *reine* Margot, y no tenía previsto emular los pasatiempos inmorales que decían que alentaba, pero sabía que tenía que formar parte de ese círculo social.

El único problema era el dinero. Todos esos gastos domésticos habían tenido un terrible efecto en los limitados ingresos de Marie y empezó incluso a comerse su capital. Pero, como insistió a Louis cuando éste sacó nervioso el tema monetario, se trataba de una inversión.

—Sólo podré ganarme la vida como escritora si consigo una pensión de la Corte. He de lograr que la gente adecuada me conozca y venga a mi casa, para que cuando estén en el palacio saquen mi nombre y mi obra a relucir, y eso persuada a Sus Majestades de que mi presencia adornaría la Corte y sería de gran valor para la vida cultural de nuestro país. Así son las cosas, tío.

Un escritor se gana la vida haciendo las amistades adecuadas, dijo a Louis, como si fuera una gran entendida en las costumbres del mundo moderno y literario. Para ello había que invertir algo de dinero y crear las condiciones para que las personas indicadas se prestaran a patrocinar su salón.

Louis la escuchaba, algo sorprendido ante la reciente mundología de su sobrina. Pero tenía serias dudas acerca de que una soltera empobrecida pudiera ganarse la vida como escritora, y le preocupaba aún más seriamente, dada la sencillez de su vestuario y la poca elegancia de sus modales, que no reuniera las cualidades adecuadas para desenvolverse en los elegantes círculos de moda. Había leído el desastroso Prefacio y la recargada novela, y dudaba que su talento literario lograra superar las limitaciones de su estilo personal para provocar una oleada de opinión favorable que persuadiera a Sus Majestades de su importancia para la vida cultural de Francia.

—Pero, querida, has de saber que el dinero se está agotando rápidamente. Tienes más deudas que ingresos. Sí, ya sé que esperas recibir algo de tu novela y de la nueva edición de los *Ensayos*, pero tu reputación aún no se ha restablecido y no aguantará todos estos gastos. Tu capital está disminuyendo rápidamente.

—Exacto —replicó ella con impaciencia—. Es al retroceder la marea cuando hay que emprender la travesía. No hay otra manera.

Louis no parecía convencido. A ella le decepcionó su apocamiento. Explicó a su anciano tío cómo funcionaba el mundo.

—El otro día Su Majestad ofreció a Desportes su abadía de Aurillac por un soneto que había admirado.

Louis abrió la boca para hablar pero volvió a cerrarla. Marie continuó.

—Yo no aspiro a tales riquezas, por supuesto. No quiero una abadía. Todo lo que pido es una pequeña pensión que se sume a mis ingresos y me permita llevar una vida modesta. Para ello necesito tener amigos en la Corte, y las amistades, tío —confió como si fuera uno de los seres sociales más expertos—, se hacen ofreciendo hospitalidad. Sí, es cierto que estoy gastando por encima de mis posibilidades, pero es necesario asumir el riesgo. He de tener un carruaje. ¿Cómo voy a ir por París recogiendo con las faldas todo el barro y la porquería de las calles? Eso significa un caballo y alguien que lo cuide. Louise va a regresar a su casa para cuidar a su padre y tendré que tomar a alguien de servicio. Y una criada sola no podrá con todos los preparativos y la limpieza, que supone recibir con regularidad, además de atender mis necesidades diarias. Pero trataré de pasar sólo con una. Tal vez el laúd sea un lujo, pero es tan sedante para el espíritu, y lo será especialmente después de todo el discordante trato social, cuando la música me ayude a despejar la mente y enfocar

mis pensamientos en las palabras que necesito expresar.

Louis se rindió, pero sugirió que en sus circunstancias pecuniarias tal vez debería prescindir del inspirador laúd, al menos hasta saber el tamaño de la pensión con que iba a honrarla Su Majestad. Marie escuchó con impaciencia la excesiva cautela de su tío y lo que sospechaba que era falta de fe en su futuro, pero lo necesitaba a él y a sus amigos escritores para sus soirées, al menos al principio, para que corrieran la voz. Dio por terminada la conversación.

—Muy bien, tío. Pasaré sin el laúd.

Ése podría haber sido el primer y único compromiso en la vida de Marie de Gournay.

Louise regresó a Picardía para cuidar de su achacoso padre, aliviada de escapar de los horrores de la ciudad y de su exigente señora. El tío Louis le encontró una sustituta. Un conocido hombre de letras le habló de un pequeño comerciante, Pierre Jamyn, un proveedor de papel y tinta que había muerto recientemente de una fiebre repentina, dejando en la miseria a una hija de quince años. La madre de Nicole Jamyn había muerto en el posparto junto con el recién nacido cuando ella tenía seis años y no había otros familiares ni nada que heredar después de pagar las deudas. Necesitaba encontrar con urgencia un puesto de criada.

Marie accedió a emplearla cuando Louise se marchó, en parte porque necesitaba una criada y le aseguraron que la joven había llevado la casa de su padre, además de ocuparse de comprar y cocinar para él, pero tal vez también porque le había gustado la idea de transmitir parte de sus conocimientos adquiridos con tanto esfuerzo a una mente joven y vacía. Tomar a una muchacha sin formar cuyos pensamientos pudiera moldear completaría la transición a su nuevo estatus de figura literaria que se adentraba en la mediana edad. Un nuevo siglo acababa de empezar y ella había terminado su aprendizaje; había llegado la hora de ser ella misma mentora.

Cuando entró por primera vez en la casa de Marie de Gournay, Nicole Jamyn no tenía ni idea de que alguien pudiera llevar una vida así. La juventud y la ignorancia mundanal de Marie, y el deseo de transmitirle sus conocimientos, la convertían en algo más que una simple señora. Marie le hablaba a Jamyn del mundo y de sí misma para educarla, pero también porque no tenía a nadie más con quien compartir sus pensamientos. ¿Quién no habría sonreído ante la idea de una Marie de Gournay torpe y socialmente inepta transmitiendo su saber mundano? Ella necesitaba un público más allá de su propia mente para los planes y las estrategias que concebía si quería sonar convincente ante ella misma. No se esperaba de Jamyn que tuviera una opinión propia, sino que escuchara y aprendiera. Y eso hizo, atesorando los momentos en que su nueva señora le hablaba de las maravillas de la literatura (y de su padre, monsieur de Montaigne, el escritor más grande que Francia había conocido jamás) y le explicaba cómo funcionaba el sofisticado mundo de los intelectuales parisinos. Jamyn no dudó ni por un segundo que no fuera todo exactamente como decía Marie. A sus ojos era una mujer culta y sabia que había tomado un camino inimaginablemente heroico. Apenas había diferencias entre su señora y la reina Margot sobre la que la gente hablaba en emocionados susurros. Era cierto que su nueva señora no era hermosa (el tiempo empezaba a pellizcar su rostro gazmoño y su cuello fibroso), escogía la ropa en función de lo abrigada y cómoda que era, era cómicamente torpe en sus movimientos y tenía una voz cortante como el filo de un cuchillo. Pero Nicole tampoco era agraciada ni graciosa, pese a tener los huesos grandes y formas redondeadas, y una cara que carecía de definición, cuando su señora era flaca y angulosa, como un gorrión. De todos modos era la mente de Marie, y sobre todo su seguridad y convicción, lo que ponía a Jamyn metafórica y literalmente a sus pies mientras escuchaba sus planes de ser algo que no había creído posible, que no podría

haber imaginado antes de conocerla: una mujer independiente que se ganaba la vida leyendo libros y escribiendo. Saber que algo así era posible equivalía a ser admitido en la naturaleza secreta del mundo.

La chica estaba acostumbrada a escuchar. Su padre, aunque no había sido instruido más que por sí mismo, había pasado muchas horas inculcándole la importancia de la lectura; que los libros y los escritores eran esenciales para saber y gozar de una verdadera vida. De hecho, mientras vivió su padre, Jamyn recibió mejor educación que la que había tenido su señora. Hasta que murió y la dejó huérfana, Pierre Jamyn había enseñado a su hija lo que habría querido que aprendiera cualquier hijo. No era noble ni rico pero buscaba y valoraba el saber, y era lo bastante independiente intelectualmente para querer que su hija desarrollara la mente como lo habría hecho cualquier hijo. Sin embargo no tenía una biblioteca ni fortuna que legar. Lo que había dejado a su muerte, incluidos sus pocos libros, se fue en pagar deudas, y aunque Nicole sabía leer y escribir, se quedó sola en el mundo y no tuvo más remedio que entrar a servir en una casa, aunque no era el futuro que su padre había imaginado para ella. Pero Jamyn nunca se había parado a pensar en los escritores, cómo vivían, pensaban y trabajaban, ni en la extraordinaria idea de que una mujer pudiera convertirse en uno y ser respetada entre los más brillantes cerebros de París, hasta admirada por uno de los mejores escritores de toda Francia. El regalo que le había hecho su padre al enseñarle a respetar los libros y lo que contenían se agrandó y extendió hasta ofrecerle una insospechada visión del estilo de vida que podía llevar una persona dotada de una mente extraordinaria. No podía imaginar cómo ella, tan desafortunada al perderlo todo, había tenido la suerte de acabar allí, al servicio de alguien que se encontraba en el centro de todo lo que más había importado al padre que tanto lloraba y echaba de menos.

Desde el principio, Marie dio por sentado que la joven Jamyn era analfabeta e inculta como cualquier chica de clase baja, e incapaz de enseñarse a sí misma a leer, como había hecho ella, a falta de una biblioteca. Las primeras semanas Nicole Jamyn no corrigió a su señora; estaba demasiado nerviosa para hablar por sí misma, creyendo no estar en posición de contradecirla y sin querer interrumpir ni cortar el torrente de sus maravillosos planes sin precedentes. Se contentó con escucharla con los ojos bien abiertos, creyendo estar aprendiendo todo lo que había que saber sobre cómo vivir la vida de la mente. Nunca cuestionaba nada y, desde luego, no le importaba esperar un par de meses para cobrar. La misma Marie decía que era inaceptable juzgar a una persona por el tamaño de su billetera. ¿Y acaso su señora no le proporcionaba un sustento y un techo? ¿No le estaba enseñando tantas cosas? ¿Había esperado de su padre una paga?

Pero pasó el tiempo, las semanas se convirtieron en meses, los meses en un par de años, y aunque Jamyn se había vuelto más segura en presencia de su señora, siguió callándose que sabía leer. A veces sencillamente se hace demasiado tarde para decir la verdad. Era imposible hacerlo después de un par de años, después de que Marie se

hubiera embarcado en el intento de enseñar a la muchacha a leer. Una hora cada día, después de cenar, se sentaba con su joven criada y, cogiendo su ejemplar de los *Ensayos*, le explicaba las letras, las palabras y las frases, y trataba de enseñarle cómo leerlas. Nicole observaba el dedo de su señora moverse por la página con los ojos muy abiertos de quien hace un intenso esfuerzo de concentración, pero que en realidad ocultaban su vergüenza e incomodidad por ser perfectamente capaz de leer ella sola la prosa de monsieur de Montaigne (sin contar las citas en latín y griego). Cuantas más veces se callaba durante esas clases más difícil se volvía decir la verdad. Pero ¿por qué no había hablado antes, una vez vencida su timidez inicial, cuando no habría costado hacer comprender a Marie su reticencia? Jamyn se hacía sin duda esa pregunta, porque sabía muy bien que la excusa de que era demasiado tarde no era toda la razón.

En aquella época imperaba otra moda, aparte de la melancolía, que Marie de Gournay empezó a investigar con la esperanza de mejorar su situación económica cada vez más desesperada sin hacer excesivos recortes en una vida social adecuada. No sólo ella, sino los reyes, los príncipes y varios de los cortesanos intelectualmente más curiosos, así como excéntricos, viajeros, estafadores, delincuentes, magos, soñadores, médicos, filósofos, astrólogos, aventureros y artistas, seguían al anciano maestro Hermes Trismegisto, y mezclaban, calentaban y murmuraban palabras sobre sus crisoles. Todos atisbaban dentro de sus alambiques para ver si habían logrado transformar los metales base (plomo, estaño, hierro, cobre), los minerales (fósforo, sulfuro, arsénico, antimonio, vitriolo, cinabrio, pirita, oropimente, galena, magnesio, cal), las sales (potasio, natrón, salitre, khol, amoníaco, alcohol, alcanfor) y los ácidos (sulfúrico, muriático, nítrico, acético, fórmico, cítrico, tartárico y aqua regia) en oro, la piedra filosofal, el agua danzante, el elixir de la vida, la panacea universal, la quintaesencia. Buscaban de mil formas la fórmula para sentirse mejor o ser más jóvenes, más sabios, más poderosos, más ricos. Esa última era la gran esperanza de Marie de Gournay, quien se volcó en la química para mantener el estilo de vida que quería pero no podía permitirse costear.

Había quienes sólo buscaban una mayor comprensión del mundo y de ellos mismos, utilizando sus crisoles y las sustancias químicas de un modo muy parecido a como Montaigne había utilizado la soledad y las palabras para ahondar en la naturaleza del hombre que las empleaba. Otros pretendían descubrir qué ocurría exactamente cuando mezclaban y calentaban las sustancias químicas, creyendo que los cambios que observaran les dirían algo de las leyes a través de las cuales actuaba la Naturaleza a instancias de Dios. Y otros esperaban curar enfermedades, las pequeñas y cotidianas que causaban dolor e incomodidad a una sola vida, y las grandes enfermedades que condenaban a todas las criaturas sensibles al sufrimiento y a cierta muerte. La gente buscaba de mil formas, creyendo que podían vivir eternamente, saberlo todo, cambiar el funcionamiento del mundo, hablar a Dios o ser

Dios; una o todas esas cosas a la vez. Marie se acogió a la tradición hermética sólo para financiar el estilo de vida que había escogido, por mucho que luego hablara de sus pocas expectativas. No era creyente ni experta. Sólo seguía las recetas con la esperanza de saber amalgamar y hacer borbolar los ingredientes hasta convertirlos en un plato de oro. No creía en esos procedimientos más que Jamyn en el horneado del pan. Hay quienes juntan harina y agua, hacen una masa, la ven subir, vuelven a amasarla, la meten en el horno y logran sacar una bonita y ligera onza del pan de cada día. Jamyn se había convertido en un ama de casa competente para su padre, pero sus cocciones no pasaban de ser comestibles. Ella y Marie se alimentaban de sus gachas y guisos. El pan le salía compacto e insulso. Tal vez, sabiendo que a su señora le importaba tan poco sólo se molestaba en hacer la clase de pan que requería poco esfuerzo. Tal vez, como con la lectura, seguía un impulso no reconocido de no dar a conocer su habilidad. De cualquier modo, no creía en su pan, sólo lo hacía y lo comían fuera cual fuese el resultado.

Marie mostraba tanto interés en la comida como en la ropa, y lo mismo podía decirse de sus experimentos alquimistas. No se trataba tanto que creyera en que iba a transmutar el metal base en oro, como de la *posibilidad* de lograrlo y lo útil que sería para sus aspiraciones como escritora. Como un moribundo que toma todas las pócimas que le ofrece un curandero convencido con esperanza pero sin fe en que ahuyentará la muerte, así compró Marie su equipo y los materiales, y convirtió una habitación de su apartamento en un laboratorio cerrado bajo llave. Jamyn tenía prohibido entrar, aunque vio llegar el equipo y desaparecer tras la puerta cerrada. El horno, que fue un gasto enorme, así como grandes cantidades de leña, y los frascos de las sustancias químicas, inertes, viscosas, sencillas o extrañas; recipientes y botellas, matraces y platos, grifos, conectores y todo lo necesario para las ebulliciones, los borboteos, las destilaciones, las extracciones, la cristalizaciones, las evaporaciones, las filtraciones y cualquier otro proceso maravilloso de los que tenían lugar en la misteriosa habitación.

Jamyn oía pequeñas explosiones, siseos, golpeteos de metal contra metal, ruido de cristales, o a Marie murmurando para sí y a veces gritando furiosa ante lo que encontraba en su crisol después de toda una noche levantada en la habitación. Por debajo de la puerta salían unos olores asfixiantes que las ventanas abiertas no lograban disipar. Y a todas horas el rugido del horno consumiendo la minúscula fortuna de Marie. Cuando salía de la habitación tenía la ropa a menudo chamuscada o rota por las mangas y el bajo, y la cara y las manos sucias de grasa y hollín, a veces de un color que nunca había conocido la piel. En un par de ocasiones salió como un huracán, pidiéndole a gritos que trajera agua, y ella acostó a su señora y le lavó los ojos, enrojecidos y llorosos, mientras gemía durante un par de horas de dolor. Jamyn lo creía necesario para llevar una vida literaria, aunque en los primeros tiempos de los experimentos temió varias veces que ninguna sobreviviera para verlos prosperar.

Marie no confiaba sólo en sacar dinero del aire. Hacía otros esfuerzos para

asegurarse unos ingresos. Ante el anuncio de la llegada inminente del primer hijo del rey Enrique y María de Médicis, escribió una larga oración, que publicó como panfleto, sobre el tema de la educación apropiada para un príncipe real. Era una versión torpe del gran ensayo de Montaigne sobre la educación y hasta ella parecía cuestionar qué tenía que decir a la pareja real. «La educación de los hijos en general es un tema muy manido, pero el de la descendencia de la realeza francesa, desde el punto de vista en que yo lo abordo, tal vez no está agotado».

Esa mujer que se había educado a sí misma, que entendía de la avidez por saber de una niña, de su capacidad para aprender y de su insistencia en encontrar su lugar en el mundo, informaba a Sus Majestades que debían educar al príncipe para forjar en él un carácter moral. El príncipe debía aprender a conocerse a sí mismo y a comportarse como era debido. Como miembro de la familia real, debía recibir lecciones de ética de un tutor erudito. En lugar de escribir lo que tenía que escribir, lo que sólo ella podía escribir, Marie compuso un menú de trivialidades que no estimulaba el apetito de nadie.

Jamyn lo leyó en secreto y se quedó intranquila.

El panfleto no tuvo el resultado deseado. Si Sus Majestades lo hojearon siquiera debieron de rechazarlo junto con todos los demás intentos poco interesantes de otras personas para obtener su favor. El esfuerzo de Marie no se vio recompensado en forma de la pensión que tan urgentemente necesitaba. Aun así, no todo estaba perdido, dijo a Jamyn. Su nombre había sido mencionado ante Sus Majestades, quienes tal vez lo recordaran cuando los futuros asistentes a sus veladas literarias hablaran de ella.

El salón de Marie de Gournay abrió por fin sus puertas y, con la ayuda de su tío y varios de sus amigos, asistió todo París, o al menos casi todas las personas que importaban. La curiosidad, y la perspectiva de otra velada de buena comida y conversación amena, los llevó a la rue des Haudriettes, al menos durante el primer mes. A esa primera velada los invitados acudieron con grandes expectativas. Durante semanas Marie había organizado la comida, la iluminación, la distribución de los asientos, y preparado todos los temas de discusión y las citas de Montaigne sobre las que se hablaría si la *conversazione* desfallecía. Pero no había ni un ápice de elegancia en todo su ser. Jamyn observó los preparativos y las compras. Era evidente que su señora no tenía ojo ni intuición. Todo lo que le parecía bien era como mínimo desacertado. Pasaba totalmente por alto el encanto y la comodidad en un intento de dar a su apartamento el aspecto que creía que debía tener. Se esforzaba por salvar las apariencias, sin entender la atmósfera ni los principios subyacentes de hospitalidad y goce. Jamyn trataba de decirse que no era asunto suyo y que, en cualquier caso, ¿quién era ella para hacer tales juicios de su señora social e intelectualmente superior? Pero no podía eludir esos pensamientos culpables. Marie compraba comida en abundancia para sus veladas, pero de la más barata y de proveedores de lo más

dudosos. ¿Qué importa?, decía a Nicole con impaciencia, cuando la joven miraba preocupada las flacas aves que le había llevado. Tú cocínalas y estarán buenas. Parecía creer que bastaba con el punto de cocción para que todo fuera idéntico en aspecto y sabor, al margen de la calidad de los ingredientes. Esa noción de la cocina la sacaba de la alquimia. En su opinión, era la aplicación del calor lo que transformaba lo no comestible en algo que podía comerse. Como ella no disfrutaba con la comida en sí, ¿cómo iba a notar la diferencia? Tampoco imaginaba que hubiera gente a la que le importara, olvidando no sólo cuestiones que había que tener en cuenta sino también las discrepancias entre sus propios deseos y los de los demás. Como ella no era sociable ni hospitalaria por naturaleza, sólo pensaba en su propio bienestar al elegir la comida y la bebida que iba a ofrecer. El vino barato era vino, ¿no? Serviría. Las sillas estaban para sentarse, de modo que la gente las utilizaría aunque fueran feas o incómodas. Los platos y los vasos cumplían su función, y evitaban que la comida y la bebida cayeran al suelo. En realidad lo que importaba era que los invitados se marcharan de allí y comentaran a Sus Majestades y unos con otros lo inteligente y brillante que era demoiselle de Gournay, y que escribía y discutía como los antiguos. ¿Qué tenía que ver eso con el sabor de la comida, la comodidad de las sillas o la calidad de la vajilla? Y tenía y no tenía razón.

Sólo la predecesora de *Piailon, Mathilde*, no arqueó las cejas ante la mezquindad de la comida. Se pulió los patos que nadie pudo comer, duros y recocidos, tristes aves baratas preparadas por una joven que sabía muy poco de las artes culinarias. No se tiró nada; los ingresos eran demasiado escasos para eso. Marie y Jamyn se alimentaron de las sobras, y Marie quedó muy satisfecha con lo que ahorró con ellas. Si sus invitados habían consumido tan poco, pensó, era porque la conversación había sido muy absorbente. El resto de la semana pasaron con la comida y las bebidas a las que los invitados de Marie no habían hecho los honores por motivos totalmente diferentes de los que creía su señora, como había visto claro Jamyn en sus caras horrorizadas mientras masticaban un bocado insatisfactorio. Pero las dos mujeres tiritaron toda la semana, ahorrando combustible para la siguiente velada. Ambas se pusieron encima toda la ropa que tenían y arrancaron el hielo que se formaba en las ventanas y los cubos de agua.

A las pocas semanas del comienzo de las veladas literarias de la demoiselle de Gournay, los asistentes habían pasado de llenar toda una habitación a ser un inquietante puñado de viejos amigos de su tío Louis y unas cuantas almas más conmovidas por el espíritu de Marie que por su obra, o sin acceso a salones más deseables. Pero la concurrencia no tardó en volver a aumentar y ante la puerta aparecieron grupos de jóvenes petimetres de la ciudad, siempre luchando por contener las risitas estridentes que Jamyn oía mientras bajaba para abrir. Marie se alegró al ver que hasta los jóvenes valoraban su salón. Sería la gente elegante, los cortesanos y las jóvenes figuras emergentes del mundo literario, los que correrían la voz y harían que repararan en ella en palacio. Después de las semanas de poca

concurrancia en las que no atinaba a comprender qué se había torcido, Marie se quedó encantada con su nueva popularidad. No entendía nada, mientras que Jamyn, sólo atendiendo sus tareas domésticas, yendo al mercado con otras criadas y oyéndolas hablar (cuando no callaban al verla), sabía por qué esos jóvenes caballeros habían empezado a acudir a sus veladas. Se había puesto de moda pasar un rato por el salón de la demoiselle para más tarde, en veladas debidamente organizadas, reírse en público de la decoración y los ágapes. Menudo gusto, queridos. E intercambiar anécdotas sobre la hilarante formalidad y la torpeza con que la anfitriona introducía los temas de discusión y los largos silencios que seguían antes de que ella los llenara de declamaciones grandilocuentes que casi invariablemente empezaban: «Como decía mi querido padre, Montaigne...». Ella no advertía cómo los jóvenes burlones abrían mucho los ojos con fingida desesperación ante la fealdad del entorno, ni cómo alentaban a propósito la pomposidad de Marie («Oh, cuéntenos, cuéntenos, querida señora»), ni la deliberada estupidez de sus respuestas a las peroratas sobre cuestiones intelectuales que ella soltaba, sin poder contener su risa maliciosa.

«Platón, Platón, ah, sí, Platón, como dice usted, mademoiselle, un dios, un dios muy divino. Y tan... divino... en su divinidad... Y no muy diferente, creo, de Montaigne... sí, sí, dice usted bien, el Sócrates de Francia...».

«Esa fuente, mademoiselle, es un ejemplar exquisito. Creo que he visto algo parecido aunque no tan hermoso en el Louvre. Estoy seguro de que Su Majestad se pondrá verde de envidia cuando se lo diga».

«Oh, monsieur Ronsard, sí, era un individuo increíblemente talentoso. Tan increíblemente moderno, tan profundamente *à la mode...*, como usted dice, el poeta más grande que ha conocido el mundo».

Si Marie detectó cierta burla en sus voces, nunca imaginó que estuviera relacionado con el tema de la conversación. No concebía que alguien pudiera reírse de Platón o Ronsard, por no hablar de Montaigne. Lo serio nunca era motivo de risa para ella.

Se mofaban de su pobreza, se mofaban de su gusto poco refinado. Se mofaban sobre todo de su erudición, reconociendo en su voz el tono afectado del autodidacta, de la mujer sola en un mundo de hombres: la cadencia no del todo firme que se trasformaba en su garganta en una exposición estridente, didáctica y desmesurada de su saber ante aquellos que siempre habían tenido asegurados una educación y un lugar en el mundo.

Jamyn no podía evitar darse cuenta de todo ello mientras corría de un lado para otro sirviendo vino, recogiendo platos, atizando el fuego que casi no podían permitirse encender, abriendo y cerrando la puerta. Reconoció el tono de burla, y odió a esos chicos listos que tan seguros estaban de cómo debían ser las cosas y tan claro veían los defectos de los que no eran como ellos. Pero también empezó a sentir —era muy joven— una profunda vergüenza. O mejor dicho, vergüenza de sí misma. Porque era de Marie de quien ella, la criada, pupila y admiradora, se sentía avergonzada. Veía

a su señora como ellos. Se sorprendió en esas veladas mirándola de reojo y preguntándose si era, después de todo, la mujer sabia y extraordinaria que había creído que era. Trataba de apartar de sí tales pensamientos cuando los invitados se habían ido y recogía el apartamento. Necesitaba que su señora fuera sabia y extraordinaria. Descubrió que no podía soportar la idea de estar donde no debía estar con una persona inepta. Era importante que Marie fuera lo que le había parecido que era al principio. ¿Tanto podía haberse confundido? ¿Acaso no sabía distinguir lo valioso en una persona? Odiaba a esos jóvenes burlones y, aunque los despreciaba como chusma sin ideas propias, a un nivel más profundo le dolía y alarmaba verlos mofarse de la mujer que la había acogido y a quien había creído la personificación de la comprensión y la sabiduría sofisticada. No quería admirar a una necia. No quería estar al servicio del hazmerreír de todos. Se avergonzaba de esos pensamientos, por supuesto. Sin embargo, aun años después, cuando por fin tuviera claro cómo era la relación entre ellas, le inundaría la misma oleada de cólera e incertidumbre al pensar que había dedicado su vida y su amor a una criatura tan ridícula y que tanto se engañaba a sí misma.

La llaman la *leal Jamyn* cuando los acompaña a la puerta, después de haberse detenido al pie de la cama y haberse despedido en silencio de su señora que se consume poco a poco sin ver ni oír, agonizando de forma indecorosa. No es tan triste para ellos, sólo es una anciana; dentro de un par de días cumplirá ochenta años, aunque ella no lo sabrá si sobrevive hasta entonces. La muerte de un anciano no es una gran tragedia, dicen. Las pocas visitas acuden no tanto para llorar su pérdida como para presentarle sus respetos, aunque ésa tal vez no sea la palabra adecuada en la mayoría de casos. Tal vez están señalando el paso de una era, reconociendo la pérdida del último vínculo de su época con el gran Montaigne. Grande en parte porque su señora se encargó de que lo fuera. Pero supone que ella, Marie, se sentiría no sólo satisfecha de que todavía la relacionen con Montaigne sino también exultante de llevarse a la tumba el último lazo vital con él. Ella se los dio y ahora se los quita, dejando atrás su obra pero sólo en la forma que ella la ha controlado desde su muerte. Tal vez, después de todo, ha vencido.

Jamyn lo ha leído todo, los ensayos de él y los escritos de ella. Marie nunca se enteró. Cuando ella salía, Jamyn leía los libros de las estanterías y todo lo que encontraba encima del caos de libros y papeles de su escritorio. Cuando tienes tan cerca a alguien, has de hacer un esfuerzo por comprender sus pasiones. La pasión de Marie era escribir, del mismo modo que lo era Montaigne. Jamyn consideró que lo que ambos habían escrito le concernía. Además, necesitaba saber si Marie era lo que afirmaba ser o lo que los demás decían que era. Amar a alguien significa conocerlo. Lo que sabía de su señora era que no podía creerla. La verdad para ella era un asunto muy personal.

Los escritos de él eran totalmente diferentes, Jamyn enseguida se dio cuenta. Era él mismo quien hablaba, aunque nunca lo había conocido. Hojeando sus ensayos reunió mucha información sobre él. Él daba mucho, parecía ofrecerse al lector. Se dio cuenta de que, de haber vivido y estado en un lugar accesible, ella misma se habría sentido atraída por el autor de esas palabras, sintiéndolo muy próximo, descubriendo puntos de referencia entre ambos. Su forma de escribir era única. Su señora respondió del mismo modo que ella, siendo tan joven y protegida como estaba.

La llaman la *leal Jamyn* y no se equivocan. Es leal. Como criada y como alguien que ama es leal. Es leal a Marie de Gournay como es leal a sí misma. Durante cuarenta y cinco años Marie ha sido su vida. «Criada y compañera», contesta cuando le preguntan. «Mi criada» era como se refería Marie a ella. «Mi querida Jamyn», de vez en cuando. «Estúpida», bastante a menudo. «Mi señora» es como Jamyn piensa en ella. ¿Cómo no va a desempeñar el papel hasta el final? No es que esperara sobrevivir a su señora. Pese a los veinte años que las separan, ninguna anciana ha parecido tan robusta, hasta que ocho días atrás sucumbió a una fiebre intermitente. Ella corrió pesadamente de un lado para otro, con la cabeza gacha, ocupándose de todo lo que consideró que era tarea suya. No esperaba que su señora muriera antes porque no soportaba la idea de vivir sin ella. Era esencial que se creyera que su

señora la sobreviviría. Diez años antes escribió un testamento en el que dejaba todas sus posesiones a Marie. El abogado se rió cuando garabateó su firma en el documento.

«No hay muchas criadas que dejen todos sus bienes materiales a sus señores, y menos cuando son más jóvenes».

Jamyn no respondió a sus cejas arqueadas, se limitó a poner las monedas en la mesa, le dio las gracias y se marchó. No era gran cosa. Los ahorros que había apartado de las pocas pagas que había recibido, una vez descontadas sus aportaciones cuando apenas habían tenido dinero para mantenerse y dar de comer a *Piailon*. Y la ropa blanca que Jamyn había comprado y guardado cuando entró de criada en casa de Marie, una huérfana de quince años, creyendo a medias que era una joven como cualquiera de su edad (excepto la demoiselle, por supuesto) y que algún día necesitaría alguna clase de dote. El testamento sólo pretendía devolver a su señora lo que había dado a su criada. Jamyn no tenía nada cuando ella la tomó a su servicio. Y a saber cómo se las habría arreglado Marie si Jamyn se hubiera muerto antes que ella. Los pocos *sous* y la ropa blanca que había reunido eran para Marie tanto si estaba viva como muerta. Hacía varios años que utilizaban esas sábanas porque las viejas se rasgaron, pero Marie nunca se enteró; y los ahorros que dejó a su señora habían menguado bastante; a veces habrían muerto de hambre si no hubieran echado mano de ellos.

Era egoísta de su parte querer morir antes que su señora, se dice. Ella y *Piailon* se las arreglarán como puedan.

Hacia 1608, aunque continuaban las burlas, Marie de Gournay había publicado cuatro ediciones más de los *Ensayos* y se había afianzado como la editora de Montaigne, al margen de lo que el mundo pensara de su gusto o de su obra personal. La tarea de inmortalizar a su padre adoptivo y recordar al mundo que ella era su hija escogida y editora nunca había cesado desde que madame de Montaigne se había vuelto cada vez más espiritual y se había despreocupado del futuro de su querido marido. Las ediciones aparecían con cambios minúsculos y se vendían suficientes ejemplares para costear al menos la siguiente impresión, junto con la ayuda económica extra de aquellos a los que ella acosaba para mantener la obra del gran hombre publicada. Marie escribía y publicaba poesía, traducía, recibía en su salón y mezclaba sus pociones nocivas en la habitación cerrada con llave, y los años pasaron, pero Montaigne nunca abandonó el escritorio de Marie, donde no cesó de leerlo y editarlo. Fue la obra de su vida, pero también una preparación para la obra de su vida. Y pese a todas las burlas que se amontonaban sobre ella, estuvo muy cerca de alcanzar su objetivo. Margarita de Valois, ya fuera en broma o por cortesía, acabó invitando a demoiselle de Gournay a asistir a las veladas literarias que organizaba en el Hôtel de Sens.

Jamyn encontró a su señora inmóvil como una roca en mitad de su estudio, llevándose la carta a la nariz para inhalar el singular aroma de Margarita de Valois y todo lo que significaba para ella.

—¡Por fin, por fin! —exclamó al ver a Jamyn indecisa en el umbral, tendiéndole la invitación hermosamente escrita.

Esa dama de la realeza, una mujer sola, una intelectual, una escritora, una precursora de ideas a quien el mismo Montaigne había dedicado un ensayo, solicitaba de pronto la compañía de Marie de Gournay. Marie no podía imaginar un resultado más exitoso de sus veladas sociales en la rue des Haudriettes.

Ni siquiera la perspectiva de una velada en la soirée más de moda de Europa hizo que Marie se parara a pensar en cómo iba a vestirse. Su único traje bueno de lana oscura era lo que llevaba las contadas ocasiones en que iba a la ópera o cuando iba a ver a alguien que no estaba por debajo de ella socialmente. Era el único vestido que tenía, el vestido que se pondría. No iba a perder un momento en esos asuntos. La reina Margot buscaba la compañía de la demoiselle de Gournay, y eso la tuvo todo el día y toda la noche pensando. Su reputación había llegado a oídos de la persona adecuada, la mujer más culta de Francia según el mismo Montaigne, quien a partir de las descripciones de los demás había reconocido en ella a alguien semejante.

Se convirtió en asidua del salón. Jamyn pensó que Margarita de Valois debía de haberse conmovido como ella al oír hablar de Marie. Pese a sus dudas, no creía que Margot alentara a su señora para sumarse a las carcajadas, aunque seguramente se reía de la desgarbada Marie y su pomposa autosuficiencia. Jamyn tenía mejor opinión de Margot que de esos jóvenes que habían tomado el gusto a reírse de la vieja solterona estafalaria. Marie seguramente había divertido a los asistentes con su modo

de conducirse, ajena a la impresión que causaba, hablando de temas intelectuales pedantes, con su vestido anticuado y masticando distraída las más delicadas exquisiteces como si fueran tubérculos.

Ella no se quedó nada impresionada con la compañía.

—Qué necios eran la mayoría de ellos —dijo a Jamyn—, y, bueno, no podría ni describirte su forma de comportarse. No, no me preguntes, hay ciertas cosas en las que no soporto pensar.

Pero para la Vénus Uranie, como Margot se llamaba a sí misma en esas veladas en que proponía discusiones sobre la igualdad de los sexos o la verdadera naturaleza del amor humano, Marie no tenía más que elogios y admiración.

—No escucharé chismorreos maldicientes —declaró—. Es una mujer de gran inteligencia y respeto al saber. Es posible que carezca del debido decoro, pero ha tenido que superar tantos horrores que no se le puede reprochar.

Además, había sido lo bastante buena para Montaigne. La implacable demoiselle de Gournay relajó por una vez su juicio moral por lo general inflexible. Objeto de burlas, se convirtió en una especie de mascota en las reuniones del Hôtel de Sens. Sin embargo, Jamyn estaba segura de que Margot también sabía que era extraordinaria y, sin tener conciencia de ello, trágica.

Mejor aún que las invitaciones regulares a las cenas y a las veladas literarias fue la libertad que le brindaron para utilizar la gran biblioteca del Hôtel de Sens, y más tarde la de la nueva residencia de la rue de Seine. Era aún más selecta que la colección de un millar de volúmenes que había reunido Montaigne en la torre, y mucho mejor y más completa que la pequeña biblioteca que le había dejado su padre, en la que había aprendido a soñar con un futuro extraño e imposible. Volvía a tener una biblioteca, y pasaba largos y placenteros días en las habitaciones llenas de palabras de Margot, conviviendo con los libros y su contenido como había hecho de niña. Fue tal vez la época más feliz de su vida, aparte de esas semanas en Gournay que le habían permitido sentarse al lado de Montaigne y contribuir a la edición de los *Ensayos*. Jamyn se alegraba por su señora. La reina Margot era desenfadada y voluble, y seguramente tan escandalosa como decían, recorriendo las calles y tomando allí mismo a todo hombre que le llamara la atención, pero fue buena con Marie. ¿Cómo va a molestarme, pensó Jamyn, que alguien reciba la clase de amor que necesita? Margot hasta concedió a Marie una pequeña pensión para complementar sus reducidos ingresos. Y debió de hablar con su hermano, porque *al final* la llamaron para una audiencia con Sus Majestades en el Louvre.

Todo fue sobre ruedas; Su Majestad se mostró muy cortés y se interesó mucho en su vida y su obra, contó Marie a su criada boquiabierta.

—Le hablé de mis panfletos y mi poesía. Y, por supuesto, de mis conocimientos sobre Montaigne. Él estaba al corriente de todo. Asintió y elogió efusivamente mi obra. Creo que puede decirse que nos llevamos a las mil maravillas.

Le brillaba la cara de atención real cuando volvió a casa y explicó su audiencia con Enrique IV a Jamyn.

—Todo irá bien a partir de ahora —repitió una y otra vez.

Primero a Jamyn, luego a la gata *Mathilde* y finalmente a sí misma, dejando que el alivio la inundara.

Jamyn se sintió tan aliviada como su señora. La idea de recibir una pensión real en toda regla era excelente. Se acabaron las apreturas y los recortes. Calor, comida decente, ropa mejor, menos preocupaciones y miedos. Su señora podría escribir cuanto quisiera, publicar, pronunciar discursos delante de la gente bien y, quién sabía, tal vez escribiría de otro modo si ya no tenía que ganarse el favor de nadie. Con el paso del tiempo, cuando leía a uno y a otro cuando se quedaba sola en el apartamento, no podía dejar de ver que su señora había tomado prestado un lenguaje, mientras que él traducía cuidadosamente sus pensamientos en las palabras que con más precisión los plasmaban. En los diez años que llevaba a su servicio, Jamyn se había convertido en una gran lectora secreta, y su comprensión cada vez más selectiva hacía que se le cayera el alma a los pies ante la pesada verbosidad de su señora. Estaba segura de que esa niña de la que le había hablado Marie que se sentaba en la biblioteca de su padre había sido la verdadera escritora que ahora creía ser. Pero no podía sugerirle que rescatara ese amor a las palabras y la sensación de identificación que había experimentado cuando había leído a Montaigne con su maravillosa facilidad de palabra. No podía hacerlo porque nunca había llegado a desmentir que era analfabeta, y también porque en los pasados diez años Marie nunca le había brindado la oportunidad de hablar con ella como una amiga. Como mucho, como cuando volvió emocionada del Louvre, le hablaba como si fuera una niña a la que se le describe un mundo desconocido y fuera de su alcance, o sencillamente hablaba en voz alta consigo misma mirándola a la cara. La reacción de ésta (al menos hasta que comprendió que, pasara lo que pasase, estarían juntas hasta el final y nunca cambiaría nada entre ellas, y se volvió tan agria como su señora) se reducía a repetir: «Sí, mademoiselle», «No, mademoiselle», «Qué maravilla, mademoiselle», y fuera cual fuese la conversación, Marie le ponía fin diciéndole: «Vete, niña», como si Jamyn hubiera estado distrayéndola de una tarea importante con su ociosa curiosidad.

Entonces todavía anhelaba que su señora le hablara, le explicara cosas, que se le iluminara la cara con los placeres del éxito o simplemente reconociera su presencia. Había llegado a querer a su señora. Aunque costaba entender la razón. ¿Porque no tenía a nadie más a quien querer? ¿Porque había que contrapesar la ira que empezaba a sentir hacia Marie con algo benévolo a medida que la amargura empezaba a recorrerle el cuerpo y amenazaba con devorarla? ¿O porque queremos a quienes queremos y no podemos evitarlo? Eso justificaría el odio que también sentía, no viceversa.

Lo más difícil de entender sobre sus sentimientos era que cuanto más quería a su señora, menos dispuesta estaba a convertirse en su protegida. Sus sentimientos

aumentaban en la misma proporción en que ella le ocultaba su inteligencia. Se negaba a dejar que la anciana le enseñara nada. No sólo no le confesó nunca que sabía leer sino que se mostró intelectualmente torpe, resistiéndose obcecadamente a lo que más había deseado su señora en el mundo. Marie la dio por caso perdido, pero se había acostumbrado a ella. Jamyn se negó obstinada a recibir el único regalo que Marie podía darle y se guardó para sí el único regalo que Marie habría querido de ella. Y lo hizo a propósito. A veces tenía que clavarse las uñas en las palmas de las manos para no reaccionar con interés a un poema o una idea que la señora recitaba en alto. Sólo leía a escondidas, la obra de ella, la de él, y a veces otras cosas que encontraba en los estantes, pero nunca permitió que Marie se enterara. Su determinación a darle todo menos su devoción era firme. Sin embargo, Montaigne, que nunca la había amado, le había dado casi todo lo que había anhelado.

Montaigne sólo había amado una vez en su vida, por muchas veces que se hubiera encendido su pasión. En eso era como Jamyn, pero él había tenido la suerte de ver su amor reconocido y correspondido. Había llorado la brevedad de su relación con La Boétie y se preguntaba si los pocos años que habían gozado juntos no habían vaciado de sentido el resto de su existencia.

Desde el día que le perdí, no hago más que arrastrarme lánguidamente. Y aun los placeres que se me ofrecen, en lugar de consolarme, redoblan mi dolor por haberlo perdido. Estaba ya tan hecho y acostumbrado a ser siempre un segundo ser que me parece no ser ya sino a medias.

Ni Jamyn ni su señora habían sido correspondidas por el único amor de sus vidas, ni durante el más breve periodo de tiempo. A Jamyn no le correspondió ella, a ella no le correspondió él. Las dos acabaron obsesionadas con los cuatro años perfectos de Montaigne. Él a veces deseaba no haberlos tenido nunca por el dolor que le causaba su pérdida, mientras que Jamyn y Marie, que no los habían tenido, se habrían contentado con disfrutar un solo instante de ese amor ideal. Pero Jamyn, y sospechaba que también su señora, entendía al mismo tiempo a la perfección la sensación de vacío de quien ha experimentado y perdido a un verdadero ser querido. Para ella, sin embargo, había algo peor. Montaigne, al perder su otra mitad, se había propuesto ser su propia mitad en los *Ensayos*. Tal vez hasta había necesitado la muerte de La Boétie para permitirse descubrir la clase de persona que su amigo le había alentado a ser. Antes de que muriera La Boétie, se había sentido inquieto, desasosegado, perdido. La muerte de su amigo y su propia desesperación lo habían empujado a la trastienda, donde había aprendido a integrarse en el mundo escribiendo. Y Marie, aunque desprovista de la genialidad de Montaigne, a su muerte había sacado de él una profesión, una profesión sin precedentes para una mujer. Paralizada por el aturdimiento mientras él aún vivía, pero sin estar ya en su presencia, y, una vez que murió, libre para ser la guardiana de su llama, para construir su vida

alrededor de la hoguera de su amor por él. ¿Y Jamyn? Jamyn había vivido con la pérdida mientras su amor le pedía que avivara el fuego, lavara la ropa, hiciera recados a la imprenta, estirara al máximo los recursos para que les alcanzara a las dos para comer. Ella no había podido llorar su muerte y levantarse con la imagen de su amor perdido grabada en la mente y el corazón. Marie estaba presente a todas horas, exigente y desdeñosa por el día, y por las noches, en el piso de arriba, separada y no separada. A diferencia de Montaigne y Marie, Jamyn no había perdido a su ser querido.

Muy pronto Jamyn se quedará, como ellos, sola en el mundo, sin el único ser que da sentido a su existencia. Con razón hizo el testamento en favor de Marie, resuelta a morir antes. ¿Qué iba a hacer ella, después de tantos años callados y contenidos, cuando el nuevo silencio sólo significara que no había nadie a quien negarse a darse conocer? Ordenará el escritorio y los papeles de su señora, y se los entregará al leal monsieur Costar. Nunca ha tenido valor o lo que hace falta para hablar en nombre de ella. Seguirá siendo lo que aprendió y se acostumbró a ser: la leal, callada y sumisa Jamyn. Porque, piensa con una triste sonrisa que casi atraviesa el mundo, era yo, porque era ella.

Pero ¿y si Marie hubiera sido capaz de escribir sin la presión del dinero y las críticas feroces? Jamyn se pregunta si todo habría sido diferente entonces. Lo duda. Tiene que ser realista, como lo ha sido siempre, sin contar con ese pequeño y aislado rincón de amor que vive intacto en ella. No habría cambiado nada. No su relación, y tal vez ni siquiera su forma de escribir. Al final de su vida tiene pensamientos absurdos sobre cómo han ido las cosas.

Al final las cosas fueron como siempre habían sido. Un mes después de la audiencia de Marie de Gournay, Enrique IV fue asesinado por un joven llamado Ravillac, y se apagó la luz de su vida y de los ojos de Marie. De hecho, toda Francia se quedó horrorizada e impactada, pero nadie sufrió mayor decepción que demoiselle de Gournay. El nuevo y definitivo comienzo de su vida resultó ser una mera ilusión que apenas había durado unas tristes semanas.

Esta vieja bruja, el pequeño saco de huesos moribundos que resuella en el lecho, que Jamyn sólo tiene que extender el brazo para tocar, aunque ella probablemente no se enteraría, nunca ha sido una belleza, pero tampoco tan poco agraciada como todos creen. Chocante, desmañada, poco graciosa. A eso se referían. Y a su forma de ser, sus andares masculinos, con la cabeza sobresaliéndole del cuello flaco, y esa voz estridente como la de un estornino rechazando la competencia. No dulcificada por el amor, o al menos desprotegida del escarnio por no tener un marido que supiera cuál era su sitio y la mantuviera dentro de casa. De todos modos, a los ojos de la joven Jamyn, tenía el aspecto que tenía y era como era; aunque los demás se burlaran de su físico y su carácter, y en ocasiones ella misma pasara vergüenza, aun así quería a su señora. Y ahora que está lejos de ser joven y que lo sabe todo, o eso cree, todavía la quiere. Hasta a ella le cuesta comprenderlo.

Mira el cuerpo menguante que agoniza a su lado, desdentado, con los ojos hundidos, las escasas carnes colgando flácidas en pliegues vacíos, y extraña y alarmanamente grises, y nada de todo eso afecta el amor que siente hacia su señora. Tal vez sea porque a esas alturas el amor es un hábito de casi toda una vida. No tiene nada de especial. Es un hecho corriente. El amor que siente por Marie llega a ella sin necesidad de pensar. En realidad no *llega* a ella. Es la razón de su existencia, como el cartílago entre los huesos, que la ha mantenido aquí junto a su señora y en el mundo estos últimos cuarenta y cinco años. Pero cuando piensa en ello ahora, ya no está segura de lo que quiere decir con «quererla». Se cuela en su mente, como le sale llamar «bonita» a *Piailon*, aunque tampoco sea una belleza. A ratos se sorprende al descubrir que tampoco le causa inquietud verla tan reducida, tan agonizante. Querer a Marie equivale a tener una gran piedra dentro del pecho. Vive con su peso y no le produce alegría ni tristeza. Ésa es su naturaleza habitual. Sin ningún atributo especial, no es un placer, ni siquiera una verdadera carga, sólo una obstrucción inerte que llena espacio en su interior. ¿Cuándo se convirtió el amor en un hábito? Y, antes de eso, ¿cómo había sido quererla? Antes de que fuera como el sol que sale y se oculta, o el día que comienza y que termina, sin necesidad de pensamiento o comentario, ¿cómo había sido su amor por Marie? Antes de que ella misma fuera una vieja bruja con una piedra dentro, cuando el amor la ponía a prueba en lugar de no pedirle nada más que sentarse inmóvil y esperar, limpiar las heces y la orina sin repugnancia ni compasión, ¿qué podía recordar de él? Un sufrimiento que era como un dolor físico; un anhelo que se convirtió en avidez; humillación; esperanza sin convicción, nada de paz ni de alegría que ella recordara, y siempre, pensó, siempre una ira de acompañamiento que se extendía por debajo de todos los demás sentimientos como una fuente subterránea, una corriente rápida de bilis negra. ¿La había querido? ¿La quería? Más le valía creerlo. Fuera lo que fuese, entonces y ahora optará por llamarlo amor.

Recuerda una vez más la primera noche que acudió a Marie con su amor, o con su necesidad, que rozó como un estremecimiento sus secos huesos. Hubo muchas más, y

todas fueron más o menos iguales, pero recuerda la primera que decidió recordar. Estaba mortalmente asustada. Temía por su vida. Nunca había tenido ninguna certeza, nunca había estado del todo segura, ni siquiera la última vez, aunque no la recuerda muy bien, por reciente que sea. Pero la primera vez se salió de los límites de su vida. Tenía todo que perder. Todo lo que poseía. Ya había perdido todo una vez y en los diez años que llevaba con Marie había recuperado una especie de lugar en el mundo. Por eso sabe que ha querido a su señora. Porque no puso en peligro sólo su amor, sino su sustento, su hogar, su seguridad, su esperanza. Todo. Su señora le proporcionaba un techo, le daba de comer, la protegía, la vestía, hasta trataba de educarla. Todo eso podría haber desaparecido en un instante. Y algo más, más allá de la pérdida, algo en lo que no puede pensar, no puede ponerle un nombre exacto.

A sus veinticinco años seguía siendo bastante joven. Le había sobrevenido poco a poco, a lo largo de los meses, probablemente de los años, como un sudor que apenas notas hasta que te agobia y te sorprendes totalmente empapado. Se originó en sus sueños y en los momentos de duermevela en que apenas era consciente de quién era o qué era. No tardó en filtrarse en la luz fría y gris del atardecer o el amanecer, poco antes de quedarse dormida y justo después de despertarse, de modo que, sorprendida entre un estado y otro, no podía evitar saber en qué pensaba, sentía, hacía, deseaba, aunque no pudiera o no quisiera definirlo. No cree que le sobreviniera fácilmente, sin haber mantenido sin saberlo una lucha consigo misma. No sabía de esas cosas ni había tenido antes esos pensamientos.

Al principio no debía de haber sido más que una joven que desea. Cree recordarlo. Esa sensación de desear algo más allá de ella pero a su alcance, que podía tomar si quería. Y una necesidad de tomar. Desde que había muerto su padre no había habido nadie cerca de ella. Había entrado como criada en el apartamento de Marie de la rue des Haudriettes a los quince años y, lo recuerda, abrumada por la pérdida de la única persona a la que había estado unida. Había querido tanto a su padre, a quien tal vez había temido perder como había perdido a su madre, que no había querido ni se había atrevido a pensar ni a pasar tiempo con nadie más. Marie de Gournay era un espíritu único. Tan atrevida, tan valiente, tan dispuesta a acometer lo imposible. ¿Cómo no iba a enamorarse una muchacha tan joven y temerosa de semejante mujer? No recuerda haber tenido nunca fantasías de amor y matrimonio, aunque su padre a veces sugería que un día no muy lejano tendría que buscarle un marido. Ella no quería ninguno. No quería que nada cambiara. Le gustaba vivir con él, esperar que terminara su jornada laboral y se sentara a comer lo que ella había cocinado, le hablara del libro que estaban leyendo juntos y de las anécdotas que le habían explicado sus clientes y proveedores de otros lugares. O de las nuevas y atrevidas ideas de las que había oído hablar. Hablaba con ella como si fuera su sombra, como si hablara consigo mismo, pero luego recordaba su situación y le recordaba a ella y a sí mismo que tenían que mirar por su futuro.

—No, quiero quedarme contigo.

Eso preocupaba a su padre.

—Pero te estoy enseñando todas estas cosas para que las utilices para emprender una nueva vida. Cuando me vaya...

Y el corazón de ella se volvía de hielo. La nueva vida que debía de emprender y la pérdida de su padre le parecían igual de insoportables. Era exactamente con su padre bondadoso, cansado y profundamente curioso con quien quería estar ella. Ni se le pasó por la cabeza la posibilidad de querer a un hombre que no fuera él. Ella no miraba con interés a los jóvenes de su edad, aunque las otras chicas adoptaban poses y la expresión de quien se mira en un espejo delante de ellos. A ella le parecían bobas. Le hacían avergonzar con su tontería pueril. Ella quería sentarse y hablar con la gente, saber lo que sabían. El amor romántico, el anhelo, no se le ocurrió. De todos modos, no sentía ningún deseo físico por los chicos atractivos y bulliciosos que se pavoneaban por ahí. Ni por las chicas. No recordaba haber experimentado ningún deseo físico en absoluto. El amor hacia su señora llegó a contener deseo, pero el deseo no lo había causado inicialmente nada físico. Tenían razón esos hombres elegantes que se mofaban de ella, Marie no era ninguna belleza. Jamyn de entrada la quiso y sólo después se le ocurrió involucrar, si ésa era la palabra, el cuerpo en el amor. Acabó ardiendo de deseo, aunque éste sólo fluía en una dirección. La respiración escrupulosamente acompasada de su señora lo atestiguaba noche tras noche.

Al final, una noche, diez años después de haber entrado al servicio de su señora, se despertó acurrucada una vez más en la densa negrura que precedía el amanecer, con un brazo alrededor del hombro opuesto y el otro entre los muslos. Tenía las mejillas húmedas pero no lloraba. Fue ese invierno tan crudo, justo hacia la mitad, un invierno gélido y deprimente, y apenas hacía unas semanas habían asesinado al Rey. Notaba el aire helado en las mejillas y la frente, y el aliento se le congelaba en los labios antes de salir. Si hubiera podido verlo habría visto vaho frente a su cara. El resto del cuerpo lo tenía envuelto en mantas de lana, pero no lo suficiente para no registrar la helada temperatura de la habitación. Sabía que había tenido una vez más esos sueños, lo notaba en el vientre y en la sensación de pérdida por haberse despertado demasiado pronto.

Se habían trasladado a esas tristes habitaciones de la buhardilla de la rue de l'Arbre Sec, mucho más pequeñas y humildes pero también mucho más baratas que el caro apartamento que su señora había fingido poder permitirse. Con la muerte del Rey había desaparecido toda esperanza de recibir una pensión real, y se mudaron al nuevo y exiguo apartamento. Marie dormía, como hace ahora si se le puede llamar a eso dormir, en la cama de la buhardilla, frente al escritorio. Jamyn dormía en la habitación de abajo, separada de la antecocina por una cortina.

Se levantó con la intención de utilizar el bacín de debajo de la cama, pero en lugar de ello se encontró subiendo las escaleras a tientas, colocando una mano detrás de la otra por la cuerda que servía de barandilla. Podría haber encendido el trozo de sebo

que guardaba junto a la cama, pero no soportaba el olor y no quería disolver la negrura de la noche. A esas alturas conocía bastante bien el diminuto apartamento, después de haber subido y bajado cientos de veces al día las escaleras cuando la llamaba su señora para pedirle agua caliente para beber, algo de comer, que llevara un mensaje o que bajara a *Piailon* cuando la distraía mientras trabajaba o saltaba sobre las páginas de su libro reclamando atención. Sabía cuáles eran los peldaños que crujían, el ancho y la curvatura de cada uno, y por qué grieta pasaba una corriente de aire helado. Pero en diez años nunca había subido las escaleras de ninguno de los apartamentos donde habían vivido por la noche, después de que se hubiera retirado su señora. En cuanto le subía su leche caliente y se llevaba a *Piailon* abajo, ella nunca volvía a llamarla. Sólo sabía si había dormido bien o había pasado mala noche por los crujidos de las tablas del suelo que había encima de su cama que a veces la despertaban cuando daba vueltas por la habitación. A la mañana siguiente ella nunca hablaba de sus noches, aunque Jamyn sabía por las profundas ojeras y la boca apretada si había descansado mucho o poco. Durante casi todos esos primeros años había dormido bastante bien. Sólo cuando el mundo había empezado a ensañarse con su señora, esas vueltas nocturnas habían impedido dormir a Jamyn, y con el transcurso del tiempo las dos habían perdido el sueño con los pensamientos furiosos y vengativos que tenían a Marie noches enteras yendo de un lado para otro.

Jamyn levantó el picaporte de la habitación de su señora y el chirrido que hizo la puerta al abrirse habría despertado a un muerto. Conocía bien ese ruido, pero en lo más profundo de la noche era singularmente estrepitoso. También alarmante, porque le recordó que nunca había entrado en esa habitación a esas horas. Tuvo un segundo para detenerse y prepararse para huir escaleras abajo, pero su cuerpo empezó a desplazarse a través de la puerta abierta aun mientras consideraba la retirada. Su señora no dio muestras de despertarse. Jamyn cayó en la cuenta de que no sabía si tenía el sueño profundo o no. Suponía que sí. La respiración no cambió durante el momento que se detuvo a escuchar: una brusca inhalación seguida de un débil y prolongado gruñido, la insinuación de un ronquido. Guiada por la costumbre se abrió camino hasta la cama, situada a la derecha de la puerta, frente a la ventana por la que, a diferencia de ahora, no se veía la luna. Tocó el borde de la manta, notó cómo subía y bajaba la áspera tela al tiempo que los ojos se le acostumbraban a la oscuridad, y vio que Marie estaba tumbada de lado, dándole la espalda. Contuvo la respiración mientras levantaba con sumo cuidado una esquina de la manta y se deslizaba por debajo, convirtiéndose en un fantasma de movimientos delicados. Yació de lado sin apenas respirar, mirando la espalda de Marie, justo en el borde de la estrecha cama, con los pies enroscados lejos del cuerpo de su señora porque los tenía helados y temía despertarla si la rozaban. La manta apenas la tapaba, dejando expuestos no sólo los pies sino toda la espalda, y se estiró con cuidado el camisón sobre las rodillas y las pantorrillas para entrar todo lo posible en calor. Después de la intrusión ya cometida trataba de mantener cierta distancia entre sus cuerpos, a pesar de la estrechez de la

cama y de la temperatura de la habitación, aterrada de que un roce despertara a su señora y la encontrara allí. La respiración de ésta había cambiado. Sin que Jamyn se diera cuenta, la brusca inhalación y el ronquido habían desaparecido, y la respiración se había vuelto aún más acompasada. No se había movido y no había indicio de que estuviera despierta, pero en incursiones posteriores Jamyn llegó a creer que el silencioso movimiento del pecho era el de alguien que respiraba *finjiéndose* dormido.

No hubo movimiento ni alteración en el ritmo de la respiración cuando Jamyn por fin se armó de valor para tocarla. No se atrevió más que a posar delicadamente la palma en la parte superior de su muslo y dejarla largo rato allí sobre la gruesa tela del camisón. Media hora después alargó más el brazo y dejó que cayera con suavidad del codo para abajo frente al cuerpo de Marie. De nuevo se detuvo, y al ver que seguía sin haber movimiento o cambio alguno en la respiración, apretó tímida y delicadamente el dorso de la mano, enfundado en la tela del camisón, entre sus muslos y dejó que la mano se relajara de nuevo con la palma hacia arriba. Y así se quedó, casi en la misma postura que se había despertado horas antes en su cama, acariciándose con un brazo un hombro y con el otro atrapado en carne caliente. Sólo que ahora la mano estaba entre los muslos de su señora en lugar de entre los suyos, y el áspero algodón del camisón mantenía las carnes separadas. No durmió. Casi amanecía cuando dio marcha atrás en sus avances, se levantó muy despacio y bajó sin hacer ruido hasta su cama. A la mañana siguiente, cuando llevó el café de la mañana a su señora, ésta no dio muestras de haber pasado una noche agitada y el día transcurrió con toda normalidad.

Una vez que Jamyn estableció que no era por tener el sueño profundo por lo que Marie no se había despertado esa primera vez, pasaba parte de la noche en la cama de su señora dos o tres veces a la semana. Se volvió poco a poco más atrevida, y aunque cada movimiento era tan cauteloso y pausado como el de una criatura bajo el agua, descubrió que a Marie no le molestaba que le subiera el camisón. Dejaba una mano *allí*, en ese centro inimaginable, insólito, privado, caliente, y con la otra se frotaba a sí misma para obtener un delicado placer, un espesamiento de la sangre de los muslos, pero sin llegar a nada inquietante, hasta que, con mucha delicadeza, empezó a masajearla simultáneamente, cada mano en un húmedo y caliente lugar que tranquilizar. Y su señora nunca se despertó ni alteró su respiración.

Pasaron los años. Años con sus días y sus noches. Jamyn también envejeció. Poco a poco se fue convirtiendo en una compañera además de criada, aunque Marie nunca lo habría admitido. Al comprender mejor a su señora, la temió menos. En cuanto averiguó que la necesitaba, que se había convertido en un hábito del mismo modo que su señora se había convertido en un hábito para ella, perdió la actitud reverente y la temerosa sumisión de los primeros tiempos. Tenía arranques de malhumor, hacía todo a su manera y con el tiempo llegó a responderle con un tono tan áspero como el de su señora al dirigirse a ella. Mucho después de esa primera noche quedó claro que nada cambiaría. Se habían convertido en un hábito la una para la otra. Continuaron las

visitas nocturnas nunca mencionadas. No hacía falta tener miedo o cautela, sólo fingir que no pasaba nada. Las visitas cesaron hacía apenas unas semanas, cuando la demoiselle ya no pudo levantarse de la cama o distinguir el día de la noche. Pero durante esos treinta y cinco años, pese a que Jamyn se volvió más torpe y pesada en sus movimientos, y menos cautelosa al tocarla, la respiración de Marie de Gournay continuó siendo absoluta y exasperantemente acompasada.

Nadie podría haber acusado a Marie de Gournay de no hacer todo lo posible por aumentar los efectos de la catástrofe divina en su vida. La muerte del rey Enrique podía decirse que no había sido culpa suya. Bueno, no del todo. Había una mujer, la criada de una señora católica, que afirmaba haber oído hablar de una conspiración para asesinar al Rey, y que abordó a Marie por la calle y le explicó sus sospechas. A saber por qué lo hizo, pero después de que la demoiselle hubiera corrido la voz por toda la ciudad de que era la nueva favorita del Rey, esa mujer, La Coman, tal vez la vio como la persona más idónea para hacer llegar algo a oídos del Rey. Pero se decía que la mujer había dado a luz a un hijo fuera del matrimonio y lo había abandonado, y la demoiselle se enteró. También se sabía que seguía llevando una vida díscola. Con la cabeza bien erguida en el firmamento moral, Marie rechazó a La Coman por tratarse de una mujer disoluta y socialmente inaceptable que no merecía por tanto ser escuchada, y, no queriendo que se la asociara con esa clase de criaturas, no dijo nada a los que podrían haber advertido al Rey. Pero los demás también desoyeron a La Coman, quien más tarde fue detenida o por su comportamiento lujurioso o para enmudecerla por miedo a las consecuencias si contaba lo que sabía. No, Marie de Gournay no había sido culpable de la muerte de Enrique IV.

De lo que tuvo la culpa fue de haber tomado un paso que la convirtió de por vida en el hazmerreír como mínimo de todas las personas cuyo respeto y admiración necesitaba y creía merecer. A las pocas semanas de la muerte de Su Majestad había publicado un panfleto. Constaba de dos partes: en la primera se despedía del Rey en su prosa más florida, declamando al joven asesino mientras alzaba la mano: «Oh, asesino parricida, ¿qué frenesí te impulsa? ¿Qué te dispones a hacer? ¿Golpear al ungido por el Señor? ¿El nieto, hijo, heredero y padre de otros mil ungidos por el Señor? ¿Convertirás al doliente país en un huérfano y una viuda que extiende los brazos pidiendo a gritos compasión?».

Y así continuaba. Su Majestad podría haber apreciado el gesto, aunque no el dramatismo relamido, pero la segunda parte del panfleto no gustó a nadie. El país, recién liberado tras décadas de luchas religiosas, estaba furioso y convencido de que Ravailiac había sido empujado e incluso ayudado en su crimen por los jesuitas, de quienes todos recelaban después de haber estado involucrados años atrás en un intento fallido de asesinar a Enrique. Apenas el año anterior el Rey había revocado el edicto que prohibía la entrada de la orden en Francia. En ese momento de cólera nacional, Marie de Gournay se sumergía de lleno en la congoja nacional con una defensa apasionada de los jesuitas. Basándose en nada más que sus sentimientos y los conocimientos que tenía de los jesuitas (un pariente de su madre había entrado hacía años en la orden), aseguraba a toda Francia que eran inocentes y que la equivocación que estaban cometiendo todos menos ella era resultado de confundir la nacionalidad española del autor del anterior atentado fallido con sus contactos jesuitas. El asesino había sido, por tanto, español, no jesuita. Un argumento bastante jesuítico. Por lo que se refería a ese trágico atentado contra el Rey, estaba completamente segura de que

ellos no habían estado detrás. Tal afirmación debía satisfacer a los recelosos sólo por el hecho de venir de ella. Pero nadie tenía ganas de escuchar a la autoritaria mademoiselle de Gournay sermoneando sobre política y religión, y afirmando que sólo ella sabía que estaban equivocados.

El hecho de que Marie no considerara esa o ninguna otra reacción ante su panfleto llevó a Jamyn a preguntarse si en su fuero interno creía que alguien se tomaba en serio sus escritos en el mundo real, o si por el contrario estaba realmente convencida de que sus argumentos eran irrefutables y que lo que tenía que decir sobre cualquier tema haría entrar en razón a la gente, debido al respeto que merecía como hija de Montaigne. Lo más probable era lo segundo, siendo como era. Jamyn suponía que ambas condiciones eran posibles. Marie era tan ajena a sus propias dudas que era capaz de actuar con absoluta convicción mientras una parte no reconocida de sí misma se tambaleaba por una ciénaga de incertidumbre, sin dar muestras de incomodidad. Tal vez no era la única. Tal vez todos los escritores, sentados a solas en sus torres, dudan en su fuero interno de que los lean, o, si alguien los lee, de que presten atención a lo que dicen, aunque hablen con tono de seguridad. O tal vez, sentados a solas en sus torres, son incapaces de comprender o aceptar que el mundo no esté esperando impaciente sus explicaciones sobre el cómo o el porqué de todo. Jamyn nunca sabría si Marie creía firmemente en sí misma, como parecía, o si había en ella un profundo pozo de dudas, o al menos de secreta confusión; probablemente era su propio pozo de amor no correspondido lo que le hacía esperar que tuviera un lugar semejante en su interior. Le costaba aceptar la confianza absoluta que veía en su señora, pero ¿cómo saber la verdad? En la fe que Marie tenía en sí misma no había ninguna grieta, pero, por lo que ella sabía, vivía aterrorizada por no ser lo que quería ser. El efecto, tanto si era real como imaginario, era el mismo.

Todos esos caballeros mundanos habían estado esperando el momento en que Marie de Gournay fuera inevitablemente demasiado lejos. Se habían mofado de sus salones y la habían oído exagerar acerca de su relación con Montaigne, con la hermosa y original Margot, y recientemente con Su Majestad; y de pronto estaban listos para abalanzarse sobre ella como la jauría de depredadores que ella no había comprendido que eran. Su vida pública había terminado en una burla abierta y no tenía otra vida digna de interés. En su casa no era más que una mujer sola que envejecía, que había construido un mundo y su lugar en él a partir de las historias que se contaba a sí misma, a su gata y a su criada. Se inventaba a sí misma como el oro de los tontos que soñaba con fabricar en su crisol a partir de unos ingredientes básicos, cuando nunca funcionaba ninguna mezcla de componentes y calor, y las más de las veces le estallaba en la cara.

Salió un panfleto titulado *Anti-Gournay* y todo el mundo lo leyó. Se reía con malicia de las pretensiones de erudición y de la interferencia en cuestiones de interés público de una mujer inculta, o peor, medio inculta; una vieja solterona, no, «una virgen de un millar de años», una bruja marchita, una despilfarradora discutidora,

testaruda y chillona, una arribista avariciosa que había dilapidado toda su fortuna en lujos banales y en magia. De un modo algo incoherente, el autor o autores del panfleto también hacían insinuaciones difamatorias sobre la relación de la mujer con Montaigne. Se había arrojado a sus brazos; él había jugado con ella; ella sólo había sido su ramera; y si era su hija adoptiva, como afirmaba ser, su pecado se veía agravado entonces por el incesto. ¿Por qué iba a molestarse el gran Montaigne con ella, una vieja y poco agraciada solterona de nacimiento? Tal vez no era tan grande, después de todo; claro que a cualquier hombre se le podía perdonar la falta de visión. Ahora bien, debido a la ceguera de un anciano, ella se daba unos aires ridículos. Era desdeñable que interfiriera en asuntos de los que no sabía nada, no sólo porque no sabía nada de ellos, tenía un latín menos que impecable y unos modales ridículos, sino porque era una mujer, y soltera además, sin la autoridad de un marido o un convento que la respaldara. Además, era fea, no vestía mejor que una campesina, se pateaba las elegantes calles de París como un palurdo gotoso recién llegado a la ciudad, y graznaba sus opiniones manidas con la voz chillona de una verdulera. Las risitas la seguían a todas partes, por las calles y en los salones, al principio amortiguadas, y a medida que pasaban las semanas, abiertamente, sin disimulo. Ella no dijo nada a Jamyn, por supuesto, y se negó a leer el panfleto que llevaba su nombre. Siguió comportándose como si no hubiera pasado nada, pero su salón se vació de todos salvo de las almas más caritativas. Louis hizo lo posible por que sus amigos siguieran asistiendo. Y siguieron acudiendo lealmente unos pocos individuos que ella había conocido en la corte de Margot, como el abad de Villeloin, Colletet, Claude de l'Estoile, Cotin, Costar y La Mothe le Vayer. La turbación de esas veladas se percibía en las conversaciones forzadas y las miradas que se rehuían.

Era una vez más el comienzo de una nueva vida para Marie, pero esta vez como broma nacional. Empezaron las burlas. Entre las obras satíricas que se representaban había versiones apenas camufladas de la ramera de Montaigne, la Matusalén intacta, la intelectual torpe que tropezaba continuamente con sus zapatos y sus declaraciones. No le pasaban un solo error. La buena sociedad necesitaba un cabeza de turco y se negaba a soltarla. Iba a ser el larguísimo final de las esperanzas de Marie. Como la caja llena de horrores terrenales o la bolsa de la que sale el gato, Marie de Gournay había desatado toda la aversión y el desdén que la sociedad masculina y la pretenciosa intelectualidad autocomplaciente eran capaces de amontonar sobre una mujer soltera de mediana edad sin alcurnia ni educación. Pero ¿quién si no ella, ya desde niña, había demostrado una avidez por saber, un amor por el lenguaje, un reconocimiento de la voz más original de la literatura y la ambición más grande que se puede tener?, se preguntaba la fiel Jamyn con un renovado sentido de la injusticia perversa que regía el mundo.

Todo había sido muy sencillo para Montaigne mientras que ella se había visto obligada a trabajar duro. Había tenido que forzar las cosas. Él, en cambio, había permitido que ocurrieran o no había puesto objeciones. Si él suspiraba por lo mismo y

luchaba con la misma resolución, era más disimulado. La evidente facilidad de él, la tenacidad de ella, ésa era la diferencia entre ambos. A pesar de su edad avanzada, él se había echado la capa sobre un hombro como si fuera una bufanda, se había puesto el sombrero ladeado y dejado una media arrugada con estudiado descuido como un joven desdeñoso. Sin embargo había sonreído todo el tiempo, reconociendo la absurdidad. Ella, por otra parte, no tenía ni idea de que todos los demás se reían y alzaban la vista al cielo cuando se cruzaban con ella por la calle con el cerebro bullendo de injusticias y complots para solucionar toda clase de asuntos importantes, y agitaban la mano delante de la cara para dispersar la risa al ver sus zapatos ridículos. Hasta su leal amigo Costar, impulsado a escribir unas líneas sobre ella después de visitar su lecho de muerte, dijo que, pese a todas sus cualidades admirables, no podía defender sus zapatos.

La facilidad de él y la ineptitud de ella iban más allá. Fuera cual fuese el sufrimiento de Montaigne (y por supuesto que sufría, todo el mundo lo hace), se veía amortiguado por la injusticia de la buena fortuna. No eran las diferencias en su riqueza, o no exclusivamente. Tampoco la educación. Ni siquiera que él era hombre y ella mujer, aunque esa diferencia era implacable. Era que él poseía (le había sido dado gratuitamente) inteligencia, talento, originalidad, todo lo que se necesitaba para hacer lo que quisiera de sí mismo sin esfuerzo aparente. Ella estaba demasiado expuesta, sin apenas protección, sólo la piel casi transparente de su deseo que se desgastaba bajo la cruda intemperie de su carencia de lo necesario para ser lo que sabía que era su verdadero yo. La demoiselle de Gournay se desangraba por lo que a él le llegaba tan fácilmente y a ella se le resistía. A él no se le podía reprochar su buena fortuna. Aun así Jamyn no podía evitar pensar en lo injusto, lo tristemente injusto que era.

Jamyn nunca había creído desear lo imposible; su anhelo de ser amada por Marie, de ser correspondida, le parecía mucho menos imposible que el deseo de Marie de ser la sucesora de Montaigne, una mujer que escribía y era respetada. Pero se equivocaba. Todo aquello que deseas y no puedes obtener, ésa es la imposibilidad de la vida.

Marie se quedó muy sorprendida. En primer lugar de que no estuvieran de acuerdo con ella cuando ella estaba totalmente segura de tener razón. Y en segundo lugar, de que los que habían aceptado su hospitalidad, que sin duda eran intelectualmente inferiores a ella, disfrutaran insultándola en público. ¿No era mejor ella que todos ellos juntos? ¿Cómo era posible que nadie lo reconociera? ¿Acaso Su Majestad no había valorado tanto su compañía y su inteligencia que la había invitado a volver cuando quisiera para discutir con ella cuestiones importantes? ¿Habría sido muy diferente su vida de haber seguido viviendo él? ¿No la había convertido también en su hija intelectual? ¿Qué más muestras de respeto había? A Marie le parecía increíble que la trataran tan mal precisamente los que no deberían sentir más que

deferencia hacia ella. Eso no estaba bien, no era como se suponía que debía ser, y estaba atónita con la malicia de sus voces y sus caras. No porque ella careciera de malicia, sino porque le constaba que tenía todas las cualidades espirituales y mentales que la ponían por encima del desdén de los demás. Esta burla *no tenía razón de ser*.

Se acogió a la ley para silenciar a los panfletistas, demandándolos por difamación y por la posible pérdida de una futura pensión de Su Majestad si se creían sus acusaciones viles. En los tribunales se refirió a sus adversarios con insultos peores de los que ellos habían esgrimido y exigió la justicia que se le debía automáticamente como hija de Montaigne y estimada amiga del difunto Rey. Las risas alcanzaron proporciones épicas, el caso fue desestimado y las costas redujeron su capital a una peligrosa miseria.

Con tan pocos ingresos, después de haber gastado tanto en intentar mantener una casa elegante, y ahora con las costas del juicio, le aterró perder la pequeña pensión de la reina Margot. Hizo números una y otra vez con nerviosa agitación, pero las sumas nunca cuadraban. Jamyn vio claro que no tenían otra salida que dejar el caro apartamento de la rue des Haudriettes y buscar algo mucho más modesto. Hasta Marie vio que ya no podían permitirse el coche con caballo ni los lacayos para conducirlo y cuidarlo. Se deshicieron de ellos, y la habitación secreta se mantuvo cerrada con llave y no llegaron más suministros para alimentar el horno o borbotear en el crisol. Aun así las tres seguían adelgazándose a base de sopas aguadas, trozos minúsculos de carne y gachas exiguas. La comida que Jamyn ponía en el plato de Marie y en el suyo casi no se distinguía de lo que echaba al bol de *Mathilde*. Ese invierno terrible se congeló el Sena; Jamyn no recuerda haber pasado más frío antes o desde entonces. Envueltas en capas de ropa y mantas, tiritaban por separado, la criada en la antecocina, paseándose para entrar en calor, Marie sentada ante su escritorio, con la gata en el regazo recibiendo y dando calor, los dedos helados y enfundados en mitones curvados alrededor del tintero, sin dar más muestras de derretirse que un bloque de hielo. A veces sacrificaban la comida por el calor; Jamyn compraba un poco de leña y compartían el deprimente bienestar que proporcionaban las tristes llamas que lamían las astillas arrojadas a la estufa. Se sentaban una al lado de la otra mirando el fuego, apenas sintiendo algo a través de las capas de ropa que las envolvían, pero era tan raro que Jamyn se sentara de ese modo con su señora que habría deseado que el invierno durara eternamente para disfrutar más de su hosca y silenciosa compañía.

Marie reflexionaba, perpleja ante el terrible giro que había tomado su vida, sin apenas notar el calor de las llamas moribundas, mientras Jamyn no pensaba en nada más que la proximidad de otra alma y el silencio de su señora le permitía imaginar lo que debía de ser el contento. Al final tuvo que anunciar que no quedaba dinero después de hacer frente al alquiler. No podían permitirse comprar ni la comida más modesta. De nuevo se veían obligadas a echar mano del menguado capital, pero no duraría mucho si no hacían nada por disminuir el nivel de sus gastos. Marie gritó

como una criatura demente a su criada. ¿Qué podía hacer *ella*? ¿De quién era la culpa? De Jamyn, sin duda, por ser tan despilfarradora, y de todos los que arrojaban calumnias sobre ella e impedían que la Reina la recompensara por su trabajo público con una pensión decente. Cuando cesaron los gritos, Jamyn explicó con el tono hosco que de vez en cuando empezaba a adoptar, que, fueran cuales fuesen las razones, el hecho era que no podían permitirse seguir viviendo en ese apartamento. Marie empezó a gritar de nuevo y arrojó a la cabeza de la insolente criada la cafetera que ésta acababa de llevarle. Falló. Otro despilfarro; aunque había más agua que café, para calentarla habían agotado aún más sus recursos. Jamyn salió de la habitación murmurando advertencias y se sentó a esperar en la antecocina, tiritando.

Esa escena se repitió a diario durante varias semanas hasta que una mañana Marie informó a Jamyn que iba a buscar un lugar más pequeño para las tres.

—Estoy harta de la sociedad —dijo con altivez—. Ya no recibiré más a esos malditos necios que tienen la temeridad de llamarse a sí mismos intelectuales. Necesito una residencia más reducida donde sólo pueda recibir a gente escogida en reuniones pequeñas y selectas, y donde la buena conversación y las honduras del alma cuenten más que los estúpidos manjares. Voy a buscar un lugar más pequeño, lejos de la ruta de los dandis insensatos. He decidido poner a prueba la verdadera amistad de mis conocidos viviendo en una dirección poco elegante y llevando una vida humilde, para ver quién es metal base y quién oro. Voy a exiliarme voluntariamente de la buena sociedad para descubrir quién tiene el gusto y el criterio de atreverse a seguirme.

Al final el hambre y el frío se habían dejado sentir hasta en las pretensiones de Marie de Gournay.

Se trasladaron a la rue de l'Arbre Sec, a un par de habitaciones en lo alto de una casa oscura y decrepita. Era una vivienda adecuada para los venidos a menos, por no decir los indigentes, de la ciudad. Un edificio lúgubre para los que no tenían medios para vivir en un lugar mejor, en una calle por la que nunca habrían pasado los jóvenes de la alta sociedad. Se llevaron los escasos muebles de poca calidad que cabían en las nuevas habitaciones. Apeataba cuando se instalaron, a viejo, a abandonado y a algo peor, y Jamyn frotó y restregó durante semanas el suelo de madera hasta que sacó el grueso de la porquería de las grietas, y dejaron de notar el acre olor de la orina y la pobreza, haciéndolo suyo. Jamyn lo hizo tan acogedor como pudo para su señora. En la habitación de la buhardilla puso su cama con el colchón de lana, su vieja mesa de escritorio y una silla de madera. Apenas había espacio para una pequeña butaca tapizada que conservaron para que dispusiera de un lugar un poco más cómodo donde sentarse y lamentar en lo que se había convertido su vida. Cubrió la cama con una colcha bordada que había comprado con sus ahorros cuando era joven; su ajuar, como pensaba entonces en ello. Los libros de Marie estaban amontonados por todas partes, contra las paredes, al lado de la mesa y de la cama, y serpenteando por el suelo, de

forma que para dar unos pocos pasos de la cama a la mesa había que rodearlos de lado o pasar por encima de ellos. La minúscula habitación del piso de abajo servía de antecocina, con un simple jergón en el suelo para Jamyn y, en la entrada, sus escasas posesiones (las que no se utilizaban en el piso de arriba) dentro de un pequeño baúl. Entre la habitación de Jamyn y la de Marie estaba la estrecha y empinada escalera con la mugrienta cuerda deshilachada a trozos que se extendía a lo largo de la pared a modo de barandilla. Allí se acomodaron para vivir el resto de sus vidas en el oprobio, en la deshonra, pero, según la trágica y asombrosa señora de Jamyn, en un noble retiro lejos del vergonzoso mundo.

En el nuevo apartamento no descansaban bien. Las noches de Jamyn eran interrumpidas por el ruido de los pesados zapatos de su señora dando vueltas por encima de su cabeza, yendo de un lado para otro pero no pausadamente, a un ritmo pensativo, meditabundo, sino con nerviosa precipitación, hacia algún destino al que al parecer llegaba tarde. Y mientras se paseaba por la habitación mantenía un monólogo, su estridente e indignada voz sólo ligeramente amortiguada por el suelo de madera, respondiendo a sus perseguidores y amenazándolos con toda la fuerza de la ley, su pluma, Dios, el disgusto fantasmal de Montaigne y de Su Majestad. Marie, que siempre había dormido profundamente, el sueño de los justos, estuvo esos primeros meses despierta y activa hasta altas horas. Durante el día vociferaba órdenes a Jamyn llamándola estúpida, ignorante, holgazana, idiota inútil, huérfana bastarda, parásito, y la mayoría de las veces Jamyn se mordía la lengua esperando, esperando a recibir... algo... por fin de su señora mientras le preparaba la comida, le arreglaba la habitación, sacaba las heces, y daba de comer y consolaba a la gata que sufría tanto como ella pero que era más hábil esquivando el libro o el tintero que en un arrebatado de cólera Marie arrojaba a una u otra. Jamyn comprendía su desesperación. La compartía. La desesperación de Marie era la suya. Pero también tenía motivos propios para la desesperación.

Fue durante ese comienzo en los deprimentes aposentos de su nueva vida públicamente pobre cuando Jamyn se despertó y, al descubrir que las tablas del suelo por fin se habían vuelto silenciosas y convencerse de que Marie por fin estaba dormida, había subido asustada por primera vez las escaleras en mitad de la noche hasta la buhardilla. Allí, siempre atenta a la respiración misteriosamente acompañada de su señora, había recibido todo el consuelo que había podido conseguir a costa de perder la última esperanza que le quedaba.

Sabía muy bien que su señora estaba tan despierta como ella y se enteraba de sus caricias. Ella tampoco quería que su señora reconociera lo que estaba ocurriendo. Bueno, eso no era del todo cierto. Deseaba con toda su alma que Marie se volviera hacia ella y le rodeara el cuerpo con un brazo, que le hiciera saber que sentía algo, que le dejara susurrar que la quería y se lo dijera a su vez mientras la acariciaba, en lugar de apenas respirar con el corazón y el cuerpo suspirando por la intimidad y la ausencia de la misma. Pero contenía la respiración y seguía la farsa de que su señora

no se despertaba y no sabía que estaba allí, no sentía los dedos que acariciaban los muslos de papel y penetraban el sexo virginal al mismo tiempo que se acariciaba el suyo para darse todo el consuelo posible.

A medida que se desvanecían las esperanzas y las visitas nocturnas no reconocidas de Jamyn se volvían un hábito, ambas se sumieron en un malhumor común. El tiempo convirtió los sueños de Marie en una ilusión y mató del todo los de Jamyn. Montaigne había transformado su desesperación en un espíritu juguetón. A veces Jamyn pensaba que podría haber conocido ese espíritu juguetón cuando era joven, pero con los años había llegado a igualar a su señora en temperamento. Se preguntó si la severidad mutua de su trato no se había convertido en una forma de jugar particular de las dos, pero la opresión que sentía en el pecho le hizo rechazar la idea.

Poco a poco, con los años, Jamyn renunció a su silencio durante las diatribas de Marie y replicaba a gritos, murmuraba quejas o llamaba a su señora vieja ilusa, demente o cosas peores, aunque el privilegio de arrojar objetos siguió siendo exclusivo de su señora. Sabía cuál era su sitio, pero al final dejó de haber respeto en ella. Ya no se mordía la lengua con la esperanza de oír lo que necesitaba en el silencio que creaba. Se quejaba continuamente mientras hacía sus tareas, tomándose tiempo para oír su propia voz. Gruñía maldiciones malhumoradas cuando abría la puerta a las visitas. Se permitía mostrarse tan irascible como su señora. Los achaques, el dolor de cuello y de espalda, se convirtieron en un reflejo de los murmullos furiosos de Marie ante la persecución de las lenguas maliciosas a la que se veía sometida. Jamyn acusaba a su señora de no valorarla, le reclamaba cada *sou* de su paga que casi nunca cobraba, la amenazaba continuamente con abandonarla. Y cuando Marie se mofaba de sus amenazas, e insistía en que se le había pagado todo lo que se le debía y mucho más de lo que merecía, y que si no le gustaba recogiera sus bártulos y se fuera (¿Adónde crees que irás? ¿Quién te acogerá? ¿Quién iba a aguantarte como te aguanto yo? Vamos, adiós y hasta nunca), entonces Jamyn siseaba como una serpiente, y le hacía esperar mucho rato la tisana que le había pedido. Sabía que Marie no podía pasar sin ella, del mismo modo que ella no podía dejar a su señora. Habían llegado a un entendimiento. Se había perdido algo para siempre, pero había vencido el hábito. Se convirtieron en una pareja de viejas solteras, tal como el mundo las veía, aunque el mundo sólo podía hacer conjeturas sobre sus actividades nocturnas. La demoiselle de Gournay y su fiel criada soltera, Nicole Jamyn. Las dos viejas vírgenes malhumoradas y su gata habían alcanzado, después de cuarenta años juntas, la domesticidad de quienes se sienten mutuamente decepcionados.

En las silenciosas horas de espera de la noche anterior, Jamyn se había quedado dormida en su taburete al lado de su señora inconsciente. La despertó un ruido y vio la cama bañada por la fría luz plateada de la luna casi llena que entraba por la ventana. Había estado observando sus lentos progresos en el borde de la ventana poco antes de quedarse dormida, de modo que no había cerrado los postigos. *Piaillon* la miraba en la penumbra desde su rincón en la colcha iluminado por el claro de luna. Siendo gata, debía de haber visto a Jamyn con tanta claridad como la veía ella. Tenía la cabeza levantada fuera de la colcha. Al verla abrir los ojos, hizo un pequeño ruido. Seguramente el mismo que la había despertado. Un suspiro, una exhalación bastante larga con una nota suave, casi un resuello pero un sonido deliberado en realidad, un maullido que se deslizaba sobre el suspiro. No había en él rastro de dolor. Era su grito de saludo, pero forzado, como ocurría a menudo aquellos días, a causa de su pesada respiración. A veces formaban un dúo, Marie y *Piaillon*, la gata dormida a los pies de su señora inconsciente, respirando en un contrapunto. Jamyn nunca había oído su propia respiración mientras dormía. Tal vez formaban un trío que no había oído nunca un ser vivo, pensó.

Se inclinó para coger a la gata y se la sentó en el regazo. Supuso que quería que la sacara, pero su dolorida espalda y sus viejas rodillas necesitaron un momento para levantarse del taburete y emprender el largo descenso por las oscuras y frías escaleras. Perdonaba a la gata sus inoportunas necesidades como perdonaba a su señora la inoportuna inconsciencia. Hacía lo que podía por ellas. Se quedó sentada un momento con *Piaillon* en su amplio regazo y se inclinó sobre ella, en parte para ejercitar la espalda pero también para rodear su cuerpo acurrucado y hacerle sentir lo bastante arropada para esperar unos minutos mientras se desentumecía. *Piaillon* levantó la cabeza y apoyó la barbilla en el antebrazo que la rodeaba, y con los dedos de su mano libre Jamyn acarició la parte superior de su vieja cabeza huesuda. La gata volvió a suspirar pesadamente pero esta vez sin el maullido de acompañamiento. Jamyn agradeció el calor en la noche gélida y la acarició un poco más, sintiendo cómo aumentaba el peso de su cabeza en el antebrazo. Daba pena despertarla, y ella misma sintió fuertes deseos de quedarse dormida de nuevo, pero era mejor llevarla abajo.

—Vamos, pequeña —susurró, para no molestar a su señora, aunque sabía que ningún sonido la despertaría.

Pero también para no molestar a *Piaillon*, por absurdo que fuera, puesto que la estaba haciendo levantar para sacarla a la calle. O tal vez en un intento de no molestarse a sí misma o la sensación de bienestar que ella y la gata habían alcanzado.

Pero mientras movía sus rígidos muslos y empezaba a levantarse, en el relajado cuerpo de *Piaillon* que tenía en el regazo no notó una tensión equivalente. No hubo reacción al ser molestada ni adaptación de los músculos preparándose para aterrizar de pie en lugar de caer al suelo cuando la inclinación del regazo se hizo excesiva. Jamyn se había levantado apenas unos centímetros del taburete cuando notó que la

gata empezaba a resbalar. Volvió a sentarse. *Piaillon* siguió inmóvil, un peso inerte sobre sus muslos, con la cabeza todavía bailando en su antebrazo, pero esta vez Jamyn supo que era un peso muerto.

—¿*Piaillon*? —susurró. Y luego—: *Piaillon. Piaillon. Piaillon.*

Pero ya no era una pregunta.

Se resistía a apartar el brazo. No quería experimentar la falta absoluta de respuesta ni sentir en el regazo todo el peso de la cabeza al caer. Se quedó ahí sentada sin dejar de acariciar a la gata, jugando con el pelo suave y todavía caliente de su nuca. Pero se había ido. Ya no estaba allí. Probablemente no estaba desde que la había levantado de la cama. Al cabo de un rato Jamyn tuvo la sensación de mover los dedos de forma mecánica, acariciando una textura agradable en lugar de dando y recibiendo consuelo. Se detuvo. *Piaillon* había sido la primera de las tres en irse. Jamyn no había contado con ello. Iba a quedarse sola antes de lo que había imaginado.

A primera hora de la mañana monsieur Costar pasó a ver a la demoiselle. Llamó a la puerta y despertó a Jamyn, pero seguía teniendo la gata en el regazo y descubrió que no podía levantarse para llegar a ella. Él gritó antes de entrar. La puerta siempre estaba cerrada con el picaporte. Sólo por educación las visitas llamaban y esperaban a que la criada bajara a abrirlos y los condujera a ver a la moribunda demoiselle de Gournay.

Él fue la amabilidad personificada.

—Jamyn, ¿llevas toda la noche ahí sentada? —preguntó con suavidad.

Ella no respondió. No quería decir la verdad.

Monsieur Costar cogió la gata de su regazo y esperó, a pesar de lo obvio, a sentir una reacción en la criatura que tenía en los brazos, y tuvo que adaptarse al peso muerto y rígido.

—Pobre *Piaillon* —dijo mirando a la señora de Jamyn, que todavía respiraba pesadamente pero ajena a todo en su lecho.

—No ha habido cambios, señor. ¿Sabía que mañana cumple ochenta años?

—¿Quiere que me ocupe... de ello?

Bajó la vista hacia el animal muerto que sostenía en las manos.

—Es demasiado pedir.

Era un caballero elegantemente vestido. Sus guantes de cabritilla ya estaban cubiertos de pelo de gato.

—No es ninguna molestia. Haré que se lo lleven y lo... No te preocupes. Ahora debes acostarte y dormir un poco.

Ella dijo que prefería quedarse junto a la cama de su señora. No creía que durara mucho más. Monsieur Costar le hizo prometer que mandaría al chico del piso de abajo a avisarle si había algún cambio en el estado de la mademoiselle de Gournay. A mediodía llegó su criado con una cazuela y una barra de pan. Jamyn calentó la comida y se sirvió un plato en la antecocina. Lo agradeció mucho.

Después del desastroso panfleto sobre los jesuitas, todo fue trabajar y seguir adelante. Marie hacía lo posible por no oír las carcajadas que la seguían en el mundo que había elegido, y a veces lo lograba. Nunca cesaban, en parte porque ella negaba su existencia, a menudo aparatosamente, lo que la hacía aún más cómica a los ojos de los resueltos a burlarse. Se dedicó a su vocación en la atestada buhardilla, concentrándose en la página que tenía ante sí, sin ver nada más que la siguiente edición de los *Ensayos*, un nuevo panfleto para aclarar una cuestión política, moral o literaria, o un poema dedicado a alguien con influencia y dinero. No había renunciado a conseguir una pensión real, esforzándose siempre por mejorar su reputación literaria, demasiado ocupada para levantar la vista y observar la expresión de los ojos del mundo. De vez en cuando era inevitable, pero era de esas personas que cuando tropezaban por la calle, se levantaban inmediatamente y seguían andando con la cabeza bien alta, mirando fijamente al frente, como si pudiera borrar la humillación de lo ocurrido al ignorarlo. Y, en efecto, al cabo de un par de pasos era como si nunca hubiera sucedido. Jamyn era la otra clase de persona. Ella observaba cómo pasaban los años y sabía que era demasiado tarde para que cambiara algo; en su vida, en la de Marie.

Salvo que las dos envejecían. Jamyn empezó comprender lo pronto que una vida se reducía a lo que cada vez era más difícil evitar. Había habido tiempo de sobra en sus vidas para mirar atrás y ver cuánto les había parecido una espera a las dos, pero todo el tiempo era vida que se vivía y se convertía en lo que iba a ser.

Jamyn nunca había tenido las grandes aspiraciones de su señora. La vida nunca le había parecido una oportunidad para hacer algo. Sus lecturas juveniles habían sido para dar placer a su padre y a sí misma. Las lecturas secretas que había hecho estando al servicio de Marie habían obedecido a un intento de comprender a su señora y lo que anhelaba, y por qué nunca podría alcanzarlo, por mucho que pareciera atormentadoramente posible. Ella era criada porque así lo había querido el destino a la muerte de su padre, y siguió siéndolo porque nunca se le ocurrió que podía hacer cualquier otra cosa. La vida se convirtió en una espera hasta que ésta de pronto cesó; pasó a ser las pequeñas o grandes crueldades que las dos mujeres se infligían mutuamente a causa del dolor y la decepción intratables que había en sus vidas.

Contemplando ahora la buhardilla donde Marie da sus últimos aleteos de vida, Jamyn sabe que fue ella quien infligió la mayor crueldad. Su señora nunca se enteró. Eso formaba parte de la crueldad. Cuando el escarnio del mundo alcanzó cotas tan estrepitosas que llegó inevitablemente a oídos de Marie, no recibió nada de la única persona en el mundo que la quería.

Hacia 1612 habían muerto muchas personas en su vida. Su padre, Montaigne, su madre, recientemente madame de Montaigne y su hija, Justo Lipsio, tío Louis, sus dos hermanas Madeleine y Marthe, y su hermano pequeño, Augustine. Todos se habían ido al otro mundo. Su hermano mayor servía como soldado en el extranjero y la única hermana que le quedaba, Léonore, llevaba su otra vida en el convento. Si

bien no era amor lo que había unido a su familia, que apenas se había reunido, Marie estaba aún más sola en el mundo; no tenía a nadie aparte de los pocos que, por amabilidad o a falta de un lugar en el mundo, seguían visitando lo que había llegado a conocerse en todo París como el Hotel de la Indigencia.

En todo ese tiempo Jamyn no había hablado. Podría haberle dicho la verdad o haberle mentado. «Mademoiselle, es usted una escritora extraordinaria, su estilo, sus aptitudes como editora, su *gravitas* no tienen parangón». Pero la demoiselle se habría mofado de ella con saña y la habría condenado a vivir durante semanas en un silencio malhumorado y punitivo. «¿Quién eres tú para hablar?», podía oírle decir con una voz tan chirriante como una llave oxidada en su cerradura.

Con toda razón. ¿Qué valor tenía el elogio de una criada analfabeta? Jamyn era su criada, ¿qué otra cosa era esas noches en que la respiración de su señora era demasiado regular y tranquila para estar dormida? Y, por muy sola que se sintiera, nunca quiso que su criada fuera nada más a la luz del día. El lugar de la demoiselle en el mundo era, en su opinión, forzosamente solitario. Se había llenado a sí misma de su querido Montaigne para acto seguido vaciarse. Ya no había sitio para un marido, un amante, un amigo; sólo para la palabra escrita y el mentor muerto.

Por ese motivo, se decía Jamyn, cualquier esfuerzo por su parte habría sido rechazado, y probablemente con razón. Pero igual de cierto era que se le hacía un grueso nudo negro en la garganta cada vez que se disponía a confesar a su señora que sabía leer, y que conocía su obra y la de su mentor. Que, sin que ella se enterara, había leído todos los libros de su pequeña biblioteca, aparte de los escritos en latín y griego, por supuesto, y todas las cartas que ella escribía o recibía, y dejaba encima de su escritorio. Esa amarga bilis que le obstruía la garganta ante la perspectiva, por improbable que fuera, de dar una satisfacción a su señora. Marie no era la única que castigaba. Cuando Jamyn piensa ahora en las noches en que yació junto a su señora, con la frente apretada contra su nuca, una mano ahuecada en su sexo, obteniendo sólo un triste consuelo para y de sí misma, y nada en todos esos años del cuerpo sin reaccionar que tenía en los brazos, sigue inundándole esa misma cólera negra.

El rechazo inicial fue de Jamyn, el rechazo, desde el principio, de su señora. A los quince años, pese a estar sola y deseando tener un mentor, un amigo, una persona que reconociera su vida interior, como había intentado Marie torpemente, se había negado a mostrar interés siquiera en aprender a leer, o en los libros que su señora le sugería que mirara, o en decirle que su padre y ella habían leído y hablado de muchos libros juntos. A su manera silenciosa y hosca, Jamyn se mostró firme. «No leeré los libros que me ofreces. No me pondré a tu disposición para que me enseñes. No me convertiré en tu protegida, por mucho que mi amor por ti crezca y me duela». Desde el principio siempre había habido en Nicole Jamyn un rincón lúgubre donde habitaba ese odio (por llamarlo de una manera suave) hacia su señora, el espacio donde se escondía el nudo negro, más o menos grande pero siempre presente, que conservó

dentro del caparazón irrompible de su fingida estupidez irredimible. Era en ese lugar donde Jamyn no era la criada de Marie de Gournay, una huérfana a la que se podía llenar como una vasija comprada en el mercado, un títere de esa extraña y maravillosa chica que había pasado su solitaria niñez en la biblioteca de su padre aprendiendo a leer. Era Nicole Jamyn, cuyo propio padre le había enseñado a leer y a pensar, y a hacerse preguntas, pero que sólo podía sobrevivir si lo mantenía en secreto. Su secreto era todo lo que tenía cuando llegó indigente a la puerta de Marie de Gournay. Y, aunque sabe que haberlo revelado y ofrecido como regalo no les habría hecho felices, les habría proporcionado una clase de infelicidad mejor.

Muertos los herederos de Montaigne, los *Ensayos* quedaron enteramente en manos de Marie de Gournay, por derecho y mérito propios. Trabajó aún más en ellos, publicando nuevas ediciones cada cierto tiempo a fin de mantener vivo a Montaigne, según explicaba en su Prefacio mucho más abreviado. Pero hizo cada edición un poco más suya. Se dedicó, con ayuda de personas como messieurs Machard y Bignon, a confeccionar índices e identificar todas las citas en italiano, latín y griego de los *Ensayos*. Montaigne incorporaba citas en todas partes y, tal vez de forma deliberada, no especificaba la fuente, o ni siquiera diferenciaba la cita de sus propias palabras. Le servían para justificar sus argumentos, pero también para sumergirse en sus propios pensamientos. Marie localizó cada una y en su edición de 1611 añadió un índice de las materias y los autores que Montaigne citaba. Le llevó otros seis años acabar de traducir las notas, pero en la edición de 1617 las había presentado todas en francés. Se convirtió en la guardiana de Montaigne, su albacea, una vez muertos sus herederos, lo que era una suerte, porque su hija había heredado la maravillosa biblioteca y la había vendido a un monasterio dentro del cual había desaparecido. Era sobre la pérdida de esos libros, de ese estudio, del lugar de tantos sueños de juventud, sobre lo que murmuraba con amargura a todas las horas del día y de la noche. Ya que no podía poseer nada material de Montaigne, tenía derecho al menos a disponer de su alma, a ser responsable de sus palabras y su fama. Al final no se trataba tanto de mantener con vida su memoria como de afirmar su derecho a ser tratada con respeto. Montaigne, cuya aprobación había deseado tanto, había muerto hacía mucho. Sólo ella podía decir ahora lo que había ocurrido entre ellos, además de nombrarla *fille d'alliance*, lo que él había pensado o dejado de pensar de su obra, las cartas que le había escrito. Ella se había hecho con el control. Así debía ser. La joven se hace mayor, el padre desaparece. Así son las cosas. Y en la edición de los *Ensayos* de 1617, no sólo tradujo las citas al francés sino que también incluyó el Prefacio original completo que tanto malestar había causado a madame de Montaigne y había hecho que Lipsio cambiara de opinión sobre ella. Los dos habían muerto. Los *Ensayos* eran suyos. El Prefacio en el que afirmaba ser el reavivamiento de las cenizas de su padre adoptivo, la única que realmente lo conocía, su otro yo, volvió a publicarse tal como se había publicado en la primera edición póstuma. No tenía que complacer a nadie más que a sí misma, los *Ensayos* eran suyos.

Quedaba por resolver la cuestión de complacer a un mecenas rico para seguir viviendo y trabajando. Parecía cada vez más imposible. Pensando en ella, Guez de Balzac escribió, para deleite de los jóvenes de buena sociedad: «Siempre me he opuesto a la erudición en el otro sexo. Prefiero mucho más una mujer barbuda a una culta. Si fuera policía, ahuyentaría a todas las mujeres que quieren escribir libros». Aunque había varias mujeres con salones literarios (Balzac y Marie frecuentaban los de madame de Rambouillet y madame Des Loges), nadie dudó de a quién se refería. Marie respondió con su desdén habitual. «El blanco de los charlatanes de hoy es todo aquel que ama el saber, y no es clérigo ni abogado. Después de la pobreza, no hay

nada más estúpido hoy día que ser ilustrado o culto».

Pero en 1617, tras la publicación de los *Ensayos* con su Prefacio original, tuvo noticias que superaban sus sueños más descabellados. Llegó una carta de un canónigo inglés llamado Hinhentum que era representante del rey Jaime I de Inglaterra. Escribía que Su Majestad Real, al oír hablar de la fama de la demoiselle de Gournay, había pedido que le llevaran sus obras completas. Tan impresionado había quedado con lo que había leído que mandaba a su enviado para pedir un retrato de mademoiselle de Gournay y suplicarle que, como principal escritora y pensadora de Francia, escribiera una autobiografía para incluirla en una colección que pensaba publicar sobre los hombres y las mujeres más destacados del siglo.

Marie tardó en escribir su *Vida de la demoiselle de Gournay* seis meses, durante los cuales posó para un retrato que encargó para Su Majestad. Después de tantos años buscando un mecenas, había acudido uno a ella. Y nada menos que el Rey de Inglaterra. Trabajó en su autobiografía, perfilándola y mejorándola, explicando a Su Majestad su infancia transcurrida en una biblioteca, su negativa a contraer matrimonio y su entrega desde una edad muy temprana a una vida de erudición y escritura, su descubrimiento de los *Ensayos* y su posterior colaboración y profunda amistad con su autor, y sus propios logros literarios después de su muerte. La envió y esperó a tener noticias del rey Jaime, convencida de que le concedería una pensión, y que una vez que se supiera que contaba con el apoyo de alguien como él, ¿quién no iba querer ayudarla también?

Todo era una broma. Tres jóvenes cortesanos, Moret, De Bueil e Yvrande, habían inventado todo el asunto. Esperaron con paciencia esos seis meses a recibir el retrato y la autobiografía, y revelaron al mundo su gran broma. Esa loca, ciega a su evidente falta de talento e ingenio, había creído realmente que el Rey de Inglaterra había leído su obra, que había oído hablar siquiera de ella, y no se había sorprendido en absoluto al enterarse de que se le consideraba entre las mentes más grandes del siglo. El manuscrito de la vida de Marie no tardó en circular por todo París, pero no sin que los bromistas hicieran antes sus correcciones, describiendo en la prosa sobrecargada de Marie sus hazañas sexuales con Montaigne, así como un relato absurdamente rimbombante de cuánto dinero había gastado en sus búsquedas alquímicas de oro, e insinuaciones lascivas sobre su vida privada con su supuesta criada, Nicole Jamyn.

Cuando Marie comprendió lo ocurrido, más tarde incluso que Jamyn, que no dijo nada, y se enteró de la crueldad que habían hecho por diversión con su manuscrito, que en lugar de dirigirse a Londres recorría los salones de París, exigió que se lo devolvieran, y amenazó a los bromistas con demandarlos, así como con la eterna deshonor en la sociedad erudita. Pero no tenía dinero para acudir a los tribunales y la sociedad erudita se peleaba por ver el manuscrito pintarrajeado. Nunca lo recuperó, y las risas que nunca habían cesado pero se habían calmado desde su defensa de los jesuitas, volvieron a alzarse en ensordecedoras carcajadas de deleite perverso.

Tal vez, ya en la cincuentena, supo que era demasiado tarde. Tal vez agradecía la

fama, fuera cual fuese la forma que tomara, y se decía que esa exposición a la burla pública era un signo de su posición y de la envidia que suscitaba. El mundo estaba lleno de necios; que se rieran todo lo que quisieran, pero que se enteraran de que ella era una figura veterana en el mundo literario. Y tenía razón. Había habido quienes se habían reído de Montaigne. Pero no había habido nada de la seriedad ni del respeto que había creído que acompañaba la fama literaria, y que había imaginado aunque no nombrado en esos días llenos de esperanza de su juventud en la biblioteca.

Daba vueltas a grandes zancadas por París murmurando para sí, gritaba a los que le llevaban la contraria en los salones a los que asistía, y recibía a los invitados que preferían visitarla en sus habitaciones miserables como si fueran demiurgos literarios que iban a rendir honores a su verdadera señora. De hecho, a esas alturas, era una figura reconocida en París, y hasta los que se reían de ella para guardar las apariencias la incluían en su mundo. Hasta Guez de Balzac, aunque decía a sus amigos que iba a verla cuando suponía que no estaba en casa, para dejar una tarjeta y que contara como una buena obra. A ella se le seguía conociendo como la «virgen de un millar de años» y ahora también se la llamaba «Mademoiselle la Peleona».

Marie siguió adelante impertérrita, al menos en su comportamiento. Tenía su forma particular de mantener a raya la burla. Con los años reescribió una y otra vez su propia obra, haciendo numerosos añadidos, ampliando los apartes filosóficos, los ejemplos y las analogías. Había aprendido de su gran maestro que era posible visitar y republicar la propia obra. Preparó nuevas ediciones de *Le proumenoir de Monsieur de Montaigne* con digresiones aún más extensas sobre la naturaleza moral del amor y la lealtad tanto en el pasado como en el presente, citando a los antiguos y tomándose todo el tiempo del mundo antes de retomar su historia de pasión y desesperación. Y volvió a publicar nuevas ediciones de sus poemas, así como panfletos, comentarios y traducciones de versos latinos.

También escribió nuevas obras. Dos quejas iracundas que cayeron inevitablemente en oídos sordos pero que, de todos sus escritos, serían los que, sospechó Jamyn cuando los leyó, la harían pasar a la posteridad. Por sí misma y no por él.

Grief des Dames y *Égalité des hommes et des femmes* no eran exactamente originales en sus protestas sobre el silenciamiento de las mentes de las mujeres. La cuestión de la mujer era un debate antiquísimo y bastante retórico que hacía un siglo que tenían los hombres (y unas pocas mujeres). Taillement, el inspirador de su novela romántica, había pedido que las mujeres tuvieran derecho a una educación como era debido. Hasta Montaigne había afirmado que no era tan mala idea, aunque en otras partes de su obra se había contradicho. Había incluso quienes, como Taillement, habían sostenido que las mujeres estaban más que a la par que los hombres. Marie no iba a pasar por eso. Exigía la igualdad absoluta, ni más ni menos. Hizo gala de su lengua mordaz. «Nada se parece tanto a un gato en el alféizar como una gata». Las mujeres no eran inferiores a los hombres, sólo se veían obstaculizadas por ellos. Era

un estallido de frustración e ira personal: «Aunque las damas tuvieran los argumentos y las meditaciones de Carnéades, no faltaría algún simplón que las rebatiera, con la aprobación de casi todos los asistentes, cuando, sólo mediante una sonrisa o una inclinación de cabeza, dijera: “Es una mujer la que habla”». Pero, naturalmente, sonrieron e inclinaron la cabeza, si se molestaron siquiera en leer sus ensayos. Era una mujer la que hablaba. Y no exactamente hermosa, ni rica, ni con una voz aterciopelada. Margarita de Valois, que llevaba diez años muerta y acabó envuelta en un escándalo, era recordada como una mujer excepcional. Marie de Gournay, todavía viva, airada y sin ninguna de sus gracias, sólo hacía ruido.

A Jamyn le conmovieron los ensayos sobre las mujeres más que ninguno de los otros escritos de su señora. Eran igual de estridentes y pomposos en ciertas partes («¿No nació Cristo de una mujer?»), pero tenía voz propia, no repetía las palabras que ya habían pronunciado otros, y lo hacía en nombre de los que eran silenciados. Aun así, los cortesanos y los letrados no prestaron más atención a su voz original que a la de ventrílocua.

Por fin, a los sesenta y un años, reunió esos dos ensayos y la mayoría de sus otros escritos bajo el título de *L'ombre de la demoiselle de Gournay*, una compilación de 1.200 páginas de la obra de su vida. Además del material antiguo, constaba de dieciséis capítulos sobre la nueva gran causa que había abrazado: la conservación del francés.

Aun antes de que empezaran a apagarse las carcajadas sobre la vanidad de la necia solterona al creer que el Rey de Inglaterra era un ferviente admirador suyo, se embarcó en el gran debate sobre el futuro del idioma francés. Se enfrentó cara a cara con el grupo de jóvenes poetas radicales encabezados por el apasionado modernizador Malherbe, que despojaron su obra de los arcaísmos floridos de Ronsard y sus compañeros de la Pléiade, y llevaron su lenguaje (y esperaban que el mismo francés) al siglo XVII, aboliendo las antiguas formas poéticas, y la sintaxis ornamentada y retorcida, y reduciendo el incremento de metáforas y alegorías. El lema era por una poesía de renovada simplicidad y franqueza. Lo que Malherbe hizo por el verso, el viejo enemigo de Marie, Guez de Balzac, lo intentó con la prosa. Fueron héroes pasajeros en la eterna lucha por renovar el mundo y limpiarlo de las costumbres de las generaciones que los habían antecedido. Si los jóvenes tuvieron algún momento de duda acerca de su cruzada, Marie de Gournay reafirmó sus creencias sobre la poesía y sobre ella misma al tomar enfáticamente partido por el otro bando. Si alguien era de una generación anterior y encarnaba lo que era necesario erradicar, ésa era la Demoiselle de la Prosa Chirriante. Había otros, por supuesto, los últimos vestigios de los viejos poetas, y los anticuados recién llegados resueltos a seguir el ejemplo de Ronsard, como Du Perron y Racan, pero ella era la que se dejaba oír más fuerte en los salones y en sus escritos.

«Acabo de llegar de una reunión en la que he visto arrojar al viento las cenizas de Ronsard y de sus seguidores poetas como sólo es capaz de hacerlo la atrevida

ignorancia».

Pero con su pasión cada vez mayor por la conservación de lo antiguo llegó otra catástrofe autoinfligida. No sólo quiso proteger el lenguaje de Ronsard por ser noble, rico, regio, celestial y digno por tanto de ser alentado, también decidió demostrar a los gamberros poéticos que el Príncipe de los Poetas era tan capaz de modernidad como ellos cuando lo creía necesario. Publicó una edición de *Harangue du Duc de Guise aux Soldats de Metz* de Ronsard en un texto doble: su poema original de 1553 y una segunda versión «corregida por él mismo», que mostraba la considerable modernización del lenguaje y de la forma. Dedicó el libro al rey Luis XIII en agradecimiento por la pequeña pensión que por fin le había concedido. El problema era que las correcciones eran en realidad de la demoiselle de Gournay, no de Ronsard. Reescribió 159 de los 291 versos, y los hizo pasar por obra de Ronsard. Malherbe no quedó impresionado con las revisiones, y los que se enteraron de que no eran de Ronsard sino de ella, nada menos que la mujer que había defendido en una ocasión la escritura de Ronsard declarando: «¿Qué persona con juicio querría eliminar una sola palabra o frase de la obra de Ronsard?», se quedaron horrorizados.

Jamyn no estaba tan segura. Se quedó gratamente sorprendida cuando descubrió en secreto que su señora tenía, después de todo, la capacidad para cambiar de opinión y hacer pequeños ajustes a lo sagrado. Casi le infundió esperanza. Pero no cambió nada esencial en su vida ni en el trato que recibió Marie del mundo. La demoiselle discutía, escribía y se mantenía en sus trece aunque el suelo se tambaleara a sus pies. A esas alturas eran tan grandes las burlas que el hecho de que aumentaran apenas empeoró su reputación o su existencia.

De hecho, recibieron un poco más de dinero del Rey, de modo que para Jamyn la vida se volvió un poco más fácil. Marie no se dio cuenta de nada y siguió escribiendo, preocupándose y quejándose. Ahora era «la vieja Sibila», la pedante recreadora del pasado atrapado en los pliegues del tiempo. A los sesenta años había adquirido más o menos una reputación. Otro ensayo recopilado en *L'ombre de la demoiselle de Gournay* causó una nueva ola de hilaridad. Se titulaba *Apologie pour celle qui escrit*, y era una apología al estilo de la de Platón a Sócrates. Reunió todas las críticas que se habían divulgado sobre ella y se justificó con gran detalle. Pasaba de lo práctico («Y para terminar de hablar de mi manejo de los recursos, confieso que mi generosidad, demasiado confiada en los demás, me ha costado quinientos *ecus*, y la vanidad de la juventud otros quinientos, aunque siempre se contuvo dentro de los límites de mi condición social, que siempre he definido como medianamente buena») a lo típicamente obtuso («No es menos cierto que el que quiere someter a las personas honradas a todos los convencionalismos y formalidades comunes se parece al que cree que para que un rey esté debidamente formado ha de aprender a fabricarse su propio calzado. ¿Acaso vaciló Alejandro en quitarse la diadema real de la cabeza para vendar a un hombre herido?»).

Ella no sólo se defendía como mujer que había sido rechazada por la sociedad por

tratar de ser escritora y pensadora, sino que se quejaba de la traición de los falsos amigos que la habían difamado en cuanto no había podido seguir recibéndolos regiamente. Ella era un dechado de virtudes y la habían maltratado. «Ningún hombre o mujer de juicio cabal entre mis conocidos podría alegar, aunque me quiera mal, que soy falsa de corazón, voluble en mis sentimientos, poco entusiasta en el cumplimiento de mi deber o excesivamente reservada, importuna o imprudente ya sea en modales o en las compañías que frecuento, poco honrada en mis relaciones (si cuenta la inocencia) o agresiva. Tampoco se me podría describir como desordenada, combativa o discutidora, sino más bien sensible, firme y seria, cualidades que, del mismo modo que serían espinas o las causarían en un alma poco iluminada por la Razón, se convierten en semilleros y criadores de muchos frutos loables y necesarios para la sociedad en aquellas almas no iluminadas por esa antorcha».

En su *Apologie*, al explicar sus gastos como alquimista («El primer año que me dediqué a ese arte, empleé, lo reconozco, una suma nada desestimable [aunque tampoco excesiva] que provenía, por supuesto, del fruto de mi inteligencia y mis esfuerzos, y no de una herencia») y lo que había sido del legado de su familia, justificaba su comportamiento con todos los minuciosos argumentos y autocompasión que necesitaban sus adversarios.

Todavía había de haber en Francia una última salva de carcajadas a costa de demoiselle antes de que los jóvenes se convirtieran en hombres de mediana edad y empezaran a preocuparse por lo que hacían los que llegaban detrás de ellos en lugar de seguir tirando el anzuelo a la espantapájaros irascible. Envió un ejemplar de *L'ombre de la demoiselle de Gournay*, cuando se publicó, a Racan, un poeta que pese a ser bastante joven seguía aferrado al lenguaje arcaico. Su obra, junto con su torpeza física y su agonizante ineptitud social, suscitaba casi tantas risas entre los poetas radicales como Marie. Cuando decidió ir a ver a Marie al día siguiente para agradecerle el regalo, un joven cortesano llamado Boisrobert se enteró y corrió la voz entre sus amigos De Bueil e Yvrande, quienes habían hecho la broma del Rey de Inglaterra.

La demoiselle escribía un poema cuando sonó el timbre de la puerta. Jamyn saludó bruscamente con la cabeza a la visita y señaló las escaleras que conducían a la buhardilla antes de subir lentamente detrás de él. Él abrió la puerta y se presentó como Racan el poeta. Se quedó de pie sonriendo, un joven vestido con elegancia. Marie advirtió que era extraordinariamente atractivo.

—He venido a darle las gracias por su maravilloso volumen. Tenía muchas ganas de conocerla. Pero, mademoiselle, estoy avergonzado. Temo haber interrumpido su trabajo.

Piailon se quejó ferozmente cuando Marie la tiró al suelo al levantarse de su escritorio.

—No se preocupe, monsieur —dijo, complacida con las palabras del joven—. Era

un poema muy hermoso, pero la musa volverá. Siempre vuelve. Ella es mi devota criada. Siéntese, por favor. Jamyn, llévate a *Piaillon* para que pueda escuchar a monsieur Racan. Y tráele una taza de té.

Él le dio las gracias y, limpiando con disimulo la única silla con su pañuelo de seda, se sentó un rato, bebiendo té de una preocupante taza que Jamyn había dejado con menos que elegancia en sus manos. Entre sorbos elogió con énfasis la obra de la demoiselle antes de dejarla con su poema prometiendo volver pronto.

Cinco minutos después volvió a sonar el timbre, y Jamyn gruñó al ver otro joven caballero, y dijo cortante que la señora estaba en lo alto de la escalera y que ella ya no pensaba subir.

—He venido a darle las gracias por enviarme su reciente obra maestra, mademoiselle —dijo desde el umbral de la buhardilla.

—No le he enviado nada —replicó ella, algo malhumorada por la nueva interrupción y sintiéndose confusa. Si hubiera enviado a esa persona un ejemplar de su libro, lo sabría, ¿no? Pero le gustó que se refiriera a él como «obra maestra»—. Pero le daré un ejemplar. ¿Cómo se llama, joven, para que pueda dedicárselo?

—Soy el poeta Racan.

—No sea ridículo, Racan acaba de irse. ¿Se está burlando de mí?

El poeta pareció bastante abrumado.

—No, mademoiselle, ¿quién se atrevería a hacer tal cosa? Yo soy Racan. Siempre lo he sido.

Marie estaba aún más confusa, pero él empezó a elogiar su obra, que parecía conocer muy bien. Ella decidió que el joven anterior era el impostor y ofreció a éste una taza de té. Él no podía quedarse, tenía lamentablemente un compromiso, pero estaría encantado y sería un honor para él asistir a sus veladas literarias semanales.

Cuando la tercera visita tocó el timbre, Jamyn tiró la llave a la calle y gritó que tenía mejores cosas que hacer que correr arriba y abajo a cada momento. Cuando llegó por fin a la buhardilla el nuevo visitante, muy bajo y delgaducho, y de hombros redondeados, resollaba asmático debido a las empinadas escaleras. Entró tambaleante en la habitación luchando por respirar y, sin pedir permiso, se dejó caer en la silla.

Marie se levantó de un salto del escritorio.

—¿Qué desea? ¿Quién es usted? —gritó a la persona desaliñada que se había despatarrado con los ojos cerrados.

La visita tardó otro momento en recuperar el aliento, lo justo para jadear su nombre con un tartamudeo pronunciado.

—M...m...m... mademoiselle, soy Ra... ra... Racan el p... poeta. He venido a darle las gracias por el l... l... libro que me ha enviado. Es una p... prosa singular y una p... poesía muy hermosa. Me sé los p... poemas de memoria. Si recuperara el aliento, podría r... recitárselos todos...

Marie no esperó a que empezara.

—¿Se atreve a mofarse de mí? ¡Canalla! ¡Farsante! ¿Cree que va a engañarme?

—gritó sujetándolo por la manga y levantándolo de la silla. Tiró de él hasta la puerta, con una fuerza misteriosa lo empujó escaleras abajo y, cogiendo un pesado zapato negro después del otro, se los tiró.

Al día siguiente descubrió cuál de las visitas había sido el verdadero Racan y, avergonzada, alquiló un coche y fue a una hora demasiado temprana a su casa para disculparse y regalarle un ejemplar dedicado de su última edición de los *Ensayos* de Montaigne. Y una vez más todo París se carcajeó.

Tal vez Boisrobert lamentara haber tomado parte en esa broma, porque cuando años más tarde el cardenal Richelieu, amante de las artes, le encomendó la tarea de encontrar escritores necesitados, sugirió al primer ministro de Francia que conociera a la demoiselle. Se decía que Richelieu la había saludado en un francés tan anticuado que hasta Ronsard lo habría desaprobado. Pero la demoiselle no quedó impresionada.

—Eso está muy bien, Su Ilustrísima. Burlarse de una anciana. ¿Por qué no? ¿No debería el mundo entero estar listo para entretenerlo?

El cardenal, ilustre después de todo, aceptó la reprimenda y se disculpó por su ligereza. Se volvió hacia Boisrobert, que estaba a su lado.

—Hemos de hacer algo por mademoiselle de Gournay para demostrarle que apreciamos sus incansables esfuerzos por conservar el idioma francés y los servicios que presta a la literatura, Boisrobert. Le daré una pensión de doscientos *ecus*...

—Pero tiene servicio —dicen que replicó Boisrobert.

—¿A quién tiene?

—A mademoiselle Jamyn, Su Ilustrísima.

—También daré a Jamyn cincuenta *ecus* al año.

—Y está madame *Piaillon*, la gata —continuó Boisrobert.

—Madame *Piaillon* recibirá veinte *ecus* mientras que le llenen la barriga.

—Su Ilustrísima, *Piaillon* acaba de tener crías.

—Una *pistole*, entonces, para los gatitos.

Así fue como, siempre al son de las carcajadas, Marie de Gournay recibió por fin una pensión de la que poder vivir. Tan fácil como tarde. El motivo de preocupación constante desapareció, más para Jamyn que para su señora, a quien sólo le preocupaba recibir lo que merecía y no hacía caso de las dificultades de llevar la casa. Pero, aparte de eso, supuso un cambio muy pequeño para las dos mujeres. La comida apenas mejoró, aunque ahora había suficiente, y como se habían acostumbrado al frío, siempre ardían pocos leños en la estufa.

Las carcajadas cesaron. El mundo se había hartado de mofarse de la demoiselle de Gournay y, aparte de los pocos asiduos que seguían acudiendo a sus veladas, la ignoró. Y ella lo ignoró a su vez. Tenía por delante casi diez años más de vida. Se sentó ante su escritorio y reanudó la interminable tarea de revisar su poesía, sus ensayos y su novela.

En la nueva edición de los *Ensayos*, dedicada al cardenal, Marie de Gournay suprimió el pasaje del final de «La presunción» que la elogiaba como más querida que una hija, con una sabiduría que iba más allá de la edad y el sexo. En una adición a su Prefacio explicó: «Sólo en una ocasión he tenido el atrevimiento de eliminar un pasaje que trata de mí; siguiendo el ejemplo del hombre que derribó su encantadora casa a fin de librarse de las molestias que le causaba la gente a causa de ella. Al hacerlo quiero contradecir, ahora y para siempre, a quienes creen que si el libro me elogiara menos yo también lo apreciaría menos».

Había acabado con Montaigne.

Jamyn siempre ha sabido que sólo podía haber dos desenlaces. Una u otra moriría. Y ella era la leal Jamyn, de modo que en realidad sólo había uno: quedarse aquí sentada, como está ahora, en un taburete al lado de la cama de su señora, escuchando cómo la muerte le resuena en la garganta, esperando el momento. Ha ensayado a menudo esta escena desde que estuvo claro que ella era la que se quedaba. Y ya ha llegado. No hay nada sorprendente en todo ello. Nada es diferente de como esperaba que fuera. Pensó que tal vez lo sería, pero no. Sentarse a esperar el final de su señora le resulta tan familiar como el peso de *Piaillon* en su regazo. Siente del mismo modo la huella del futuro y la del pasado. *Piaillon* está acurrucada, roncando ligeramente, una presión en los muslos a pesar de todo; y el último suspiro de su señora que todavía ha de ocurrir ya se ha exhalado muchas veces. El silencio que seguirá a ese último suspiro ha estado resonando en el oído de Jamyn durante estos cuarenta y tantos años. Aun mientras sus inhalaciones jadeantes y su respiración agitada perturban el aire, Jamyn oye el silencio que muy pronto gritará a través de este ruido extrañamente sosegante y repetitivo. Alcanza a oírlo como el ululato de una lechuza que invade la noche implacable.

Entre los que han ido a ver a su señora estas últimas horas están algunos de los mismos caballeros que la atormentaron con sus burlas mientras estaba viva y con fuerzas. Se quedan solemnes al pie de la cama, con cierto sentimiento de culpa ante la muerte; ni más ni menos de lo que se requiere de un caballero. Cuando se marchan, dan unos golpecitos en los hombros de Jamyn y dejan unos *sous* en su regazo, como darías al encargado del cuidado de una grotesca criatura expuesta en una feria. Ella se levanta con dificultad para acompañarlos a la puerta, y cuando oye que se han marchado, tira el dinero escaleras abajo escupiendo. Puede pasar sin sus monedas y su elegancia.

Es asombroso lo que aguanta la vieja bruja. Probablemente trata de sobrevivir a su propia muerte a fin de leer los tributos de su vida y su obra. Es una amarga ironía que no pueda ver las bonitas palabras que pronunciarán hasta los que se burlaron, por cortesía y para dejar constancia de que conocen bien el valor del gran Montaigne. Ésas son precisamente las palabras que lleva esperando oír toda la vida. Pero ni siquiera la demoiselle puede sobrevivir a su propia muerte, con su resolución y su ciega seguridad en sí misma, con su obstinada determinación a no saber lo que había que saber. A menos que éste sea exactamente el estado de los fantasmas: necios testarudos que no pueden aceptar la verdad de su propio final y creen haberse burlado de la muerte. Jamyn no lo descarta. Si alguien puede...

¿Le gustaría que se le apareciera su señora? El fantasma de Marie de Gournay nunca se dignaría, por supuesto. Tendría asuntos más importantes que atender. Ignoraría y excluiría a su leal Jamyn en la muerte como lo ha hecho en vida. Es preferible que muera del todo. Jamyn no permitirá que vuelva para causarle más dolor.

Mañana será el ochenta cumpleaños de Marie de Gournay. No llegará. Y es muy

posible que la leal criada tenga por delante otros veinte años. Por fin libre. Boisrobert le ha asegurado tras su visita de despedida que la pensión de cincuenta *ecus* del difunto cardenal continuará el resto de sus días. Tendrá una vida propia. Contempla a su señora, cómo va cobrando impulso la muerte, y ve los años que le aguardan.

El ejemplar anotado de los *Ensayos* que Montaigne dejó encima del escritorio de su torre mientras se ocupaba en morir ha sobrevivido milagrosamente. Desde principios del siglo XXI (dejémosle sonreír un poco) ha estado en una cámara sin luz de la Biblioteca de Burdeos, y allí se quedará oculto a las miradas, como un famoso gato del siglo XX en una caja hermética, al menos cincuenta años más, porque las adiciones en tinta que se realizaron hasta 1592, días antes de su muerte, se están deteriorando y si se expusiera a la luz desaparecerían a un ritmo lento pero seguro. En 2002 (ahora sonrío de oreja a oreja, como el gato de la caja), tras mucha resistencia oficial, un erudito con criterio y gusto refinado, el profesor Philippe Desan, obtuvo autorización para fotografiarlo dentro de la cámara. Tantos cuidados y molestias. Escribe: «Tuvimos enormes dificultades para encontrar un fotógrafo nombrado por el Gobierno francés, y nos vimos obligados a trabajar en la oscuridad casi total, sin utilizar flash, dentro de lo que llamamos en francés a *chambre forte*, una caja fuerte. Fue necesario diseñar una cámara especial, en realidad una sala especial, con unos objetivos fabricados a propósito. En tres ocasiones el Gobierno francés envió a alguien a Burdeos para comprobar que no utilizábamos más lumen del permitido. Estaba prohibido que cayera luz directamente en el ejemplar propiamente dicho».

ESSAIS DE M. DE MONTA.

sent. A tant dire, il faut qu'ils dient, & la verité & le mensonge ne les estime de rien mieux, pour les voir rober en quelque rencontre. Ce seroit plus de certitude, si y auoit regle & verité à mentir tousiours. J'ay veu par fois à leur domage, au cunes de noz ames principelques s'arrester à ces vanitez. Le demon de Socrates estoit à mon sens certaine impulsion de volonte, qui se presentoit à luy, sans le Conseil de son discours. En vne ame bien espuree, come la sieme, & preparee par continuel exercice de sagesse & de vertu, il est vray semblable que ces inclinations, quoy que loicees, estoient tousiours bonnes & dignes d'estre suivies. Chacun a en soy, quelque image de telles agitations. Penne pas lesquelles ie me lailay emporter si vilement & heurenlement, qu'elles pourroyent estre iugees par quelque chose d'inspiration diuine.

De la Constance. CHAP. XVII.

A Loy de la resolution & de la constance, ne porte pas que nous ne nous deuons courir, autant qu'il est en nostre puissance, des maux & inconueniens qui nous menassent; ny par consequet d'auoir peur qu'ils nous surprignent. Au rebours, tous moyens honnestes de se garantir des maux, sont non seulement permis, mais louables. Le ieu de la constance se ioué principalement à porter patiemment, & de pie ferme, les inconueniens, ou il n'y a point de remede. De maniere qu'il n'y a souplesse de corps, n'y mouuement aux armes de main, que nous trouuions manuais, s'il sert à nous garantir du coup qu'on nous rue. Toutefois aux canonnades, depuis qu'on leur est planté en bute, comme les occasions de la guerre portent souuent, il est meschant de s'esbraler pour la menasse du coup. Il auant que pour la violéce & vitése nous le tenons inuitable. Et en y à meint vn, qui pour auoir ou haussé la main, ou baissé la teste, en a pour le moins appresté à

Aun así sólo se permitía pasar las páginas a las personas designadas, y a fin de no causar excesivos daños, se fotografiaron primero todos los anversos, se dio la vuelta al libro y se continuó con los reversos.

El corazón fantasma de Montaigne bombea de orgullo y sus fantasmales labios logran sonreír con ironía, mientras que su vanidad y su sentido de lo absurdo siguen vivos más allá de la tumba. Su hija heredó el ejemplar de Burdeos, junto con la biblioteca de la torre, pero ella, su única descendiente, no tenía afición a la lectura. Vendió el ejemplar y toda la biblioteca. Durante un tiempo fue un convento. Con la revolución de 1789 se ocuparon los conventos (lo que él, como hombre moderado, no puede condonar) y el ejemplar de Burdeos fue a parar a París. Luego desapareció y no volvió a aparecer hasta el siglo XIX, y desde entonces ha sido propiedad del Ministerio de Cultura francés y se ha conservado como tesoro nacional en la Biblioteca de Burdeos. Montaigne no puede quejarse de no haber sido valorado.

Pero es increíble que la demoiselle de Gournay fuera la única responsable de mantener con vida su obra. Aquella tentadora promesa juvenil cuya falta de atractivo tanto decepcionó a Montaigne. Esa chica desquiciada que se clavó a sí misma un punzón. Esa joven devota cuya hospitalidad y sus cuidados aceptó con una mísera muestra de gratitud. Esa escritora de poesía excesivamente elaborada y de prosa recargada cuya devoción y ceguera tanto enfurecieron a los familiares y amigos de Montaigne a su muerte. El hazmerreír de Francia. Ella fue y es la única responsable de su posteridad y de la reproducción a color, en papel o en DVD, del *Exemplaire de Bordeaux* que hoy día se puede comprar en <http://hum.uchicago.edu/montaigne/order.php?lang=en>.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

Apology for the Woman Writing and Other Works, edición y traducción de Richard Hillman y Colette Quesnel, University of Chicago Press, 2002.

BENCIVENGA, Ermanno, *The Discipline of Subjectivity*, Princeton University Press, New Jersey, 1990.

ILSLEY, Marjorie Henry, *A Daughter of the Renaissance: Marie le Jars de Gournay: Her Life and Works*, Mouton & Co., La Haya, Holanda, 1963.

FRAME, Donald M., *Montaigne: A Biography*, North Point Press, San Francisco, 1984.

FRIEDRICH, Hugo, *Montaigne*, 1949, edición e introducción de Philippe Desan, University of California Press, 1991.

Montaigne Studies, vol. VIII, n.º. 1-2, *Woman's Place: Within and Without the Essais*, edición de Dora E. Polachek y Marcel Tetel, University of Chicago Press, 1996.

Montaigne Studies, vol. IX, n.º. 1-2, *Psychoanalytical Approaches to Montaigne*, edición de Lawrence Kritzman, University of Chicago Press, 1997.

Preface to the Essays of Michel de Montaigne by his Adoptive Daughter, Marie le Jars de Gournay, traducción de Richard Hillman y Colette Quesnel, Medieval & Renaissance Texts and Studies, Arizona State University, Tempe, Arizona, 1998.

REGOSIN, Richard L., *Montaigne's Unruly Brood. Textual Engendering and the Challenge to Paternal Authority*, University of California Press, 1996.

SANKOVITCH, Tilde A., *French Women Writers and the Book: Myths of Access and Desire*, Syracuse University Press, Nueva York, 1988.

SCREECH, M. A., *Montaigne and Melancholy*, Penguin Books, Londres, 1983.

La website *Montaigne Studies* de la Universidad de Chicago, organizada por el profesor Philippe Desan, aparece mencionada al final de la última página.



JENNY DISKI (Londres, 1947) ha escrito, entre otras obras, ocho novelas y un libro de relatos. En Circe se han publicado *Mi hermano Stanley* (1997) y *Patinando a la Antártida* (1999). En el año 2003 *Extraña en un tren* ha sido premiada con el Thomas Cook Travel Award y el J. R. Ackerley Award.

Notas

[1] Antigua moneda francesa de cobre de cinco centavos. (*N. de la T.*) <<

[2] Todas las citas de *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)* de Michael de Montaigne, ed. y trad. de J. Bayod Brau, Acanilado, Barcelona, 2007, han sido reproducidas por cortesía de Editorial Acanilado. (N. de la E.) <<